

JUDIT HGO

# En el Salón y en la Escuela

Libro de Comedias, Diálogos,  
Monólogos y Cuadros Vivos

Aceptado por el Consejo Nacional de Educación



Aires.

CONE HERMANOS, Editoras

Perú, 624

Derechos de propiedad reservados.

H T A  
1908  
UGOR 1

JUDIT UGO  
Profesora de Declamación

# EN EL SALÓN Y EN LA ESCUELA

LIBRO DE COMEDIAS, DIÁLOGOS,  
MONÓLOGOS Y CUADROS VIVOS

ADOPTADO POR EL CONSEJO NACIONAL DE EDUCACIÓN

282 p.

NOBIEZA Y ARTE



BUENOS AIRES

◆ 1908 ◆

*Judit Ugo*

CONI HERMANOS, EDITORES

© 604, PERÚ, 604 ©

M796

# EL EL SALÓN Y EL LA ESCUELA

UNO DE LOS GRANDES  
PROBLEMAS DE LA EDUCACIÓN

ESTUDIO DE LA SITUACIÓN DE LA EDUCACIÓN

LIBRO V. PARTE I

*[Handwritten signature]*

IMPRESA DE LA  
NACION

# PRELUDIO

---

## MONÓLOGO DE PRESENTACIÓN

Señor Consejo Nacional (1),  
Señoras y señores,  
Niñas y niños:

Me presento á ustedes, no por mi propia voluntad, sino por la de mi mamá, quien me ha mandado. Por mi espontánea voluntad no me hubiera atrevido á presentarme al público porque soy tímido, muy tímido, y no me habría apartado de mi mamá, á cuyo lado me encontraba muy bien atendido, acariciado, besado, mimado; no porque yo lo merezca, sino por una razón muy sencilla y muy natural: porque soy su hijo, y bien se sabe que las madres quieren mucho á sus hijitos, aunque éstos sean feos, llenos de defectos y carezcan por completo de inteligencia.

Pero algunas personas muy amigas de mi mamá y un angelito que me quiere mucho, porque soy el hijo de la autora de mis días, después de haber conversado un ratito largo conmigo, la persuadieron de que debía dejarse de contemplaciones y mandarme á correr mundo, y ella así lo hizo; y con tal motivo, después de haberme despojado de todo aquello que podía afearme más y de haberme engalanado con las mejores prendas de que por el momento dispone, me ha dicho:

(1) El niño ha querido decir: Señores miembros...

«Hijo mío : tienen razón, no debes estar agazapado siempre ocioso al calor de este rinconcito ; grandes y pequeños, todos tenemos el sacrosanto deber de trabajar y contribuir con nuestro granito de arena, cuando lo poseemos, á levantar siempre á mayor altura este gran edificio en el cual vivimos, y ser merecedores del puesto que en él ocupamos.

«Pues bien, tú, mi querido niño, vé, preséntate humildemente al público y, aun con los escasos recursos de que dispones, procura serle útil, siempre como un niño bien educado, de buen corazón y de sentimientos elevados.»

¿Lo podré conseguir? ; Quién sabe! ; Soy tan pequeño y valgo tan poco! ; Oh, si yo hubiera podido traerlos el alma toda de mi mamá y pudiera deciros todo lo que tiene ella escrito en su mente! tal vez... tal vez... Pero no puedo; ella me lo ha prohibido; parece que una voluntad superior le ha ordenado que así se hiciera.

Pero yo, desobediente como cualquier hijo de vecino y de lengua un poquito larga como todos los niños, algo de eso contaré y les diré á ustedes, que ella quiere mucho, mucho á todos los niños, porque dice que éstos son angelitos de consuelo, y es precisamente por ellos por quienes mi mamá se ha esmerado en educarme dándome buenos y sanos consejos, para que yo sea un buen compañerito cuando los niños y aun los jóvenes soliciten mi compañía ; y quiere mucho, pero mucho al arte de la declamación, porque cree que es el arte de Dios, á cuyo trono nos eleva por su misión altamente noble y educativa, llena de sublimidad y grandeza; y digna de prevalecer en el hogar, templo de la familia, y en la escuela, templo del saber.

Mas, perdonad ; advierto que he dejado mi lenguaje de niño para hablaros con las expresiones de mi mamá ; entonces, ya que he comenzado, permitid, puesto que sois tan buenos y pacientes, permitid que siga y os repita cuatro palabras que ella dijo al presentar á un grupo de sus alumnas en un concurso de declamación en el Instituto Musical de Santa Cecilia, y así sabréis el por qué ha deseado este hijito hacer conocer y también querer un poquito, si es posible, á su mamá :

«Señoras, señores : Permitidme que os dirija mi humilde palabra en este instante, para agradeceros, en primer lugar, la presencia con que me honráis honrando á mis discípulas, y para expresaros, con sinceridad, aunque sin elocuencia, cuáles son los anhelos que mi mente

de maestra forja al transmitir su enseñanza á las tiernas inteligencias que á ella se confían.

« Nuestro pensamiento se dirige al arte, á lo bello, á la poesía, que es como si dijéramos á la bondad, tan semejantes entre sí, según la magnífica expresión del sabio griego, porque acercarse á los dominios de la poesía, es sentir, compadecer, hacerse accesible á los dolores ajenos, regocijarse con la victoria de los héroes, anatematizar el mal, protestar contra la injusticia, condolerse ante los infortunios que la suerte suele imponer con sus ciegos y fatales designios. Penetrar en los dominios del arte — y para no citar sino ejemplos nacionales — es admirar la grandiosa descripción de la Pampa en *La Cautiva*, sentirse sugestionado por el imponente grito de *Prometeo*, recibir la chispa de inspiración con las vibrantes expresiones de Encina, en su *Canto al Arte*, elevarse á las regiones de lo casi inmaterial en *Las Nubes*, de Mármol, ver el temple de alma de los libertadores, en el indio Panta por el autor de *Mis montañas*, emocionarse hasta el llanto con el poeta de la *Oración*, y la *Fibra salcaje*, enamorarse de *Las pálidas viajeras*, del tierno cantor de *Nenia*, es profundizar el alma del dulce y melancólico payador. He ahí señoras y señores, por qué al completar la educación de vuestras hijas, con lo que ha dado en llamarse « artes de adornos », la música, el canto, la declamación, les dáis en vuestra amorosa previsión, algo más que un dije que carecerá de valor cuando haya pasado la moda: les educáis las fibras del alma, para que sean capaces de todas las ternuras, de todos los heroísmos, de todas las grandezas, de todas las abnegaciones. He ahí á la niña minada de la suerte, á la que pisa mullidas alfombras, á la que recibe constante tributo de aduladoras influencias, revelando en sus conversaciones, en sus actos, en sus juicios, que cuando llegue el caso sabrá ser algo más que una linda muñeca. He ahí á la joven pobre, que durante su precaria existencia ha de ganarse el pan con el trabajo de sus manos lastimadas por la aguja, dejando á un lado la tela de sus labores para dar á su alma un momento de expansión recitándose á sí misma los versos de su poeta favorito. He ahí á la madre recitando á sus hijos al calor del hogar hermosado por sus afectuosos desvelos, algunas de las hazañas de los héroes que han labrado la felicidad de la patria.

« Ved al padre organizando entre sus hijos la recitación de una pequeña comedia, en que los artistas liliputienses han de sentirse acari-

ciados por el apluso de sus oyentes. ¿Acaso son almas vulgares? ¿Son almas vulgares las que saben percibir profundamente las bellezas de la poesía y hacen resaltar por su voz, su acento, su comprensión íntima, las ideas, sentimientos, y pasiones con que el poeta ha inmortalizado su nombre? ¿No! valen... por lo que son, no por lo que tienen! Obra de la educación de sus sentimientos, obra transformada en bondad, en abnegación, obra que todos admiramos, respetamos y deseamos perpetuar.

« ¿Me preguntáis hasta dónde me lleva mi entusiasmo?

« Dentro de un momento os lo dirán mis discípulas, si como espero, el éxito corona el esfuerzo que han realizado para presentarse ante vosotros en el esplendor de sus mejores manifestaciones. Si en cada una de sus miradas, de sus inflexiones de voz, de sus palabras, revelan sentimiento, ternura, alma en fin, veréis que como magistralmente ha hablado el poeta :

Allí sus formas el artista encuentra,

Allí el poeta su palabra enciende,

Y el músico, al buscar sus armonías

Las armonías del Creador sorprende.

Ahora que me he presentado ante vosotros, no seguramente en la forma que lo deseaba mi mamá, pero en la mejor que me ha sido posible, si creéis que con mi granito de arena puedo seros útil, empleadme; quedará muy satisfecha y agradecida mi mamá y el angelito que la ha inspirado también.

¿Que no me conocéis aún?

Despojadme de mis ropitas, cortad la piel, abridme el corazón y leed en él.

JUDIT UGO.

Abril 28 de 1907.

## ALGUNAS ADVERTENCIAS

Las obritas aquí publicadas para amenizar fiestas escolares y de familia, no deben ser de manera alguna recitadas en tono enfático y declamatorio, sino en una forma sencilla y natural.

Los jóvenes actores cuiden, ante todo, de no hablar con precipitación y hacerlo en voz alta, con pronunciación clara y dicción correcta; de accionar y moverse con desenvoltura y naturalidad; los ademanes sean moderados, sobrios y elegantes; el gesto, el llanto y la risa sin ser exagerados.

Sería conveniente que los maestros antes de dar los papeles á estudiar de memoria, los leyeran y los explicaran, haciéndolos después leer repetidas veces á los niños; este procedimiento les facilitaría la interpretación del carácter, evitaría — en parte á lo menos — la dicción viciosa y una mala puntuación, tan difícil de corregir después de adquirida.

Conviene que los ensayos sean frecuentes y no largos para no cansar á los niños, sobre todo si éstos son de corta edad.

Evítese el movimiento de balanceo tan frecuente en los niños mientras recitan, y, en lo posible, la cantilena ó tonillo, la cadencia al final de las frases, y la debilitación de la voz que á menudo llega hasta el punto de no oírse la última palabra. Emítase la voz articulando con claridad y sosténgase en tono alto hasta el fin, sin descuidar por tal motivo las inflexiones y cambios requeridos por la expresión.

Lo mismo aconsejamos para la lectura de *La leyenda de la Reina Buena*; y además, para que ésta no resulte monótona y cause buen efecto, léase repetidas veces antes de leerla en público hasta recordar de memoria varias frases enteras de las más bellas y el final de algunos párrafos.

Délese expresión no solamente á la voz, sino también al semblante y en particular á los ojos, que no deben tenerse constantemente fijos en el papel, y acci6nense aunque á grandes intervalos.

Porque si bien es cierto que en la lectura no debe accionarse mucho, también es cierto que debe accionarse para darle mayor expresión y hacerla más agradable.

Lo mismo decimos para la declamación de las poesías y la recitación de los monólogos; pues, si es del peor efecto accionar demasiado, también lo es no accionar nada; y tan mal efecto produce exagerar la voz levantándola en extremo como bajándola hasta hacerse incomprensible.

También aconsejamos á los jóvenes actores que no señalen — salvo en casos excepcionales — al cielo, la tierra, los ojos, la boca, cuando los mencionen; ni señalen las lágrimas, ni se lleven un dedo á la frente ó á la sien, al mentar la meditación ó el pensamiento; ni deben llevar la mano al corazón, ni asirse de los cabellos al mencionarlos.

Se comprende que todas las observaciones hechas no son dirigidas sino á niños, jóvenes y personas no competentes en el arte de la declamación y recitación.

NOTA. — Por medio de ligeras modificaciones, estas obritas pueden ser representadas lo mismo por niñas que por niños; y algunas de ellas se prestan para ser dichas como monólogos. Tales son: *La leyenda del Pájaro Azul*, *La leyenda de la Tortuga*, en la comedia *La Mariposa encantada*, y *El sueño del Bombero y el del Soldado*.

LA AUTORA.

## PRIMERA PARTE

Comedias, diálogos, monólogos y cuadros vivos, para niñas y señoritas

---

### COMEDIAS

## THE FIRST

## THE SECOND

## LA MÁS GRANDE SATISFACCIÓN

---

*Representada por mis alumnos: Lolita Vidal, Isabel Arana, Adolfo Sacchi, á quienes me es grata dedicarla.*

J. HUGO.

### PERSONAJES

MARÍA LUISA, de 11 á 13 años.

ALFREDO, de 10 á 12.

YOLANDA, de 8 á 11.

NOTA. — Esta comedia ha sido escrita expresamente para ser representada en el «Príncipe Jorge Hall» á beneficio de la Asociación Nacional del Kindergarten el 15 de agosto de 1906.

# LA MÁS GRANDE SATISFACCIÓN

## ACTO ÚNICO

La escena representa un cuarto de estudio : dos puertas laterales; una en el foro. Escritorio en el centro ; sillas, sillones, una mecedora pequeña : á la izquierda un espejo. Izquierda y derecha se entiende la del actor.

### ESCENA PRIMERA

MARÍA LUISA (*sentada al escritorio en actitud pensativa*)

MARÍA LUISA. — La más grande satisfacción... ¿cuál es? La del deber cumplido. Perfectamente. ¿Y cuál es ese deber? El de obedecer á nuestros padres... á nuestros maestros... quererlos, respetarlos... ser estudiosa, buena y amable. Si, eso ¿quién no lo sabe? todos, grandes y chicos, aunque no lo cumplan. Tengo la seguridad de que todas las niñas llevarán la misma respuesta. ¡Vaya una gracia! ¡Parecerá copiado! (*Mirando una hoja de papel.*) ¡No, no, no, no! A mí... esto no me conforma. (*La rompe y arroja los pedazos sobre el escritorio.*) La señorita nos dijo : « Una respuesta breve y que por ella se trasluzca el alma de cada una de



sus alumnas ». ¿Cuál será ? Volvamos á pensar. (*Cruza los brazos sobre el escritorio y deja caer la cabeza quedando inmóvil.*)

## ESCENA II

MARÍA LUISA, YOLANDA Y ALFREDO

Yolanda y Alfredo entran por la derecha, los dos con traje de paseo y sombrero ; la primera con un ramo de flores en la mano ; el segundo con un cartucho de caramelos. Entran casi corriendo, pero al ver la actitud de María Luisa se detienen en la puerta, sorprendidos creyéndola dormida, y se dicen casi al oído.

YOL. — ¡ Se ha dormido !

ALF. — ¡ Se ha dormido !

YOL. — ¡ La picarona ! (*Con ademán picaresco.*) ¡ Pero ahora vamos á despertarla ! (*Habla al oído de Alfredo. Este asiente con la cabeza ; los dos, de puntillas llegan juntos á María Luisa y le gritan al oído.*)

ALF. — (*Imitando al perro.*) ¡ Bau ! ¡ Bau !

YOL. — (*Imitando al gato.*) ¡ Ñau ! ¡ Ñau !

MAR. L. — (*Se levanta sobresaltada.*) ¡ Ah ! ¡ Ah !... ¿ son ustedes ? ¡ Buen susto me han dado ! Cuidadito con volverlo á hacer ¿ eh ? porque sino me voy á enojar.

YOL. — ¿ Y tú por qué dormías en vez de estar pronta para salir con nosotros ?

ALF. — ¿ No te acuerdas que ayer así quedamos convenidos ?

MAR. L. — Sí, me acuerdo, pero yo no dormía.

YOL. — ¿ Y qué hacías ?

MAR. L. — Pensaba.

YOL. y ALF. — ¿ En qué ?

MAR. L. — En una respuesta que debo llevar á mi señorita mañana. La creía tan fácil y me resulta tan difícil ! Hace una hora que estoy aquí, y piensa que te piensa no puedo dar con la tecla. ¡ Oh ! pero la encontraré, sí ! No me voy de aquí si no la encuentro, y de mi entera satisfacción. Aunque tuviera que renunciar al paseo.

YOL. y ALF. — (*Alarmados.*) Eso no, porque tampoco iríamos nosotros.

ALF. — ¿Cuál es la respuesta que tienes que dar?

MAR. L. — ¡Qué gracia! Si la supiera ya la hubiera dado.

ALF. — Es verdad. (*Dándose una palmada en la frente.*) ¡Qué tonto! Entonces, ¿cuál es la pregunta? Veamos.

YOL. — Sí, veamos; ¿cuál es la pregunta? Tal vez podríamos ayudarte á encontrar la respuesta.

MAR. L. — ¡Qué me van á ayudar ustedes! son muy chicos para estas cosas!

ALFR. — (*En tono resentido.*) ¡Cómo usted es tan grande, señorita! ¡Perdone!

YOL. — (*En tono resentido.*) ¡Disculpe, señorita maestra!

MAR. L. — Bueno, bueno, para que no se enojen, ahí va la pregunta: La más grande satisfacción, ¿cuál es? ¿A ver si saben contestar.

YOL. — ¡Pss! ¡Ya lo creo! ¡Gran cosa!

ALFR. — (*Soltando una carcajada.*) ¡Ja, ja, ja! ¡Y esa es la pregunta tan difícil de contestar? ¡Bah! en seguida te doy la respuesta. La satisfacción más grande es... la de comer muchos caramelos.

MAR. L. — Ya lo sabía yo que tu respuesta sería un disparate.

ALFR. — ¡Cómo un disparate! ¿acaso no es cierto? ¿Cuando se comen muchos, pero muchos caramelos, no se siente un goce... un placer... una dulzura... una satisfacción en fin que supera á todas las satisfacciones? (*María Luisa hace una señal negativa.*) ¿No? Pues para mí sí. Y para tí será lo mismo, porque los caramelos te gustan, y cómo te gustan!

MAR. L. — Bueno, sí; me gustan, pero ahora no es de caramelos de lo que se trata ni de cosa que se le parezca. Y tu respuesta Yolandita ¿cuál es?

YOL. — ¡Para mí es una gran satisfacción la de estrenar un lindo vestido. Como hoy, ¿ves? vestido y capota nuevos. ¡Mira qué lindos y qué bien me quedan! Y en el paseo hoy ¡cómo me voy á lucir!

MAR. L. — Has dicho una gran satisfacción; pero yo te pregunto, la más grande ¿cuál es para tí?

YOL. — (*Pensativa, luego resuelta.*) La más grande... la más grande... es la de poseer muchas flores. (*María Luisa hace un ademán de despecho. Alfredo suelta otra carcajada.*) ¡Ay! las flores! Hoy le

mandaron á mamá un canasto y yo hice para mí este ramo. ¡Miren qué hermoso! ¡qué frescura! ¡qué colores! ¡qué variedad de gustos! ¡cómo alegran! ¡Preciosas flores! ¡Divinas flores! ¡Y qué perfume! ¡Delicioso, deliciosísimo! ¡Ah! (*Aspirando.*)

ALFR. — (*Remedándola.*) Hoy papá me regaló un peso y yo me compré este cartucho de caramelos. (*Abriendo el cartucho y enseñando los caramelos.*) ¡Miren qué hermosos! ¡qué dulzura! ¡qué colores! ¡qué variedad de gustos! ¡cómo alegran! ¡Preciosos caramelos! ¡divinos caramelos! ¡Y qué perfume! (*Aspirando en le cartucho.*) ¡Ah! ¡delicioso, deliciosísimo! (*Se lleva uno á la boca.*) ¡Y qué gusto! Exquisito... exquisitísimo! ¡Ah! (*Saboreándola con delicia.*)

YOL. — ¿Me das uno, Alfredito?

ALFR. — (*Pronto y con galantería, poniéndose el sombrero debajo del brazo.*) También dos. Sírvasc madmoazel... (1). (*Yolanda se sirve, y se pone uno en la boca.*) Ese es de limón... (*Yolanda se pone otro en la boca.*) Ese es de ananás, más rico que el de limón. (*Yolanda sigue sirviéndose.*) Ese es de chocolate... por el color los conozco.

YOL. — Son muy ricos tus caramelos. (*Deja de servirse y haciéndole una reverencia.*) Merci. (*Se aleja.*)

ALFR. — Ni a pa de cod. ¿Y usted madmoazel Mari Luis? ¿Un chocolatito?

MAR. L. — (*Fastidiada.*) ¡Mer... no! (*Va á sentarse al escritorio.*)

ALFR. — (*Sorprendido se queda perplejo con el chocolatito entre los dedos y en actitud obsequiosa.*) ¡Mer, no! (*Se vuelve y se dice á sí mismo inclinándose.*) ¿Y usted mosieu Alfredito? ¡Oh yo, siempre mer sí! (*Se lleva á la boca el chocolatito.*) Con el permiso de usted señorita Mari Luis, me siento en esta mecedora y sigo chupando tranquilamente, gozando de mi mayor satisfacción, mientras usted piensa cual es la suya para dar la respuesta. (*Se sienta en la mecedora, al lado del escritorio cerca del proscenio. Mete la nariz adentro del cartucho.*) ¡Oh! ¡qué perfume! ¡Ah! (*Con grito de placer.*) ¡aquí hay una yema! (*La saca, la desenvuelve con manifestestas señales de alegría. La mira, la lame un poquito.*) ¡Qué ricas son las yemas! (*Con resolución.*) Esta no la chupo, me la como.

(1) Las palabras en francés están escritas como se pronuncian.

(*Se la pone en la boca y come. Saboreándola y hamacándose.*) ¡Deliciosa! ¡Ah! ¡qué satisfacción!

YOL. — (*Que se habrá estado paseando frente al espejo con coquetería y aspirando las flores.*) ¡Preciosas! ¡Dívinas! ¡Cómo completan! ¡Y cómo satisface el poseerlas!

MAR. L. — (*Fastidiada.*) ¡Pero ustedes van á perder el paseo! no puedo permitirlo. Vayan sin mí; otro día tendré el placer de acompañarles.

ALFR. — (*Con la boca llena.*) De ninguna manera. Ó salimos juntos ó no salimos. ¿No te parece Yolandita?

YOL. — ¡Es claro! Esperaremos hasta que hayas encontrado tu respuesta; y si no la encuentras, le pido á papá que esta noche nos lleve al circo.

ALFR. — (*Hablando con la boca llena.*) Muy bien, muy bien; así me compra otro cartucho de caramelos.

YOL. — Y yo me podré lucir lo mismo, porque al circo van muchos niños.

ALFR. — Con que ¿mi respuesta no te conviene?

MAR. L. — ¡No! porque es la de un chiquilín goloso!

ALFR. — ¡Chiquilín y goloso! (*Con ojo levantándose.*) Me has insultado... (*Sentándose con la mayor calma.*) Pero yo no me ofendo; soy superior á estas pequeñeces y no me doy por aludido. Quiero chupar mis caramelos en paz.

YOL. — ¿Tampoco mi respuesta te agrada?

MAR. L. — Tampoco, porque es la de una chiquilla presumida.

YOL. — (*Haciendo pucheritos.*) ¡Presumida! ¿Yo presumida? ¿porque me gustan las flores y los vestidos nuevos? ¿Y á quién no le gusta eso? ¿eh? ¿á quién?

MAR. L. — (*Levantándose y acariciándola.*) No, mi querida; no hagas esa carita de pucheritos. Si yo no he querido ofenderte. Si, tienes razón; las flores son muy lindas, nos alegran, nos regocijan. Si yo también siento un gran placer cuando poseo muchas lindas y frescas, y me satisface el comer caramelos y lucir un vestido nuevo. Pero, no es de flores, Yolandita, ni de caramelos, ni de vestidos nuevos de lo que en mi respuesta se trata.

YOL. — ¿Y entonces de qué?

MAR. L. — De algo mejor; más elevado... de algún sentimiento no-

ble, generoso... grande... Bueno, me dejas pensar otro ratito ¿eh?  
No estás resentida conmigo ¿verdad?

YOL. — ¡Qué esperanza!

MAR. L. — ¿Entonces, me das un beso?

YOL. — Y dos también. *(Se besan. María Luisa vuelve á sentarse.)*

ALFR. — *(Levantándose.)* Y yo, para que veas que tampoco estoy resentido por lo del chiquilín y goloso, te ofrezco dos caramelos. *(Le ofrece.)*

MAR. L. — *(Aceptando.)* Gracias Alfredito; los guardaré para después. *(Los aparta.)*

ALFR. — *(Volviendo á sentarse.)* Como gustes. Permitirás que no siga tu ejemplo, sino el del señor Alfredito que sólo guarda para después la sopa; pero á los caramelos jamás les hace un tal desaire. *(Se sirve y come.)*

YOL. — *(Sentándose al lado de Alfredo.)* ¿Has oído, Alfredito? Algo mejor. ¿Te parece que puede haber algo mejor que lucir un lindo vestido?

ALFR. — *(Con convicción.)* ¡Oh, sí!

YOL. — ¿Sí? ¡Ah, las flores! ¿verdad?

ALFR. — ¡Oh, no!

YOL. — ¿Y qué?

ALFR. — *(Haciendo sonar el cartucho.)* Para mí, ya lo sabes... caramelitos.

YOL. — *(Se levanta con enojo y se aleja.)* ¡Glotón! No piensas más que en los caramelos.

ALFR. — *(Con un suspiro de satisfacción.)* ¡Ah! ¡son tan dulces!

YOL. — *(Se le acerca y con voz cariñosa.)* ¿Me das otro Alfredito?

ALFR. — Es que ya se van acabando.

YOL. — *(Con mimo.)* Te doy una flor.

ALFR. — Para qué quiero flor. Á mí no se me importa nada de las flores. Toma, te doy una menta.

YOL. — *(Le vuelve la espalda.)* No la quiero; guárdatela. ¡Despreciarme las flores! ¡Tan lindas! Tiene razón María Luisa; eres un goloso. ¡Sí, sí, linda satisfacción! Cuando se te acaben, ya no tendrás más.

ALFR. — Iré á la confitería á comprar. Al confitero jamás se le acabau. ¡Gran hombre el confitero! Bueno, amable, cariñoso, dulce,

sobre todo muy dulce. ¡¡Ah!! *(Con gran exclamación de alegría.)*  
— ¡Aquí hay un coquito!... ¡tienen un gustito más rico!... *(Lo lame, luego se decide y lo pone en la boca.)* Este... tampoco lo chupo... me lo como. *(Hamacándose con gran satisfacción.)* Yo no sé... levantan estatuas á los generales... á los poetas... á todos los grandes hombres... ¿por qué no levantarán estatuas á los confiteros?

YOL. — *(Que se habrá estado mirando al espejo para colocarse el ramo en el pecho.)* No; es demasiado grande para poner aquí. Haré uno chiquito. *(Se dispone á deshacer el ramo que coloca sobre una silla.)*

MAR. L. — *(Fastidiada á Alfredo.)* Déjate de fastidiar con esos caramelos; chúpalos. Y tú, Yolanda, ¿no puedes estar quieta un momento? Siéntate.

YOL. — ¡Jesús! ¿Te molesto si me miro al espejo?

MAR. L. — Sí; porque me fastidia el verte presumir tanto con tu vestido nuevo, y pienso, que si atraerás la admiración de muchos niños atraerás también la envidia y el dolor de otros que no tienen, pobrecitos, ni ropa con que repararse del frío.

YOL. — Eso no es cierto, porque sus mamás les compran.

MAR. L. — ¡Sí, como si todas las mamás pudieran comprarles!

ALFR. — ¿Y yo qué molestia te doy si como los caramelos en vez de chuparlos?

MAR. L. — Sí, me molestas porque te veo hartándote de caramelos, mientras habrá tantos pobrecitos que les faltará hasta el pan para alimentarse.

ALFR. — ¡Cómo no! ¡les va á faltar el pan con tantas panaderías que hay!

MAR. L. — Pero les falta el dinero para comprarlo; y gratis nadie te da nada.

ALFR. — ¡Eso es cierto!

YOL. — ¿Y qué culpa tenemos nosotros si las mamás no pueden comprarle vestidos á sus hijos y tampoco pan?

ALFR. — ¡Claro! ¿qué culpa tenemos?

YOL. — Nosotros no podemos hacer nada para ellos.

ALFR. — Por supuesto, nada podemos!

MAR. L. — ¡Cómo nada podemos! Sí, señor, podemos hacer algo y mucho para ellos, ¡pobrecitos!

ALFR. y YOL. — ¿Y cómo?

MAR. L. — ¿Cómo? proporcionándoles ropita, alimento, educación... en una palabra, haciéndoles caridad. (*Queda un momento pensativa; su semblante se ilumina, sonríe y junta las manos.*) ¿La caridad! (*Con alegría.*) ¡Sí, sí! es ésta, es ésta! ¿Cómo no se me ha ocurrido antes? Sí, sí, ¡ya tengo mi respuesta! La más grande satisfacción...

YOL. — ¿Cuál es? ¿cuál es?

ALFR. — (*Levantándose.*) ¿Cuál es?

MAR. L. — La que nace del placer divino de la caridad. (*Va á la mesa y escribe.*)

YOL. y ALFR. — ¿De veras?

MAR. L. — Ya está. (*Bajando al proscenio después de haber escrito.*) ¡Ahora sí, estoy satisfecha! Sí, queridos, sí. ¿Nunca han hecho ustedes caridad?

ALFR. — Lo que es yo, muy pocas veces, lo confieso con rubor. Cuando tengo centavitos... ya sabes á donde van á parar... Derechitos á la confitería.

YOL. — Yo... algunas veces... cuando mamá me da centavos... ¡Pero, me gustan tanto las flores!...

MAR. L. — No, no es eso lo que se entiende por caridad. ¡Dar por toda caridad unos pocos centavos á nuestros hermanos! ¿No lo saben ustedes que son nuestros hermanos?

YOL. — Yo sí lo sé, porque mamá les dice siempre: «Tome hermano, Dios le ayude hermano, ó perdone hermano.»

ALFR. — Y si no damos centavos, ¿qué debemos dar?

YOL. — ¡Claro! ¿qué debemos dar?

MAR. L. — Por ejemplo: (*Volviéndose ora á Yolanda ora á Alfredo.*) ¿Has dado alguna vez el dinero que venías juntando para comprarte algún regalito? ¿Te has privado de abrigo en un día de invierno para darlo á un niñito pobre que sentía su cuerpecito aterido de frío? ¿Has compartido los manjares de tu mesa con algún desgraciado que desfallecía por falta de alimento? ¿Te has privado alguna vez de sueño, de paseo ó de un recreo para ir á visitar algún enfermito y llevarle parte de tu ropita y de tu platica? Y cuando no has podido dar nada, nada, y te has encontrado con una de esas caritas pálidas, de mejillas enflaquecidas,

de labios descoloridos, con ese pescuecito que parece va á quebrarse, ¿no has sentido un ímpetu de piedad y de cariño que te hace estrechar esa cabecita contra tu pecho, cubrirla de besos, darle todas tus caricias, decirle las más suaves, dulces, tiernas palabras de amor y de consuelo, haciendo brotar de esos ojos tristes, relámpagos de alegría, y del corazón de la pobre madre, mil bendiciones para esa almita que no pudiendo dar otra cosa, da consuelos y esperanzas? ¿Nunca lo has hecho? ¿Eso ves, eso también es caridad!

YOL. — (*Mortificada.*) No; nunca!

MAR. L. — ¿Y tú, Alfredito?

ALFR. — (*Mortificado.*) ¿Yo? ¿Qué quieres que haga yo, si soy un chiquilín goloso!

YOL. — Y tú, María Luisa, ¿lo has hecho alguna vez?

ALFR. — Sí, ¿lo has hecho alguna vez?

MAR. L. — (*Con naturalidad.*) Sí, queridos; lo he hecho.

YOL. y ALFR. — (*Con asombro.*) ¿De veras! ¿y cuándo, y á quién?

MAR. L. — Escuchen: Era una mañana de invierno, lluviosa y muy fría; mamá había ido á asistir á una enferma; yo, que me había quedado en casa sola con la criada, estaba desayunando con chocolate y tostaditas con manteca cuando llamaron á la puerta; salgo yo, y veo á una pobre mujer muy pálida, demacrada, que á duras penas reconocí ser una antigua conocida de mamá. Vestía de luto, estaba temblorosa, desfallecida... parecía que por momentos iba á caerse. La hice entrar inmediatamente, é insistí para que se alimentara dándole mi desayuno. Pero la pobre mujer no venía á pedir por ella, sino para sus hijitos! ¿Pobrecita! ¿cuando me acuerdo!... (*Secundose los ojos.*) ¿Cómo lloraba!

YOL. y ALFR. — (*Enternecidos.*) ¿Pobrecita!

MAR. L. — El único sostén de la familia, su mamá, había fallecido... el esposo... estaba enfermo... lo que ella ganaba no alcanzaba... y pedía socorro á las almas caritativas. ¿Qué hacer? ¿Mamá hasta la noche no volvería!... ¿Debía yo permitir que esa pobre mujer se fuera á su casa con el sólo consuelo de volver á la mañana siguiente? ¿Al que siente frío, al que siente hambre, se le puede decir: mañana? Mi mirada cayó en el espejo... me ví tan bien abrigada... y aquellos pobres niños tendrían tanto frío!... No

vacilé. Me saqué la capita y el vestido; busqué una pañoletita de lana, algunos retazos de género que guardaba para mi muñeca, hice un atadido y se lo di. Pero no quería aceptar mi vestido. « ¡Usted tendrá frío y se va á enfermar! » No, señora. ¡Cómo va á permitir Dios que me enferme! Y además que yo tengo con qué abrigarme, y me eché encima la carpeta de la mesa. ¿Ve señora como no tengo frío? Pero la ropita no bastaba; había que llevar algún alimento. Yo tenía guardaditos dos pesos con cincuenta centavos; dinero que iba juntando para el bautizo de mi muñeca. ¿Y bien? ¿acaso mi muñeca no podía esperar algunos meses más para ser bautizada? Dios no permitiría que se fuera al infierno si se moría antes. Se los di con cartera y todo. Cuando volvió mamá y se lo conté, muy contenta y satisfecha me abrazó llorando y me dijo: « Ves, hija mía. Esta es la mayor satisfacción que podamos probar, porque nace del placer divino de la caridad. ¿Qué satisfacción más grande que la de socorrer á nuestros hermanos necesitados? » Y al recordarlo hoy, después de tantos meses, aun siento los besos, las caricias de aquella pobre madre, y aun resueñan en mis oídos sus bendiciones, que hacen estremecer mi alma como sonidos de arpas lejanas, cuyas cuerdas hicieran vibrar ángeles invisibles remontándose al cielo para recordarme que aquella es la patria eterna de los buenos. Y hoy como entonces, siento un gozo inefable, una satisfacción tan grande, una melancolía tan profunda y una inmensa ternura, que todo mi sér parece disolverse en lágrimas de una piedad infinita para todos aquéllos á quienes no puede alcanzar la caridad. *(Se sienta sollozando. Alfredo y Yolanda, que habían retenido el llanto, rompen á llorar. Pausa. María Luisa se levanta, se seca los ojos y al ver á los niños que lloran.)* ¿Qué les pasa ahora?... ¿por qué lloran?

YOL. — ¡Tú también... lloras!

ALFR. — *(Llorando.)* ¡Me parece... que... que... lloramos los tres!

YOL. — Yo lloro porque soy una chiquilina... presumida. *(Á sí misma, con seriedad cómica.)* Sí señorita... presumida... chiquilina presumida... y mala. *(Llora.)* Pobrecitos chicos... dale flores... para algo les sirven... las flores. Toma. *(Las tira al suelo.)* No quiero ni verlas. *(Se sienta mortificada y llorosa.)*

ALFR. — *(Lloriqueando.)* Y yo... un chiquilín goloso... *(Á sí mismo.)*

Si señor; como lo oye... un chiquilín... goloso. Hartándose de caramelos... ¿no tiene vergüenza?... ¡Vaya una satisfacción!... de goloso! (*Golpeándose en el pecho.*) Los tengo todos aquí... todos... No como más... (*Hace el ademán de tirarlos, advierte que hay muchos.*) Todavía hay muchos... ¡Oh! no importa... (*Vuelve á hacer el ademán.*) No. ¿Si alguno me los comprara? (*Resuelto.*) Hasta luego.

YOL. — ¿Adónde vas, Alfredito?

ALFR. — Á vender mis caramelos; y la plata te la traigo á tí, María Luisa... para que le compres algo á tus chicos. (*Por irse.*)

YOL. — Espera. (*Recoge las flores.*) Voy contigo, á ver si alguno me compra las flores. Y la plata la emplearemos en una obra de caridad. Yo también quiero probar la más grande satisfacción. (*Por irse.*)

MAR. L. — Esperen. Yo iré con ustedes. Y no teniendo ni caramelos, ni flores que ofrecer para mis pobres, ofreceré mi respuesta. Tal vez haya quien la compre. La más grande satisfacción, ¿cuál es?

LOS TRES JUNTOS. — La que nace del placer divino de la caridad. (*Vanse los tres.*)

Telón.

# LA MARIPOSA ENCANTADA

COMEDIA EN TRES CUADROS (1)

## PERSONAJES

EL HADA RAYO DE SOL.  
LA PRINCESA ALEGRÍA.  
LA REINA.  
EL REY RAYO DE GUERRA.  
EL GNOMO AVISTA.  
EL PRÍNCIPE PAPILLÓN.  
UNA MARIPOSA MENSAJERA.  
LA MARIPOSA LUZ.  
UN NIÑO Y UNA NIÑA.  
DOS PAJES.  
TRES DONCELLAS ARPISTAS.  
DONCELLAS Y CABALLEROS DE LA CORTE.  
MARIPOSAS Y AVISPAS.

La acción se desarrolla en el palacio del rey Rayo de Guerra y en el bosque de las Avispas.

(1) Esta fantasía ha sido inspirada en un cuento que lleva el mismo título, publicado en la revista *Pulgarcito*, número 15. La leyenda de la Tortuga, y todo el primer y tercer cuadro, son creación mía.

Para representar la obra en un pequeño escenario de salón, se puede simplificar la *mise en scène*, reducir el número de las mariposas y avispas; suprimir el coche de Rayo de Sol y las arpistas, dejando una, si es posible. (*Nota de la autora*).



## LA MARIPOSA ENCANTADA

### CUADRO PRIMERO

#### EL SALÓN DEL TRONO EN EL PALACIO REAL

Gran salón: á la derecha (siempre del actor) dos puertas laterales; la del primer término, cerrada; la del segundo, abierta; en el foro, dos ventanas abiertas y en el centro una gran portada con ricos cortinados; por las ventanas y la portada se ve el jardín. Á la izquierda en primer término un trono. Dos lujosos sillones de respaldo alto, sobre una tarima de dos escalones cubierta por una alfombra; dos almohadones delante de los sillones; un dosel de púrpura, y armiño por dentro, sostenido en lo alto por una corona de rey; á la derecha del trono, en tercer término frente al público, otro trono; un sillón sobre una tarima más baja que la del primero: el sillón, el interior del dosel y el tapiz, blanco nacarado con aplicaciones de papel verde esmeralda, brillante, y galones plateados; el dosel, por fuera verde claro. Entre el trono de la princesa y el de los reyes, un lujoso sillón sobre una tarima, con almohadones, y flores esparcidas; y de cada lado, una columna con focos de luz eléctrica entre ramos de flores. Sofas, sillones, sillas colocadas alrededor del salón; estatuas, columnas, grandes jarrones, espejos, ricos cortinados; á la izquierda, en el primer término y en el último, una mesita con ramos de flores, estuches, cofres y objetos artísticos, regalos enviados á la princesa; sobre otra mesita á la izquierda de la puerta del foro, una canasta de flores cubierta con un fino tejido. Á la izquierda entre las dos puertas, las doncellas arpistas sobre una tarima; las arpas adornadas con tules y flores. En el centro del salón, una gran canasta de flores artísticamente adornada con tules y cintas.

## ESCENA PRIMERA

EL REY, LA REINA, LA PRINCESA, LA NIÑA Y EL NIÑO;  
LOS DOS PAJES, LAS TRES DONCELLAS ARPISTAS, DAMAS  
Y CABALLEROS

El rey y la reina sentados en el trono; la princesa, reclinada indolentemente en el suyo; diez ó más doncellas sentadas; otros tantos caballeros, de pie detrás de sus sillas. Dos pajes en la portada. La niña y el niño, bailando delante de la princesa una graciosa pieza acompañados por las arpistas, violín y piano en el interior de la escena. Terminado que hubieron de bailar, rápidamente quitan el tejido que ocultaba la canastilla y doblando una rodilla sobre la tarima, lo presentan con gracia á la princesa; ésta lo recibe complacida, lo observa, aspira el perfume, saca una flor y entrega la canastilla á una doncella sentada á su lado; ésta la recibe haciendo una reverencia y lo coloca sobre la misma mesita y vuelve á sentarse. La princesa se quita del cuello un largo collar de perlas y lo coloca en el cuello de la niña; se quita un anillo y lo coloca en un dedo del niño; éstos besan la mano de la princesa; ella los levanta, los besa en la frente, luego le señala los dos almohadones al pie del trono; los niños se inclinan y se sientan en ellos. La música al terminar la pieza de baile comienza un *allegro*. Se oye un sonido lejano de campanillas; la princesa y los reyes se incorporan, se miran, sonríen y escuchan atentos mirando hacia la portada. Los dos pajes se asoman, luego anuncian: — La princesa Rayo de Sol. — Aparecen cuatro niñas ó niños vestidos de palomas blancas, tirando de un cochecito en forma de concha y se detienen delante de la portada. Las bridas, de cinta celeste y flores. Como las niñas no tendrían fuerzas para tirar del cochecito, pueden tirar de él entre bastidores, por medio de una ó dos tiras de cuero fijas en el eje de las ruedas. Baja del coche el hada Rayo de Sol; las palomas tirando del coche se retiran haciendo sonar las campanillas; las llevarán sujetas al cuello con una cinta celeste.

ALE. — (*Al ver el coche arroja una exclamación de contento.*) ¡Ah, madrina, madrina querida! (*Baja del trono y va á su encuentro. El rey y la reina hacen lo mismo; todos se levantan; cesa la música.*)

## ESCENA II

RAYO DE SOL Y DICHOS

El Hada viste un vaporoso y brillante traje muy largo y parecido en la forma á una mariposa; dos grandes alas muy brillantes. Lleva una pequeña varita de plata en la cabeza que atraviesa el peinado.

HADA — (*Abrazando con efusión á Alegria.*) ¡Mi querida ahijada! ¡mi hermosa princesita! ¡Salud y felicidad!

ALE. — (*Besándola.*) ¡Gracias mi madrinita tan querida!

HADA. — (*Tendiendo la mano al rey.*) Buenos y muy felices días tengáis, poderoso soberano.

REY. — (*Besándole la mano.*) Y vos también, mi bella Hada.

HADA. — (*Abrazando á la reina.*) Os saludo con placer, mi buena reina y amiga.

REINA. — (*Abrazándola.*) Qué felicidad es para nosotros que hayáis venido á visitarnos, dando realce á nuestros festejos con vuestra brillante persona. ¡Cuánto os lo agradecemos!

REY. — Venid, hermosa princesa de las hadas mariposas, que os presente á la corte de nuestra hija. (*Le ofrece la mano y la acompaña hasta el sillón entre los dos tronos; luego ofrece la mano á la reina y suben al trono; el niño ofrece la mano á la princesa y la acompaña á su trono; la niña le acomoda la cola del traje y se vuelven á sentar en los almohadones. Cuando se hubieren sentado los cuatro, el rey hace ademán á las doncellas y caballeros invitándolos á sentarse; todos se sientan, menos los pajes.*)

REY. — Nobles doncellas, nobles caballeros de la corte de la princesa Alegría: ya sabéis, en parte, el motivo por el cual os he reunido en este salón; os lo hice anunciar que cumpliendo hoy diecisiete años la princesa nuestra hija, se celebraría grandes y suntuosos festejos, habiendo invitado á ellos algunos príncipes reales de reinos aliados; al saber luego, que la poderosa Hada Rayo de Sol, princesa de las mariposas, nos honraría con su presencia, he deseado reuniros para tener el placer de presentárosla antes de que comiencen los festejos y presentar á la magnífica madrina de nuestra hija, las doncellas y caballeros de su corte. (*Se levanta; todos lo imitan. Presentando al hada.*) El Hada Rayo de Sol, princesa de las mariposas, madrina de la princesa Alegría, nuestra hija. (*Las doncellas y caballeros se inclinan. Al hada, presentando.*) Las nobles doncellas y los nobles caballeros de la corte de la princesa Alegría, vuestra ahijada. (*El hada se inclina.*) Podéis retiraros; id á prepararos para celebrar dignamente tan fausto acontecimiento. (*Las damas desfilan delante de los reyes, del hada y de la princesa, haciendo una profunda reverencia, al pasar, á cada uno de los cuatro personajes; últimos desfilan los caballeros y al inclinarse besan la mano de la reina, del hada y de la princesa. Los*

niños salen últimos. Durante esta ceremonia, las arpistas acompañadas por el piano y violín entre bastidores, tocan una pieza lenta y majestuosa. Cuando todos se hayan retirado, cesa la música y las arpistas se retiran haciendo una profunda reverencia.

### ESCENA III

EL HADA, ALEGRÍA, EL REY Y LA REINA

ALE. — *(Baja ligera del trono, toma de las dos manos al hada, la conduce á un sofá hacia el proscenio, la hace sentar.)* ¡Oh, mi madrinita querida! ven, siéntate aquí; y tú; mamá, aquí; *(la hace sentar junto al hada)*, y tú, papá, aquí cerquita de nosotros; *(lo hace sentar en un sillón junto al sofá)* y yo, á los pies de mi encantadora madrinita. *(Se sienta en un almohadón á los pies del hada; tomándole las manos y besándoselas.)* ¡Oh, cuánto, cuánto te agradece tu ahijadita que hayas venido hoy!

REY. — Os lo agradecemos todos.

REINA. — Sí, mi querida princesa, os lo agradecemos y de todo corazón. ¡Desecábamos tanto veros!

HADA. — Gracias; también era mi deseo y me siento feliz de verlo cumplido; y mucho más lo seré, si mis deseos acerca de esta querida niña, se realizaran. *(Acariciando á Alegría.)* ¿Eres feliz? ¿Te sientes dichosa? ¿Eres contenta?

ALE. — Sí, mi buena madrinita. Muy feliz, muy dichosa y muy contenta.

REINA. — Por contenta os lo puedo asegurar. Bien cumple ella con el nombre que le habéis impuesto. Su vida es una continua alegría; siempre está contenta, siempre está riendo.

HADA. — ¿Nunca lloras?

ALE. — *(Riendo fuerte.)* Ja, ja, ja! ¿llorar yo? No, madrina; jamás.

REY. — Nunca la hemos visto verter una lágrima, de lo que nos regocijamos y bien sabéis por qué.

HADA. — ¿Ni aun ante la pobreza, ante la miseria? *(Signo negativo de Alegría.)* ¿Ni ante la orfandad desvalida, ó la vejez sin apoyo?

ALE. — *(Sonriente.)* Tampoco, tampoco, madrinita.

HADA. — ¿No te conmueven, pues, los dolores de los míseros infortunados?

ALE. — No, mi bella madrina, no me conmueven; y además ni quiero saber que hay dolores, ni quiero ver á los infortunados. (*Acción del hada.*) Es gente muy importuna, madrina; entristece la alegría de la vida. ¿Y qué satisfacción podría proporcionar por los sentimientos de piedad que despertara? No, mi adorable hada; no me conmuevo porque entonces tendría que llorar, y yo no debo ni quiero llorar; eso me pondría muy fea. Pero si algún día llorare, será solamente por mí.

HADA. — Pero tú, eres y serás siempre feliz; ¿verdad, Alegría?

ALE. — Sí, mi esplendorosa Rayo de Sol; siempre, siempre feliz.

HADA. — ¿Por qué aseguras que siempre serás feliz?

ALE. — Porque estoy convencida de ello, puesto que nada me falta para serlo. ¿Soy hermosa...

REY Y REINA. — (*Con reproche.*) ¿Alegría!

HADA. — No eres modesta.

ALE. — Pero madrinita, estamos en familia; y además no soy yo quien lo dice. ¿Sabes cómo me denominan en la corte y en el reino? (*Con gracia.*) « La Princesita Encantadora. » ¿Verdad, mamá? Y hasta á un bellissimo lago del jardín, mi favorito, le llaman « El lago de la Princesita Encantadora. » ¿Verdad, papá?

REY. — Pero tú no debes decirlo, hija mía.

REINA. — No, querida; esto, no lo debes decir.

ALE. — ¿Si es á madrina á quien lo digo!

HADA. — Luego, ¿tú crees que por tu hermosura serás siempre feliz!

ALE. — ¿Ah no! mi querida hada. Seré siempre feliz porque también soy poderosa. Poseo grandes riquezas; muchos dominios son míos, tierras y vasallos me pertenecen, quienes me adoran ó me temen y se humillan ante mí. Y en fin, porque soy la princesa Alegría, hija del poderoso rey Rayo de Guerra: (*se levanta, sube al trono y toma una actitud imperiosa*) y desde mi trono ordeno, mando, impongo y soy obedecida. (*Cambia de actitud y sonríe con gracia.*) Ya lo ves madrina, si tengo razón de asegurar que soy y seré siempre feliz.

HADA. — Tal vez; así te lo deseo y de corazón.

ALE. — ¿Ah, qué desamorada soy! (*Baja del trono, va hacia la reina y echándole los brazos al cuello con mimo.*) Mamita, ¿me dejas ir al bosque á juntar flores como me lo habías prometido?

REINA. — ¿Para qué quieres más? Hay aquí tantas!

ALE. — No bastan, mamita; yo quiero llenar de flores todo el salón hasta el techo, y sembrarlas por el suelo como alfombra.

REINA. — Bueno, pues, si quieres ir, vé; pero no sola.

ALE. — Sí, mamita querida; sola, solita quiero ir. ¡Me gusta tanto pasearme sola en el bosque!

REY. — No es prudente.

HADA. — Dejadla ir sola si tal es su deseo.

ALE. — Sí, madrinita; y verás cuántas lindas flores traeré.

REINA. — Vé, pues; pero no te alejes mucho, por favor.

ALE. — *(Abrazando á la madre y besándola.)* Gracias, mamá. *(Abraza y besa al hada.)* Gracias, madrina. Adiós á todos y hasta muy pronto. *(Vase ligera; al llegar á la portada se vuelve y envía un beso con los dedos juntos de las dos manos.)* Para los tres. *(Vase.)*

#### ESCENA IV

##### EL HADA, EL REY Y LA REINA

HADA. — Es muy graciosa mi ahijadita.

REY. — Es la alegría, el encanto de la corte.

HADA. — Pero no la providencia de los pobres, como podría y debiera serlo.

REY. — Es verdad; ella los trata con desprecio y altivez.

HADA. — Ya lo comprendí que es altiva y hasta soberbia.

REINA. — Y por esas razones tiemblo por su porvenir; temo que no siempre será dichosa como ella lo cree.

HADA. — Pero ella cambiará. He visto con placer que lleva puesta la mariposa que yo misma le puse al cuello, y que esa joya es siempre hermosa y brillante.

REY. — No podría ser de otra manera puesto que Alegría, como os lo hemos dicho, jamás lloró.

REINA. — Querida Rayo de Sol, ¿podrís explicarnos ahora, el enigma?

REY. — Al colocarle en el cuello esa linda mariposa, nos habéis dicho, que debíamos evitar si nuestra hija llorara, que las lágrimas cayeran sobre la preciosa joya. ¿Por qué? ¿No podríais decirnos el misterio?

HADA. — Perdonad si no os complazco; mas aun no me es permitido

revelarlo; tal vez dentro de muy poco tiempo podré hacerlo y entonces sabréis el misterio, que nada malo oculta para vuestra hija; os baste saber que al conocerlo os regocijaréis.

REINA. — Os creemos; bien seguros estamos de vuestro cariño por nuestra Alegría. Querida princesa, ¿descaríais pasar al departamento que os fué destinado, para descansar de las fatigas del viaje?

HADA. — Os iba á pedir el permiso de hacerlo; gracias os doy por haberlo prevenido.

REINA. — Yo misma os acompañaré. *(Se levanta; la reina acompaña al hada hasta la puerta de la derecha en primer término; la abre y con ademán gracioso indica al hada que pase; el hada se inclina y entra, luego se vuelve, hace una reverencia; los reyes corresponden y se retiran por la portada del foro; al llegar se vuelven, hacen una profunda reverencia al hada, ésta hace lo mismo; los reyes se van y el hada se retira y cierra la puerta).*

## CUADRO SEGUNDO

### EL BOSQUE DE LAS AVISPAS

Un bosque; en el foro, una pared y una gran puerta en el centro. Á la derecha, debajo de un árbol y apoyado al mismo, un tronco caído. La escena á media luz; un reflector de luz amarillo-rojiza imitando los últimos rayos del sol, ilumina parte de la escena por donde entra Alegría.

### ESCENA PRIMERA

#### ALEGRÍA

ALE. — *(Entra por la izquierda, llevando una gran cantidad de flores y se apoya en un árbol.)* — ¡Ay! ¡qué cansada estoy! ¡cuánto he andado! y lo peor es que me he extraviado y no sé cómo salir del bosque. ¡Y ya se acerca la noche! Si mis padres mandaran en mi busca... Seguramente lo han hecho y no tardarán en encontrarme. *(Avanza mirando en derredor.)* ¡Si á lo menos encontrara en donde sentarme! *(Ve el tronco.)* Aquí. *(Se sienta y con ademán*

*cansado deja caer las flores, que se esparcen en derredor suyo quedando algunas en la falda.) Descansaré, y mientras me encontrarán. Tengo hambre, tengo sed; ¡y qué cansada estoy, qué cansada! (Apoya un brazo sobre una rama del tronco y la cabeza sobre la palma de la mano, apoyando la espalda en el árbol, y se queda dormida. Los rayos del sol poco á poco se habrán extinguido, siendo reemplazados por la luz de la luna, imitada por un reflector de luz azulada y muy apagada. Á poco, se oye lejano el zumbido de las avispas; éste puede imitarse con un contrabajo, entre bastidores, pasando el arco sobre las cuerdas; luego se acentúa más y aparecen por los costados de la escena, multitud de avispas (veinte ó más niñas ó niños) precedidas por el gnomo Avispa, quien lleva cabellos y barba larga terminada en punta y blanca como los cabellos.*

## ESCENA II

### ALEGRÍA, EL GNOMO Y LAS AVISPAS

*Estas se detienen á cierta distancia de Alegría; el gnomo se acerca á ella, la contempla sonriendo burlonamente; pasea alrededor de Alegría; mientras, las avispas se mueven, se inclinan unas á otras como si se consultasen, oyéndose muy pronunciado el zumbido. Luego, el gnomo hace señas á las avispas que se acerquen; éstas lo hacen con rapidez; se toman de la mano figurando así exhibar las alas y giran en derredor de Alegría, primero lentamente y zumbando muy quedo, luego con rapidez y elevando el zumbido. Alegría se despierta de pronto, mira con asombro á su alrededor, al ver á las avispas arroja un grito.)*

ALE. — ¡ Ah, las avispas! (Se oculta la cara con las manos. El gnomo hace señas á las avispas que se alejen; éstas se desbandan y desaparecen por todos los bastidores. El gnomo se oculta detrás del árbol. Alegría vuelve á mirar á su alrededor.) ¡ Ya se fueron! ¡ Pero volverán, volverán! ¡ Ay! ¡ Tengo miedo! ¡ Ya es de noche y nadie viene en mi busca! Y estoy sola, sola en el bosque de las avispas. ¡ Ay, pobre de mí, pobre de mí! (Rompe á llorar. De

pronto arroja un grito y se lleva la mano al cuello para sujetar la cadenita. *Con espanto.*) ¡Ah, la cadenita se ha roto! ¿Y mi joya... la mariposa? *(Levanta la vista y ve á la mariposa en el aire, que se remonta; Alegría se levanta para sujetarla.)* Se va... se va... se va... ¡Ha desaparecido! *(Se deja caer sobre el tronco y llora desesperadamente. Del modo siguiente puede hacerse ver á la mariposa en el aire: por el bastidor cerca del cual está Alegría, avanzan un alambre; Alegría, al llevarse las manos al cuello, desprende la cadenita y prende la mariposa en el pedacito de género, puesto al efecto en la extremidad del alambre; luego lo levantan y lo retiran.)*

GNO. — *(Plantándose ante Alegría, de brazos cruzados y en tono de triunfo).* ¡Ah, al fin lo has hecho!

ALE. — *(Levanta la cabeza con timidez.)* ¿Quién... quién sois vos?

GNO. — ¿Nunca has oído hablar del gnomo avispa? ¿No sabes que este bosque me pertenece?

ALE. — Perdonad si he invadido vuestros dominios; espero que me disculparéis y me haréis acompañar á mi casa.

GNO. — No lo esperes; pues no lo haré.

ALE. — ¿No lo podéis? Entonces, mientras espero que vengan por mí, hacedme traer algo de comer. *(Ademán negativo del gnomo.)* ¿No? Algo de beber. *(Idem.)* ¿Tampoco? ¡Oh, apiadaos de mí! Estoy desfallecida. Un poco de agua solamente para apagar mi sed.

GNO. — ¡Ah, orgullosa princesa! al fin te doblegas, imploras piedad y te humillas!

ALE. — ¿Qué queréis decir?

GNO. — Que no te ayudaré.

ALE. — ¡Oh, condoleos de mí!

GNO. — ¿Te has condolido tú alguna vez de los demás?

ALE. — ¡Tened compasión! Ayudadme y os daré todas las joyas que llevo puestas. Tomadlas, son vuestras. *(Desprendiéndose las pulseras á otras joyas.)*

GNO. — *(Con ademán de desprecio.)* Guárdalas para tí.

ALE. — Mi padre os dará cuantas riquezas deseáis.

GNO. — No desco riquezas, ni las quiero.

ALE. — ¿Qué queréis? decidlo y se os dará.

GNO. — Humillar á la Soberbia, entristecer á la Alegría, conmover á la Insensibilidad.

ALE. — No os comprendo. Mas ya que nada queréis hacer por mí, me mostraréis siquiera el camino para marcharme.

GNO. — ¡No tan ligero! ¿No tendré yo otra cosa en qué ocuparme más que en ser vuestro guía?

ALE. — (*Se yergue airada.*) ¿Sabes quién soy? ¡Yo soy la princesa Alegría! ¡La hija del poderoso rey Rayo de Guerra!

GNO. — ¡Bien sé quién eres! Pero á mi no me importa. ¿Y sabes tú, lo que va á suceder ahora que has perdido tu preciosa joya? La desgracia se cernirá sobre el reino de tu padre y sobre tí; ya no podrás ser feliz.

ALE. — ¡Oh! ayudadme, ayudadme, buen Gnomo. (*De rodillas.*)

GNO. — Ya os he dicho que no.

ALE. — (*Aparte.*) Madrina es una hada, tal vez ella me ayudará. (*Suplicante y levantando la voz.*) ¡Madrina, madrina, socorredme en esta situación!

HADA. — (*Entre bastidores.*) Ya veo cómo te encuentras.

ALE. — (*Se levanta y exclama con júbilo.*) ¡Ah, es ella!

### ESCENA III

#### DICHOS Y RAYO DE SOL

HADA. — (*Entra por la derecha y agarra del brazo al gnomo.*) ¡Fuera de aquí! ¡fuera! No quiero que atormentes mayormente á mi ahijada. Vete. (*El gnomo se inclina con despecho y vase. Á Alegría.*) ¿Con que al fin has llorado?

ALE. — No pensé que me sucedería nada malo y me fué imposible dejar de llorar, querida madrina, al comprender que me había extraviado. Me llevarás á casa tú ¿verdad?

HADA. — Hija mía, no te das cuenta de lo grave de tu situación.

ALE. — ¿No puedes ayudarme, entonces? (*Se sienta desfallecida.*)

HADA. — Sí, puedo hija mía; pero es preciso que tú estés dispuesta á ayudarte á tí misma. De otro modo no podré hacerlo.

ALE. — ¡Oh, madrina! Haré todo lo que pueda porque quiero volverme á casa. Pero dime, madrinita, tú que eres un hada, ¿no podrías proporcionarme agua para beber y devolverme las fuerzas perdidas? Me siento desfallecer.

HADA. — Puedo devolverte las fuerzas y ya no sentirás sed ni hambre.

*(Se quita la varita que lleva en el peinado y con ésta toca á Alegría.)* Princesa Alegría, recuperad vuestras fuerzas. *(Se vuelve á colocar en el peinado, la varita.)*

ALE. — *(Estira los brazos, se pasa las manos por la frente y sonriente se levanta.)* ¡Ah, madrina! *(Abrazándola.)* Gracias, gracias; ya me siento fuerte, ya no siento sed, ya no tengo hambre; sólo siento deseos de volver á mi casa.

HADA. — Primero tienes que encontrar á la mariposa. Toda tu vida no has hecho más que gozar y reir; jamás has pensado en los demás y menos en los que sufren; nunca has socorrido al menesteroso, nunca has sentido piedad por el desdichado. Fuiste altanera y orgullosa y hasta con el gnomo Avispa de quien estabas en manos. Y aun en estos momentos de aflicción no has tenido un pensamiento para tus padres, porque sólo te has preocupado de lo que tú padeces. ¿No has reflexionado en el dolor que tendrán ellos por tu larga ausencia?

ALE. — Es verdad; yo no he pensado en nadie y sólo he tenido compasión para mí. ¿Pero cómo encontraré yo la mariposa, cómo?

HADA. — No tienes que andar mucho, querida mía, y además yo te ayudaré. No me verás constantemente á tu lado; sin embargo, estaré cerca de tí. Ahora, andando porque tus padres se verán amenazados por graves desgracias sino encuentras á la preciosa joya. Tu senda te será guiada por la mariposa Luz, que yo te enviaré. Adiós, hija mía. *(Vase por la derecha.)*

#### ESCENA IV

ALEGRÍA, sola

ALE. — ¡Otra vez sola! ¡Ay! ¿Cuándo volveré á mi casa y cómo podré encontrar mi joya perdida? *(Aparece una mariposa.)* ¡Ah! ¡ahí está! ¿Eres tú la mariposa Luz, enviada por el hada Rayo de Sol?

MAR. — Sí, mi princesita; venid que os guíe. *(La acompaña hasta la puerta del foro.)* Aquí es preciso que os deje, pues, si me viera el gnomo Avispa, me perseguiría; por lo tanto debo despedirme.

Pero recordad ésto : el santo y seña es la palabra « Luciérnaga ».

ALE. — No me olvidaré de esta palabra. *(La mariposa se va.)* ¿Adónde conducirá esta puerta ? ¿Y qué dirán esas letras escritas allí arriba ? Veamos. *(Se acerca junto á la puerta y de puntillas lee.)* « Portada al país de las mariposas » ¡ Ah ! *(contenta)* ¡ aquí está la que perdí ! *(Empuja la puerta.)* Pero esta puerta no se abre. *(La sacude.)* ¡ No cede ! ¡ No cede ! ¿ Cómo entraré ? *(Se oye el zumbido de las avispas.)*

## ESCENA V

### DICHA. EL GNOMO Y LAS AVISPAS

GNO. — *(Con burla.)* ¡ Ja, ja, ja ! Ya sabía yo que nos volveríamos á encontrar.

ALE. — ¿ Qué queréis ? ¿ Por qué habéis traído estas avispas ? *(Espantando á las avispas que la rodean y zumban.)* ¡ Afuera, afuera de aquí ! Afuera !

GNO. — ¿ Con que quieres entrar en el país de las mariposas, eh ? Bien puedes estar sacudiendo esa puerta la vida entera. Yo no te dejaré pasar y mis avispas defenderán bien la entrada. *(Las avispas se colocan delante de la puerta.)*

ALE. — Le diré á mi madrina que me ayude.

GNO. — ¡ Ja, ja, ja ! Si ella quisiera ayudarte te hubiera dicho el santo y seña, sin el cual no se puede entrar en el país de las mariposas. Y por viva é inteligente que seas no lo adivinarás nunca ni nunca lo sabrás. Por lo tanto afuera de aquí, tú.

ALE. — ¡ Ah ! ¿ eso es todo ? No sospechaba que eso era lo que esperaba, mi buen gnomo. « Luciérnaga, Luciérnaga ». *(Inmediatamente se abre la puerta iluminando al escenario con la viva luz de reflectores ; el gnomo y las avispas se alejan con rapidez y desaparecen. Detrás de la puerta se ven multitud de niñas vestidas de mariposas de varios colores, que corren de un lado para otro como si volaran, y se entrelazan en confusión. Alegría, ofuscada por la viva luz, se detiene en la puerta. Una mariposa llega hasta junto á Alegría.)*

MAR. — ¿ Seréis acaso la princesa Alegría ?

ALE. — Sí, soy yo.

MAR. — Esta tarde he pasado volando por el reino de vuestro padre, y, en qué conflicto le habéis puesto!

ALE. — ¿Qué ha sucedido?

MAR. — El guomo Avispa ha preparado un gran ejército de avispas y mañana va á atacar el palacio. (*Vase*).

ALE. — (*Cae de rodillas*;) ¡Oh, mis pobres padres! (*llora*) ¡que va á ser de ellos! ¡Y por culpa mía! ¡Ay mis pobres, mis queridos padres! ¡Ah, si los pudiera salvar! ¡Madrina, madrina! si llego á encontrar á la mariposa y vuelvo á mi casa, prometo ser caritativa, humilde y obediente. ¡Ay papá! ¡mamá querida! (*llora fuerte*.)

## ESCENA VI

### DICHA Y RAYO DE SOL

*De entre la multitud de mariposas, avanza Rayo de Sol y levanta á Alegria.*

ALE. — (*Abrazando al hada*;) ¡Oh, mis pobres padres!

HADA. — Los salvaremos, Alegria. Ahora tengo el poder para hacerlo porque me lo has dado. Nada podía hacer mientras tú, sólo pensabas en tí. Pero al fin has derramado lágrimas por los dolores de los demás; al fin has sabido lo que es padecer y sabrás compadecerte de los padecimientos ajenos. ¿Ves allí, aquellas mariposas? Entre ellas está la que has perdido; ven, vamos á buscarla. (*Entran; Hada toca con su varita á una mariposa; ésta presenta la cadenita con la joya*.)

ALE. — ¡Ah! ¡madrina! ¡aquí está! es la mariposa perdida. (*Se vuelve á colocar al cuello la cadenita. Vuelven á la puerta*.)

HADA. — Sí, ésta es; y ahora ven, vamos á consolar á tus pobres padres; ellos ya te esperan; yo envié una mariposa para que les llevara la noticia. (*Toca la puerta con la varita, ésta se cierra*.) Vamos. (*Toma de la mano á Alegria y se retiran*.)

## CUADRO III

### JARDÍN DEL PALACIO REAL

Un hermoso jardín con fuentes, estanques, y en él, cisnes engalanados con cintas y flores; gran profusión de luces y globos de colores y plateados y dorados. Á la derecha, una terraza con escalinata cubierta por una alfombra; cuatro sillones en la terraza; ésta, adornada con plantas, flores, guirnaldas y tules formando pabellones; en el centro del jardín hacia el foro, las tres arpas entre palmeras sobre un césped, el cual puede imitarse por medio de una alfombra verde sembrada de florecitas.

### ESCENA PRIMERA

*Del interior de la terraza sale una mariposa, baja ligero la escalinata y vase por la izquierda. Inmediatamente salen los reyes seguidos de las doncellas y caballeros.*

REY. — *(Á la corte.)* ¿Habéis oído? Pronto llegará nuestra princesa Alegria con el hada Rayo de Sol, su madrina. Ella es quien nos devuelve nuestra querida hija. ¡Regocijaos todos! *(Á un paje.)* Dad aviso á la orquesta inmediatamente que las veáis llegar, para recibir las con las mayores muestras de alegría. *(El paje se inclina y vase por la izquierda. Las doncellas arpistas, bajan y van á colocarse junto á las arpas. Entran corriendo por la izquierda, la niña y el niño del primer cuadro, batiendo palmas y gritando.)*

NIÑO Y NIÑA. — ¡Ya vienen, ya vienen! *(La orquesta, entre bastidores, entona una marcha triunfal, las arpas acompañan.)*

### ESCENA II

#### DICHOS, RAYO DEL SOL Y ALEGRÍA

*(Apenas las ven, los reyes se precipitan por la escalinata seguidos de la corte; abrazan y besan con efusión á Alegria y al hada; las doncellas y los caballeros rodean el grupo, las primeras abrazan á*

*Alegría y besan la mano al hada: los segundos besan la mano á Alegría. Si lo creyeren oportuno, para el mayor efecto podrían cantar todos, algún coro adecuado á la situación. Terminada la música ó el coro, el hada se vuelve á los reyes.)*

HADA. — Ha llegado el momento de revelaros el misterio de la mariposa, la joya que lleva puesta la princesa Alegría.

Escuchad todos con atención, os lo ruego. Poco tiempo antes de que tú nacieras, *(á Alegría)* el rey de un lejano país se vió despojado de su pequeño hijo; pues, el gnomo Avispa se lo había robado. Apelo á mí, pero yo no pude ayudarlo sino de una manera. Me vi obligada á transformar el niño en mariposa, en cuya forma permanecería hasta que se cumplieran las dos siguientes condiciones: primero, hasta que tú, como eres su dueña, hubieras aprendido á llorar por los sufrimientos ajenos; y segundo, hasta que hubieras derribado al gnomo Avispa. Con mi ayuda has conseguido llenar la segunda y al fin tu corazón ha cumplido la primera; aunque debo decirte que llegué á temblar por la suerte del príncipe. Y ahora, á la obra. *(Con su barita toca la mariposa que lleva al cuello la princesa.)* Volved á la vida, príncipe Pampillón, y haced valer vuestros derechos ante la bella princesa Alegría. *(En este instante se presenta en la puerta de la terraza un caballero con rico traje de príncipe.)* ¡Mirad! *(Señala al príncipe. Todos se vuelven asombrados á mirar al príncipe.)*

### ESCENA III

#### DICHOS Y EL PRÍNCIPE

PRIN. — *(Avanza majestuoso y gentil; baja la escalinata, llega hasta junto á Alegría; dobla una rodilla en tierra y le besa la mano.)* Gracias, mi bella princesa, por haberme libertado. *(Se levanta y se inclina besando la mano al hada.)* Y gracias á vos, poderosa y bondadosa hada.

ALE. — ¡Oh, mi madrina! ¡qué poder tan grande tienes y qué bien lo empleas!

REY. — *(Abrazando al príncipe.)* Bien venido seáis, hijo mío.

REINA. — *(Abrazándolo.)* Bien venido, querido hijo.

REY. — (*Á los cortesanos.*) Nobles doncellas y nobles caballeros: os presento al príncipe Papillón; al que en breve será nuestro hijo y vuestro futuro rey. Y ahora, siendo éstos, momentos de grande dicha para la corte, os suplico que gocéis y os divirtáis. Id, pues. (*Á un paje.*) Avisad á la orquesta y que comiencen las danzas. (*El paje se inclina y se retira. Las damas y caballeros hacen una reverencia y se esparcen por el jardín; unax, se sientan y conversan, otras, se toman del brazo y pasean; comienza la música muy quedo á tocar una pieza de baile; algunas de las damas y caballeros comienzan á bailar y bailando se retiran de la escena para volver á intervalos y volver á retirarse. Al comenzar el hada la leyenda de la Tortuga, se apaga más la música hasta que cesa por completo, y todas las doncellas y caballeros se retiran.*)

REY. — Sentaos mi querida Rayo de Sol. (*Le indica un sillón; ella se sienta; la reina también; se sienta el rey, y el príncipe ofrece la mano á Alegría y la acompaña al sillón junto al hada, el permanece de pie detrás del sillón. El niño y la niña se sientan á los pies de Alegría.*) Decidnos, nuestra bella y poderosísima Rayo de Sol ¿cómo podremos agradeceros tan grandes favores?

REINA. — ¡Querida amiga, cuán buena habéis sido para con nosotros! ¿Cuánto os debemos!

ALE. — ¡Oh, mi querida madrinita! (*Abrazándola.*) Por tí, seré siempre feliz. Por tí, sólo.

HADA. — Es una gran satisfacción para mí, y mucha recompensa el haberte hecho encontrar el camino de la verdadera dicha, y el haberte salvado.

ALE. — ¿Salvado? ¡Ah! de ese pérfido gnomo Avispa. Pero lo castigarás, ¿verdad madrina?

HADA. — Sí; pero hay otra potencia mayor de la que no hubiera podido ni podría salvarte, si tú, volvieras á ser la soberbia y despiadada princesa.

ALE. — (*Con temor.*) Explicate, madrina; ¿de qué no podrías salvarme?

HADA. — ¡Ah! ¿Tú, no sabes la historia de Esplendor, la bella y orgullosa hija del rey Mago?

ALE. — ¿Yo? ¡No!

HADA. — ¿Nunca te han narrado la leyenda de la Tortuga Encantada?

ALE. — Nunca.

HADA. — Pues bien, escúchala, y no la olvides. (*Comienza á narrar; todos escuchan con atención; la reina indica al príncipe que se sienta; él, acerca una silla y se sienta.*) En los tiempos del rey Mago, existía una tortuga á la que llamaban « La Tortuga Encantada »; esta tortuga, tenía por morada el magnífico jardín del



suntuoso palacio del rey Mago. El maravilloso palacio, todo de mármol revestido de marfil, con relieves de plata é incrustaciones de nácar, con sus gigantescas estatuas de bronce y de oro, relucientes bajo los rayos del sol, se erguía soberbio, majestuoso, imponente, dominador, en el centro de un lago cuyas aguas, transparentes y tranquilas, dejaban ver en su fondo multitud de piedras preciosas. Mas no era éste su nombre, como ustedes podrían suponer los habitantes de aquel reino le habían impuesto el nombre de « Lago de la Sirena Encantadora ». La tortuga encantada, con su andar lento, perezoso, tardo, alcanzaba durante el día á recorrer todo el jardín, aquel delicioso jardín del palacio de marfil; y cuando cerrada ya la noche, lo alumbraba la vaga luz de la luna, dirigíase

la tortuga á la orilla del lago, frente á la escalinata principal de la regia mansión; allí, estiraba su rugoso cuello, levantaba su pequeña cabeza, abría la boca enseñando sus dientecitos menudos y blanquísimos; y un grito intenso, prolongado, como el de un alma herida de muerte, repercutía por todos los ámbitos de aquel palacio y de aquel jardín, mientras la tortuga, caía pesadamente en las aguas del lago. Y entonces al chocar con el agua la tortuga, acontecía algo de extraordinario, de asombroso; de

entre las tersas aguas, bajo los rayos de la luna que alumbraba la transformación prodigiosa, surgía como por arte mágico, una figura blanca, tenue, aérea, envuelta en diáfanos velos que arrastraba sobre la superficie de las aguas, mientras con los pies apoyados en el dorso de carey, se deslizaba lentamente por las tranquilas ondas del lago; en sus ojos, vueltos al cielo, sin expresión, casi apagados, temblorosas lágrimas brillaban con reflejos de chispas diamantinas; llevaba una lira apoyada en su seno y de ella arrancaba notas tristes, que jumbrosas como ayes de moribundo, con las que acompañaba su canto; un canto lento, suave, impregnado de honda melancolía, saturado de recuerdos y reproches, de arrepentimientos y promesas, de suspiros y sollozos. Y mientras la fantástica aparición seguía desliziéndose lentamente por las ondas tranquilas, en medio de aquel silencio de agonía, interrumpido sólo por la voz de aquella sombra dolorida, las aguas del lago con su murmullo, las hojas de los árboles con el susurro, y con su soplo el viento, narraban una extraña y pavorosa historia. En su raro lenguaje decían: « Esplendor, la bellísima hada de estos jardines, la hija del poderoso rey Mago, la que llamaron Sirena Encantadora por su gracia gentil y hermosura soberana, para siempre mora en la horripilante piel de esa tortuga. La arrogante dueña de estos lugares era soberbia, altanera y desdenosa. La elegida de la Belleza, del Poder y la Riqueza, no concebía que alguien fuera más poderoso que ella, no permitía que nadie la venciera, ni suponía que existiese quien dejara de admirarla, quien no se inclinara reverente ante el deslumbrante poder de su opulencia y de su hermosura. Una Potencia mayor la castigó. Una tarde, en el gran vestíbulo del palacio de marfil, reclinada en su trono de nácar y esmeraldas, recibía homenajes de aduladores grandes y pequeños; pasó el águila habitante de la Roca del lago; no se detuvo, y con sus grandes alas veló á la bella y orgullosa princesa, ocultándola por un instante á los rastreros aduladores. Esplendor, roja de cólera, desafió al atrevido pájaro; éste aceptó el reto, esperando á la poderosa princesa en la cumbre de su vivienda. Esplendor, comenzó el ascenso de la peligrosa roca; el águila, con las alas tendidas, los ojos fulgurantes, el pico abierto, las garras prontas, ya se

lanzaba sobre la presa... Mas... el Excelso poder que crea y destruye, que levanta y derriba, que perdona y castiga, soplo sobre la orgullosa hija de la tierra; ésta sintió el vértigo... vació... arrojó un grito... se abandonó al vacío, y desde la altura de la Roca del Águila cayó al fondo de las aguas del lago.

La soberbia y atrevida Sirena Encantadora, fué transformada en una lenta y horrible tortuga. (*Alegria inclina la cabeza, pensativa.*) ¿Has escuchado con atención? ¿Has comprendido, mi querida Alegria? ¡Oh sí, madritita querida, sí! Guárdare bien en mi memoria esta leyenda, y nunca la olvidaré.

HADA. — Así lo espero. Mis queridos amigos, debo anunciaros mi partida y con ella una sorpresa que os reservaba. Para que no podáis temer nada del gnomo Avispa, le hice prender y encarecer con todo el ejército de avispas, menos veinte; las que deben acompañar hasta aquí, a veinte mariposas bailarinas de mi corte, para que os rindan homenaje. (*Se oye el zumbido de las avispas y gran ruido de alas.*) Ya llegan.

REY. — (*llamando.*) ¡Pase Mirto! (*Se presenta el paje.*) Avisad a la corte que deseamos vuelva al jardín, a reunirse. (*Paje se inclina y cace.* El rey se levanta, los demás hacen otro tanto; ofrece la mano al hada, ésta, sonriente y con ademán gracioso indica la reina, y abraza a Alegria; la reina, se inclina ante Rago de Sol, por su fineza, y da la mano al rey quien la acompaña a un sillón, en la terraza; les siguen Alegria y el hada abrazadas, quienes también se sientan en dos sillones de la terraza; último sigue el príncipe, quedándose de pie detrás del sillón de Alegria. Los dos niños siguen a Alegria y se sientan a sus pies. Entran las damas y caballereros, se inclinan ante los reyes y se sientan en los sillones, sofás y sillas del jardín. Los arpistas toman su puesto. Durante la escena describe, la orquesta locará a intervalos y muy quedo.)

#### ESCENA IV

##### DICHOS, LAS MARIPOSAS Y LAS AVISPAS

Entran las mariposas, seguidas de las avispas; la música prorrumpe en un *allegro*; las mariposas y las avispas se desbandan por el jardín como si volaran; luego se reúnen delante de los reyes; hacen una profunda reverencia; luego bailan una gavota ó un minué, acompañadas por la orquesta, siendo las avispas los caballeros. Cuando hayan terminado, vuelven á hacer una reverencia; todos aplauden con entusiasmo, y las mariposas y avispas se desbandan por el jardín.

ALE. — ¡Ah, madrina! ¡qué hermoso es esto! (*Las damas y caballeros hablan entre sí.*)

DAMAS Y CABALLEROS. — ¡Qué hermosas mariposas! ¡Qué bien bailan! ¡Esto es hermoso! ¡Debieran repetir!

HADA. — (*Se levanta.*) Mis amigos queridos, permitidme que me retire. (*Los tres se levantan; la corte hace lo mismo.*)

REY Y REINA. — ¡Ya? ¡No es posible!

HADA. — No puedo permanecer por mayor tiempo fuera de mi reino. (*Á Alegría.*) Haz que traigan mi carroza, te lo ruego.

ALE. — Sí, madrina. (*Se vuelve al niño.*) Vé, y haz traer la carroza de la princesa Rayo de Sol. (*El niño baja la escalera y vase por la izquierda de la terraza.*) ¡Ya nos dejás, madrinita!

HADA. — No tardaré en volver á visitaros. Mientras tanto no te olvides, mi querida Alegría, de la Tortuga Encantada, ni de saber conservar tu felicidad y tu poder. (*Se oyen las campanillas y aparecen las palomas con la carroza. Hada abraza á la reina, á Alegría, saluda al rey y al príncipe; al bajar la acompañan; Rayo de Sol hace una reverencia á las damas y caballeros; éstos corresponden, y todos la acompañan hasta la carroza; el príncipe y Alegría la ayudan á subir; cuando está sentada, se vuelve y dice á Alegría.*) Las avispas y mariposas se quedan en el palacio hasta terminados los festejos. (*Las avispas y mariposas rodean la carroza.*)

*Hada hace un ademán imperioso.)* Id vosotras, y danzad. *(Toma las bridas y vase.)*

## ESCENA ÚLTIMA

DICHOS, MENOS RAYO DE SOL

La música comienza un vals. Los reyes y los príncipes vuelven á la terraza; las doncellas y caballeros se sientan; las mariposa y avispa vuelven á bailar. Mientras, baja el telón.



# TRAVIESA

*A la inteligente Lola Vidal.*

*A ti, niña querida, alma de artista, mi  
ángel inspirador, dedico esta comedia, tes-  
timonio de profundo cariño y sincera admi-  
ración por tu talento y tus virtudes.*

*Tu maestra.*

J. Uco.

## PERSONAJES

ANGELITITA, niña de diez años.

MISIA LUISA, señora de unos cuarenta años.

JACINTA, vieja criada.

MISIA AGUSTINA, abuela de Angelita.

ARTURITO, niño de 6 á 8 años.

LUCÍA, mamá de Angelita.

La acción se desarrolla en una casa de campo de Misia Luisa, en las inmediacio-  
nes de Buenos Aires.

Época actual



Cuarto de estudio. Puertas laterales; en el foro una gran ventana por donde se ve el jardín y un gran cerezo. Piano, escritorio, sillas, sillones, sofá, una mesita; un silloncito de hamaca.

### ESCENA PRIMERA

Misia Luisa de pie junto al escritorio buscando sus lentes. Angelita arriba del cerezo sentada en una rama, oculta por el follaje.

MISIA LUISA. — ¿Dónde los habré puesto? Aquí no están. (*Mira sobre el piano.*) Sobre el piano... tampoco. (*Sigue buscando.*) En fin, no los encuentro. Y sin embargo tengo la seguridad de haberlos dejado encima de este libro cuando hace un momento acudí á los gritos de esa traviesa.

### ESCENA II

DICHA Y JACINTA *entra por la derecha (derecha é izquierda del actor)*

JAC. — Mala, pícara, perversa. Esta me la vas á pagar. Atrevida.

MIS. LUI. — ¿Con quién está tan enojada, Jacinta?

JAC. — Con quien ha de ser sino es con ese diablo de siete cuernos que nos han traído aquí para nuestros pecados. Pero mire, misia Luisa, le advierto que ya voy perdiendo la paciencia; y en cualquier momento que se me vuelen los pájaros, le doy una buena tunda y se la plantifico de patitas en la calle.

MIS. LUI. — (*Con reproche.*) ¿Jacinta!

JAC. — Sí, señora, como lo acabo de decir; de patitas en la calle. ¿Qué se figura esa mocosa? ¿que le voy á estar soportando todas sus impertinencias, calladita la boca! ¿soy algún firulete para jugar conmigo? Ya estoy cansada, cansadísima de todas las travesuras de esa malvada, como lo ha de estar todo bicho viviente de la quinta. ¿Pobres aves del corral si pudieran hablar! ¿y los pollitos, los conejitos, los pajaritos, las plantas, las flores y hasta las piedrecillas del jardín, ¿qué coro de alabanzas entonarían contra esa calamidad! ¿Si ni á los gatos deja vivir en paz! ¿Usted no sabe, misia Luisa, qué nueva travesura me acaba de hacer?

MIS. LUI. — ¿Qué le ha hecho? Cuénteme.

JAC. — Al volver del mercado, voy á servirme de la olla grande y veo sobre la tapa dos planchas. Saco las planchas imaginando ya una travesura de ese pícaro demonio; no bien las hube sacado, salta la tapa y sale de la olla pegando un brinco, toda esponjada, enfurecida, dando bufidos. Totita, la gata blanca, á quien había atado al enello una docena de cascabeles.

Me llevé un susto ¡ay San Antonio bendito! ¡por poco más me mnero! Chiquilina perversa.

MIS. LUI. — ¿Qué traviesa! La amonestaré, Jacinta.

JAC. — ¿Y lo dice con esa pachorra? No sé de dónde saca usted tanta paciencia ni cómo se avenga á esta vida de sobresaltos y disgustos que le da esa traviesa mal criada. ¿Por qué no se la devuelve á su madre? Que se las arregle ella como pueda.

MIS. LUI. — Sabes muy bien, Jacinta, que esto no lo puedo hacer. La mamá es muy amiga mía; su salud, ya quebrantada por la muerte del esposo, se va agravando á causa de la mala conducta de Angelita; yo, en nombre de esa amistad me encargué de su educación y le prometí devolvérsela completamente cambiada.

JAC. — Perdone, pero me parece que ha hecho usted muy mal en prometer lo que es imposible cumplir.

MIS. LUI. — ¿Quién sabe! Si esta niña tiene corazón...

JAC. — ¡Válgame Dios, misia Luisa! ¿Cómo puede usted suponer que ese demonio tenga corazón? Lo que soy yo, creo á pie firme que en su lugar le han puesto una cebolla.

MIS. LUI. — Pero, Jacinta, compéndalo de una vez; la educación el ejemplo, el trato...

JAC. — No me venga con cuentos, misia Luisa, no me venga con cuentos de que el corazón de los niños se forma por la educación, el ejemplo, el trato. ¡Qué se va á formar! Oiga: el que viene al mundo sin éste, (*señalando el corazón*) para mí, no hay ejemplo ni educación que valga á formarlo; y el que nace travieso, malo, perverso, embustero, irrespetuoso, respondón, insolente, pícaro y atrevido, así continuará siendo todos los días de su vida hasta el día de su muerte.

MIS. LUL. — ¡Cómo se equivoca, Jacinta! Yo que he seguido paso á paso la transformación de tantas de esas almitas, tengo fe en mi empresa y espero ser victoriosa.

JAC. — ¡Es obstinación la suya! ¿Qué va á sacar con eso?

MIS. LUL. — Cumplir dos buenas acciones; devolver la salud á la madre por medio de la hija completamente transformada.

JAC. — Pero si tal cosa no lo conseguirá nunca. Créame, misia Luisa, mejor es dejar que el agua siga su corriente. Desista.

MIS. LUL. — ¿Desistir? Jamás.

JAC. — ¿Apostemos á que no se sale con lo suya?

MIS. LUL. — Perderá.

JAC. — Ganaré.

MIS. LUL. — Perderá; Angelita tiene corazón. (*Acción de Jacinta.*)  
¡Quién sabe! bastará un hecho, una circunstancia cualquiera para hacerlo despertar, y el día en que éste se despierte hablará.

JAC. — Ese será el día del juicio final.

MIS. LUL. — (*Sonriendo.*) Vea, Jacinta, usted entiende muy bien de cocina; váyase á ella que hace ya mucho rato que falta.

JAC. — Sí, señora; tiene razón. Vamos á ver si esa pícara me habrá hecho una nueva travesura. (*Ya en la puerta se vuelve dándose una palmada en la frente.*) ¡Ah! se me había olvidado lo que venía á buscar.

MIS. LUL. — ¿Qué venía á buscar?

JAC. — La espumadera.

MIS. LUL. — ¿La espumadera? ¿Y la viene á buscar aquí, en el escritorio? ¡Es ocurrencia la suya!

JAC. — Ocurrencia la de esa traviesa el haberla escondido.

MIS. LUL. — ¿Cómo puede decir que es ella?

JAC. — ¿Quién ha de ser sino es ese duende maligno que aquí vino á habitar para mi desesperación y la suya?

MIS. LUI. — ¡Pero mujer, venir á buscar la espumadera en mi escritorio!

JAC. — Pero señora, ¿no ha ido usted el otro día á buscar sus lentes en el gallinero?

MIS. LUI. — ¡Ah, mis lentes! los estaba buscando. ¿Los ha visto usted, por casualidad?

JAC. — Sí, señora; hoy andaban en la cocina.

MIS. LUI. — ¿En la cocina?

JAC. — Ya ve si tengo motivos para venir á buscar la espumadera en su escritorio.

MIS. LUI. — Vaya á traérmelos.

JAC. — He dicho que estaban y no que están.

MIS. LUI. — ¿Ya han desaparecido de la cocina?

JAC. — ¡Claro! como la espumadera.

MIS. LUI. — Busque á Angelita y tráigamela.

JAC. — ¿Traerla? Este si que es un asunto complicado. ¿Vaya usted á saber ese abrojo de dónde se habrá prendido!

MIS. LUI. — Búsquela, necesito mis lentes.

JAC. — Y yo mi espumadera. *(Vase por la derecha llamando.)* ¡Angelita!... Angelita!...

### ESCENA III

MISIA LUISA, *sola*

MIS. LUI. — En verdad que es un asunto serio con esta niña. Estoy por creer que sino empleamos algún medio enérgico... Hay que encontrarlo, sino...

JAC. — *(Pasa frente á la ventana por debajo del cerezo llamando.)* ¡Angelita!... *(Se oye un silbido de Angelita; Jacinta se para, mira á su alrededor; sigue llamando.)* ¡Angelita! diablo, ¿dónde se ha metido? *(Desaparece.)*

MIS. LUI. — Si me atreviera... hace mucho que lo pienso pero... en fin, veremos. Hoy ha de venir misia Agustina, su abuelita; lo consultaré con ella y tal vez... *(Entra Jacinta por la puerta opuesta de donde salió.)*

ESCENA IV

DICHA Y JACINTA

JAC. — Misia Luisa, no la encuentro.

MIS. LUI. — ¡Dios mío! ¿dónde estará? hace mucho rato que no la veo ni la oigo. ¿Habrá pasado alguna desgracia?

JAC. — Tal vez ha salido de la quinta y se ha perdido como ayer.

MIS. LUI. — ¡Ó caído en el estanque. Venga, vamos á buscarla. (*Dirigiéndose á la puerta, seguida de Jacinta.*) ¡Angelita!... mi hijita...

JAC. — Esta criatura nos va á poner las canas verdes. (*Llamando fuerte.*) ¡Angelitaaa! (*Angelita vuelve á silbar desde el árbol, Luisa y Jacinta se paran y se miran un momento en silencio; otro silbido.*)

MIS. LUI. — ¿Ha oído, Jacinta?

JAC. — Es la segunda vez. (*Angelita comienza á cantar, primero muy quedo, después poco á poco levanta la voz; escuchan un momento.*)

MIS. LUI. — Cantan ¿oye? (*Escuchan.*)

JAC. — Esa es la voz de angelita.

MIS. LUI. — Sí; es ella. ¿Dónde estará?

JAC. — No parece muy lejos.

MIS. LUI. — Es en el jardín; aquí cerca. (*Acercándose á la ventana.*)

JAC. — Sí, señora; por aquí es.

MIS. LUI. — ¡Angelita! ¿dónde estás? (*Momento de silencio en que se oye fuerte y claro el canto.*)

JAC. — ¡Demonio, responde!

ANG. — (*Suelta una carcajada y luego grita.*) ¡Bicho feo!

JAC. — Véala, señora, allá arriba del cerezo. (*Misia Luisa se acerca y mira.*)

ANG. — (*Suelta otra carcajada y grita.*) ¡Sí, aquí estoy!

MIS. LUI. — ¡Jesús de mi vida! No te muevas. ¡Espera! Tè vas á caer. Jacinta, vaya á traer la escalera. (*Jacinta se va presurosa y aparece casi en seguida arrastrando una escalera de manos.*) ¡Ah criatura! ¡criatura traviesa! ¡qué momentos me haces pasar! ¡qué de zozobras! (*Á Jacinta.*) Apóyela al tronco, y ayude á bajar á esa pícara.

ANG. — *(Al ver los esfuerzos que hace Jacinta por llevar la escalera, se burla de ella riéndose.)* ¡Uf! qué pesada había sido la escalera. ¡Ah! ya no puede más. ¡Pobre Jacinta! ¡Ja, ja, ja!

JAC. — ¡Todavía se burla! ¡canalla! ¡bribona! ¿A que la dejo que se baje sola y se rompa la cabeza.

ANG. — ¿A que no lo hace?

MIS. LUI. — Cállese y baje.

JAC. — *(Que ha apoyado la escalera.)* Apoye el pie firme, así... baje sin temor, yo le sostengo la escalera.

ANG. — *(Al llegar al último escalón aparta á Jacinta.)* Sepárese un poco. *(Jacinta se separa. Angelita da un salto echa á correr y entra á la escena dando un salto por la ventana; á Jacinta.)*

¿Ver quien salta más pronto.

## ESCENA V

### DICHAS Y ANGELITA

*Angelita lleva colgadas de las orejas un par de cerezas á manera de aros; un ramito en el pecho, una coronita en la cabeza; una cereza en el ángulo de la boca, y los bolsillos del delantal, repletos. Risueña, atrevida, se planta delante de misia Luisa.)*

ANG. — Aquí estoy, misia Luisa; ¿por qué me llamaba?

JAC. — Véanla, con que descaro.

ANG. — *(Se vuelve rápida y en tono autoritario.)* Usted llévase la escalera, meterete.

MIS. LUI. — *(Reprochándola.)* ¡Angelita!

JAC. — *(Mientras se lleva la escalera.)* ¡Lucifer! *(Jacinta se va.)*

MIS. LUI. — *(Se acerca á Angelita, la mira un instante con tristeza.)* ¡Pobre criatura! ¡cuanto te compadezco!

ANG. — *(Con ceño.)* ¿Por qué me compadece?

MIS. LUI. — Porque advierto con dolor que no solamente eres traviesa, también eres mala; y á los malos se les compadece porque siempre son desgraciados.

ANG. — *(Mortificada inclina la cabeza; luego la levanta resuelta.)* ¿A los malos se les castiga, no se les compadece. ¿Por qué no me castiga si soy mala?

MIS. LUI. — Porque deseo vencer tu alma rebelde por la dulzura, doblegarla por la bondad.

ANG. — (*La mira largo rato; queda un instante pensativa; después se mira los manos, y se toca una rodilla como si sintiera dolor. Como hablando consigo mismo.*) Hace días, subí arriba de aquel peral tan alto y bajé sola; me desgarré los vestidos, me lastimé las manos, esta rodilla, y estuve á punto de caer.

Es verdad que he sido mala con Jacinta, quien me ha hecho un gran servicio alcanzándome la escalera. (*Entra Jacinta.*) Jacinta, me he burlado de usted mientras era tan buena conmigo y me libraba tal vez de una caída. Gracias; y... (*Se le acerca con gracia.*) ¿me perdona?

Jacinta, asombrada mira á Misia Luisa; ésta la mira sonriendo con aire de triunfo como queriendo decir: — Ves, ¿qué te decía yo?

MIS. LUI. — (*Aparte.*) Tiene corazón, venceré.

JAC. — (*Aparte.*) ¿Me habré equivocado? Perderé.

ANG. — ¿No me perdona?

JAC. — (*Con ternura.*) Sí, mi hijita; la perdono... Pero, díganos ¿porqué se subió al cerezo á darnos semejante susto?

ANG. — Para comer cerezas.

JAC. — Y adornarse con ellas según parece.

ANG. — ¿Verdad que me sientan muy bien?

MIS. LUI. — Has hecho muy mal en hacerlo. Sabes que no me gustan las niñas golosas.

ANG. ¿Y por qué no las ponen en la mesa?

JAC. — Porque todavía no están maduras.

ANG. — ¿Que no están maduras? (*Sacando un gajito del bolsillo y brindándola á Jacinta.*) Pruébelas, y verá como se deshacen en la boca de puro maduras que son. (*Cambiando de tono.*) Pero es cierto, he hecho mal. ¿Me perdona, misia Luisa?

MIS. LUI. — Con tal de que no lo vuelvas á hacer.

ANG. — ¿Y usted, Jacinta, me perdona también esto?

JAC. — Sí, mi hijita también esto. (*De pronto recuerda la travesura del gato.*) Y lo del gato, ¿eh? Eso sí que no se lo perdono.

ANG. — (*Soltando una carcajada.*) ¡Ja, ja, ja, ja! ¿Se asustó mucho?

JAC. — Y se ríe la muy sinvergüenza. (*Acordándose.*) ¡Ah! ¿y la espumadera?

ANG. — ¿No la encontró?

JAC. — ¿Adónde ha puesto usted la espumadera?

ANG. — Adivine.

JAC. — ¿Qué descaro!

MIS. LUI. — Angelita, di pronto donde la has puesto.

ANG. — Mire Jacinta...

JAC. — (*Con enojo.*) Doña Jacinta, irrespetuosa.

ANG. — Bueno, doña Jacinta (*recalcando la palabra*), usted la busca y yo le digo frío, cuando está lejos; tibio; cerca, caliente, más cerca, y se quema, cuando está muy cerquita. A ver si así la encuentra.

JAC. — Chicuela impertinente. ¿Cree que me voy á prestar á sus caprichos? La ocurrencia de esta mal criada. (*Al decir esto caminando, se acerca al piano.*)

ANG. — Tibio, tibio... (*Jacinta no le hace caso, sigue andando y se acerca más al piano.*) Caliente, caliente.

MIS. LUI. — ¿Con qué la has traído aquí?

ANG. — No sé.

JAC. — ¿Es claro! ¿Qué le decía yo, misia Luisa? (*Se aleja del piano.*)

ANG. — Frío. (*Jacinta se aleja más buscando con los ojos dónde podría estar la espumadera.*) Frío... como el agua del río...

JAC. — (*Se acerca de nuevo al piano y se apoya en él cruzándose de brazos.*) ¿Dónde estará?

ANG. — Se quema, se quema.

JAC. — (*Mira alrededor cerca de sí sin atinar á adivinar.*) ¿Pero dónde la has puesto?

ANG. — (*Corre al piano, lo abre con rapidez y saca una espumadera de encima del teclado. Se vuelve sosteniéndola con las dos manos. Aquí. Tome su espumadera doña (recalcando la palabra) Jacinta. (Ésta la recibe y hace ademán como para castigarla con ella, aunque moderado, pero se contiene haciendo una mueca; Angelita suelta una carcajada.)*) ¡Ja, ja, ja!

MIS. LUI. — ¿Ha sido ocurrencia la tuya, mi hijita!

JAC. — Pregúntele por sus lentes, misia Luisa.

ANG. — (*Previniendo la pregunta.*) ¿Sus lentes? los tiene puestos mi muñeca.

JAC. — ¡Ya lo ve! ¡Su muñeca!

ANG. — Estuve jugando con ella á las maestras y para darle aparien-  
cia le coloqué los lentes. Voy á traerlos. *(Se va corriendo y vuel-  
ve en seguida con una muñeca grande, vieja, sin cabellos, sin un  
brazo, la nariz rota y sin un ojo).* ¿Ve, misia Luisa, qué bien  
le quedan? ¿No parece una profesora? Como ya no los precisa se  
los devuelvo. *(Los saca de la muñeca y se los da á misia Luisa.)*

MIS. LUI. — Pero... mi hijita...

JAC. — *(No pudiendo contenerse la interrumpe.)* Sería mejor que estu-  
diara en vez de jugar con la muñeca. ¡Una niña de once años!...

ANG. — *(Se vuelve rápida.)* Tengo diez años y no once.

JAC. — Once.

ANG. — *(Se le acerca amenazadora.)* Diez.

JAC. — ¡Y jugar con una muñeca tan fea!

ANG. — *(Furiosa.)* ¿Fea? ¿fea Mariquita? *(Agarra la muñeca por las  
piernas y hace ademán de querer pegar con ella á Jacinta.)* Fea  
será usted, lechuza.

MIS. LUI. — *(Interrompiendo.)* ¡Angelita!

JAC. — ¡Jesús me ampare! ¡Esta chica es una víbora! ¡Y se llama  
Angelita!

MIS. LUI. — No se altere Jacinta; vaya á la cocina; yo la reprenderé.

JAC. — Sí, me voy, me voy á mi cocina; pero usted perderá, señora  
perderá. *(Se va furiosa; á Angelita.)* Demonio, diablo, Lucifer,  
Belcebú.

## ESCENA VI

### MISIA LUISA Y ANGELITA

ANG. — *(La mira un momento con ceño; luego se vuelve calma hacia  
misia Luisa.)* ¿Qué es lo que perderá, señora?

MIS. LUI. — Tal vez... nada, y quizás... mucho. *(Lentamente va á sen-  
tarse al escritorio observando siempre á Angelita.)*

ANG. — *(Se sienta en el silloncito, acomoda su muñeca y la contempla  
con cariño.)* ¡Pobre Mariquita! *(La besa.)*

MIS. LUI. — *(Aparte).* Y sin embargo quiere á la muñeca; entonces  
no me equivoco, tiene corazón.

ANG. — *(Repentinamente hace una mucca de desdén, se levanta, se acerca*

*á la ventana con rapidez y arroja por ella á la muñeca.)* ¡Mamarra-cho! *(Luego se vuelve tranquila, se sienta en el silloncito y comienza á comer las cerezas que tiene en el bolsillo hamacondose.)*

MIS. LUI. — *(Estupefacta se queda un momento sin poder hablar por la sorpresa.)* ¿Qué has hecho, criatura?

ANG. — *(Con calma.)* He tirado á Mariquita.

MIS. LUI. — ¿No la querías?

ANG. — *(Con morimiento de hombro despreciativo llerándose á la boca una cereza.)* ¿Qué la iba á querer!

MIS. LUI. — ¿Ni un poquito?

ANG. — Ni un poquito. ¡Me hacía hacer cada papelón!... También un chico ayer se rió de ella. Tenía razón; era un mamarracho.

MIS. LUI. — *(Con desaliento.)* ¿Me habré engañado? ¿en esa criatura encantadora, no existirá ni una partícula de corazón? Jacinta, en su ignorancia ¿habrá dicho la verdad? ¿Perderé? ¡Pobre amiga mía! Angelita, venga á dar sus lecciones.

ANG. — *(Aparte y con la boca llena.)* Ya empezamos con las lecciones. *(Alto.)* Déjeme acabar las cerezas ¿quiere?

MIS. LUI. — No; señor; venga en seguida. *(Angelita no se mueve.)* Muévase.

ANG. — *(Levantándose despaciosa.)* Voy, voy. *(Con un suspiro.)* ¡Ah, qué sacrificio! *(Adelantándose paso á paso, deteniéndose de cuando en cuando.)*

MIS. LUI. — Á ver si se apresura. ¡Vamos; Dios mío, qué paciencia! Siéntese. *(Angelita se sienta al escritorio frente al público.)* Saque sus libros.

ANG. — *(Aparte, sonriéndose maliciosamente.)* ¡Lo que es hoy, te vas á lucir!

MIS. LUI. — ¿Oye?

ANG. — Los libros no están aquí.

MIS. LUI. — ¿Adónde están?

ANG. — En el gallinero.

MIS. LUI. — *(Reprimiendo un acto de ira.)* Vaya á traerlos.

ANG. — No puedo.

MIS. LUI. — ¿Por qué no puede?

ANG. — Porque... no están presentables.

MIS. LUI. — *(Comprende.)* ¡Ah, traviesa, pícaro! ¿se ha quedado otra vez sin libros?

ANG. — Sí, señora; hay que decirle á abuelita que compre otros, pero ella no querrá comprar.

MIS. LUI. — Sí, señorita; le comprará otros, mal que le pese; porque usted ha de estudiar, quiera ó no quiera. Conmigo no se juega. Saque su cuaderno y escriba.

ANG. — *(Saca un cuaderno del cajón del escritorio, lo abre con mucha calma, toma la lapicera y se dispone á sumergirla en el tintero.)*  
No hay tinta.

MIS. LUI. — ¿No hay tinta?

ANG. — No, señora; mire.

MIS. LUI. — ¿Qué se ha hecho de la tinta?

ANG. — *(Encogiéndose de hombros.)* No sé.

MIS. LUI. — ¡Paciencia ayúdame! Escriba con el lápiz.

ANG. — *(Toma un lápiz.)* No tiene punta.

MIS. LUI. — *(Le dirige una mirada severa; Angelita vuelve la mirada á otra dirección.)* Tome el mío. *(Le da un lápiz que lleva con un cordoncito al cuello.)* Escriba lo que le dicto. *(Dictando.)* « La niña traviesa. » *(Angelita le lanza una mirada de través, y escribe; misia Luisa repite.)* « La niña... traviesa. »

ANG. — Ya está.

MIS. LUI. — Escriba debajo: Cuento.

ANG. — *(Después de haber escrito.)* Ya está escrito.

MIS. LUI. — *(Mira el cuaderno.)* ¿Á eso llama usted escribir? Esas no son letras, son garabatos.

ANG. — Hoy no puedo escribir.

MIS. LUI. — ¿Por qué?

ANG. — Porque me duele este dedo. *(Señalando el índice.)*

MIS. LUI. — Embustera.

ANG. — ¡De veras! Mire qué rasguño tengo, ¿no ve? *(Señalando la yema del dedo.)*

MIS. LUI. — Le voy á dar yo rasguño. Siga escribiendo.

ANG. — *(Lloriqueando.)* No puedo... me duele... ¡ay... ay! ¡cómo me duele! *(Sacudiendo la mano, y soplando sobre el dedo.)*

MIS. LUI. — ¡Qué embustera! *(Alto.)* ¿Cuántas veces le he dicho que no mienta; que es muy feo mentir?

ANG. — ¿Y entonces usted por qué miente?

MIS. LUI. — ¿Yo?

ANG. — Sí; el otro día le dijo á una señora amiga suya que no podía acompañarle á paseo porque le dolía mucho la cabeza, y no era cierto.

MIS. LUI. — Cállese la boca, insolente. (*Angelita baja la cabeza no pudiendo soportar la mirada severa de misa Luisa.*) Puesto que hoy no puede (*subrayado*) ni leer, ni escribir, dé su lección de música. Comience por el solfeo.

ANG. — ¡Ay! ese antipático solfeo. No puedo solfear; me duele la garganta.

MIS. LUI. — Saque en seguida el cuaderno ó la castigo.

ANG. — ¡Qué me importa!

MIS. LUI. — ¡Angelita! Le ordeno traer su cuaderno de solfeo. ¿Oye?

ANG. — ¿Lo quiere? Bueno, se lo voy á traer. (*Se levanta, rápidamente se acerca al piano, se arrodilla y saca de debajo del piano junto al suelo un cuaderno completamente manchado de tinta.*)

MIS. LUI. — ¿Dónde lo ha puesto?

ANG. — Aquí debajo, para que usted no lo encontrara. Tome. (*Se lo alcanza.*)

MIS. LUI. — (*Al recibirlo.*) ¿Qué es esto?

ANG. — El cuaderno de solfeo.

MIS. LUI. — ¿En este estado? ¿No tiene vergüenza? ¿Cómo se ha hecho esto?

ANG. — (*Encogiéndose de hombros.*) No sé.

MIS. LUI. — ¿No sabe?

ANG. — Se habrá hecho solo.

MIS. LUI. — ¡Dios me asista! Tiene razón Jacinta; esta chieca nos va á sacar canas verdes. (*Se serena y atrae á Angelita.*) Venga, mi hijita, no quiero castigarla como lo merece porque ya se lo he dicho, deseo corregirla por la dulzura, por la bondad. (*Con cariño.*) Dime Angelita, ¿por qué eres tan mala? ¿No te ruborizas de vergüenza? ¿No te arrepientes de hacernos pasar tan malos ratos? ¿No sientes un poquito de cariño, de gratitud hacia quien tanto te quiere? ¿á quien procura educarte, instruirte, formarte á la vida? ¿Aquí, no tienes un corazoncito que te reproche tus maldades; que se conmueva de ternura y de piedad? ¿que palpite de amor por tus pobres abuelos? ¿Y por tu mamá, pobre-cita... ella siempre enferma... que tanto te quiere, que eres la

luz de sus ojos, el aliento de su vida? (*Angelita ha dejado caer la cabeza sobre el pecho.*) ¿Me prometes, Angelita, ser buena de hoy en adelante? ¿te corregirás? Hazlo por tu mamá... por ella... ¡Responde, pues! Levanta la cabeza. (*Le levanta la cabeza, Angelita la deja caer.*) ¡Nada! Esta criatura es insensible. (*Angelita deja escapar un sollozo sofocado. Misia Luisa la mira, rápidamente le vuelve á levantar la cabeza sosteniéndola por la barba.*) Angelita, levanta los ojos. Mirame. (*Angelita levanta los ojos y la mira con tristeza; misia Luisa fija en ellos la mirada, luego con impetu la abraza con cariño besándola en la cabeza.*) Una lágrima, ví una lágrima en sus ojos! Sí, sí, tiene corazón. Venceré. Y ahora mi hijita me darás tu lección de piano y después te dejo libre por todo el día. Vamos. (*Se dirige al piano, acerca una silla y se sienta al lado del taburete.*)

ANG. — Misia Luisa... permita que hoy no dé la lección.

MIS. LUI. — ¿No la has estudiado? (*Angelita hace señas con la cabeza que no.*) La estudiarás conmigo.

ANG. — Misia Luisa...

MIS. LUI. — ¿Otra vez? ¡Vamos! no vuelvas á ser mala. Ven.

ANG. — (*Vacila un momento, luego resuelta.*) ¡Oh! tanto peor. (*Va al piano y se sienta en el taburete.*)

MIS. LUI. — Comienza las escalas. (*Angelita no se mueve.*) Comienza. (*Angelita intenta poner las manos en el teclado pero no se atreve.*) ¿Qué haces?

ANG. — No sé por cual empezar.

MIS. LUI. — Empieza por la del do natural.

ANG. — (*Hace el mismo juego no atreviéndose á tocar.*) No me acuerdo.

MIS. LUI. — (*Impacientada.*) Salga un momento; yo comenzaré. (*Angelita se levanta y se aleja un poco del piano mirando de soslayo á misia Luisa. Ésta se sienta en el taburete y se dispone á tocar.*)

ANG. — (*Aparte.*) Ahora viene lo bueno.

MIS. LUI. — (*Al tocar la escala nota la falta de sonido de varias notas. Asombrada.*) ¿Qué es ésto? (*Se vuelve hacia Angelita que se aleja siempre más.*) ¿Qué ha hecho usted al piano?

ANG. — Nada.

MIS. LUI. — ¿Cómo es que hay cinco notas que no tocan? ¿Eh? Responda.

ANG. — Yo... no sé.

MIS. LUI. — *(Va á la puerta y llama.)* Jacinta! Jacinta!

## ESCENA VII

### DICHAS Y JACINTA

JAC. — *(Por la izquierda.)* ¿Qué hay señora?

MIS. LUI. — ¿Quién anduvo con el piano? Hay cinco notas que no suenan.

JAC. — *(Con gran asombro.)* ¿Cinco notas! ¿Está segura? Á ver, ¿cuáles son? *(Va al piano y con un dedo toca las notas.)*

MIS. LUI. — Jacinta, ayúdeme á sacar esta tapa. *(Sacan la tapa que cubre el mecanismo del piano. Misia Luisa observa los martillos.)*  
¿Cinco martillos rotos! *(Angelita que poco á poco se habrá retirado lejos, con la cabeza gacha, no responde.)*

JAC. — ¿Cinco martillos rotos! ¿Qué barbaridad! ¿Ahora comprendo! ¿Quién ha de ser, señora! No lo ve quien ha sido. *(Señalando á Angelita.)*

MIS. LUI. — ¿Pero cómo puede haber sacado ella la tapa?

JAC. — La he sacado yo.

MIS. LUI. — ¿Usted?

JAC. — Sí, ahora verá cómo. Esta mañana vino á llamarme esa travesía para que la sacara porque, me dijo, al querer mirar adentro subida en una silla, se le había caído la cadenita que llevaba al cuello; cuando la hube sacado, Angelita que miraba por la ventana, me gritó que alguien llamaba á la verja de la quinta; fui corriendo... no había nadie... Cuando volví me mostró la cadenita que se puso al cuello: yo volví á colocar la tapa sin sospechar siquiera semejante diablura.

MIS. LUI. — Está bien. Coloque eso *(señalando la tapa)* en su lugar. *(Jacinta coloca la tapa. Misia Luisa se acerca de Angelita, calma, severa; Angelita que la está mirando de reojo, al verla acercarse intenta echar á correr y escaparse por la puerta de la que está cerca; misia Luisa ve el movimiento, se apresura y la alcanza en la puerta; la toma de un brazo y la trae al proscenio.)* No, no se me va á escapar. Le he perdonado todas las travesuras de hoy pero ésta

es el colmo. (*La lleva al ángulo de la derecha.*) Aquí, en este rincón, se va á quedar todo el día vuelta contra la pared, con los brazos á la espalda. Y cuidadito con moverse, y con hablar.

JAC. — ¿Quién tiene razón, señora? Se lo he dicho, perderá.

MIS. LUI. — Perderé. ¡Pobre Lucía!

JAC. — (*Al pasar cerca de Angelita.*) ¿Ha visto lo que se gana con ser mala?

ANG. — (*Se vuelve furiosa.*) Usted métase en su cocina. (*Jacinta se va por la derecha.*)

MIS. LUI. — He dicho que no hable. (*Se oye golpear las manos.*) ¿Quién será?

MIS. AGUS. — (*De adentro.*) ¿Se puede?

MIS. LUI. — (*Va á su encuentro por la izquierda.*) Adelante misia Agustina. (*Angelita al oír la voz de misia Agustina hace un movimiento como para correr á su encuentro, una mirada de misia Luisa la detiene y vuelve á su actitud.*)

## ESCENA VIII

### DICHAS Y MISIA AGUSTINA

Entra misia Agustina por la izquierda. Trae un paquete que dejará sobre la mesa.

MIS. LUI. — (*Tendiéndole la mano.*) Buenos días, misia Agustina. ¿Cómo está mi querida señora? (*Le indica sentarse.*)

MIS. AGUS. — Á Dios gracias, de salud, bien.

MIS. LUI. — ¿Y Lucía?

MIS. AGUS. — Lucía, la pobrecita, siempre enferma. (*Misia Luisa dirige una mirada de reproche á Angelita; ésta que tenía vuelta la cara hacia ellas la vuelve con rapidez hacia la pared.*) Esperando con avidez noticias de su hija, y si éstas son buenas me encargó le pidiera permiso á usted para llevarla á pasar el día á su lado. (*Esperando contestación, viendo que misia Luisa nada dice.*) ¿Angelita No se porta mejor? ¿No se corrige? ¿No tendré el placer de llevarle buenas noticias á su mamá, á mi pobre hija?

Mrs. LUI. — Sí, á Lucía le llevará buenas noticias. ¿Para qué afligirla más? Pero usted debe saber la verdad.

Mrs. AGUS. — ¿Y la verdad es?

Mrs. LUI. — La de siempre.

Mrs. AGUS. — ¿Angelita no se corrige?

Mrs. LUI. — ¡Ay no, misia Agustina! Le aseguro que hago todo lo que puedo, empleo todos los medios á mi alcance, pero sin obtener ningún resultado. Veo con dolor que esta niña es un alma insensible; no tiene corazón, será muy desgraciada y formará la desdicha de cuantos la rodeen. *(Esto dicho con intención para Angelita.)*

Mrs. AGUS. — Pero usted, misia Luisa, nos había dado esperanzas...

Mrs. LUI. — Sí, querida amiga, yo las abrigaba... y hay momentos que aún espero porque... á ratos tiene ¿cómo diré?... relámpagos que me hacen creer que en esa almita se agitan los mejores sentimientos, pero... no son más que relámpagos; una vez apagado el fulgor de esa luz todo vuelve á la obscuridad del enigma.

Mrs. AGUS. — *(Con dolor.)* ¡Pobre mi hija! Ella que la adora; que no vive más que por su hijita, y por ella tal vez morirá! ¿Dónde está ahora Angelita?

Mrs. LUI. — Allí, véala misia Agustina. *(La señala.)*

Mrs. AGUS. — *(Se vuelve.)* ¿En penitencia?

Mrs. LUI. — Sí, señora. Es la primera vez que la castigo. Pero ya no era posible perdonar. Si usted supiera, misia Agustina, todas las travesuras que nos ha hecho hoy, y la última!..

Mrs. AGUS. — Ya me ha contado algo de eso, Antonio, el jardinero, al abrirme la verja; el pobre no ha podido callar; pero en verdad creía que exageraba.

Mrs. LUI. — *(Bajando la voz.)* Misia Agustina, la dejo sola con ella; usted bien comprenderá que no debo perdonarla ni aún por su venida, pero no quiero privar á usted del placer de abrazar á su nietita. Mientras, amonéstela, procure sondearla. *(Se levanta, también misia Agustina.)* Con su permiso, me retiro un momento. *(Misia Agustina se inclina.)* Hasta luego. *(Se va por la derecha.)*

ESCENA IX

MISIA AGUSTINA Y ANGELITA

MIS. AGUS. — *(Se vuelve á sentar de espaldas á Angelita ; momento de silencio ; misia Agustina vuelve la cabeza para ver qué hace Angelita, ésta que había hecho lo mismo, al encontrar la mirada de la abuela vuelve la cabeza con rapidez ; misia Agustina hace lo mismo, momento de silencio ; repiten la escena anterior ; por último misia Agustina tose, se suena para atraer la atención de Angelita ; ésta se queda inmóvil y sigue comiendo cerezas. Misia Agustina llamándola, sin mirarla.)* Angelita! *(Esta no responde.)* Angelita!  
¿No me oyes?

ANG. — Sí, la oigo.

MIS. AGUS. — ¿Y no contestas?

ANG. — No puedo contestar.

MIS. AGUS. — ¿Por qué?

ANG. — No puedo hablar.

MIS. AGUS. — ¿Con que no puedes hablar? Por buena pieza ¿no? *(Se vuelve, ve el movimiento de la boca.)* ¿Qué comes?

ANG. — *(Vuelve rápidamente los brazos hacia atrás.)* Nada.

MIS. AGUS. — ¿Por qué no viene á dar un beso á su abuelita, mi hijita? Venga, pues. Obedezca.

ANG. — No puedo obedecer.

MIS. AGUS. — ¿No puede obedecer? Muévase ligerito y venga.

ANG. — No puedo moverme.

MIS. AGUS. — ¿Por qué no puede moverse?

ANG. — Porque estoy en penitencia.

MIS. AGUS. — ¡Ah, ah! está usted en penitencia! ¿Con que misia Luisa se vió obligada á castigarla? Muy bien, muy bien. Se está portando usted divinamente. Ya me contaron sus hazañas; me satisface mucho el tener una nietecita modelo como usted. ¡Lindo consuelo le da á sus abuelitos y á su mamá! ¿Qué dirá ella cuando le cuente lo mala que es usted? Yo que esperaba darle un alegrón llevándomela hoy á casa...

ANG. — Á casa no quiero ir.

MIS. AGUS. — (*Mirándola con sorpresa.*) Vamos á ver, ¿por qué?

ANG. — No puedo hablar.

MIS. AGUS. — Yo la autorizo; hable.

ANG. — (*Con apremio.*) Porque es una casa fea, chica, sin aire, sin luz, sin árboles, sin plantas, ni hay frutas, ni pájaros, ni flores.

MIS. AGUS. — Desató el pico. Claro, á usted le gusta ésta porque puede correr á sus anchas, destrozar plantas, subirse á los árboles, destruir nidos, atormentar á los pobres pajaritos, indigestarse de cerezas, jugar y divertirse haciendo toda clase de diabluras. ¿No? (*Se levanta, se le acerca y la hace volver hacia sí. Con tono severo.*) Pero se acabó la fiesta ¿oye? Usted debe estudiar ¿comprende? Yo quiero que estudie, se lo mando.

ANG. — (*Lloriqueando.*) Yo no quiero estudiar.

MIS. AGUS. — ¿Por qué razón?

ANG. — Porque los médicos dicen que los niños no deben estudiar.

M. AGUS. — ¿No deben estudiar los niños?

ANG. — No, porque se enferman y yo no quiero enfermarme; por eso he elegido una carrera que no necesito saber leer ni saber escribir, ni geografía, ni historia, ni aritmética, ni piano.

MIS. AGUS. — Y qué carrera ha elegido usted, ¿cocinera?

ANG. — (*Le da una mirada de través, hace un movimiento de cabeza despreciativo, luego dice con altivez.*) Bailarina.

MIS. AGUS. — (*Al colmo de la sorpresa.*) ¿Bailarina? ¿Y cómo se le ha ocurrido eso?

ANG. — Al verlas en el circo. (*Con gozo.*) ¡Ay! cuando me llevan y las veo tan lindas, con esos vestidos vaporosos, relucientes de lentejuelas, brillantes de pedrerías, con perlas, flores en la cabeza, tan lindas, dando vueltas en el suelo, en el aire, en los trapecios; saltar sobre el caballo mientras éste corre á galope, pasar por los cercos como flechas, hop, hop, hop, me encantan! ¿Y los payasos? ¡Ay, los payasos! Si yo fuera varón, me haría payaso. ¿Me trajo el vestido de payaso?

MIS. AGUS. — (*Que la ha escuchado con asombro.*) ¡Dios mío! ¿qué escuchó! (*Con dolor apoyándole una mano en la cabeza.*) ¡Desgraciada! No dejes oír nunca á tu mamá semejantes disparates. ¡Pobre Lucía!

ANG. — ¿Por qué?

MIS. AGUS. — Basta, ni una palabra más. Aquí traía (*señalando el paquete dejado sobre la mesa*) tu traje de payaso de carnaval para que jugaras con él (*acción de alegría en Angelita*), pero me lo vuelvo a llevar.

ANG. — (*Lloriqueando.*) No, abuelita, no... por favor.

MIS. AGUS. — Serías capaz de llorar por tu traje de payaso, pero no derramas ni una lágrima de dolor por tu pobre madre, quien está enferma, ni siquiera preguntas por ella. ¡Despiadada! Vete á tu rincón. (*La lleva.*) ¡Cumple tu castigo, perversa! (*Entra misia Luisa.*)

## ESCENA X

DICHAS Y MISIA LUISA

MIS. LUI. — (*Por la derecha.*) Ya me tiene de vuelta, misia Agustina. (*Misia Agustina va á su encuentro, bajando la voz.*) Y bien, ¿qué me dice?

MIS. AGUS. — Tengo el corazón contristado, misia Luisa; mejor me valdría no haber venido. ¿Qué le voy á decir á su mamá, y á su abuelito? ¿Cómo tener valor de engañarlos, ahora que comprendo que cuánto se haga será inútil! Angelita no cambiará.

MIS. LUI. — ¿Quién sabe, misia Agustina! Tengo un proyecto que le voy á comunicar; es algo arriesgado, por eso vacilaba ponerlo en ejecución; y además cierto temor... cierta delicadeza... pero pienso que se debe intentarlo. Creo que usted opinará como yo. Venga, misia Agustina, vamos á dar una vuelta por la quinta y le expondré mi proyecto. (*Ofrece el brazo á misia Agustina y se alejan hablando.*) Si resiste á esta prueba, entonces ya no habrá más nada que hacer. (*Se van por la izquierda.*)

## ESCENA XI

ANGELITA, sola

ANG. — (*Apenas han desaparecido, abandona su puesto y avanza.*) ¡Uf! ya estaba cansada! ¡Está lucida que me voy á quedar aquí

todo el día! ; Sí, que se espere! (*Apoderándose del paquete y disponiéndose á desatarlo.*) ; Y se cree abuelita que voy á dejar que se lleve mi payaso? ; Ah, ah! ; cómo no! Aquí estás y aquí te quedarías. En seguida me lo voy á poner. (*Aparece Arturito por la izquierda y se queda parado en la puerta; está descalzo y lleva ropas andrajosas.*)

## ESCENA XII

### DICHA Y ARTURITO

ANG. — (*Al dirigirse á la puerta corriendo, lo advierte, se queda como clavada por la sorpresa, luego retrocede.*) ; Un chico? ; Quién será este chico descalzo y harapiento? ; De dónde vienes? ; Quién te manda? ; Cómo has entrado? ; Qué quieres?

ART. — (*Asustado y con voz plañidera.*) ; Una limosnita, por el amor de Dios!

ANG. — Aquí no se hace limosna; vete, vagabundo. (*Apretando fuertemente contra sí el vestido como por temor de que se lo quite.*)

ART. — Una señora me hizo entrar; me dijo que aquí me darían de comer.

ANG. — Véte á tu casa, que te dé de comer tu papá.

ART. — No tengo papá.

ANG. — Entonces tu mamá.

ART. — No tengo mamá.

ANG. — (*Sorprendida cambia de expresión.*) ; Cómo, no tienes mamá? yo no tengo papá pero mamá tengo.

ART. — Yo, no.

ANG. — Tendrás abuelito...

ART. — No.

ANG. — Abuelita...

ART. — Tampoco.

ANG. — (*Acercándose.*) Tíos... tías...

ART. — Á nadie; soy solito.

ANG. — (*Deja el traje sobre la mesa y se acerca más á Arturito.*) ; Solito, solito?

ART. — Sí, soy huérfano!

ANG. — ¡Pobrecito! ¿Y dónde vives?

ART. — En casa de una mujer mala que me pega cuando no llevo centavos.

ANG. — ¿Quién es esa bruja? (*Cerrando los puños.*) ¡Si llega á venir aquí!...

ART. — Tengo hambre, ¿me das pan?

ANG. — ¿Tienes hambre? Espera un momento y vas á ver cuánta comida te traigo. (*Se va corriendo por la derecha; desde la puerta le grita.*) Entra, entra mi hijito, no tengas miedo; en seguida vuelvo. (*Se va. Arturito entra caminando lentamente mirando á su alrededor; se queda parado en medio de la escena no atreviéndose á sentarse. Vuelve Angelita con un pan debajo de un brazo, una botella debajo del otro, un pollo en un plato, una copa y otro platito con comida, en la otra mano; avanza despacito y coloca todo sobre la mesa.*) Acércate... ¿cómo te llamas?

ART. — Arturito.

ANG. — Acércate Arturito, siéntate y come todo lo que quieras; aquí tienes también para beber. (*Arturito no se atreve á sentarse.*) Siéntate pues. (*Arturito la mira, y va á sentarse despacito. Angelita fastidiada le da un empujón.*) Y siéntate de una vez. (*Le acerca el plato, le corta un pedazo de pollo, de pan; vierte vino en la copa.*) Come ¿eh? come sin miedo. (*Se aleja, se sienta y lo mira.*) ¡Pobrecito, qué hambre tiene! y qué mal vestido está! en invierno cómo debe tiritar de frío! Si yo fuera varón, le daría un vestido mío... en vez... así... no puedo... ¡Cómo lo voy á vestir de mujer! Le daré mi payasito. ¡Quién sabe si le gusta! (*Se levanta, desdobra el traje de payaso, con cascabeles.*) Arturito, mira si te gusta este traje.

ART. — (*Se vuelve, y se levanta admirado.*) ¡Ay qué lindo! He visto muchos en carnaval pero ninguno tan lindo. (*Tocando los cascabeles.*) ¿Y éstos, suenan?

ANG. — Sí, que suenan, oí. (*Los hace sonar sacudiendo el traje.*) Dilín, dilín, ¿has oído?

ART. — (*Mirándolo extasiado.*) Sí, sí; ¡qué lindo, qué lindo!

ANG. — ¿Lo quieres? Te lo doy.

ART. — ¿Para mí?

ANG. — Sí, para tí.

ART. — ¿De veras?

ANG. — Te digo que sí,

ART. — (*Estirando las manos para cogerlo sin atreverse.*) ¿Cuándo me lo puedo poner?

ANG. — Ahora mismo si quieres.

ATR. — (*Palmoteando de alegría.*) Sí, sí; si quiero.

ANG. — Antes termina de comer.

ART. — No, no; ya comí un poquito; ahora me lo pongo y después vuelvo á comer. (*El mismo juego para apoderarse del traje, pero Angelita no lo suelta y está pensativa.*) ¿En qué piensas? ¿No me lo quieres dar más?

ANG. — Pienso que si te quedaras conmigo podríamos jugar al circo. Tú serías el payaso, yo la bailarina. ¿Nunca has visto un circo?

ART. — ¡Sí, he visto!

ANG. — Entonces, te quedas y jugamos.

ART. — ¿Y si esa señora mala me pega?

ANG. — ¡Qué te va á pegar!

ART. — No, no, me voy.

ANG. — Yo quiero que te quedes, sino no te doy el vestido. (*Arturito lloriquea.*) Bueno te voy á dar veinte centavos, así la bruja no te pega.

ART. — (*Saltando de alegría.*) Sí, sí, me quedo.

ANG. — Ven conmigo; nos vamos á vestir. Toma, llévate ésto; así vas comiendo. (*Le da pan y pollo. Arturo los toma, le da un mordisco y se van por la derecha.*)

### ESCENA XIII

MISIA LUISA Y JACINTA

Entran por la izquierda. Jacinta trae una corona de flores frescas que deja sobre el escritorio.

JAC. — Le digo que todo será inútil.

MIS. LUI. — Angelita ya no está aquí.

JAC. — ¡Claro! ¿Se figuraba usted que se iba á quedar aquí todo el día? ¡Sí, ella para ser tan dócil!

Mrs. LUI. — Así tenía que ser! entraba en mi plan. (*Advierte la comida sobre la mesa y la botella.*) ¡Ah! mire Jacinta estos restos de comida.

JAC. — ¿Y bien, qué?

Mrs. LUI. — Ellos me prueban que la he comprendido y venceré, verá.

JAC. — Si efectivamente es ella quien ha dado de comer al huerfano...

Mrs. LUI. — ¿Quién ha de ser? Ya ve que tengo razón.

JAC. — No, no, no... no. Si ha sido ella, serán uno de esos relámpagos como usted dice que tiene, y luego se acabó. Persisto en mis trece: es una malvada.

Mrs. LUI. — Pronto lo sabremos.

JAC. — ¿Usted cree que la señora Lucía consentirá?

Mrs. LUI. — Debe consentir; es por su bien y el de su hija.

JAC. — Si fuera una supersticiosa no se prestaría á semejante juego; lo creería de mal agüero.

Mrs. LUI. — Lucía es de alma bastante fuerte para no preocuparse de esas tonterías.

JAC. — No le parece que ya podrían estar aquí.

Mrs. LUI. — No, Jacinta; hay media hora de tranvía para llegar á su casa, media para volver, media para prepararse... (*mira el reloj*) dentro de un rato estarán aquí.

JAC. — ¿Y Angelita que no aparece?

Mrs. LUI. — Es cierto. ¿Dónde se habrá metido otra vez? Es preciso ir á buscarla.

JAC. — ¿Y el muchachito?

Mrs. LUI. — Se habrá ido, ó estará con ella en la quinta. Venga, vamos á ver. (*Se van por la izquierda.*)

#### ESCENA XIV

#### ANGELITA Y ARTURITO

Entran por la derecha Angelita y Arturito; la primera, envuelta en un tul color rosa; el cabello recogido, sostenido por una gran peineta de perlas; un collar al cuello; lleva un gran aro en la mano y entra haciéndolo rodar; Arturito, con el traje de payaso y la cara pintada, entra haciendo

girar en el índice el bonete y lanzándolo al aire, dando brinco y haciendo muecas.

ANG. — Muy bien Arturito; ¡bravo! ¡Qué lindo payaso eres!

ART. — Y tú, una bailarina preciosa.

ANG. — (*Ve las flores.*) ¡Oh! aquí hay una corona de flores. ¿Para quién será? ¡Qué bien me vendrían estas flores para adornarme! Voy á sacar algunas. (*Saca unos cuantos ramitos de la corona, se pone uno en la cabeza, otro en el pecho, se prende varios en el vestido.*) Este... aquí... un ramito... aquí... Ya está. ¿No estoy más linda así?

ART. — Dame á mí también.

ANG. — Los payasos no llevan flores. Ven aquí; súbete á este banquito. (*Lo hace subir sobre el banquito de pies, que colocará en medio de la escena.*)

ART. — ¿Para qué?

ANG. — Súbete te digo. (*Arturito sube.*) Vamos á empezar la función. Toma este aro.

ART. — ¿Voy á saltar aquí dentro?

ANG. — Tú lo sostienes; yo soy la que salto. Ahora apóyalo en el suelo, así. Por aquel lado (*indicando la izquierda*) salgo, me adelanto y saludo al público; tú, en ese momento harás de público y me aplaudirás.

ART. — ¿Aplaudiré? ¿cómo?

ANG. — Golpeando las manos así muy fuerte. Después subo á caballo.

ART. — (*Mirando alrededor.*) ¿Dónde está el caballo?

ANG. — (*Impacientada.*) En la caballeriza, pavo. Se figura. Atiende á lo que te digo. Después que suba, empiezo á correr dando la vuelta, mientras tú, tocas la banda de música; cuando estaré cerca, para darte aviso gritaré: ¡atención! y uno, dos, tres; al tres, levantas el aro, y yo zás, paso por dentro como un flechazo. Tú, que te has vuelto público, aplaudes gritando: ¡braavoo!

ART. — Bueno.

ANG. — ¡Ah! se me olvidaba; á las bailarinas célebres, las anuncian al público; tú me vas á anunciar. Repite lo que te digo. Muy distinguido público...

ART. — (*Repitiendo.*) Muy distinguido público...

ANG. — Hoy por primera vez...

ART. — Hoy por primera vez...

ANG. — Se presentará ante vos...

ART. — Se presentará ante vos...

ANG. — La muy célebre...

ART. — La muy célebre...

ANG. — Bailarina Krikicof...

ART. — Bailarina. Kru... ¿cómo has dicho?

ANG. — Krikicof.

ART. — Qui... co... ¿qué nombre difícil!

ANG. — Las bailarinas siempre llevan nombre difícil.

ART. — No puedo decirlo.

ANG. — Bueno, di uno fácil; el que quieras.

ART. — El de la vieja mala. La bailarina Ramona.

ANG. — Y agregarás: aplaudid, señores, aplaudid.

ART. — Aplaudid, señores, aplaudid.

ANG. — Eso es; me voy á mi sitio. Atención. *(Se va corriendo; al pasar junto al escritorio toma una regla, desaparece por la izquierda; asoma la cabeza, hace señas á Arturito que empiece el discurso, éste no se acuerda; impacientada le grita.)* Anúnciame...

ART. — *(Se coloca el aro entre las rodillas, sosteniéndolo, y hace muchos ademanes.)* señor público... hoy aparecerá... por última vez...

ANG. — *(Que escucha.)* Por primera vez.

ART. — Es lo mismo. La... la...

ANG. — Célebre....

ART. — Célebre bailarina... Ramona. Aplaudid, señores, aplaudid.

ANG. — Bueno, ya salgo. *(Desaparece un instante; entra, hace unos pasos, luego saluda al público imitando á los artistas ecuestres. Arturito aplaude gritando: — ¡Bravooo! — Ella se inclina sonriente. Se retira hacia la puerta, levanta un pie, hace como quien lo apoyara sobre la mano del compañero como hacen, en los circos; hace un saltito y da un pequeño grito: — ¡Hop! — como si subiera á caballo. Camina balanceándose, á pasitos, mirando al público, sonriente fingiendo acariciar la crin del caballo, dándole unas palmaditas como en los circos, antes de correr.)* Empieza la música, Arturito.

ART. — ¿Qué haces que no corres?

ANG. — Antes se pasea un rato á caballo mirando al público. Ya em-

piezo. *(Retrocede hasta la puerta y echa á correr deteniéndose á trechos para dar saltitos y vueltas, sosteniéndose sobre un pie, manejando la regla como para equilibrarse y gritando)* — ¡ Hop, hop, hop, hop!

ART. — *(Imita la banda.)* Chin, batachín, chin, chín *(Haciendo corneta con una mano y con la otra como si sonara el bombo.)* Tu, turutú, tutú; batachín, turututú, tutú, batachinchín, chin, bombombón; tuturutú, bombón, chinchín.

ANG. — ¡ Hop, hop, hop!

ART. — Chinchín, batachinchín, tarutá.

ANG. — ¡ Atención! uno... dos... y tres. *(Arturito, entusiasmado no la oye y sigue tocando la banda.)* ¡ Eh! basta de música. *(Sacudiéndolo por un brazo.)* ¡ Por qué no has levantado el aro?

ART. — Me olvidé. Estaba tocando la música!...

ANG. — *(Con enojo.)* ¡ Payaso tilingo! *(Se le acerca con el puño cerrado y hace ademán de pegarle.)* ¡ Á que te pego.

ART. — *(Lloriqueando)* No me pegues...

ANG. — Bueno, vamos á empezar otra vez, y si te descuidas no te doy los veinte centavos! ya sabes que la vieja mala te va á pegar. *(Se repite la escena anterior desde cuando comienza á correr Angelita.)* — Atención! — *(Arturito levanta el aro sosteniéndolo con la derecha, mientras con la izquierda sigue tocando la música. Aparecen por la derecha misia Luisa y Jacinta.)* Uno... dos... y... *(Se dispone á saltar.)*

MIS. LUI. — Tres. *(La sujeta abrazándola por la cintura.)*

## ESCENA XV

DICHOS, JACINTA Y MISIA LUISA

ANG. — *(Con terror.)* ¡ Ah, misia Luisa!

ART. — Chimbatach... ¡ Ah! *(Corre á esconderse detrás del piano dejando caer el aro.)*

JAC. — *(Riéndose á carcajadas y aplaudiendo.)* ¡ Muy bien, muy bien, bravo! ¡ Ja, ja, ja!

ANG. — *(Burlándola con rabia.)* ¡ Ja, ja, ja!

JAC. — *(Rie más fuerte.)* ¡ Bravo! ¡ Ja, ja, ja!

MIS. LUI. — *(Con reproche.)* ¡ Jacinta! basta.

*Jacinta, se vuelve seria, pero al ver á Arturito que asoma la cabeza por detrás del piano, y el aspecto de Angelita, se aleja esforzándose para no reir.)*

ANG. — (*La ve y en un ímpetu de ira saca la lengua.*) Juan Copete que en todo se mete.

JAC. — (*La ve, suelta la carcajada.*) ¡Ja, ja, ja!

MIS. LUI. — ¡Silencio! (*A Angelita.*) ¿Qué estabas haciendo?

ANG. — Jugando al circo con Arturito.

MIS. LUI. — ¿Quién es Arturito?

ANG. — (*Señalando á Arturo que se vuelve á asomar.*) Aquel chico.

MIS. LUI. — (*Va hacia Arturito, lo saca de detrás del piano.*) ¿Y quién es este chico?

ANG. — Arturito.

ART. — (*A misia Luisa.*) Sí, soy Arturito; ¿no me conoce? Usted me mandó aquí para que me dieran de comer.

MIS. LUI. — ¿Quién te ha vestido de esa manera?

ART. — (*Señalando á Angelita.*) Ella.

ANG. — Sí, yo; pero te prometí veinte centavos.

MIS. LUI. — ¿Quién le ha dado á usted permiso para disponer de este traje?

ANG. — ¡Es mío!

MIS. LUI. — ¿Y ese tul, es suyo también?

ANG. — Este... tul... no, no es mío...

MIS. LUI. — ¿Cómo se ha atrevido á sacarlo de donde estaba guardado? ¿No sabe que debía servir para un vestido?

ANG. — No está gastado, se plancha y sirve lo mismo.

MIS. LUI. — Cállese la boca, atrevida. Y como si no fueran bastante todas sus travesuras de hoy, cumple la obra deshaciendo esa corona para engalanarse con sus flores. (*Cambiando tono.*) Tan luego con las flores de esa corona. ¡Ah, pobre Angelita!

JAC. — (*Al ver la impasibilidad de Angelita.*) ¡Véanla! como si no hablaran con ella.

ANG. — Á usted qué le importa, metida.

JAC. — Relámpagos, misia Luisa, relámpagos; aquí no hay nada; (*señalando el corazón*) perderá.

M. LUI. — Jacinta vaya á traer otras flores para componer esta corona; sabe que debemos llevarlas en seguida, (*mirando á Angelita*)

siendo para quien es. (*Angelita no hace caso. Jacinta se va por la izquierda.*)

ART. — (*Se acerca á misia Luisa quien arregla la corona; y con timidez pregunta.*) ¿Para quién es, señora?

MIS. LUI. — (*Mirando á Angelita que juega con los flores que lleva en el pecho.*) Para una señora que ha muerto.

ART. — ¡Oh, como mi mamá! ¿Por qué ha muerto?

MIS. LUI. — (*Siempre mirando á Angelita.*) Por que tenía una hija muy mala.

(*Angelita se estremece, vuelve lentamente la cabeza y mira á misia Luisa largamente.*)

ART. — ¿Y las mamás se mueren cuando sus hijas son malas?

MIS. LUI. — Por supuesto, se mueren de pena.

(*Angelita inmóvil escucha atenta.*)

ART. — Pero yo no he sido malo con mi mamá, ¿no es cierto señora?

MIS. LUI. — (*Acedriciéndolo.*) No, mi hijito; tu eras muy chico todavía.

ART. — (*Juntando las manos.*) ¡Oh, si tuviera á mi mamá! no la dejaría morir de pena, no; la querría tanto, tanto!... sería bueno, muy bueno, así no se moriría nunca, ¿verdad?

MIS. LUI. — Sí, mi hijito, sí.

ART. — No me quedaría tan solito; comería cuando tuviera hambre, no andaría descalzo, no tendría frío y nadie me pegaría. Ve, señora, cuando esa mujer mala me pega, me siento en el suelo en un rinconcito y lloro... lloro y pido á mamá que me lleve allí en el cielo donde está ella. Y cuando pido limosna á esas niñas que llevan puestos tan lindos vestidos y ellas se ríen... también lloro, y... aquí (*indicando el pecho*) siento algo que me aprieta... y me duele. ¿Por qué ellas se ríen y yo lloro?

MIS. LUI. — (*Enternecida.*) ¡Pobre huerfanito!

ART. — ¿Por qué soy huerfanito si no he sido malo? ¡Soy tan chiquito! Mamá, ¿por qué me has dejado solito? (*Llora; misia Luisa lo acaricia; él deja caer la cabeza en la falda de misia Luisa.*)

MIS. LUI. — ¡Pobre niño! ¡Sí, llora! ¡es tan triste ser huérfano! Si esa chica mala lo supiera, preferiría morirse antes.

ART. — (*Levantando la cabeza, lloriqueando.*) ¿No tiene más que á su mamá?

Mrs. LUI. — Tiene abuelitos ; pero también ellos morirán de pena, y como es una chica tan mala nadie la querrá recoger. ¡ Oh, cuánta piedad siento por ella ! Tú, pobre huérfanito, mientras te acosaba el hambre, debiste volverte payaso por la promesa de veinte centavos que te salvarían de un castigo inmerecido. ¿ Quién sabe si algún día esa niña, huérfana como tú, no tendrá que convertirse en pulchinela para servir de juguete á alguna niña traviesa y perversa ?

*(Angelita, durante la escena precedente habrá escuchado con atención y demostrado en el semblante las diversas impresiones: luego, poco á poco, lentamente se despoja de las flores, de todos los adornos y por último se desprende el tul y lo deja caer. Misia Luisa siempre la habrá estado observando y la sigue con mucha atención. Entra Jacinta con las flores.)*

## ESCENA XVI

### JACINTA Y DICHOS

JAC. — Señora, las flores...

Mrs. LUI. — *(Le hace señas que se calle.)* ¡ Chist ! *(Jacinta deja las flores sobre la mesa y se dispone á hacer ramitos.)*

ANG. — *(Al oír la voz de Jacinta se vuelve, se estremece al ver las flores.)* Flores... para una señora muerta... ¡ Se puede morir por tener una hija mala ! Yo... ¿ soy mala ? Sí... todos lo dicen... y es cierto, soy mala. Y mi mamá está enferma... Siento un dolor aquí... *(señala el corazón)* un nudo en la garganta... quisiera llorar... no puedo... no puedo. *(De pronto se vuelve resuelta.)* Señora, mándeme á mi casa.

Mrs. LUI. — Pero mi hijita...

ANG. — Quiero irme á mi casa.

Mrs. LUI. — Ahora... no se puede.

ANG. — Sí, se puede. Quiero estar al lado de mi mamá, quiero que sane, que no muera. Yo antes no sabía que se podía morir por tener una hija mala... ahora que lo sé, quiero volverme buena, muy buena. ¡ Oh, mi mamá ! ¿ cuánto te voy á querer ! ¡ Mi buena mamá ! Lléveme, lléveme pronto á mi casa.

JAC. — *(Mirando hacia la izquierda.)* Señora, está misia Agustina.

ESCENA XVII

DICHOS Y MISIA AGUSTINA

ANG. — (*Apenas la ve, va á su encuentro corriendo, se abraza de sus rodillas.*) Abuelita, ¿viene á buscarme? ¿me va á llevar á casa? Ahora sí quiero ir, quiero ir.

MIS. AGUS. — (*Mira á misia Luisa, ésta le hace una seña con la cabeza y sonríe indicando á Angelita. Misia Agustina se inclina, abraza á Angelita.*) ¿Mi hijita, por qué ese afán? ¿qué tienes? ¿qué te pasa?

ANG. — Mamá, mi mamá; es á ella á quien quiero ver. ¿Por qué no me lleva en seguida?... ¿Ó ha venido mamá con usted?

MIS. AGUS. — No, mi hijita.

ANG. — ¿Por qué no la traído? ¿por qué está triste, abuelita? (*Una idea repentina le demuda el semblante, mira con ojos extraviados las flores, y á misia Agustina, á misia Luisa, luego con voz temblorosa.*) Esas flores... ¿para quién son? (*Nadie responde demostrando embarazo. Con un grito de dolor.*) ¡Ah, son para mamá! (*Sin dar tiempo á que la desengañen.*) Quiero verla, quiero verla. (*Corriendo hacia la puerta.*) ¡Mamá! ¡Mamá!

LUCÍA. — (*De adentro.*) Mi hijita, aquí estoy.

ANG. — (*Al oír la voz de la madre, arroja un grito de alegría y se queda como paralizada; los ojos abiertos, fijos; una sonrisa de dicha inmensa ilumina su semblante y exclama juntando las manos.*) ¡Es la voz de mamá! (*Se vuelve, en ese instante entra Lucía.*)

ESCENA XVIII

DICHOS Y LUCÍA

LUCÍA. — (*Viste con sencillez de medio luto, está muy pálida y de aspecto enfermizo.*) ¡Mi hija!

(*Angelita al verla quiere dar un paso, mas, vencida por la emoción cae en brazos de la madre que la estrecha con pasión.*)

LUCÍA. — ¡Mi Angelita... mi nena querida! (*Se sienta en un sillón. Angelita en las faldas; misia Luisa echa viento á Angelita con*

*una pantalla que tomará de encima del escritorio; Jacinta va y vuelve en seguida con un frasco que hace oler á Angelita; misia Agustina se arrodilla y le palmea la mano.)*

MIS. LUI. — No temas, Lucía, no es nada; un corto desmayo, nada más.

MIS. AGUS. — ¡ Angelita!... La emoción ha sido muy fuerte... si se enferma... Queridita... ¡ Nenita mía!

LUCÍA. — Vuelve en sí... abre los ojos. ¡ Mi vida, mi tesoro! *(La cubre de besos.)*

ANG. — *(Se restrega los ojos, mira con fijeza á su mamá como quien teme no sea más que un sueño.)* ¡ Mamá! ¿ verdad, que eres tú? *(La besa, la acaricia.)* ¡ Mi pobre mamita! ¡ Mi mamita linda, buena!

LUCÍA. — Sí, luz de mis ojos, sí, soy yo.

*(Angelita la mira largo rato, suspira, rompe en sollozos dejando caer la cabeza en el hombro de Lucía.)*

LUCÍA. — Mi rica, ¿ qué te pasa? ¿ por qué esos sollozos?

MIS. AGUS. — ¿ Qué tienes?

MIS. LUI. — No llores, pues.

JAC. — *(Se conmueve y se seca los ojos con el delantal.)* Sí, ahora no más, lloramos todos. Vaya con la chiquilina.

LUCÍA. — ¿ Por qué lloras, mi tesoro?

ANG. — Porque he sido mala, muy mala contigo mamita, y ya no me querrás.

LUCÍA. — Sí, mi vida, te quiero siempre.

ANG. — ¿ Me perdonas?

LUCÍA. — Sí, mi almita. *(Dándole un beso.)*

ANG. — *(Salta de las rodillas de Lucía y dice á misia Luisa humildemente.)* ¿ Usted misia Luisa, me perdona?

MIS. LUI. — *(Abrazándola.)* De todo corazón, mi hijita.

ANG. — ¿ Y usted, Jacinta?

JAC. — *(Lloriqueando.)* Sí, ricura; sí, la perdono.

ANG. — ¿ También lo del gato?

JAC. — *(Le da una mirada de través, luego como haciendo una concesión.)* También lo del gato.

ANG. — Gracias Jac... *(se corrige)* doña Jacinta.

JAC. — Es lo mismo.

ANG. — ¡ Qué feliz voy á ser! ¡ todos me perdonan, todos me quieren!

(Al volverse, ve á Arturito, quien retirado á un lado de la mesa aprovecha que nadie se ocupa de él, para de cuando en cuando comer un bocado.) ¿Y Arturito? ¡Pobre! ¡qué va á ser de él! ¡tan solito! (Lo toma de la mano y lo presenta á Lucía.) Mamá, este chico es Arturito.

LUCÍA. — ¡Ah! ¿sí?

ANG. — Sí, es huérfano... solito... ni siquiera tiene una abuelita... Si tú quisieras...

LUCÍA. — (Comprende; atrae á Arturito, lo besa, y los abraza á los dos juntos.) Sí, mi hijita, te comprendo. Lo llevaremos á casa y será tu hermanito.

ANG. — (Al colmo de la alegría abrazando á Arturito.) Gracias, mamá; gracias. ¿Has oído, Arturito? serás mi hermano. (Lo presenta á misia Agustina.) Esta señora será tu abuelita. (Haciendo una caricia á misia Agustina.) Así usted tendrá dos nietecitos con quien jugar y contarles cuentos.

MIS. AGUS. — Muy bien, mi hijita; y en seguida empezaremos! Vamos al jardín. Venga mi flamante nietecito. (Se lo acerca á ella, le rodea al cuello con un brazo, Angelita la sigue rodeándole la cintura.)

ART. — (Palmoteando.) ¡Viva! ¡Bravo! ¿Toco la música?

ANG. — Sí, sí.

ART. — (Imitando la banda y haciendo corneta con la mano.) Chimbatachín, chín, chín; tú turuturú, tatá, taratatá. (Se van por la derecha, Angelita se ríe enviando besos á su mamá; ésta la mira enternecida.)

## ESCENA ÚLTIMA

MISIA LUISA, JACINTA Y LUCÍA

MIS. LUI. — Jacinta, ha perdido.

JAC. — Y muy satisfecha de haber perdido. Pero en la cocina venceré.

LUCÍA. — (Abrazando á misia Luisa.) ¡Oh, amiga mía! ¡cuánto te debo! Nos has salvado.

MIS. LUL. — ¡ Bien lo sabía yo ! Si existe el corazón, basta saber tocar sus resortes para hacerlo hablar. *(Pasan por la ventana misia Agustina con Arturito y Angelita, el primero siempre tocando la música, la segunda enviando besos á Lucía.)*

LUCÍA. — *(Se acerca á la ventana y dice con ternura á Angelita enviándole un beso.)* ¡ Vida mía !

Telón.



## ¿POR QUÉ?

### PERSONAJES

MISIA ANGÉLICA, madre de  
MARGARITA, niña de 15 á 18 años.  
MARÍA, niña ciega, de 13 á 15 años, hija de  
DOÑA DOLORES.  
BLANCA, niña huérfana, de la misma edad de María.  
TERESA, anciana gobernanta.



## ¿POR QUÉ?

Una sala muy sencilla. Un sofá, sillones, una mesa y una mesita. Puertas laterales.

### ESCENA PRIMERA

TERESA y BLANCA

Entra por la derecha Teresa, quien introduce á Blanca; ésta viste de luto pobremente. Teresa lleva delantal y cofia negra con puntillas blancas; viste con pulcritud y cierta elegancia; vestido gris ó marrón, pañoleta blanca, de encaje.

TER. — Entre, mi hijita, entre sin temor. Siéntese aquí. (*Indicándole un sillón hacia la izquierda.*) Haga el favor de esperar un momentito á la señora, quien ha ido al asilo con la niña, como acostumbra hacerlo todas las semanas.

BLAN. — (*Aparte, con desaliento.*) ¡No está! (*Alto.*) No quisiera molestar. Volveré más tarde... (*Por retirarse.*)

TER. — No puedo permitirlo; misia Angélica me reprendería. (*Con dulzura haciéndola sentar.*) Siéntese, mi hijita, y espérela; no puede tardar, ya es hora de que vuelva. (*Con cariño tomándole una mano.*) Si mientras tanto yo pudiera serle útil en algo... dígalo, mi hijita. Tengo orden de la señora, de mi santa señora, porque es

una santa — que Dios bendiga *in aeternum* — de atender con la mayor solicitud á todos los que vienen, y durante su ausencia ofrecerles mis humildes servicios, si éstos pueden serles de alguna utilidad.

BLAN. — Gracias por su bondad; pero es con la señora personalmente con quien deseaba hablar.

TER. — Entonces, mientras espera le traeré una tacita de té con unos bizcochitos, porque hace mucho frío, ¿no le parece, mi hijita?

BLAN. — Ruego á usted que no se moleste.

TER. — ¡Qué va á ser molestia! Es orden de la señora. (*Vase por la izquierda.*)

## ESCENA II

BLANCA, *sola*

BLAN. — ¡Qué acogida tan cariñosa tiene esta buena mujer! Bien se conoce que está al servicio de un ángel y los ángeles reflejan su luz divina sobre cuanto les rodea. Madre querida, ¿serás tú quien ha guiado mis pasos á esta santa casa en busca de protección y asilo?

## ESCENA III

BLANCA Y TERESA

TER. — (*Vuelve con una taza y un plato con bizcochos en una bandeja; la coloca sobre la mesita y la acerca á Blanca.*) Aquí estoy. Tómelo prontito, mi hijita, mientras está calentito. (*Con cariño tomándola de la barba.*) Y serene esa carita tan angustiada. Recuerde que esta casa es como la del Señor; nunca se golpea á ella en vano. (*Suena una campanilla eléctrica.*) Será la señora. (*Mira por la derecha.*) No, no es ella. (*Se acerca á Blanca.*) Si tardara mucho, aquí tiene usted unos libros para distraerse. (*Saca de entre varios libros y recistas sobre la mesa, uno, y lo coloca sobre la mesita junto á Blanca.*) Es lectura elegida por la señora. « La lectura siempre distrae y siempre enseña. Leer, distraeos y aprended. » Esto dice mi señora, quien además de ser una santa es una

sabia. (*Suena de nuevo la campanilla.*) Voy en seguida. (*Á Blanca.*) Ya vuelvo. (*Vase por la derecha.*)

#### ESCENA IV

BLANCA, *sola*

BLAN. — (*Deja la taza y mira el libro.*) ¿Qué libro será éste? (*Leyendo.*) *Compendio de la Historia Bíblica.* (*Repite á sí misma como recordando.*) Historia Bíblica... El santo libro donde aprendí á conocer y á amar á Dios. ¡Qué dulces y tristes recuerdos trae á mi memoria! (*Volviendo las páginas.*) Aquí están las láminas que contemplaba extasiada cuando era yo aún muy niña, mientras escuchaba con avidez la explicación que de ellas me daba mi pobre abuela. (*Hojeando y volviendo las páginas con rapidez.*) Y aquí... recuerdo... que en este libro... Sí... ¡Ah! aquí está. (*Leyendo.*) «*Pedid y se os dará.*» (*Con angustia juntando las manos suplicante.*) ¡Dios mío, Dios mío! ¡Apíadate de mí! Yo te pido que un rayo de benéfica luz consoladora ilumine las tinieblas de mi triste horfandad.

#### ESCENA V

BLANCA, DOÑA DOLORES Y TERESA

Teresa entra por la derecha é introduce á doña Dolores, quien conduce de la mano á María; ésta trae una cítara ó un mandolín. Las dos visten pobremente. Dolores lleva en la cabeza velo ó mantón. Blanca, al verlas entrar se levanta y va á sentarse en el ángulo de la izquierda como para no molestar y no ser advertida.

TER. — Entren, entren sin temor alguno. Siéntense (*indicando el sofá*) y tengan la bondad de esperar un momentito á la señora; pronto estará de vuelta.

DOL. — Gracias, mi buena señora. Siéntate, María. Debes de estar cansada. (*La hace sentar. Á Teresa.*) ¡Venimos desde tan lejos!...

TER. — ¡Sí! ¡Pobrecitas! Siéntese usted también, señora, descanse.

DOL. — ¡Oh! yo estoy acostumbrada; pero esta pobre criatura!...

TER. — (*Acariciando á María.*) ¿Cómo está, mi querida niña? Se siente usted con mejor disposición de ánimo que el otro día?

MAR. — ¡Ay, señora! al escuchar que debía separarme de mi madre, sentí una gran pena; pero al comprender que esto era necesario y en bien mío, hoy vengo con el ánimo tranquilo y resignado.

TER. — Bien hecho, mi hijita; así debe hacerse. (*Sentándose al lado de María.*) Mi señora se ha ocupado mucho de usted y creo que hoy mismo... pero no, yo no debo decirle nada; es á mi señora á quien le corresponde el placer de dar á usted la buena noticia. (*Se apodera del instrumento que María sostiene en sus rodillas y lo coloca al alcance de ella sobre el sofá.*) Ya veo que no se ha olvidado del encargo de mi señora, y ésto la complacerá mucho; pues ella se encanta escuchándola; dice que tiene Vd. una voccecita de ángel y que sabe acompañarse con verdadera maestría...

MAR. — (*Con regocijo.*) ¿Esto dice la señora?

DOL. — ¡Ella es tan bondadosa!...

TER. — Y que estudiando, usted llegará á ser una notabilidad.

DOL. — ¿Tardará mucho la señora?

TER. — No; en seguida vendrá. Si mientras tanto pudiera yo servirla...

DOL. — Gracias, señora. Usted bien lo sabe que si nos permitimos venir á molestar es por invitación de la señora, quien tanto se interesa por la suerte de mi pobrecita hija.

TER. — Como se interesa por la suerte de todos los que sufren y lloran; sí, buena mujer, lo sé. Mientras la espera voy á traerles alguna cosita para reponer las fuerzas. (*Se levanta.*)

DOL. — No, no... (*Levantándose.*)

TER. — Sí, sí: es orden de la señora. Ella desea que á todos los que vienen á solicitar su protección y amparo los recibamos con los mayores agasajos. Siempre nos dice: « Antes de prestar ayuda á los desgraciados es menester reconocerlos como hermanos » (1). Y en verdad es un hermano que Dios nos envía para ser consolado y para consolarnos, tratémosle, pues, con todo cariño.

DOL. — (*Conmovida.*) ¡Oh! ¡alma piadosa que iluminas con tu bondad las tinieblas del dolor, sé mil veces bendecida!

(1) Pensamiento de Carmen Sylva.

TER. — Sí, y bendito mil veces sea Él, que envía uno de sus ángeles á la tierra para alivio de tantos males. Pero ya se me olvidaba traerles lo ofrecido; voy y vuelvo en seguida. *(Por irse.)*

DOL. — *(La detiene.)* Perdone, señora, ¿sería molestia que dejara aquí un momento á mi María, mientras yo voy á hacer una diligencia aquí cerca?

TER. — Ninguna molestia. Vaya usted sin cuidado por ella; está como en su casa. *(Suena la campanilla.)*

DOL. — ¿Tal vez la señora?

TER. — *(Después de haber mirado.)* No, no es ella. Con permiso. *(Vase.)*

## ESCENA VI

### BLANCA, MARÍA Y DOLORES

Blanca, siempre sentada habrá hojeado el libro; en la escena siguiente lo deja y observa con atención dando muestras de dolor.

MAR. — Mamá, ¿te vas?

DOL. — *(Acariciándola.)* Sí, mi hijita; mas vuelvo en seguida. Sabes que tengo que trabajar y es bueno que aproveche estos momentos haciendo esta diligencia para no volver mañana.

MAR. — *(Acariciándole las manos que habrá tomado entre las suyas.)* Tienes razón, mi pobre mamá. Pero vuelve pronto; ya sabes que cuando tú no estás á mi lado soy doblemente ciega.

DOL. — *(Abrazándola con cariño y besándola en la frente.)* No temas, mi querida María, vuelvo al momento. Pero... si llegas á ingresar en el asilo... será forzoso separarnos...

MAR. — *(Abrazándose al cuello de Dolores.)* Sí, mamá, bien lo sé. Será un gran dolor para ti... y para mí... No escuchar ya tu voz, no sentir tu aliento, no oír tus pasos, perder tus caricias... Ya no podrás secar mis lágrimas con tus besos. Pero irás á verme á menudo ¿verdad? *(Con júbilo.)* Y si pudiera conseguir la vista... si llegara á verte... ¡Oh! entonces ¡cómo bendeciría la mano piadosa que nos hubiera separado!

DOL. — Esperemos, hija mía, esperemos y tengamos fe en Él, que todo lo puede. *(Apartándola con cariño y poniéndose de pie.)* Me voy;

no te apartes de aquí. En cinco minutos estoy de vuelta. *(Vase, al llegar á la puerta, María la llama.)*

MAR. — ¡ Mamá !

DOL. — *(Volviendo.)* ¿ Qué, hija mía ?

MAR. — Acércate.

DOL. — *(Se acerca.)* Aquí me tienes. *(Tomándole una mano.)*

MAR. — Inclínate. *(Dolores se inclina hasta rozar con la frente la cabeza de María.)* Bésame una vez más. *(Dolores la besa, María circunda su cuello con los brazos y la besa con cariño repetidas veces.)* ¡ Ay, mamá ! ¿ Por qué no puedo verte ? *(Dolores conmovida le seca las lágrimas y se retira reteniéndole las manos cuanto puede, al dejarlas le imprime un beso, dirige al cielo una mirada suplicante y vase secándose los ojos.)*

## ESCENA VII

### MARÍA Y BLANCA

BLAN. — ¡ Ella tiene una madre ! ¿ Cuán feliz es ! *(Deja caer la cabeza entre sus manos sollozando.)*

MAR. — *(Escuchando.)* ¿ Un sollozo !... ¿ alguien llora ! Mi oído no me engaña ; no estoy sola aquí. Algún sér que sufre. *(Se levanta é indica el lado en que está Blanca.)* Es por aquel lado. ¿ Si mientras tanto pudiera yo darle algún consuelo !... *(Guiada por los sollozos de Blanca á ella se dirige á tientas ; se le acerca, tiende los brazos y toca á Blanca.)*

BLAN. — *(Levanta la cabeza y mira con sorpresa á María.)* ¡ Ah !

MAR. — *(Con dulzura mientras palpando se apodera de una mano de Blanca.)* ¿ Por qué lloras ?

BLAN. — ¿ Para qué quieres saberlo ? No eres tú la que puede hallar un consuelo á mi dolor.

MAR. — *(Tristemente dejando la mano de Blanca.)* Es verdad. ¿ Soy tan desdichada ! Mas, ¿ quién sabe si en mí desdicha no podría encontrar una palabra de consuelo para mitigar tu pena ! ¿ Quién eres ?

BLAN. — *(Se levanta y avanza al proscenio. María guiada por los pasos de Blanca, la sigue.)* ¿ Quién soy ? Soy una pobre huérfana.

MAR. — (*Junta las manos dolorosamente y dirige los ojos al cielo.*)  
¡Huérfana! ¡Infeliz!

BLAN. — Sí, huérfana de todo afecto. Y, hace un momento, cuando aquí ante mis ojos tu madre te prodigaba sus caricias, sus besos, y tú le correspondías, yo tuve celos de tu dicha, sentí la envidia morderme en el corazón, desbordó mi dolor y no pude contener los sollozos. ¡Ah! ¡tú tienes una madre! ¡tú eres feliz!

MAR. — (*Mortificada.*) Si lo hubiera sabido... Perdóname.

BLAN. — (*Tomando de las manos á María.*) ¿No lo has comprendido por mis ávidas miradas, no lo ves por la angustia que se refleja en mi semblante, no ves mi luto?

MAR. — (*Con dulzura.*) No puedo verte, soy ciega.

BLAN. — (*Dolorosamente sorprendida.*) ¿Ciega? ¡Ciega! ¡Desdichada!

MAR. — ¡Ay, sí! muy desdichada!

BLAN. — (*Tomándola otra vez de las manos y estrechándolas con afecto.*)  
Pobre hermana de dolor! He sido cruel, perdón! (*Le besa las manos luego le rodea la cintura con el brazo y la conduce al sofá.*)  
Ven, ven; sentémonos aquí. Me contarás tus penas, yo te contaré las mías.

MAR. — Mi pena es profunda como es inmensa mi desdicha. (*Tomándole las manos.*) ¿Te has imaginado tú alguna vez ser ciega? ¿Comprendes la horrible verdad que encierra esta palabra? ¡Dicen que el mundo está lleno de maravillas! El sol que da calor, alumbra y embellece la tierra; el cielo azul con sus innumerables estrellas brillantes; los mares, los montes, los verdes prados, los floridos jardines, y tierras que encantan con la riqueza de su vegetación espléndida y variada... Maravillas son éstas de la naturaleza que nunca he visto. ¿Y todas las maravillas surgidas de las manos y del pensamiento del hombre que pueblan el mundo? Tampoco las he visto, y, tal vez no las veré jamás. Pero la pena profunda que me corroe el corazón es el no poder ver á mi madre, no poder mirarme en el espejo de sus ojos. ¡Ah, Dios mío! Yo renunciaría á las maravillas del mundo entero por sólo ver el semblante de mi madre adorada.

BLAN. — Sí, profunda es tu pena é inmensa tu desdicha! Mas ¿y la mía? ¿Te has imaginado tú alguna vez ser huérfana? ¿comprendes la horrible verdad que encierra esta palabra? Dicen que las

madres adoran á sus hijos, que embellecen su existencia velando por ellos, guiándolos en el camino de la vida; dicen que les enseñan el trabajo, la honradez, el cariño, la caridad; que les inculcan la bondad, la fe, la resignación, la nobleza y el valor. Dicen que el cariño de las madres llega hasta el sacrificio por sólo evitar una lágrima á sus hijos. Yo ignoro esas sublimes maravillas del afecto maternal y las ignoraré para siempre. ¡Ay, Dios mío! Yo daría la luz de mis ojos por sólo sentir las caricias de mi madre.

MAR. — *(Palpando le rodea el cuello con un brazo y con la otra mano la acaricia.)* ¡Pobre hermana mía! ¡Llora, llora! *(Blanca llorando, deja caer la cabeza en el hombro de María; pausa. En este momento aparecen por la derecha, misa Angélica, Dolores y Margarita; mas viendo á las niñas, Angélica hace señas á las demás y se retiran.)* Es horrible en verdad tu desgracia. Siento el frío de la muerte en el corazón al sólo pensar que yo pudiera perder la mía. ¡Qué dichosos somos los que tenemos madre! ¡Si me fuera posible darte algún consuelo! *(Por una súbita idea le levanta la cabeza y tomándole las manos.)* Dime, ¿si mi madre lo fuera también tuya?

BLAN. — ¡Qué dices? No te comprendo.

MAR. — Escucha. Yo debo ingresar en el asilo de ciegos; un médico dijo que tal vez pueda yo conseguir la vista. Y si tal cosa no fuera posible, estudiaré ó aprenderé á trabajar. Tendré que quedarme allí muchos meses... quizás años... y mi pobre madre se quedará sola... ¿Quieres tú ser mi hermana? serás su hija.

BLAN. — ¡Dios mío, Dios mío! ¿qué esperanzas me das!

MAR. — ¡Ella es tan buena! Te querrá mucho y mucho aprenderás á su lado. Ella posee un gran libro en el que aprendió á leer, en el que hubiera aprendido á leer yo. Dichosa de tí que puedes hacerlo y en él aprenderás á tener fe y á ser resignada.

BLAN. — ¿De qué libro hablas?

MAR. — De la Biblia.

BLAN. — ¿La Biblia? ¡Ah, sí! la conozco. Algo de ella tengo ya grabado en la mente y en el corazón. Mira, aquí está. *(Se levanta y trae el libro.)* Es la lectura que esta buena señora ofrece á los que vienen á pedir su amparo, y la esperan.

MAR. — ¡ Ah, sí ? ¡ Alma piadosa ! brinda el bálsamo de la fe y la resignación. Abre el libro página 172. El sermón de la montaña : Las ocho bienaventuranzas, tercer párrafo. Lee.

BLAN. — (*Legendo.*) « Bienaventurados los que lloran porque ellos serán consolados. »

MAR. — Tú lloraste y fuiste por mí consolada ; yo lloré y fui consolada por tí. Sigue al párrafo quinto.

BLAN. — « Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia. » Tú fuiste misericordiosa para conmigo...

MAR. — Y tú lo serás para mí aceptando el ofrecimiento que te hago.

BLAN. — (*Asombrada.*) Tú no puedes leer ¿ y cómo sabes esto ?

MAR. — Mi madre me lo ha enseñado. Ella lee siempre este libro para mí y me dice : « Si yo llegara á faltarte recuerda esta lectura ; ella será tu guía en la vida y afirmará la fe en tu corazón. » ¿ Comprendes ? ¡ Ah ! dichosa de tí que posees el inapreciable dón de la vista y puedes poblar tu soledad con la lectura y levantar tu espíritu con ella. Cuando vayas con mi madre á visitarme al asilo, me leerás un capítulo del santo libro, ¿ quieres... ¿ cómo te llamas ?

BLAN. — ¡ Blanca !

MAR. — ¿ Quieres, Blanca ?

BLAN. — Sí... ¿ cuál es tu nombre ?

MAR. — María.

BLAN. — (*Con efusión abrazándola.*) ¡ María ! Dulce nombre, emblema de dolor y de piedad. Sí, acepto, dulce hermana mía ! ¡ Qué feliz será mi existencia entre el cariño de una hermana y el de una madre ! Mas dime, tú, ¿ cómo animas el silencio, cómo pueblas tus horas de soledad ?

MAR. — Con el dón que Dios da á casi todos mis compañeros de dolor. Cuando la soledad entristece mi alma, cuando el silencio me oprime, pulso las cuerdas de este instrumento y acompaño las melódicas notas con las quejas de mi corazón. Escucha : (*Canta acompañada con el instrumento que habrá traído, si la niña no sabe música finge hacerlo y alguno entre bastidores la acompaña.*)

LA CIEGA

(Fragmentos)

¡Todo es noche, noche oscura!  
Yo no veo la hermosura  
De la luna refulgente;  
Del astro resplandeciente  
Tan sólo siento el calor  
No hay nube que el cielo dora,  
Ya no hay albor, no hay aurora,  
De blanco y rojo color.

Yo no gozo la belleza  
Que ofrece naturaleza,  
Lo que el mundo adorna y viste;  
¡Todo es noche, noche triste,  
De confusión y pavor!  
¡Doquier miro, doquier piso,  
Nada encuentro, y no diviso  
Sino lobreguez y horror!

Cual cautivo desgraciado  
Que se mira condenado  
En su juventud florida,  
A pasar toda la vida  
En una horrenda prisión,  
Tal me veo, de igual suerte:  
Sólo espero que la muerte  
De mí tendrá compasión.

BLAN. — *(Apenas termina el canto, como arrastrada por una fuerza superior, casi inconsciente comienza á cantar muy quedo; poco á poco se anima, se levanta y canta con voz esplayada. María la escucha con grata sorpresa y sigue con la música acompañándola.)*

¡Huérfana soy! Desgraciada  
Flor en su abril marchitada  
¡Qué soy yo sobre la tierra?  
Arca de tristeza encierra

Su más tremendo amargor;  
Y mi corazón enjuto  
Cubierto de negro luto  
Es el trono del dolor.

Mil placeres halagüeños,  
Bellos días y risueños  
El porvenir me pintaba,  
Y seductor se mostraba  
Por un prisma encantador.  
Las ilusiones volaron  
Y en mi alma sólo quedaron  
La amargura y el dolor.

Agotada mi esperanza  
Ya ningún remedio alcanza;  
Ni una sombra de delicia  
Á mi existencia acaricia;  
Mis goces son el sufrir:  
Y en medio á tanta desdicha  
Sólo que queda una dicha  
Y es la dicha de morir.

(*María Josefa Mugia.*)

MAR. — (*Fascinada por la voz de Blanca, se levanta al terminar ésta el último verso, y las dos comienzan y siguen en duo la estrofa cuarta.*)

BLAN. — ¡Huérfana soy! Desgraciada

MAR. — ¡Pobre ciega! Desgraciada

Flor en su abril marchitada  
¿Qué soy yo sobre la tierra †  
Arca de tristeza encierra  
Su más tremendo amargor;  
Y mi corazón enjuto  
Cubierto de negro luto.  
Es el trono del dolor.

(*Al terminar, las dos se abrazan sollozando.*)

## ESCENA ÚLTIMA

DICHAS, MISIA ANGÉLICA, MARGARITA, DOLORES Y TERESA,  
por la derecha

MARG. — (*Abraza y besa á Blanca.*) ¡Pobre huérfana!

ANG. — (*Abraza á María, la besa y le apoya una mano en la cabeza.*) « Los ciegos están llamados á esparcir la luz de su alma y de su profunda inteligencia » (1).

MAR. — (*Apoderándose de las manos de misia Angélica y besándolas con júbilo.*) ¡Ah, es su voz! ¡La voz de mi santa adorada!

ANG. — Todo lo hemos escuchado, hijas mías. ¡Pobre huérfana! La madre de María te abre sus brazos. (*Arroja dulcemente á Blanca en los brazos de Dolores.*)

DOL. — Sí, hija mía (*Abrazándola con afecto.*)

BLAN. — Gracias, madre mía, gracias.

ANG. — Y tú, mi buena María, encontrarás allí en el « Hogar de la luz », cien brazos que te recibirán con ternura y afecto de hermanos y de madre amorosa.

MAR. — (*Junta las manos.*) ¡Oh, gracias! ¡gracias!

DOL. — ¡Oh, sí! ¡gracias mil veces! Permitid, señora, que os bese la orla del vestido como á una santa! (*Por arrodillarse.*)

ANG. — (*Impidiendo el acto.*) ¡No, jamás! Bien poca cosa es lo que yo hago. No es más que mi deber; es el de todos; consolar al triste, ayudar al desgraciado.

TER. — ¡Oh, señora! ¿Por qué Dios que os ha enviado á la tierra como un hada de piedad y de consuelo, por qué no os ha dado la virtud de aliviar todos los dolores y transformar en un edén esta tierra llena de penas y amarguras?

MARG. — (*Abrazando á Angélica y llorosa.*) Sí, madre mía; dínos, ¿por qué cuando se posee un alma hermosa como la tuya, Dios no le da ese poder?

ANG. — ¡Lloras, Margarita? Y te he vedado verter lágrimas ante el dolor. No reside en el llanto la verdadera piedad sino en el cora-

(1) Pensamiento de Carmen Sylva.

zón que impulsa á socorrer á nuestros hermanos. Debes vigorizar tu espíritu y contemplar sin flaqueza las miserias humanas para encontrar fuerzas y aliviarlas.

MARG. — Sí, lo sé, y procuro hacerlo, madre mía. Mas no siempre obedece la voluntad á la razón. Y al ver tantos dolores, al contemplar tantas miserias, siento que el llanto afluye á mis ojos y en mi corazón estalla un grito de angustia : ¿ Por qué, Dios mío, por qué?

BLAN. — (*Repite dolorosamente juntando las manos.*) Y ése es también el grito que arroja mi pobre corazón de huérfana : ¿ Por qué, Dios mío, por qué?

MAR. — (*Idem.*) Y es el grito que mi corazón angustiado repite sin cesar : ¿ Por qué, por qué?

ANG. — ¿ Ay, hijas mías! Hubo un tiempo en que ese grito también estallaba en mi corazón á cada instante. Y en mi afán de querer aliviar todos los sufrimientos que á cada paso veía, suplicaba á Dios me concediera el dón de poder hacerlo; pero sólo me concedía la virtud de la piedad que torturaba mi corazón haciéndole prorrumpir en ese grito desesperado : ¿ Por qué, por qué, Dios mío? Cuando un día, uno de esos días grises, lluviosos y tristes, en que parece que llueven lágrimas, en que nos evocan todos los dolores, todas las miserias que imperan sobre la tierra, en que nuestra alma se siente sacudida por ese grito de angustia que repite sin cesar esta pregunta : ¿ Por qué, por qué? y nos torturamos el cerebro para investigar la causa de tantos males, buscando en vano una respuesta, sentí que un gran cansancio me invadía, y postrada al fin, cerré los ojos y quedé aletargada. Entonces me pareció que una gran claridad se difundía á mi alrededor y vi dibujarse en el vacío donde había tenido clavados los ojos, una majestuosa figura de mujer; tomó cuerpo y envuelta en blanca vestidura acercábase á mí. Una infinita dulzura había en sus pupilas azules, en sus labios una suave sonrisa; y en toda su hermosa persona la dulce serenidad de las almas elegidas. Sentí impulsos de arrodillarme ante ella como ante el ángel de la bondad. Ya á mi lado, se inclinó al oído y me narró una leyenda; una piadosa leyenda, todo amor, abnegación, sacrificio y fe, dándome al fin en ella la respuesta nunca hallada, y era ésta de tal virtud consoladora

que acalló en mi corazón al angustioso grito, y dióle esperanza, resignación y paz. Levanté mis ojos hacia la blanca visión, ella levantó los suyos señalándome el cielo, y en silencio desapareció dejando inundada mi alma con la luz de sus pupilas. Al despertar de mi letargo fijé en el papel la narración consoladora para no olvidarla jamás. Aquí está. (*Va á la mesa y saca del cajoncito un rótulo y vuelve el proscenio.*) Esta es; ¿queréis escuchar la lectura? En ella hallaréis la respuesta á vuestra pregunta como la he hallado yo, y reinará la tranquilidad en vuestros corazones como desde entonces reina en el mío.

MARG. — Sí, mamá; lee.

DOL. — Sí, señora, leed; es favor que nos hacéis.

ANG. — (*Comienza á leer; todos escuchan atentamente.*)

## LA LEYENDA DE LA REINA BUENA

de Carmen Sylva

Existía en un tiempo una reina buena. Deseaba ésta calmar todos los sufrimientos que veía sobre la tierra. No obstante, cuanto más bien hacía, parecía que la miseria se multiplicaba. Sus recursos no bastaban para pobreza tan grande; sus palabras no tenían la virtud de librar del peso de su dolor á los pobres, y su mano no sabía curar todas las enfermedades. Pensó, sin embargo, que Dios, que es la bondad misma, no podía querer un mundo tan defectuoso, y que, si únicamente los hombres se avenían á tomarlo como era, no dejarían de ser felices. Entonces se dirigió á la iglesia y elevó una plegaria, de la cual desconocía en aquel instante el alcance y el atrevimiento. Oraba, como tantos otros, en su demencia, sin saber, al fin y al cabo, si sus ruegos serían escuchados.

Y decía: «;Dios bondadoso, haced que si encuentro á uno que sufre le convierta en dichoso con mi sola mirada, aun cuando caigan sobre mí sus dolores!»

Salió con el corazón oprimido, preguntándose si Dios la habría escuchado. Dios muchas veces parece que es sordo á nuestras oraciones. Pero el mismo día comprendió la reina que había sido oída.

En efecto, encontró á un muchacho que, tendido en su carrito, no había podido nunca dar un paso. Desde mucho tiempo le conocía ya la reina, y él la amaba con todas las fuerzas de su alma. Como de costumbre, se acercó á él, tomó su mano tierna, en la suya, y con voz dulce le habló de una pronta curación.

Los ojos del niño se agrandaban poco á poco.

Sintió la reina que, gracias á su mirada, aquel muchacho recobraba todo su vigor, y que un cansancio desconocido la rendía. De pronto, el niño se tornó alegre.

Creo que puedo andar — dijo como en un sueño; — levantóse sobre su lecho de dolor, y se puso á caminar, cuál si jamás hubiese estado paralítico.

La reina selló su contento con una sonrisa de cansancio; volvió á su palacio, cayó en cama, y quedó paralítica durante gran número de semanas. Sus piernas estaban como muertas, pero rehusaba los auxilios de un médico, diciendo que cuando le llegase su hora Dios la libraría del sufrimiento. Esa hora llegó.

Desde aquel día se hizo, sucesivamente, cargo de todas las dolencias; se puso ciega, sorda, muda, calenturienta, pero siempre salía de estas pruebas más hermosa, más joven, más radiante. Nunca se le oía exhalar un lamento. Á pesar de que ella no hablaba jamás palabra, pronto se divulgó su arte de curar. Y las gentes la atormentaban con sus sufrimientos, aun comprendiendo los sacrificios que en su pró hacía. Decíase que la reina estaba expuesta á todos los contagios, y no consentía que se la preservase de ellos, particularmente tratándose de niños.

No tardó en tocar ella misma la pobreza. Pensaba procurarse trabajo; pero al cabo de algún tiempo no tenía nada, ni para atender á su propia persona; no podía hacerse la más pequeña ilusión; siempre le faltaban los medios. Así, á pesar de los numerosos subsidios de su tierno esposo, le ocurrió como á Santa Isabel: apenas poseía un manto.

Su nombre era mil veces bendecido; se buscaba la ocasión de acercarse á ella, de tocarla, de robarle una mirada, porque el brillo de sus ojos consolaba á quien la mirase. Se consideraba feliz y tranquila, y su destino era completamente bueno, no apartándose de Dios. Nadie sabía resistir á la paz que de ella se desprendía.

Más difíciles de sobrellevar eran las horas de olvido, cuando había apaciguado alguna discordia, y debía abrigar allá en su interior, malos propósitos. Hacía por olvidar, en tal instante, que todo ello era parte de su dón generoso, y lloraba en silencio. Pronto, sin embargo, volvían á disiparse los nublados y comprendía que, aun en el orden moral, debía echar sobre sí las penas del prójimo. Desde entonces, su paciencia fué inalterable, y las gentes olvidaban que la habían tratado mal, imaginándose que habían amado siempre á su reina, y nunca la desconocieron ni insultaron. Dulcemente, una sonrisa llegaba hasta su corazón: *una mirada de sus ojos les había dado el olvido.*

Para ella fué una prueba especial el haber devuelto al buen camino á un hombre, víctima de una perniciosa tentación y tener que sufrir por tal hecho remordimientos y todas las torturas de la conciencia, como si ella misma hubiese cometido la falta. Pesaba ésto demasiado, porque ella se juzgaba inocente, y, sin embargo, su pobre corazón palpitaba, noche y día, mortalmente angustiado. En ocasiones, comprendía que tal estado era pasajero, semejante á todos los demás, pero el sufrimiento era terrible.

Un día oyó á una pobre mujer que le suplicaba: «Bondadosa reina, mi único hijo se muere, y sé que poseéis hierbas que curan lo que nadie puede curar.»

Sin vacilar, se dirigió hasta el lecho de muerte sobre el cual agonizaba el niño. Volvió á abrir éste sus ojos medio cerrados, y miró á la reina todavía una vez. Esta sola mirada bastó para que reardiese la llama interior de su cuerpo; el pecho recobró su respiración, los labios descoloridos y fríos tornáronse rojos y calientes, y aquella madre, reconocida, se arrojó á los pies de la reina, abrazando sus rodillas, viendo ya á su hijo fuera de peligro.

Esta vez, cuando regresaba á su palacio, la reina no se sintió tan fatigada como de ordinario, y no obstante, un grave mal, la muerte misma quizá, debía espiarla.

¡Cuál no sería su impresión cuando vió al día siguiente caer gravemente enfermo á su hijo único ó ir á grandes pasos al encuentro de la muerte! ¡Dios mío! ¡Dios mío! — gemía — no me pidáis este sacrificio, que es superior á mis fuerzas! Vanas eran sus sú-

plicas. De nada le servían sus cuidados y su experiencia. Su propia mirada había perdido su poder. El niño no abría los ojos; sólo hablaba, balbuciente, de ángeles extraordinariamente hermosos y de flores, hasta que se le quedó en sus brazos, pálido é inanimado mientras que aquella desventurada mujer, herida, sin una lágrima, sin fuerzas, sentía únicamente el dolor que la devoraba.

Desde entonces su dón parecía que había huído de ella. La gente creía que había perdido la fe en sus hierbas milagrosas. Por aquel tiempo la vida presentábase con tintes negros á la pobre reina. Maldijo ésta su plegaria y se maldijo á sí misma. Acusábase de haber hecho recaer sobre su esposo el peso de su propia desventura. ¡El mundo se le ofrecía lleno de tinieblas sumido en una noche sin aurora, sin primavera, sin árboles hermosos, sin cantos de pájaros, sin nada! Nada de cuanto otras veces encantaba á su corazón.

La que jamás había exhalado una queja y tanto había trabajado por aliviar la miseria de los demás, halló entonces despiadado el cielo, y no tuvo la virtud de congratularse de la dicha de la otra madre á quien ella había librado de este dolor espantoso.

Luego que anduvo á tientas largo tiempo, mucho después, en la noche de las dudas, la reina quedóse por fin dormida. De pronto le pareció que se abría la puerta de su alcoba; que entraba su hijo radiante de felicidad; que se sentaba al borde de su cama; que con su manito levantaba la losa de plomo que pesaba sobre su pecho; que le comunicaba la alegría en un hálito que despedía el aroma de la violeta, y que le decía con voz armoniosa:

¡ Madre mía, no llores más ! ; Me has hecho más dichoso de lo que hubiera podido ser aquí abajo, á pesar de tu amor entrañable ! ; No me has abierto el cielo ? ; A él he podido volver sin dolor y sin pecado, gracias á tu sacrificio, madre mía ! ; No llores más ! Yo estoy siempre á tu lado. Cometiste una piadosa falta cuando creíste poder aliviar todos los dolores del mundo. Ya has tenido que expiarla, encorvada sobre el polvo. La tierra es tal como Dios la quiere : una cantera, un hornillo, un crisol, el paso brevísimo de una existencia á otra, más perfecta á medida que hayamos depurado nuestro espíritu sobre la tierra. ; Paciencia, madre mía ! La

hora de la libertad suena, y ni un momento dejaré de asistirte, iluminándote con mi luz y alentándote con mi fuerza. ¡ Fácíl te será hallar siempre consuelo, porque crees en una vida futura, porque estás convencida de que nos espera á todos ! ; La muerte no existe ! No es ésta sino un renacimiento y ; madre mía, si supieses cuán hermosa es, la esperarías radiante de gozo, y no suspirarías más ! La pobreza, la enfermedad, la injusticia y la lucha son necesarias ; todo ello sirve para purificarse, ayudarse y apiadarse mutuamente.

Así son felices cuantos van con todas sus fuerzas en socorro de los desgraciados, y les ofrecen todo cuanto pueden darles ; pero convertir la tierra en paraíso, eso ninguno ni puede ni debe hacerlo ; porque la tierra es un obrador que se llama, en el concepto humano, « infierno ó purgatorio ».

Despertó la reina entonces, y volvió á reinar la paz en su corazón. Podía nuevamente hacer bien, alegrarse, pero curar... no. No lo deseó más ; vivía en una dicha apacible, y á su alrededor derramaba la tranquilidad ».

*(Abrazando á Blanca y á María.)* ; La tranquilidad ! Esto hijas mías, es el bien á que debéis aspirar en la tierra, y para obtenerle, acallad vuestro grito angustioso con una sola respuesta : ¡ Espera !

Telón.



# ROMEO Y JULIETA

---

*Escrito expresamente y representado por mis alumnos en un concurso de declamación en el instituto musical de Santa Cecilia, el 10 de agosto de 1905, y repetido con el mayor éxito, en un segundo concurso en el salón del « Príncipe Jorge », el 17 de diciembre del mismo año.*

## PERSONAJES

CELINA, 8 á 11 años.

AURORA, 7 á 10 años.

ROBUSTIANA, niñera.

# ROMEO Y JULIETA

---

Una pieza de estudio. Puertas laterales. Biblioteca ó mesitas con libros; sillas, y un pequeño escritorio en el centro, con libros, cuadernos, tintero, lapiceras y el frasquito de la goma. Un banquito para apoyar los pies.

## ACTO ÚNICO

### ESCENA I

CELINA Y AURORA

Sentadas al escritorio; la primera con un libro abierto estudiando; la segunda; escribiendo en una pizarra. Si no hubiere telón, las niñas entran en la escena por la izquierda, se dirigen al escritorio y se sientan.

AUR. — Cinco por cinco... ¿cuánto son? no me acuerdo. Celina, ¿cuánto son cinco por cinco?

CEL. — ¡Cómo! ¿no sabes cuánto son cinco por cinco? Cinco por cinco, cuarenta.

AUR. — ¡Cuarenta! no puede ser tanto; estás equivocada.

CEL. — Bueno, mejor. ¿Por qué me preguntas?

AUR. — *(Contando con los dedos.)* Cinco, diez, quince, veinte, veinticinco. ¡Ah! veinticinco, bien decía yo, *(Escribe.)*

CEL. — *(Cierra el libro y dice de memoria.)* El poliedro tiene las superficies planas; eso es: las superficies planas. *(Sigue estudiando.)*

AUR. — Ahora la suma. Tres y siete... *(Contando con los dedos.)* ocho, nueve, diez. *(Escribe y sigue con las cuentas.)*

CEL. — *(Legendo.)* Una línea recta sobre un cuerpo redondo no toca más que en un punto. *(De memoria.)* No toca más que en un punto.

AUR. — Ya está. Veamos ahora la división. *(Escribiendo.)* Cuatro,

cero, siete y cinco. Cuatro mil setenta y cinco dividido por cinco. Vamos á ver.

CEL. — (*De memoria.*) No toca más que en un sólo punto.

AUR. — El cinco en el cuatro cabe... cabe... ¿Cuántas veces cabe el cinco en el cuatro, Celina?

CEL. — (*Distraída.*) Un solo punto.

AUR. — ¿Cómo un solo punto! ¿qué dices?

CEL. — ¿Eh? ¿qué me has preguntado?

AUR. — El cinco en el cuatro, cuántas veces cabe.

CEL. — Y, cabe... cabe una vez.

AUR. — ¡Ah, sí! es cierto. Una vez. (*Escribe.*)

CEL. — (*De memoria.*) El cuadrilátero tiene... ¿Cuántos lados tiene el cuadrilátero? (*Piensa.*)

AUR. — ¿Y en el diez? cinco y cinco... diez; dos veces.

CEL. — Aurora, ¿cuántos lados tiene el cuadrilátero?

AUR. — (*Distraída, escribiendo.*) Diez.

CEL. — ¿Diez! No puede ser. Me parece que tiene tres. Á ver. (*Mira en el libro.*)

AUR. — Y ahora, la prueba. Á ver si sale bien.

CEL. — Cuatro tiene. ¿Es claro! cuadrilátero... cuatro. ¿Es tan fácil! Pero es inútil, á mí no me entra la geometría. Yo no comprendo por qué se ha de estudiar la geometría, y cuando á uno no le gusta.

AUR. — (*Con impaciencia.*) Y no sale bien; no sale bien. Está equivocada. ¡Ay! al que inventó la aritmética, yo no sé lo que le haría.

CEL. — ¿Y al que inventó la geometría? no te digo nada!

AUR. — ¿Por qué han de hacer estudiar estas cosas que cuesta tanto aprenderlas!

CEL. — Y cuando á uno no le gustan. Porque á mí, vaya la gracia que me hace la señora geometría!

AUR. — ¿Y á mí la señora aritmética? ¡mucha gracia que me hace!

CEL. — ¿Y luego dicen que no nos gusta estudiar! Á mí me gusta; pero me gusta estudiar lo que me gusta. Los versos, por ejemplo. ¡Son tan lindos los versos y tan fáciles! Se aprenden en un amén-Jesús.

AUR. — ¿Por supuesto! ¿Y el baile! ¿no es lindo el baile? ¿y fácil? ¿y divertido? ¿Y á mí que me gusta tanto! Pero, no señor, del

baile no hay que hablar. *(Con enojo.)* Y nos dejan aquí á marearnos con la aritmética y la geometría.

CEL. — ¡Y tan luego hoy!

AUR. — Hoy no es peor que los demás días.

CEL. — Para mí, sí.

AUR. — ¿Y por qué?

CEL. — ¿Cómo por qué? ¿Ya no te acuerdas de Romeo y Julieta que vimos ayer en el Odeón?

AUR. — ¡Ah, sí! ¡Qué linda era la música que tocaban! ¡Ay! ¡me encantaba!

CEL. — Tú no te acuerdas más que de la música. Pero yo hablo de lo que representaban los artistas allá arriba.

AUR. — Yo me acuerdo de la música porque con música se baila. Y de lo que hacían y decían los artistas allá arriba, á mi qué me importaba!

CEL. — ¡Es claro! Si tú no piensas más que en el baile, y saldrás hecha una bailarina!

AUR. — Y tú una cómica; siempre estás haciendo muecas delante del espejo.

CEL. — ¿Muecas? ¿muecas? Arte, y arte de la buena.

AUR. — Así será. Bueno, déjame sacar mis cuentas bien porque sino me saco un cero.

CEL. — Pues á mí, nada se me importa de sacar un cero, dos, tres, diez, veinte ceros, pero lo que es hoy la geometría se va á paseo. *(Cierra el libro con enojo, se levanta y avanza hacia el proscenio.)* Es inútil! Tengo aquí *(señala la frente)* á Romeo y Julieta. ¡Tan linda! con ese vestido blanco que llevaba, de cola larga, larga... el cabello suelto... y esa carita de ángel! Pobrecita, cómo lloraba! ¿Y Romeo? ¡Tan mono! Con ese manto echado sobre el hombro, el puñal en el cinto, y su gorra con pluma caída. *(Declamando é imitando á Romeo.)* ¡Julieta! ¡mi Julieta! ¡Ah, Romeo! ¡mi Romeo!

AUR. — *(La mira sorprendida y se echa á reir burlonamente.)* ¡Ja, ja, ja!

CEL. — *(De pronto queda mortificada, después con enojo remeda á Aurora.)* ¡Ja, ja, ja! ¡Eres graciosa, sí! Saca tus cuentas y á mí déjame en paz.

AUR. — Es que no puedo dar con la equivocación, y ya me tiene fastidiada.

CEL. — (*Aparte, mirando á Aurora.*) ¡Ah! qué buena idea! (*Llamándola.*) ¡Aurora!

AUR. — Ahora no más la mando á paseo de brazo con tu geometría.

CEL. — Y harás muy bien. Conviene descansar. Después del estudio la distracción es necesaria. Esto también lo dice la maestra.

AUR. — Tienes razón. La dejaremos para más tarde cuando hayamos descansado. (*Aparte la pizarra y se levanta.*)

CEL. — Muy bien pensado. Y para distraernos, ¿sabes lo que te propongo?

AUR. — ¿Qué?

CEL. — Que hagas de Julieta; yo haré de Romeo.

AUR. — ¿Que haga de qué?

CEL. — De Julieta. ¿No comprendes? ¡qué dura! Vamos á representar el teatro. ¿Comprendes?

AUR. — ¿Y cómo hacemos? yo no me acuerdo.

CEL. — No importa; yo te diré lo que tú tienes que decir.

AUR. — ¿Lo que dice Romeo?

CEL. — No, Julieta.

AUR. — ¿Y yo voy á hacer de Romeo?

CEL. — No, de Julieta.

AUR. — ¿Y por qué?

CEL. — Porque Romeo es más difícil.

AUR. — ¿Y tú harás de Julieta?

CEL. — (*Impacientándose.*) No, no; yo Romeo y tú, Julieta.

AUR. — ¡Ah, sí; ya entiendo! mi Julieta la muñeca; voy á traerla en seguida.

CEL. — (*La detiene.*) ¡Ay, qué paciencia! No, no.

AUR. — ¿Y entonces?

CEL. — Entonces, tú, no tu muñeca, harás de Julieta y yo misma haré de Romeo. ¿Has comprendido, cabeza de corcho?

AUR. — ¡Ahora sí! ¡no te explicabas! Pero y las tumbas y los trajes ¿cómo nos arreglaremos?

CEL. — Tumba no hace falta más que una; la de Julieta; las demás se suprimen; los trajes... (*Reflexiona.*) Tú, te pones el batón blanco de mamá. Yo... necesito un manto... la capa negra de

mamá; el puñal... el espadín que le regaló padrino á Pepito; gorra... la gorra de Pepito, y la pluma la saco del plumero. Ya está arreglado. Ayúdame á preparar la escena. El escritorio lo arrimamos á la pared. Agarra por el otro lado.

AUR. — (*Levanta el escritorio, después lo deja caer de golpe.*) ¡Ah! ¿y si llega mamá y nos sorprende? ¡mira el Romeo y la Julieta que nos va á tocar!

CEL. — Pero Aurorita, si mamá ha ido á las tiendas, y hasta la noche no volverá.

AUR. — ¿Y si vuelve antes?

CEL. — ¿Y cómo va á volver antes? ¡Nunca lo hace! ¿Precisamente ha de ser hoy? Ni que se lo dijera el dedito. (*Acariciándola.*) Sé buenita, Aurorita...

AUR. — Sí, buenita, buenita. Pero, si las recibimos...

CEL. — ¡Qué! si mamá no pega nunca. Á lo sumo será una penitencia. ¡Gran cosa! cuando se está habituada, una más una menos, es lo mismo. Ven, ven; que después bailaremos una gavota, una pavana, lo que gustes. ¿Estás contenta?

AUR. — (*Palnoteando de alegría.*) ¡Ah, así sí!

CEL. — Antes, el escritorio. (*Llevar al escritorio hacia el foro.*) Ahora, tres sillas aquí. (*Las coloca al frente del proscenio.*) Es la tumba de Julieta. Y aquí, este banquito. Es poco. ¡Ah! ¡los libros! (*Saca los libros de la biblioteca ó de sobre las mesitas y los coloca escalonados frente al banquito, al pie de las sillas.*)

AUR. — ¿Y para qué?

CEL. — Figuran los escalones de mármol.

AUR. — ¡Ah, ah! ¿y si al bajar tropiezo y me caigo?

CEL. — ¡Jesús, qué miedosa! (*Terminando de arreglar los libros.*) Ya está. Ahora acuéstate.

AUR. — (*Se sienta en la silla del medio y al recostarse advierte que no hay almohada.*) ¿Y sin almohada? ¡Ah, no! es muy bajo y me voy á marear.

CEL. — Espera. (*Trae más libros y los coloca sobre la silla al lado de Aurora.*) Estos libros. Ya tienes almohada.

AUR. — Es una almohada muy dura; me va á doler la cabeza. Me quedo sentada.

CEL. — No, sentada no; porque no es lo mismo.

AUR. — Entonces me voy. (*Se va corriendo, Celina la detiene.*)

CEL. — Sí, sí, es lo mismo; quédate sentada. Ahora te callas, y escucha bien mis instrucciones.

AUR. — Soy toda oídos.

CEL. — Tú, no debes mover ni un dedito cuando entra Romeo, porque estás muerta. ¿Oyes?

AUR. — Sí; ¿y después?

CEL. — Después, yo, ó sea Romeo, se acerca á la tumba, llora, se desespera; pero tú, siempre calladita y quietecita. Despiertas cuando te haré señas; te levantas, haces así y dices: (*Pasándose las manos por los ojos.*) ¡Ah! ¿Estoy despierta ó estoy dormida? ¿estoy muerta ó estoy viva? llamas: Romeo, Romeo, ven, sálvame tú. Yo te oigo, me vuelvo y te veo á tí, blanca como la nieve, inmóvil como una estatua; te creo una aparición y llamo: ¡Julietta! Tú, avanzas, arrojas un grito, corres hacia mí, yo, hacia tí y nos abrazamos; yo tambaleo, caigo y muero. Tú, desesperada te apoderas del puñal, te matas, caes, mueres... y... se acaba la tragedia. ¿Has comprendido?

AUR. — (*Levantándose.*) Me parece que me has aturdido.

CEL. — Sí, sí; has comprendido muy bien. (*Se vuelve para irse; Aurora la detiene.*)

AUR. — No he comprendido nada.

CEL. — Repasa tu papel que vuelvo en seguida. (*Trata de irse.*)

AUR. — (*Deteniéndola de nuevo.*) Pero, escucha...

CEL. — ¿El batón de mamá?... ya te lo traigo.

AUR. — No, es que...

CEL. — Sí, te lo traigo, te lo traigo.

AUR. — No digo eso...

CEL. — Voy y vuelvo en seguida. (*Vase corriendo.*)

## ESCENA II

AURORA, sola

AUR. — No hay vuelta que darle. ¿Está lo más entusiasmada con su Romeo y su Julieta. Á mí, francamente, no me hace mucha gracia! Si llega mamá y ve este revoltijo, ya nos vamos á lucir!

Disuadir á Celina es imposible, y yo tengo miedo. Lo mejor es que me vaya al jardín y la deje á ella sola que se las componga como quiera. Sí, sí; me voy. (*Vase corriendo por el lado opuesto al que salió Celina, pero al llegar á la puerta se detiene y vuelve al proscenio.*) Pero es muy capaz de ir á buscarme y traerme aquí otra vez aunque yo no quiera. Entonces... lo mismo da! ¡Ah! una buena idea! llamo á Robustiana, ella que es tan complaciente la mando al balcón y así nos avisará cuando llega mamá, y tenemos tiempo de acomodar todo y salvarnos del grnizo. ( *llamando en voz alta.*) Robustiana, Robustiana!

### ESCENA III

#### AURORA Y ROBUSTIANA

ROB. — (*Por la izquierda.*) Aquí estoy, niña. ¿Qué desea? ¡Ay, Jesús de mi vida! ¿Qué significa este desorden? ¿Qué han hecho ustedes picaronas, en vez de estudiar como les había ordenado su mamá? ¡Y los libros! vean ustedes esto ¡en el suelo! (*Trata de levantarlos.*)

AUR. — Déjalos; son los escalones de la tumba.

ROB. — ¿Eh? ¿Escalones estos libros? ¡Y en la silla! (*Va á recogerlos.*)

AUR. — Déjalos, es la almohada.

ROB. — ¿Almohada estos libros! ¿Qué almohada?

AUR. — La de Julieta.

ROB. — ¿Julieta? No entiendo lo que dice. (*Recogiéndolos.*)

AUR. — (*Con enojo.*) Te digo que no toques nada; que lo dejes todo como está.

ROB. — ¿Y si llega su mamá?

AUR. — Para eso te he llamado. Escucha, Robustianita; (*tomadudola de las manos, y con voz cariñosa*) debes hacerme un gran favor.

ROB. — ¿Cuál?

AUR. — Ponerte de centinela.

ROB. — ¿De qué?

AUR. — De centinela.

ROB. — ¿Y adónde?

AUR. — En el balcón.

ROB. — ¡Vaya el capricho! ¿Y para qué?

AUR. — Para avisarnos cuando veáis venir á mamá.

ROB. — ¡Ah! para avisarles cuando... ya, ya. ¿Y qué piensan ustedes hacer?

AUR. — Jugar.

ROB. — Por supuesto, ya se ve. ¿Y le parece á usted lindo engañar á su mamá que les traerá ricos dulces para recompensarlas del estudio? Pero al ver ésto, ya les dará á ustedes dulces, sí! dulces amargos.

AUR. — No, Robustianita, porque tú nos avisarás; y de los dulces que traiga mamá, la mitad serán para tí, que te gustan tanto! *(Haciéndole cariños.)*

#### ESCENA IV

ROBUSTIANA, AURORA Y CELINA

Entra por la izquierda Celina, con una capa negra puesta de través, gorra de niño con una pluma larga de plumero; cinturón y una espadita; un batón blanco sobre el brazo.

CEL. — Ya estoy pronta. *(Al ver á Robustiana se detiene algo avergonzada.)* ¡Ah!

ROB. — *(Haciéndose la señal de la cruz.)* ¡Jesús padre y señor nuestro! ¿De dónde sale usted puesta así de mamarracho?

CEL. — Mamarracho serás tú. Este es Romeo, *(señalándose á sí misma)*, y ésta es Julieta *(señalando el batón)*.

ROB. — ¿Ese batón Julieta? ¿Si habrá perdido el juicio esta niña?

CEL. — Pronto, Aurora; ponte el batón. ¡Ah! Robustiana, ya que estás aquí, harás de padre Lorenzo.

ROB. — ¿De qué?

CEL. — Me explico: vamos á representar Romeo y Julieta.

ROB. — ¿Y quiénes son esos señores?

AUR. — Los que representaron anoche en el teatro.

CEL. — Y como también figuraba un padre Lorenzo, tú lo vas hacer.

ROB. — ¿Yo? ¡No faltaba más! Una me quiere de centinela y la otra de padre Lorenzo.

CEL. — ¿Qué es eso de centinela?

ROB. — Que Aurorita quiere que esté en el balcón para avisarles cuando venga su mamá.

CEL. — ¡Excelente idea! Paciencia, me pasaré sin el padre Lorenzo. *(Con ademán imperativo.)* Vaya á su puesto Robustiana.

ROB. — ¿Á estar de centinela? ¡nunca! porque no les puedo permitir...

CEL. — *(Cuadrándose delante de la puerta.)* Ó el padre ó el centinela, si no, no pasas.

AUR. — *(Asiéndola del brazo.)* Ó el centinela ó el padre, si no, no te vas.

CEL. — *(Asiéndola del otro brazo.)* Robustianita, no seas mala; sabes que te queremos mucho. ¿Verdad Aurorita?

AUR. — ¡Y cómo no! ¡Si es tan buena! Robustianita queridita. *(La acaricia.)*

ROB. — Sí, sí, ¿ahora soy Robustianita y queridita, verdad? pero después, cada travesura que me hacen!...

CEL. — ¿Travesuras, nosotras? nosotras? *Jamais de la vie. (Con gravedad cómica.)*

ROB. — No hable inglés, porque ya sabe que no lo entiendo.

CEL. — *(Riendo.)* ¡Ja, ja, ja! inglés, ¡si es francés!

AUR. — ¿Conque vas á ponerte de centinela?

CEL. — Y nos vas á avisar, ¿sí, eh?

ROB. — Pero, mis hijitas...

CEL. — ¿No, no? Mira Robustiana, que le digo á mamá que ayer le tomabas el candéal.

ROB. — Era para probarlo, mi hijita, si estaba bastante dulce.

AUR. — Sí, probarlo, probarlo; si te descuidas dejas la taza vacía.

ROB. — Estas niñitas son unos diablitos.

CEL. — Angelitos de Dios somos que te queremos mucho, mucho, mucho. *(Abrazándola y besándola.)*

AUR. — *(También abrazándola y acariciándola.)* Sí, mucho, muchísimo. Tan buena, buenita Robustianita!

CEL. — Queridita que se marcha en seguidita á hacer de centinela. ¡Rienra, pochocha...

AUR. — Pochochita rica... buena. *(La abrazan, la tironean, la empujan hacia la puerta.)*

ROB. — (*Aturdida.*) Y... basta... basta... no me aturdan. Sí, haré lo que ustedes quieran. (*Se desprende de las niñas y vase corriendo por la derecha.*)

## ESCENA V

CELINA Y AURORA

CEL. — (*Vuelve al proscenio y palnoteando de alegría.*) ; Por fin la convencimos! ponte el batón. (*La ayuda.*) Ya está. Vamos, acuéstate.

AUR. — He dicho que acostada, no.

CEL. — Bueno, como quieras. (*Aurora se sienta en la silla del neutro.*) Cierra los ojos. (*Aurora cierra los ojos.*) No te muevas. Ya entra Romeo con el guardián.

AUR. — (*Poniéndose de pie.*) Y el guardián ¿quién lo hace?

CEL. — (*Enojada.*) Que te calles; el guardián lo hago yo. (*Aurora se vuelve á sentar y cierra los ojos. Celina se dirige á una puerta lateral, se envuelve en la capa; entra y finge hablar con otro personaje, con voz dolorida.*) Gracias, mi amigo. Ahora déjame solo. (*Cambiando tono de voz.*) — No, señor; solo no os puedo dejar. (*Con su voz.*) — Te lo suplico, amigo. (*Alterando la voz.*) — Desobedeceros me manda mi deber. — Te digo que te vayas. — No debo obedeceros. (*Con ademán imperioso.*) — Vete. Y el guardián se va. (*Da una media vuelta; luego baja al proscenio. Ahuecando la voz.*) La tumba de mi Julieta adorada, ha de estar por aquí... ; Ah! esta es; ya la encontré. Esta forma blanca, vaporosa, vaga, encierra los despojos de la que fué... de la que fué...

AUR. — (*Abriendo los ojos é incorporándose.*) No, señor; el Romeo del teatro no decía así.

CEL. — Que te calles. Claro que no decía así. Vaya tu pretensión de que uno se acuerde palabra por palabra. Se dice un más ó menos. Bueno, silencio. (*Aurora vuelve á cerrar los ojos y á quedar inmóvil. Con tono declamatorio.*) ; Ay mi Julieta! El destino fatal separado nos ha, mas la muerte reunírnos sabrá. (*Rápidamente y bajando la voz.*) Me olvidé el frasquito del veneno. Y ahora ¿cómo hago?

AUR. — (*Abriendo los ojos é incorporándose.*) Sobre el escritorio está el de la goma. (*Vuelve á quedarse inmóvil.*)

CEL. — ¡Ah, sí! (*Se apodera del frasquito y sigue en tono declamatorio.*) ¡Ven, ven ¡oh! dulce néctar! (*Con voz natural y rapidez.*) Te toca á tí, Aurora. (*Alterando la voz.*) Tráeme el reposo, el olvido. (*Se lleva el frasquito á los labios y finge beber.*)

AUR. — (*Se incorpora y suspira pasándose las manos por los ojos.*) ¡Ah! ¿Qué es esto? ¿Estoy despierta ó estoy dormida? ¿Estoy muerta ó estoy viva? ¿Dónde estoy? ¿Qué obscuridad, Dios mío! (*Baja al proscenio en dirección contraria á la de Celina.*)

CEL. — (*Con un grito.*) ¿Qué veo! ¿es de mis ojos ilusión, ó veo allí una aparición? (*Con voz natural y apresurada.*) Suspiras y llamas á Romeo.

AUR. — (*Con un suspiro.*) ¡Ay de mí! ¡Romeo, Romeo!

CEL. — (*Con un grito.*) ¡Julieta!

AUR. — Esta voz... ¿quién eres?

CEL. — Romeo, ¿y tú?

AUR. — Julieta.

CEL. — ¡Ah! mi Julieta!

AUR. — ¡Mi Romeo! (*Se abrazan.*)

CEL. — (*Con voz natural y apresurada.*) No vez que tambaleo; pregúntame qué tengo.

AUR. — ¿Qué tienes Romeo?

CEL. — (*Apoyándose en el hombro de Aurora.*) ¡Ah, mi Julieta! tú no sabes lo que nos espera!...

## ESCENA VI

CELINA, AURORA Y ROBUSTIANA

ROB. — (*Entra corriendo por la derecha.*) Su mamá! su mamá! Pronto todo en su sitio! (*Las niñas arrojan un grito.*)

AUR. — ¡Ves lo que nos espera? un sermón con acompañamiento de música. (*Haciendo el ademán que indica castigar.*)

CEL. — Ayúdame Robustiana á sacarme la capa.

AUR. — Robustiana, ayúdame á sacar el batón.

ROB. — Una á la vez; no puedo partirme en dos. Ya está. Venga

Aurora. Apresúrese Celina; saque los libros; llévelos á su sitio. El escritorio déjelo; yo lo traigo. *(Pone el escritorio en el sitio de antes.)*

AUR. — Y las sillas...

CEL. — Y los libros... Toma Robustiana *(dándole el batón, la capa, etc., todo envuelto)*, ésto te lo llevas tú y lo pones en su sitio.

AUR. — Pronto, que ya suben la escalera. *(Empujando á Robustiana.)*

CEL. — Sí, vete; pronto, pronto. *(La empuja.)*

AUR. — Sí, sí, de prisa, de prisa.

ROB. — ¡Eh!... ya me voy... ya. *(Vase.)*

## ESCENA ÚLTIMA

CELINA Y AURORA

CEL. — Toma tu libro de aritmética y estudia en voz alta. Y yo, la geometría. *(Cada una de ellas toma su libro y se sienta al escritorio — si hay telón — y si no lo hay, paseando con el libro abierto en las manos como quien estudia, se retiran de la escena, diciendo en voz muy alta.)*

AUR. — La aritmética es la ciencia de los números.

CEL. — El poliedro tiene las superficies planas.

AUR. — La ciencia de los números.

CEL. — Las superficies planas.



# PATRIOTISMO

## DIÁLOGOS

20501112

# PATRIOTISMO



*A Lola Vidal.*

*Escrito pensando en ti, mi querida Lolita,  
y á ti te lo dedico. — J. UGO.*

*Personajes : LOLA ; NIEVES.*

*Decoración : Una habitación sencilla ; dos puertas laterales, una ventana en el foro. Un ramo de flores en un florero sobre una mesa.*

## ESCENA PRIMERA

*LOLA, entra por la derecha*

LOLA. — (*Llevándose el pañuelo á los ojos.*) ¡Pobre mujer! ¡Cuánto ha costado convencerla! ¡Pobrecita! ¡Sentía yo pena por ella! Mas al fin triunfó la voz de la razón y del deber. (*Se acerca á la ventana, la abre y mira por ella.*) Allí van presurosos los dos, madre é hijo. Ella misma le acompaña á vestir el honroso uniforme de soldado para incorporarse en las filas de ese gran ejército, entusiasta, lleno de fe y de valor; ese ejército en el que están depositadas todas las esperanzas de un pueblo y cuya cabeza organizadora es nuestra primera espada de libertad.

## ESCENA II

*LOLA Y NIEVES*

NIE. — (*Por la izquierda, presurosa y contenta.*) ¡Lola, Lola! (*Esta se vuelve y va al encuentro de Nieves.*) ¿No sabes la novedad? Joaquín, mi hermano ya no será soldado... no parte... se queda aquí... con nosotros. ¡Qué suerte!

LOLA. — ¿Tu hermano no será soldado? ¿no parte? ¿y por qué?

NIE. — Porque mamá no quiere.

LOLA. — ¿No quiere tu mamá?

NIE. — No.

LOLA. — ¿Por qué motivo?

NIE. — Es su único hijo varón; ella le adora y no quiere perderlo.

¿Pero cuánto hemos debido suplicar y llorar para convencerlo!

¿Ya sabes que él quería ser soldado y partir con el ejército.

LOLA. — ¿Y se ha dejado convencer? *(Con una sonrisa burlona.)*

NIE. — Ante la desesperación de mamá tuvo que ceder; ella dijo que moriría de dolor.

LOLA. — ¡Oh! ¡qué vergüenza para la patria el tener hijos tan cobardes! ¡Ah! tu hermano no se parece á los míos, generosos hijos de esta tierra, verdaderos corazones patriotas que juraron verter hasta la última gota de sangre por la libertad de su país, y ni súplicas ni lágrimas hubieran tenido fuerza bastante para hacerles faltar á su juramento. ¿Y tu madre? ¡cuán diversa es de la mía! Ella misma á sus hijos ciñóles el sable diciéndoles: «Id, hijos míos, cumplid con vuestro deber.» Y dando á cada uno de ellos una escarapela de cinta azul y blanca agregó: «Tomad este emblema de nuestra patria amada: que él siempre esté junto á vuestros corazones, y cuando me lo devolváis, pueda yo leer en él escritas con sangre vuestras gloriosas victorias. Y si á Dios place llamaros á Él, sucumbid de manera que vuestra madre pueda exclamar con noble orgullo: ¡Oh, patria mía, puedes estar satisfecha de mis hijos, ellos no te han deshonrado! y llevándote en su corazón, dieron dichosos la vida por tí, y exhalaron su postrer suspiro con tu santo nombre en los labios enviándote con una sonrisa el último adiós.»

NIE. — *(Con asombro)* ¿Es posible! ¿Tu madre? ¿ella misma los empuja á combatir? Pero esto es un heroísmo sobrehumano.

LOLA. — Esto dicen aquellas madres que por excesivo amor á sus hijos olvidan á la patria, olvidan que es preciso libertarla del pesado yugo que la oprime, y no piensan que la deshonra de la vileza recaerá sobre sus hijos y que todos los pueblos libres tendrán el derecho de llamarles: «¡Cobardes!» ¡Oh! ¡la horrible palabra.

NIE. — La patria... la deshonra... esa palabra: «¡Cobardes!» ¡Dios mío! ¿Qué es lo que siento? Me parece que es la primera vez

que escucho tales palabras y producen en mí un efecto que... no sé explicarme... Me parece que me vuelvo pequeña... pequeña... y tú, en vez, á mis ojos te engrandeces, y mientras levantas altiva la fronte yo siento sobre la mía un peso que me obliga á inclinarla. (*Alejándose.*)

LOLA. — ¡ Pobre Nieves ! tu no tienes la culpa. Pero ¿ qué haces ? ¿ por qué te alejas de mí ? ¿ que tienes ? ¿ te sonrojas y lloras ? ¿ te ofendieron mis palabras ? (*Tomándola de la mano y atrayéndola á sí.*) ¡ Perdóname !

NIE. — No, no me ofendieron, pero me han hecho comprender y admirar el sublime heroísmo del sacrificio que engrandece y sentir el desprecio por el mezquino egoísmo que envilece. Me sonrojo de vergüenza, y lloro al tener que separarme de tí. Ya no podrán ustedes ser nuestros amigos porque el valeroso no puede ser amigo del pusilánime. Lola mía, adiós.

LOLA. — (*Reteniéndola dulcemente por las manos.*) No, Nieves, no te vayas; nosotros seremos siempre vuestros amigos. Escucha: Hace un momento una amiga de mamá salió de aquí acompañando á su hijo, quien iba á alistarse en las filas del ejército. ¿ Sabes tú qué había venido á pedirle á mi mamá esa mujer ? Su apoyo para convencer al hijo de que desistiera de hacerse soldado. ¡ Oh ! semejante pedido á mi madre era un ultraje. Ella se irguió solemne, majestuosa, y clavando la mirada en los ojos de la otra madre exclamó: « Mujer: tenía yo un esposo y tengo dos hijos; los tres los ofrecí á la patria; el primero ya no existe y bien lo ves, no lloro. » ¡ Ah, si la hubieras visto á mi madre ! ¡ Cuán bella era ! Grande, sublime en su altivez de madre enlutada por la patria.

NIE. — Y la otra, ¿ qué dijo ?

LOLA. — ¡ Os admiro ! Mas mi corazón no siente como el vuestro y no puedo imitaros.

NIE. — (*Con ímpetu.*) Porque no era el suyo un corazón de mujer patriota.

LOLA. — Así contestóte mi madre, y la otra replicóle: « ¿ Mas no pensáis que habiendo ya perdido al esposo, si perdéis á vuestros hijos quedaréis sola, desamparada en el mundo ? ¿ quién os dará consuelo por la pérdida de estos seres tan queridos ? ¿ Y no sentiréis remordimiento por haberlos impelidos vos misma al sacrificio

trinchando tal vez su vida en flor? — ¡Nunca! — gritó mi madre — nunca me arrepentiré por haber señalado á mis hijos la vía del honor y del deber. »

NIE. — ¿Qué contestó la otra madre?

LOLA. — « ¡Honor, deber! ¡Hermosas palabras! Pero ellas no bastan para llenar el doloroso vacío que dejan en el corazón nuestros hijos al morir. — ¡Oh! no lo digáis porque es imposible que así lo penséis. No seríais hija de esta tierra tan generosa como heroica. — Ante todo soy madre. — Madre soy yo también y madre también lo es aquella noble dama que después de haber donado cuanto pudiera de su fortuna para la compra de armas y pertrechos de guerra, da todo lo que posee de más precioso y querido para la libertad de nuestro país : Sus tres hijos y su esposo. »

NIE. — ¡Ah, sí! la generosa mujer, la heroica madre que todos admiran con profundo respeto y cariño. ¡Si todas pudieran ser como ella!...

LOLA. — Eso mismo dijo la interlocutora de mi madre, quien replicó : « Mas piénsalo mujer, piénsalo bien; si todas las madres combatieran los impulsos generosos de sus hijos y se negaran á dejarlos partir para la guerra por temor de perderlos, ¿dime tú, cómo y cuándo llegaríamos á tener una patria independiente y libre? ¡Nunca! Arrastraríamos para siempre la cadena que nos esclaviza á la déspota voluntad de nuestro amo y señor. »

NIE. — Sí, así sería; bien lo comprendo yo, y esa mujer también lo habrá comprendido, ¿verdad? ¿Qué dijo ella?

LOLA. — Nada; se sonrojó... inclinó la cabeza... sus ojos se llenaron de lágrimas y balbuceó confundida : « Tal vez... tal vez tengáis razón. » Ni madre entonces acercóse á ella y así hablóle al oído : « ¡Penetra con tu mente recogida en lo más íntimo de tu corazón, y dime : ¿No oyes tú una voz que te grita : no seas vil? No permitas que esta vergüenza pese sobre tu cabeza y la de tu hijo; no des derecho á que un día puedan lanzaros al rostro como un puñado de fango : « Habéis tenido miedo del plomo enemigo; contáis con una patria libre porque nosotros os la hemos dado, mas no la merecéis porque habéis sido cobardes ». Levanta la frente y escúchala esa voz generosa que nos conduce al cumplimiento del deber. ¡Oh, sí! es grande y doloroso el sacrificio!

¿Pero si éste es necesario, por qué vacilar? Acéptalo, y eleva tu alma á tanta altura que no alcance el dolor á deprimirla, y hazla grande, más grande que tu mismo dolor para poderlo sofocar.»  
NIE. — (*Con entusiasmo.*) ¡Ah! Si hubiera sido yo esa mujer habría esnechado la voz del corazón, las palabras de tu madre, y habría levantado altiva la frente diciendo: No, no tendréis el derecho de insultarnos porque mi hijo partirá; y tú, patria mía, podrías contarle entre tus valerosos soldados.

LOLA. — Así contestó ella, atrojándose en los brazos de mi madre, quien la estrechó con afecto á su corazón. Y ahora, ¿quieres tú saber quien era esa mujer?

NIE. — ¿Quién? ¿Quién?

LOLA. — Tu madre.

NIE. — ¿Mi madre? (*Con asombro.*) Pero... entonces... ¿mi hermano?...

LOLA. — Parte; soldado en el ejército de los Andes.

NIE. — (*Contenta.*) ¡Parte! ¿parte soldado?

LOLA. — Sí; y como yo hice con mis hermanos, haz tú también con el tuyo. Vé, dale el abrazo de la despedida y (*sacando de entre el ramo una flor roja y una resedá*) llévale estas flores roja y verde, símbolo de amor y esperanza. Amor á la patria y esperanza en la victoria. Y dile que á todos sus hermanos de armas mandamos un beso y un saludo.

NIE. — Sí, corto, vuelo. ¡Ah! ¡tú amas á la patria, tú! Mas siento que yo también la amo. (*Al llegar á la puerta, se oye los tambores tocar llamada. Nieves se detiene en el umbral de la puerta.*) ¿Qué es esto?

LOLA. — (*Á la ventana.*) Son los tambores que tocan llamada; ya no llegas á tiempo, ven; le enviarás tu adiós desde aquí, si fuera posible reconocerle entre tantos.

NIE. — (*Va al balcón.*) ¿Ves como todos acuden presurosos á ocupar sus puestos?

LOLA. — ¡Y qué animados están! ¡qué resueltos!

NIE. — Mira al general San Martín como va pasando revista.

LOLA. — Son intrépidos esos soldados. ¡Oh, ellos vencerán, vencerán!

NIE. — Sí, y darán al pueblo americano la libertad tan deseada. ¡Mira cuánta gente acude á verlos partir!

LOLA. — Es el pueblo, quien reverente y agradecido viene á decir adiós á los que van á combatir por él.

NIE. — Pero aquí con nosotras debiera estar también mi madre; co-rrro á llamarla.

LOLA. — (*Deteniéndola.*) ¿Para qué? ¿No has mirado al balcón que si-gue á éste?

NIE. — No.

LOLA. — Pues bien, mira. (*Niees mira.*) ¿No ves á tu mamá junto á la mía?

NIE. — ¡Ah, sí! allí está. (*Sonriendo, envía un saludo con la mano.*)

LOLA. — ¿Podías creer que ellas faltaran en una hora tan solemne?

NIE. — Mira, mira Lola, aquella mujer que sale de entre la multitud... ¿la ves?

LOLA. — Sí; avanza resuelta... se dirige al centro de un bata-llón...

NIE. — Coloca algo en el pecho de un soldado.

LOLA. — Alguna reliquia... un recuerdo tal vez...

NIE. — A otro soldado también... á otro... y á otro más...

LOLA. — ¿Lo ves que besan sus manos?

NIE. — Parece que les dirige la palabra...

LOLA. — Sí, les habla...

NIE. — Si se pudiera oír lo que les dice...

LOLA. — ¡Imposible! estamos muy lejos.

NIE. — ¿Quién será aquella señora?

LOLA. — ¿Quién será? ¡Ah, ya sé quien es! es la noble dama, la he-roica madre á quien nombramos hace un momento. Los cuatro soldados son su esposo y sus tres hijos. (*Se oye un nutrido y pro-longado — ¡Bravo!... — Las dos niñas gritan también: — ¡Bra-vo! — Agitando el pañuelo.*) ¡Oh, la admirable mujer! los habrá exhortado á tener valor y fe en Dios.

NIE. — Parece que ellos contestan. ¿Qué dirán?

LOLA. — Lo único que se puede contestar á esa valerosa mujer. ¿Qué morirán por la patria!

NIE. — Observa. ¿No te parece que el general San Martín estrecha la mano de esa dama?

LOLA. — Sí, por cierto. ¡Oh! ese gran hombre nunca deja de demos-trar su admiración por las grandes y nobles acciones. ¡Dios te

guie á la victoria valiente y generoso patriota! (*Las dos niñas saludan con el pañuelo.*)

NIE. — Mira allí! ¿ Ves que agitan un pañuelo? dos... tres...

LOLA. — Sí, sí; saludan aquí. Nuestras madres también los han visto y saludan. ¿ Son ellos, son ellos! Mis dos hermanos y el tuyo.

NIE. — ¿ Qué suerte! ¿ Se han reunido! (*Saluda.*) ¿ Que Dios os proteja á todos y podáis volver!

LOLA. — (*Saluda.*) ¿ Qué Dios os bendiga y os haga victoriosos! (*En este momento prorrumpe la música en una marcha militar.*) Ya están de marcha. (*Conmovida.*)

NIE. — Ya se van... parten... (*Agitando el pañuelo.*) Adiós, adiós...

LOLA. — Adiós... adiós...

NIE. — (*Conmovida.*) ¿ Cuántos no volverán!

LOLA. — No me turbes; ten valor. (*Volviéndose, advierte el ramo de flores, lo coge y da con rapidez la mitad á Nieves.*) Toma, será nuestro último saludo. (*Van á la ventana y arrojan por ella las flores como si las enviaran lejos.*) ¿ Combatid con valor!

NIE. — ¿ Siempre adelante!

LOLA. — Y adiós... adiós...

NIE. — Adiós... adiós... (*La música poco á poco se hará más débil como si se alejara.*) Ya se van...

LOLA. — Se van... se van... (*Las dos se vuelven al mismo tiempo y se arrojan sollozando una en brazos de la otra, luego se arrojan y juntan las manos.*)

LOLA. } ; Cielos, protegédlos! (*Permanecen en actitud de orar mien-*

NIE. } *tras sigue oyéndose la música. Lentamente baja el telón.*)



*Personajes: HEBE y su mamá.*

Una sala; hacia la derecha una mesa, y un sillón junto á ésta. (Derecha é izquierda del actor.) Una puerta, abierta, en el foro; frente á la puerta en el exterior del escenario, un ropero; junto á éste, una silla. Al levantarse el telón, la mamá, de pie junto al ropero, abierto, y sacando del mismo unos vestidos de niña, los que dobla y coloca sobre el respaldo de la silla; sobre el asiento de la misma, varios juguetes. Hebe, de pie cerca de la puerta.

## ESCENA ÚNICA

### HEBE y SU MAMÁ

HEBE. — (*Vuelta hacia su mamá, con enojo y golpeando un pie en el suelo.*) No, no quiero, no quiero! Toda esa ropita y esos juguetes son míos, míos! no quiero darlos! ¡no quiero! ¡no quiero!

MAMÁ. — (*Volviéndose á la niña, con dulzura.*) Hebe, vida mía, ¿quieres hacerme creer que eres mala? ¿que en tu corazoncito no se alberga el sentimiento de la piedad? ¿que tu almita no siente el placer de la caridad? ¿Es posible que esos hermosos ojos, de mirada tan tierna, tan bondadosa, sólo viertan lágrimas brotadas por el impulso de tu propio pesar, nunca por el pesar ajeno? Eh? responde mi nena querida, ¿ya no quieres tú ser el encanto mío?

HEBE. — Yo no sé nada, no quiero saber nada. Todo eso es mío y sólo mío, y no quiero que otros chicos se vistan con mi ropa y jueguen

con mis juguetes. (*Acercándose á la mamá, llorosa y juntando las manos.*) No, mi mamita; no los des, no los des; sino tu Hebe se va á enfermar y después se morirá. (*Llora fuerte, y deja caer la cabeza sobre los brazos apoyados en el marco de la puerta.*)

MAMÁ. — (*Mirándola con tristeza.*) ¡Ay, hijita mía! tu egoísmo me afecta profundamente. Es preciso dominarlo, es preciso vencerlo. (*Queda un momento pensativa, luego resuelta vuelve á poner en el ropero los vestidos, los juguetes, y lo cierra; toma á Hebe de las manos y le enjuga los ojos mientras se acerca al proscenio.*) Ven, alma mía, ven. No llores, mi tesoro... no llores más. Tu ropita quedará toda guardadita en el ropero, ningún chico la usará; tus juguetes los dejaremos en sus cajas, ningún chico jugará con ellos.

HEBE. — (*Batiendo palmas de alegría.*) ¿De veras, mamá?

MAMÁ. — Sí, mi amor, de veras. (*Se sienta en el sillón junto á la mesa.*) Pero es lástima, lástima grande, porque la que pierde eres tú, tú sólo vida mía.

HEBE. — (*Acercándose á la mamá.*) ¿Y qué pierdo, mamá?

MAMÁ. — ¡Oh! ¡muchas cosas!

HEBE. — ¿Qué cosas?

MAMÁ. — Ante todo, el cuento que todas las noches después de comer suelo contarte, y que tanto te divierte. Pues bien, sábelo; desde hoy ya no habrá cuentos.

HEBE. — Sí, mamita, yo quiero cuentos.

MAMÁ. — Imposible, hijita mía; siempre te he dicho que por mis cuentos exigía una recompensa, ésta era la bondad de tu corazón; tú, no la tienes, no puedes dármela; los cuentos se acabaron.

HEBE. — (*Llorando.*) ¡Hi, hi, hi! no se acabaron, no!.. ¡hi, hi, hi! Quiero cuentos, si no me cuentas cuentos me voy á enfermar y á morir, y me voy con Dios. (*Sigue llorando.*)

MAMÁ. — No, mi hijita, no te morirás; porque á las nenas malas Dios no las quiere.

HEBE. — Entonces lloraré mucho, mucho y muy fuerte, fuerte. (*Llora fuerte.*) ¡He, he, he! Mamita, ¿me vas á contar cuentos?

MAMÁ. — ¡He dicho que no!

HEBE. — (*Vuelve á llorar.*) ¡Hi, hi, hi! ¡he, he, he! ¿No sabes más, mamita?

MAMÁ. — ¡Oh, por saber sé muchos todavía! Y sé uno largo... largo...

que trata de una hada linda, buena, y de ángeles, pájaros y flores.

HEBE. — (*Batiendo palmas.*) ¡Ay qué lindo! ¿Ese me lo vas á contar, mamá? (*Acariciándola.*) Sí, mi mamita querida; sino voy á llorar mucho, mucho. (*Vuelve á llorar.*) ¡He, he, he!

MAMÁ. — Bueno, mi hijita; basta ya de llorar. (*La sienta en sus rodillas.*) Vamos á ver, ¿qué me das si te lo cuento?

HEBE. — ¿Me lo cuentas esta noche misma?

MAMÁ. — Esta noche misma.

HEBE. — ¿Sí? bueno, te doy... (*Pensando.*) Te doy un juguete.

MAMÁ. — Bien; ¿y qué más?

HEBE. — ¿Más todavía?

MAMÁ. — Ya te he dicho que el cuento es largo.

HEBE. — Entonces te daré... te daré un vestido viejo de mi muñeca.

MAMÁ. — ¿Y para qué quieres que sirva un vestido viejo de una muñeca? Yo quiero uno tuyo.

HEBE. — (*Con un suspiro.*) ¡Ay, Dios mío! ¿Es lindo el cuento?

MAMÁ. — Yo no sé; pero pienso que te agradará.

HEBE. — Entonces te daré un vestido mío, pero el más feo y el más usado.

MAMÁ. — Ha de ser el más nuevo y el más lindo, sino no hay cuento.

HEBE. — No, mamita; más bien te daré dos... ó tres de los viejos.

MAMÁ. — Vaya por los dos ó los tres. También me darás... unas medecitas... zapatos, unos delantales... y una de tus muñecas.

HEBE. — ¿Todo eso por un cuento sólo?

MAMÁ. — ¿Te parece mucho? ¿Á que cuando lo haya terminado me darás mucho más?

HEBE. — ¿Más todavía? ¡Ah, eso sí que no! Y me lo vas á contar ahora, ahorita mismo, sino no te doy nada.

MAMÁ. — No debiera complacerte; mas lo haré para que tú también seas complaciente conmigo. Ven, encanto mío; siéntate aquí y escucha la historia que voy á narrarte. (*La sienta sobre la mesa.*)

HEBE. — ¿No es un cuento?

MAMÁ. — Historia ó cuento para tí es lo mismo, mientras te agrade ¿qué más da? Escucha: Dicen que Dios, el creador del mundo, después que hubo terminado su obra maravillosa, sentóse en su trono de nubes á contemplarla, y mientras se regocijaba por haber llevado á cabo obra tan portentosa, pensaba si ésta sería

perfecta, si no se habría olvidado él de alguna cosa. Á medida que en tales pensamientos se abismaba, su frente se arrugaba, su rostro se contraía; sus ojos se empañaron, y suspirando con profundo pesar exclamó: « ¡No, no eres perfecta obra mía maravillosa! mas mi inmenso poder no alcanza más allá; no puedo hacerle perfecta; me es imposible hacer que en el mundo se evite lo que en él fatalmente será inevitable. » Y el creador del mundo, el Todopoderoso, inclinó la frente y lloró. Y las lágrimas, al brotar de sus ojos, se cuajaron en los párpados, quedando prendidas en ellos como diamantes en sus engastes. Mas de pronto, su rostro se iluminó: « Sí, — dijo — aun fáltame dar vida á otra criatura; y la formaré con mi sangre, con mis lágrimas, y será parte de mí mismo, y la enviaré á la tierra y allí donde ella entrare entraré yo mismo. » El Hacedor del universo se hirió en el corazón, brotó de él una gota de sangre, recogió esa gota, desprendió las lágrimas de sus ojos; el aliento cálido de un suspiro las envolvió y: *fiat*, repitió Dios, y ante Él apareció, surgida de entre sus manos, una hada, la obra más bella, más perfecta que hasta entonces Él había creado. Dios lo comprendió así y la contempló extático, gozoso; la besó en la frente y la llamó Caridad. La vistió con el manto de su túnica, con un rayo de sol formó una aureola en derredor de su cabeza, y envió á la tierra la dulce hada Caridad.

HEBE. — ¡ Ah ! ¿ Caridad, es una hada, mamita ?

MAMÁ. — Una santa hada á quien todos debíamos adorar. Pero escuchad, que ahora es cuando comienza la historia. Hada Caridad, cuando hubo descendido á la tierra, desde luego se mostró digna de la misión que el Señor su padre habíale confiado. Recorrió las ciudades, los pueblos, la campaña, las selvas y los mares. Formó asociaciones benéficas, fundó hospitales, fundó asilos; penetró en los claustros, en las cárceles, en los tugurios fétidos y miserables; entró en la pobre habitación del obrero, en la humilde casa del campesino, en la cabaña del pastor, en la choza del salvaje, en el refugio del mendigo, en el camarote del viajero. Y desde entonces, hada Caridad cuida enfermos, vela cadáveres, los acompaña hasta el sepulcro, vierte lágrimas y siembra flores sobre sus fosas; socorre á inocentes y á culpables, á buenos y á malvados; baja hasta los antros, sube hasta el cadalso, descien-

de hasta el fango, asciende hasta el trono; regenera al vicioso, perdona al delincuente, levanta al caído, consuela al encumbrado; y con su aureola de sol penetra en esas pobres almas sombrías que agonizando, viven sin fe, sin amor, sin piedad, sin esperanzas; inúndalas de luz, infúndeles nueva vida y conquistalas para su reino. Y en todas partes entra ella dulce, tierna, amorosa, humilde, á veces tímida, á menudo silenciosa, siempre modesta y delicada como un perfumado ramillete de violetas.

HEBE. — Dime mamá, ¿hada Caridad es como Dios que está en todas partes?

MAMÁ. — Sí, bien mío; en todas partes, allí donde se sufre y se llora, donde se padece y se gime.

HEBE. — ¿Entonces no entra en la casa de los ricos?

MAMÁ. — Ya te he dicho que asciende hasta al trono. También los ricos suelen necesitarla. Pero casi siempre que ella entra en sus lujosos palacios, no es para dar sino para pedir.

HEBE. — ¿Para pedir? ¿Y le dan?

MAMÁ. — Sí, mi hijita; hada Caridad es pobre, y si los ricos no le abrieran sus cofres, si el Trabajo, el Comercio, el Arte y la Ciencia no le dieran parte del fruto de su labor, ¿cómo podría ella socorrer á tantos desventurados?

HEBE. — ¿Y hay muchos desventurados?

MAMÁ. — ¡Ay, sí! ¡querida mía! ¡muchos, muchos!

HEBE. — ¿Cómo cuántos?

MAMÁ. — No sé, mi hijita...

HEBE. — ¿No se puede contarlos, mamá?

MAMÁ. — Ángel mío, ¿podrías tú contar las nubes del cielo, los gusanos de la tierra? ¿los árboles derribados, las ramas cortadas, las hojas arrastradas por el viento? ¿la hierba pisoteada, las semillas dispersas, las flores tronchadas, los pájaros heridos, los nidos abandonados? ¿Podrías tú contarlos, di?

HEBE. — ¿Tanto como todo eso hay? De veras que son muchos. ¿Y los ricos, y esos señores que has nombrado, dan á hada Caridad para socorrer á todos?

MAMÁ. — Á todos los que ella pueda y alcance á conocer.

HEBE. — ¡Cuánta plata y qué de cosas lindas le darán!.. Yo también

quisiera ser hada Caridad. Las cosas más lindas se las guardará para ella, ¿verdad, mamita?

MAMÁ. — Para ella tan sólo guarda lágrimas y suspiros.

HEBE. — ¿Nada más? ¿Todo lo da, todo? ¿Cómo deben quererla!

MAMÁ. — No siempre, nena mía; los hombres algunas veces la rechazan, y hasta llegan á injuriarla y á olvidarla.

HEBE. — Porque son unos malos.

MAMÁ. — No, corazoncito mío; ésto no debemos pensar.

HEBE. — ¿Y qué debemos pensar entonces?

MAMÁ. — Que todos los hombres son buenos; que ellos no tienen la culpa si á menudo aparecen malos.

HEBE. — ¿Quién tiene la culpa?

MAMÁ. — Nadie, vida mía; ellos sólo obedecen á una ley ó fuerza poderosa de su naturaleza, y sufren el rigor de su mandato que les vuelve ingratos, olvidadizos y hasta malvados.

HEBE. — Pero mamita, hada Caridad es siempre buena y nunca es mala, ¿verdad?

MAMÁ. — Nunca.

HEBE. — ¿Y por qué los hombres no son como hada Caridad?

MAMÁ. — Porque hada Caridad es perfecta y ellos no lo son.

HEBE. — ¿Por qué no lo son?

MAMÁ. — Porque hada Caridad es del cielo.

HEBE. — ¿Y los hombres?

MAMÁ. — De la tierra. Y basta ya de preguntas, nena mía, porque entonces es cosa de nunca acabar.

HEBE. — ¿Y el coro de ángeles?

MAMÁ. — Á eso voy; ya empieza. En una espléndida tarde de primavera, hada Caridad, descansando un momento de su noble tarea, se paseaba por una ancha avenida solitaria, y mientras tanto, pensaba si cumplía ella fielmente la misión que el Señor su padre había le confiado; si no se olvidaría de otros desventurados que la necesitaran, cuando de improviso un coro de voces infantiles la detuvo.

HEBE. — ¿Era el coro de ángeles, mamá?

MAMÁ. — Sí, vida mía.

HEBE. — ¿Y qué decía?

MAMÁ. — Esto decía: «Somos los ángeles, ángeles dichosos de nues-

tro feliz hogar; ángeles de alegría, ángeles de consuelo, ángeles de paz. Dios, Padre y Señor nuestro, que nos has hecho ángeles del mundo, y en él, nos brindas con un presente feliz un halagüeño porvenir, de rodillas sobre esta tierra cubierta de flores, perfumada con sus fragancias, humedecida por el rocío del cielo, templada por la fecunda luz del sol, aquí, entre trinos de pájaros y murmullos de las fuentes, á Ti, elevamos un coro en acción de gracias por tu infinita bondad. Los ángeles venturosos de la tierra te saludan, te bendicen, te agradecen.» Terminó el coro de ángeles venturosos; se alzó un ruido como de batir de alas, se oyeron pasitos presurosos, luego resonaron risas, carcajadas, alegres palmoteos, que llenaban el alma de dulzura y alborozabanla de placer. Aceleró el paso hacia Caridad hasta el fondo de la avenida, la cruzó... dobló... y se detuvo. Se detuvo extática contemplando aquel cuadro de sin igual belleza que ningún pintor creara. En un vasto y muy bello jardín, con estanques, arroyos, fuentes, frondosos árboles, innumerables pajarillos gorjeando entre el verde follaje, y flores en profusión, millares de criaturitas...

HEBE. — ¿Eran los ángeles del coro, mamá?

MAMÁ. — Los ángeles del coro, sí, mi bien; todas risueñas, vivarachas, inquietas y ligeras como tantas maripositas; y con sus vestiditos blanco, rosa, celeste, lila, crema, amarillo, punzó, verde, azul; con sus cabellos castaños, negros, rubios, rojizos; ondulados, rizados, crespos, ensortijados, lacios, sueltos, trenzados, recogidos; con sus ojos de todos tamaños, expresión y color; con sus mejillas regordetas, rosadas, blancas ó morenas; sus labios rojos, húmedos; sus dientecitos como lucientes perlititas; esas criaturas tan frescas y lozanas, eran las más bellas flores de aquel hermoso jardín. Y esas flores ángeles y esos ángeles diablitos, corrían, saltaban, se trepaban á los árboles, daban vueltas, se descolgaban sobre el césped, ó jugaban á las esquinitas, al pescador, á la sillita de oro...

HEBE. — ¿Y á la *ronga catonga*, no, mamá?

MAMÁ. — También á la *ronga catonga*; y se perseguían, se empujaban, se caían, rodaban por el suelo, se levantaban; unas se abrazaban, otras se besaban, también sonaba algún cachete; y en

medio de tanto regocijo, de tanta algazara, resonaban las alegres carcajadas, y se oían todas á la vez esas vocesitas, que parece quieren rivalizar con el gorjeo de los pajaritos, y que inundan de ternura nuestro corazón, haciéndole sentir un deseo imperioso de abrazar y besar furiosamente, así como defender y amparar á todos esos angelitos, que también son flores, y también son diablitos. ¡Oh! ¡cuadro encantador, divino! Hada Caridad lo contemplaba arrobada. De pronto la decoración cambió. Sobre un pedazo de tierra desnuda y fría, otros millares de criaturitas...

HEBE. — ¡Esas también eran ángeles?

MAMÁ. — Sí, vida mía.

HEBE. — ¡Y también cantaban un coro?

MAMÁ. — Sí, alma de mi alma.

HEBE. — ¡Y decía lo mismo que el otro?

MAMÁ. — ¡Ay, no! ¡dulce amor mío! Decía: «Somos los ángeles desventurados de la tierra; somos los pobres ángeles abandonados; sin hogar, sin pan, sin abrigo, sin cariño, sin alegrías, sin consuelos, sin guía. ¡Ay! con un presente tan cruel ¿en qué nos convertiremos? ¿cuál será el porvenir que nos espera? ¡Ay! Padre y Señor nuestro, Dios de bondad, apiádate de estos tus ángeles infelices, que de rodillas sobre esta fría tierra, que regamos con nuestras lágrimas, en coro te saludan, te bendicen ó imploran tu piedad y misericordia. Piedad, Señor, piedad!...» Se oyó un lamento prolongado, intenso, desgarrador; resonaron llantos y sollozos. Hada Caridad, muda de dolor contemplaba á esos millares de angelitos, sucios, harapientos, de cabellos desgriegados, mejillas pálidas, labios lívidos, ojos espantados ó ya infinitamente tristes. Y esos angelitos, pobres flores marchitas, pobres pajaritos sin nido, ateridos de frío, extenuados de hambre, seguían en coro implorando á Dios su misericordia y su piedad. ¡Lloras, Hebe mía?

HEBE — (*Llorando.*) Sí, mamita. ¡Pobrecitos!.. pobrecitos!.. Dime, mamita, si no tenían pan ni vestido ¿tampoco tendrían juguetes?

MAMÁ. — Tampoco.

HEBE. — ¡Ay, pobres angelitos! Y... (*pensativa*) escucha mamá. ¿Por qué Dios quiere eso?

MAMÁ. — Dios no lo quiere, vida mía; pero eso, como tú dices, es

una de las tantas cosas que su poder, al crear el mundo, no pudo evitar; y por eso lloró; y por eso formó con sus mismas lágrimas y con su misma sangre al hada Caridad y la envió á la tierra.

HEBE. — ¿Y qué hizo, mamá, hada Caridad cuando escuchó el coro de ángeles desventurados y los vió tan pobrecitos?

MAMÁ. — Se volvió con paso presuroso y fué á golpear á las puertas de sus amigos. Éstas se abrieron de par en par para recibir á la divina visitante; ella les hizo escuchar el coro de ángeles que seguían implorando: « ¡piedad, piedad! » Y entonces los donativos llovieron, llovieron de todas partes; desde el palacio del opulento magnate, que entrega su cartera repleta de monedas de oro, hasta de la humilde vivienda del obrero que da su alcancía llena de monedas de níquel, fruto de largo y paciente ahorro. Y los pobres ángeles desventurados fueron amparados, tuvieron techo, cubrieron sus desnudos cuerpecitos, saciaron su hambre...

HEBE. — ¿También tuvieron juguetes?

MAMÁ. — También.

HEBE. — ¿Quién se los dió, mamá? ¿los otros ángeles?

MAMÁ. — Sí, almita mía; hada Caridad penetró en esos tiernos corazoncitos; ellos también escucharon el coro de los ángeles que imploraban piedad, y ellos también dieron; y tendieron sus bracitos, juntaron sus labios y se confundieron en un abrazo y un beso de fraternal amor; y juntos corrieron por el ameno jardín, retozaron sobre el césped florido...

HEBE. — ¿Y jugaron á la sillita de oro?

MAMÁ. — Y jugaron á la sillita de oro, y también entonaron todas las vocesitas juntas el coro de ángeles.

HEBE. — ¿El de la piedad?

MAMÁ. — No, el de la gratitud; porque también para los pobrecitos desventurados brillaba el sol de la felicidad sobre la tierra.

HEBE. — Entonces, ¿ya no hay más ángeles desventurados, mamá?

MAMÁ. — ¡Oh, sí! vida mía! todavía hay, hay muchos; y hada Caridad los busca, los encuentra, y por eso cuando ella pide hay que dar, dar siempre, siempre dar. ¡Oh, nena mía! no te dice tu corazoncito que tú, siendo uno de los angelitos felices, debes socorrer á los angelitos...

HEBE. — *(No la deja terminar; se levanta y corriendo vase por la puerta del foro; abre el ropero, se sube á una silla y saca del ropero sus vestidos y los coloca sobre el respaldo de la otra silla.)*

MAMÁ. — *(Mirándola con sorpresa.)* Hebe, encanto mío, ¿adónde vas corriendo así? Oye... escucha...

HEBE. — No puedo oír, no puedo escuchar.

MAMÁ. — ¿Qué idea repentina habrá cruzado por su mente? *(Se vuelve y ve á Hebe encima de la silla.)* ¿Qué haces, mi rica?

HEBE. — No puedo contestar ahora, mamita; déjame acabar.

MAMÁ. — *(Sonríe complacida mirándola.)* Amontona toda su ropita... ¿qué pensará hacer con ella?

HEBE. — *(En este momento baja de la silla; extiende un gran pañuelo sobre el asiento de la silla; saca los juguetes del armario y los pone en el pañuelo.)*

MAMÁ. — Saca del ropero sus juguetes... ¡Ah! ya creo adivinar! *(Se levanta y se acerca á Hebe.)*

HEBE. — *(Entra risueña, corriendo, llevando en los brazos los vestidos y otras prendas de vestir, que había dejado sobre la silla.)* Mamá, todo esto es mío; lo doy todo, todito á los ángeles pobrecitos... *(Deja todo sobre la mesa. Se va corriendo hacia la silla donde ha dejado los juguetes; coge el pañuelo por las cuatro puntas y vuelve.)* Y estos juguetes, también los doy todos, toditos á los pobrecitos angelitos. *(Los deja sobre la mesa; se vuelve á la mamá, la toma de las dos manos con cariño y gracia.)* ¿Estás contenta mamá?

MAMÁ. — ¡Oh, corazoncito mío! ¡encanto de mi vida! Bien lo sabía que al terminar mi historia, me darías mucho más de lo que yo te pedía. *(Se arrodilla ante Hebe, y atrayéndola á sus brazos la cubre de besos.)* Toma, tesorito mío; un beso, y uno más y ciento y mil. *(En un arranque de cariño la levanta en brazos, se sienta en el sillón y sienta en sus faldas á Hebe acariciándola.)* Ven aquí, reclina tu cabecita en mi seno, y duérmete, queridita mía, mientras arrullaré tu sueño cantando el coro de los ángeles.

HEBE. — ¿Cuál, mamá? ¿el primero ó el segundo?

MAMÁ. — Los dos; primero el de la piedad, después el de la gratitud. *(Hebe deja caer la cabeza sobre el seno de su mamá, cierra los ojos; la mamá la arrulla cantando muy quedo mientras baja el telón.)* Somos los ángeles desventurados de la tierra...

# LA PIEDAD DE UN NIÑO

*Personajes:* ADELA, madre de RICARDITO, niño de seis á siete años, ó niña.

Avenida de una quinta: á la izquierda (del actor) un banco. Gran cantidad de hojas amarillas esparcidas por el suelo.

## ESCENA PRIMERA

RICARDITO, *por la izquierda*

RIC. — *(Entra arrastrando muchas hojas amarillas ensartadas en una hebra larga de hilo de acarreto, en cuya extremidad hay una aguja). ¡Ah, cuántas hojas caídas por aquí! (Se inclina y con la aguja va ensartando hojas, con afán.) ¡No voy á poder ensartarlas todas! El hilo ya está casi lleno... y éstas son hojas chiquitas... (Un soplo de viento, que puede imitarse con un fuelle entre bastidores, las arremolina y las aleja.) Y el viento se las lleva... (Corriendo tras de las hojas.) ¡Pícaro viento, malo! quédate quieto un momento. ¡Cuántas hay esta mañana, cuántas! La culpa la tiene este viento malo que sacude los árboles y las hace caer. ¡Yo no sé por qué hay viento! (Otro soplo de viento aleja las hojas; Ricardito corriendo siempre tras ellas, arrastrando el hilo y ensartando hojas. Al viento.) ¡Malo, malo! Quédate quieto de una vez. (Alguien, entre bastidores, arroja puñados de hojas á la escena como impelidas por el viento; Ricardito se vuelve, al verlas deja caer el hilo al suelo y junta las manos con dolor.) ¡Todavía*



NOTA. — Este diálogo fué inspirado en la lectura de una breve narración publicada en la revista *Sud Americana*.

más hojas? (*Casi llorando.*) ¿Pero no sabes viento pícaro que yo no quiero que caigan las hojas? ; que no deben caer! ¿No ves que no puedo recogerlas todas? porque son muchas, muchas, ; y ya he levantado tantas, tantas! ¿Cómo haré Dios mío, cómo haré? (*Levanta el hilo, luego lo deja caer con enojo.*) No, así no voy á acabar nunca; traeré una bolsa y las meto todas adentro. (*Vase corriendo por la derecha y vuelve en seguida con una bolsa; la pone en el suelo, la abre; se arrodilla; con las dos manos recoge las hojas y las pone adentro.*) ; Así, sí; hago más pronto! ¿Por qué no lo habré pensado antes? (*Sigue cayendo hojas; exasperado.*) Y siguen cayendo... y siguen. Parece que lo hicieran á propósito. (*Cuando las habrá recogido casi todas, mira en derredor y dice con júbilo.*) Ya me falta poquito... qué suerte! (*Vuelve á caer hojas, Ricardito al verlas deja caer el puñado que tenía en la mano y dice con dolor:*) ¿Otras? y cuántas... cuántas! (*Llorando*) No voy á poder levantarlas todas, no voy á poder... no... no... (*Se sienta apoyado en las rodillas y sollozando deja caer la cabeza sobre el brazo.*)

## ESCENA II

RICARDITO Y ADELA

Adela entra por la derecha, leyendo; al oír los sollozos, levanta la vista y se aproxima á Ricardito.

ADE. — Ricardito, ¿por qué lloras? (*Se arrodilla á su lado acariciándolo.*)

RIC. — (*Llorando.*) Llora porque... ese viento malo... hace caer todas las hojas... y yo no quiero que se caigan.

ADE. — (*Asombrada.*) ¿No quieres que se caigan las hojas?

RIC. — No, no quiero. Cuando no hay viento, yo me subo á los árboles y saco las hojas amarillas, porque son las amarillas las que se caen, ¿sabes mamá? pero hoy no puedo, ese pícaro viento saca los árboles y los hace caer.

ADE. — ¿Y por qué no quieres que se caigan las hojas?

RIC. — Es un secreto.

ADE. — ¿Un secreto! ¿tú tienes secretos para tu mamita? (*Ricardo avergonzado inclina la cabeza.*) ¿No lo puedo saber?

RIC. — Bueno mamita, te lo diré, si me ayudas á sacar todas las hojas amarillas para que no se caigan.

ADE. — (*Riendo.*) Però mi hijito, ¿cómo quieres que yo me suba á los árboles á sacar todas las hojas amarillas? no piensas en darme poco trabajo.

RIC. — Y yo solito no puedo, porque hay muchos árboles. (*Lloriqueando.*)

ADE. — (*Se levanta, toma en sus brazos á Ricardo, lo sienta en el banco y ella se sienta á su lado.*) Ven aquí mi rico, no llores y cuéntale á tu mamita el secreto, que si ella podrá ayudarte te ayudará.

RIC. — Sabes que la mamá de Matildita está muy enfermedad ¿verdad?

ADE. — Sí, lo sé.

RIC. — Però tú no sabes lo que yo sé; y ese es el secreto.

ADE. — ¿Y qué sabes tú?

RIC. — ¿Te acuerdas, mamá, de ese día que parecía de noche porque era muy obscuro, obscuro? (*Adela hace un signo afirmativo, sonriendo.*) Bueno, ese día yo estaba en casa de Matildita, y jugábamos á las escondidas. Yo me había escondido debajo de la mesa del corredor y estaba por gritar: ¡Ya! cuando pasan al lado mismo de la mesa, el médico con la gobernanta de Matildita, y oigo á la gobernanta preguntar: «Y bien doctor, ¿que me dice de la enferma?» Y el doctor contestó: «Ya no hay esperanzas señora; cuando caigan las hojas, ella morirá». Y entonces dijo la gobernanta: «¡Pobre Matildita! se quedará huérfana, sola, ¿quién cuidará de ella? ¡Pobre criaturita!» Y se alejaron. ¡Á mí me dió muchas ganas de llorar!... Después pensé en sacar todas las hojas amarillas antes de que se cayeran, y las que el viento hiciere caer, levantarlas, porque así el doctor no sabe que se han caído y la mamá de Matildita no se muere. ¡Pero son tantas... tantas... que yo solito no voy á poder, y si no me ayudan se caerán todas... toditas... y Matildita se quedará huérfana... sola... ¡pobrecita! (*Llorando.*)

ADE. — (*Con impetu de cariño sienta á Ricardo en sus rodillas besándolo y abrazándolo con amor.*) ¡Mi ángel querido! ¡Dios te bendiga por tu piedad sublime!

RIC. — ¿Me vas á ayudar, mamá?

ADE. — ¡Pobre alma mía! Aunque te ayudáramos todas las madres

unidas de la tierra, no podríamos impedir la caída de las hojas, ni la caída de esa pobre madre en la tumba.

RIC. — ¿Por qué mamá?

ADE. — ¿Por qué?... porque así Dios lo quiere.

RIC. — ¿Dios lo quiere? ¿entonces Dios es malo?

ADE. — No, querido mío, Dios es bueno, muy bueno.

RIC. — ¿Es bueno y quiere que se caigan las hojas para que se muera la mamá de Matildita? Yo no lo comprendo.

ADE. — *(Besándolo.)* Hijito mío, eres muy pequeño y aunque yo te lo explicara no alcanzarías á comprenderlo. Mas no te afanes por ello... ya llegará el día en que ésto y otras muchas cosas comprenderás.

RIC. — Bueno, pero lo que yo ahora comprendo es que he trabajado mucho ¿y todo mi trabajo habrá sido inútil, mamá?

ADE. — No, corazoncito mío; todo trabajo es útil en la vida, como toda bondad de alma deja su huella, como todo acto piadoso merece una recompensa. ¿Sabes cuál será la tuya, Ricardito?

RIC. — ¿Cuál mamá?

ADE. — Matildita; te doy tu amiguita por hermana, ella será mi hija; ¿quieres, Ricardito mío?

RIC. — *(Abrazando á Adela con Alegría.)* Sí, quiero mamita, quiero.

ADE. — Si tu santa piedad no habrá podido salvar de la muerte á la mamá de Matildita, habrá librado á ésta de la dolorosa orfandad. *(Arrojan á la escena muchas hojas; en el mismo instante se oye lejano el tañido lento de una campana.)*

RIC. — ¡Mamita, mira cuántas hojas caídas trae el viento malo! *(Adela, emocionada deja al niño en el suelo, se arrodilla y abrazando á Ricardito, vueltos los ojos al cielo mueve los labios como si murmurara una oración. Breve silencio.)* Mamá, ¿por qué suena esa campana? *(Adela le besa en la frente.)* ¡Cómo suena triste! ¡Lloras, mamita? ¿por qué?

ADE. — *(Se seca los ojos, se levanta, toma de la mano á Ricardo.)* Ven, alma mía, ven; vamos á consolar á la pobre huérfana; llevémosle el cariño de una nueva madre, y el calor de un nuevo hogar. *(Se alejan lentamente por la derecha; siguen cayendo las hojas, y sigue el tañido de la campana hasta que desaparecen. Caen lentamente el telón.)*



# El pájaro Azul

*Á la distinguida señorita  
Luisa Angélica Urquiza.*

*Á usted, mi apreciada discípula, gran  
cultora del Arte de la declamación, me  
es grato dedicar esta leyenda.*

LA AUTORA.

*Personajes: LAURA, señorita de 18 á 20 años. — HILDA, niña de 13 á 15 años.*

La escena representa un saloncito; es de noche; lámpara encendida sobre una mesita en el centro. Un ramo de flores campestres en un florero sobre una mesita en el fondo, hacia la derecha.

## ESCENA PRIMERA

LAURA É HILDA

Al levantarse el telón, Laura está leyendo un libro sentada en un sillón junto á la mesita del centro.

HIL. — *(Entra por la izquierda sin advertir la presencia de Laura; se deja caer en un sillón cerca de la puerta, diciendo con voz sofocada*

*por las lágrimas.)* ¡Engañarme de esa manera! ¡Jamás los hubiera creído capaces de tanta maldad! No, no merecen perdón de Dios! ¡Es una infamia, una tiranía, una crueldad! *(Rompe á llorar dejando caer la cabeza sobre el respaldo del sillón, cubriéndose el rostro con el pañuelo.)*

LAU. — *(Mirándola sorprendida.)* ¡Hilda! ¿Qué es lo que tienes? ¿Qué te ha sucedido? ¿Cuál es el motivo por el que tanto te desesperas? *(Hilda no contesta y llora más fuerte. Laura deja el libro sobre la mesita, se acerca á Hilda y la acaricia.)* Hildita, contéstame; no te desesperes así... no llores más... *(Hilda llora más fuerte.)* ¡Dios mío! Hilda, basta... basta. Habla, pues; dime, ¿cuál es la causa de tu aflicción?

HIL. — *(Entre sollozos.)* ¡Ay, Laura mía! ¡Soy muy desgraciada!

LAU. — *(Con ironía.)* ¿De veras? ¡Pobrecita! *(Le levanta la cabeza, la besa, la acaricia.)* ¿Y por qué eres tan desgraciada?

HIL. — Porque papá y mamá ya no me quieren.

LAU. — *(Con asombro afectado.)* ¡Posible! Hilda, ¿cómo puedes suponer semejante cosa?

HIL. — No lo supongo, estoy segura.

LAU. — ¿Segura? ¡Ah! ¡ah! eso es ya muy grave. ¡Pobre Hilda mía! Vamos, pues; deja de llorar... seca esas lágrimas que te ponen muy fea. *(La levanta y abrazada la lleva hasta el sillón junto á la mesita. Laura se sienta en él y sienta á Hilda en sus rodillas ó en un banquito á sus pies.)* Siéntese aquí, y cuénteles á su hermanita todas sus penas. Vamos á ver, ¿qué es lo que le han hecho tan grave papá y mamá, para disgustarla tanto?

HIL. — *(Siempre llorando.)* Me han ofendido.

LAU. — ¿Sí? ¡Oh, qué exceso de crueldad! ¡Ofender á mí Hildita!

HIL. — Y una ofensa gravísima.

LAU. — ¿De veras? Esto pasa los límites. Cuenta, pues, ¿qué es lo que te han hecho?

HIL. — ¿Me han hecho? y me han dicho.

LAU. — ¿Qué te han dicho?

HIL. — *(Con enfado.)* Papá me ha dicho vanidosa, y mamá presumida.

LAU. — *(Con indignación aparente.)* ¡Oh! ¡nada menos! ¡qué injusticia! *(Con dulzura mientras la acaricia.)* Pero... dime, Hilda mía,

¿te han llamado vanidosa y presumida por algún motivo ó así no más... porque sí?

HIL. — (*Inclinando la cabeza.*) No... porque sí, no.

LAU. — Y entonces, ¿por qué?

HIL. — Porque me eché á llorar cuando manifestaron, terminantemente, que no me dejarían ir al concierto esta noche.

LAU. — ¡Ah! ¿por eso?

HIL. — ¿Acaso no tenía razón? ¿No habían prometido dejarme tomar parte en esa fiesta? ¿No estudié mi monólogo y mi poesía sin hacerme de rogar? ¿No dejé que me probaran el vestido cuantas veces ha querido mamá? ¿No he sido buena, obediente, como lo había prometido? Y hoy que esperaba recibir mi justa recompensa luciéndome en el concierto, recibiendo aplausos, flores y felicitaciones, se les antoja que no debo ir. ¿Por qué? ¿Te parece que es proceder con honradez? No, señor; es proceder sin honradez, porque me han engañado y me han ofendido, y esto lo han hecho porque no me quieren; no, no me quieren nada, (*llorando*) ni un poquito... No tienen corazón. Sí, soy muy desgraciada. (*Con un gran suspiro.*) ¡Ay! ¡cuán triste es la vida! (*Deja caer la cabeza en el hombro de Laura y sigue llorando.*)

LAU. — (*Suelta una carcajada.*) ¡Ja, ja, ja!

HIL. — (*Con enojo.*) ¿Cómo! ¿Te ríes?

LAU. — ¡Pero, hija, no me he de reír si tomas esas actitudes trágicas!

HIL. — ¡La gracia que me hace! En vez de reírte, debieras pedir á papá y á mamá que me dejasen ir al concierto; á tí, que te quieren, no te lo negarían. (*Con mimo.*) ¿Quieres, Laurita mía?

LAU. — Me guardaré muy bien de hacerlo.

HIL. — ¿Por qué? Ya lo estoy viendo sí, que tú tampoco me quieres.

LAU. — ¿Cuánto te equivocas, hermanita querida! Precisamente porque te quiero, y mucho, no intervengo en tu favor, y apruebo el proceder de nuestros padres.

HIL. — ¿Tú también? (*La mira con fijeza.*) Apuesto á que lo sabías, ¿eh? dime la verdad.

LAU. — Sí, lo sabía.

HIL. — ¡No digo yo! ¡Todos en contra mía! Y decir que me he dejado acariciar, besar por tí, y me engañabas y estabas burlándote

de mí! (*Se levanta y se aleja enojadísima.*) Mala, engañadora como papá y mamá. Búrlate cuanto quieras, pero he de decirlo: Soy muy desgraciada. ¡Ah! ¡ya no puedo vivir así! (*Se deja caer en actitud de abandono sobre otro sillón.*)

LAU. — Pero, mi hijita; te hemos engañado porque esa es la única manera de que podamos conseguir que estudies y prestes tu concurso en nuestras fiestas familiares, dándoles realce, luciendo en ellas tus talentos artísticos, dedicándote un poco á nosotros que también sabemos apreciarlos. ¡Tú jamás quieres hacerlo. ¿Por qué? ¿No lo merecemos como ese público ante el cual tanto te emocionas deseando con ardor sus aplausos que, no siempre son sinceros, sus flores, que á menudo llegan envueltas entre espinas, y sus alabanzas, que jamás parten del corazón? (*Se levanta, toma de las manos á Hilda y le habla con cariño.*) Oye, Hilda mía: si te hemos engañado, ha sido en parte solamente; (*Hilda la mira sonriente*) sí, porque mañana es el santo de mamá y el cumpleaños de papá; y en su honor preparamos una gran fiesta aquí, en casa, la cual resultará hermosa, espléndida, y tú, Hilda, serás la reina de la fiesta, de nuestra fiesta.

HIL. — ¿Habrá mucha gente, mucha, mucha?

LAU. — No tanta; abuelita y abuelito, los parientes más cercanos y nuestros amigos; ya sabes que amigos no hay muchos.

HIL. — (*Descorazonada.*) ¡Qué lástima!

LAU. — ¡Cómo! ¿no te pones contenta, Hilda?

HIL. — No. ¿Valía la pena estudiar tanto? ¿valía la pena estarse horas de plantón probándose un traje para después lucirlo en familia y entre los amigos de la familia?

LAU. — ¿Tan poco aprecias á la familia y á los amigos? Pero si éstos y aquélla son todo, ó por lo menos debieran ser todo nuestro mundo; si para ellos y ella es para quienes debemos enriquecer nuestro espíritu, educar nuestra mente, adornar nuestra persona; ¿cómo es posible que no te sientas dichosa en este pequeño mundo que te rodea, donde habita el más puro ideal de la felicidad? Una felicidad dulce, tierna, cariñosa, tranquila, sincera. ¿Cómo es posible que no puedan bastarte, más aún, llenarte de satisfacción, de alegría, nuestros aplausos, nuestras demostraciones de afecto, nuestras flores, siendo ellas el premio más honroso que debieras

ambicionar, y el único que llegará á tí envuelto en el dulce perfume de la sinceridad y del cariño?

HIL. — Todo eso te bastará á tí, porque se te ha metido en la cabeza huir de la gente, vivir en la soledad y te metes en los rincones. ¿Y por qué? Yo no lo sé. Ni que fueras una vieja.

LAU. — Es verdad, (*sonriendo*) no soy una vieja; pero tengo presente los consejos de una vieja... de nuestra viejecita, y siempre una leyenda que ella me narró. Nunca la olvidaré. ¿Quieres oírla?

HIL. — (*Con sequedad.*) No. (*Se levanta.*) Á tí te divierten las leyendas como te bastan las fiestas familiares; pero á mí, no; no me bastan, ni me bastarán jamás. (*Algo excitada.*) Yo deseo la sociedad, la alegría, el ruido, el movimiento, el aire, la luz. ¿No dicen todos que poseo talento? ¿que soy inteligente? ¿que soy hermosa? Pues bien, quiero lucir, quiero brillar, porque sólo así podré ser feliz, ¿lo oyes? Y cuando llegue el día en que nadie pueda ya imponerme su voluntad, ¡ah! (*con un suspiro de dicha*) entonces, como un pájaro libre, volaré, ¡volaré remontándome en las regiones de la verdadera felicidad, saturando mi alma con las divinas manifestaciones del arte, viviendo de una vida de triunfos, cantaré mi dicha, me embriagaré de alegrías, y cuando vuelva á este mi pequeño mundo, lo inundaré de sol y entonces sí, seré, seremos todos felices!

LAU. — ¡Ay! ¡El Pájaro Azul! ¡El Pájaro Azul!

HIL. — ¿Qué es eso de Pájaro Azul?

LAU. — La leyenda que abuelita me contó. ¿Quieres escucharla?

HIL. — ¿Para qué? (*Alejándose con desdén.*)

LAU. — Para distraerte. Escúchala, te interesará.

HIL. — (*Mulhumorada.*) Te repito que no.

LAU. — (*Con calma y sonriente.*) Ven, ven aquí cerca y escucha con atención. (*Se vuelve á sentar en el sillón.*)

HIL. — (*Alejándose más, con acto impaciente.*) ¡Oh!

LAU. — Se titula «El Pájaro Azul».

HIL. — Que me importa á mí del Pájaro Azul.

LAU. — (*Sin prestarle atención comienza á narrar.*) Este era... un pájaro llamado Azul... (*Hilda con acto impaciente, después de lanzar una mirada colérica á Laura, se sienta en un sillón muy lejos de ésta y hojea un album con aire distraído; Laura la mira, sonrie*

*y continúa con calma*) debido á su plumaje de ese precioso color; el pico y las patitas eran de un amarillo tan relumbrante que parecían de oro bruñido; lucía alrededor del airoso cuello, finísimas plumas de un color gris claro esplendoroso, con manchitas blancas brillantes, á semejanza de un terso collar de plata incrustado de diamantes. Ostentaba en su cabecita movediza é inquieta, un soberbio penacho de plumas celeste pálido con pequeñas borlitas blanco marfil, cual rica franja de perlas; los ojos luminosos, vivos, chispeantes, con irradiaciones esplendentes, como si hubieran sido estrellas; el sedoso plumaje de un delicado color azul de cielo, con reflejos de luz, parecía de raso; magníficas plumas, sembradas de puntos dorados como otras tantas estrellitas, partían debajo del collar de plata, sobre el dorso se alargaban, se extendían, formando una majestuosa cola, que el Pájaro Azul desplegaba con donaire de princesa y altivez de rey. *(Se detiene un momento, observa á Hilda que siempre hojea el álbum.)* Hilda, ¿no te parece que debía ser hermoso el Pájaro Azul?

HIL. — *(Fastidiada.)* Sí, muy hermoso, en efecto. Y sobre todo muy original.

LAU. — Me olvidaba decirte que el Pájaro Azul, además de su belleza incomparable, poseía un dón muy apreciado: el canto; sabía hacerlo de un modo maravilloso, con voz tan dulce y armoniosa, que el mismo ruiseñor se lo envidiaba.

HIL. — *(Burlándose.)* ¿Ah, sí?

LAU. — Ya comprenderás cómo el pájaro, convencido de su belleza y habilidad, tendría deseos ardientes de hacerse oír, ver y admirar.

Parece que en el país de las aves, tampoco faltan los aduladores que enorgullecen y pervierten, y éstos aconsejaban mal al Pájaro Azul; mas, el que peor le aconsejaba, robándole el sueño, la tranquilidad y la alegría, era un geniecillo que surgía como por arte de encantamiento de entre las aguas de una fuente que al término del bosque se hallaba, « La fuente de las Aguas de Plata ». El Pájaro Azul solía ir á menudo á esa fuente; llegaba alegre, cantor, vivaracho, y volvía de ella colérico, inquieto, despectivo; sus padres se alarmaron, y, averiguado la causa de tales cambios, ya no le permitieron hacer á solas sus excursiones por el bosque.

Pero una tarde, ¡tarde aciaga si las hubo! los padres del bello pájaro tuvieron necesidad imperiosa de ausentarse de su casita y del bosque; confiaron el hijo querido al cuidado del aya, diciéndole: — No vayas á la fuente de las aguas de plata; sabes que allí habita el geniecillo malo; al verte solo y sin defensa alguna, podría vencerte. — El Pájaro Azul prometió que así lo haría, mas, apenas hubieron emprendido el vuelo sus padres, sin escuchar las súplicas del aya, quien vieja y enferma no podía seguirlo, se lanzó fuera del nido protector y echó á volar hacia la fuente.

Llegó; posó sus patitas relucientes como el oro, sobre el borde de aquella, se inclinó, miró... vió su bella imagen reflejada en las aguas, y un sentimiento de orgullo, de admiración de sí mismo le dominó. Irguióse con altivez estirando su hermoso cuello de plata incrustado de diamantes, desplegó su majestuosa cola sembrada de estrellitas de oro, y sacudiendo el soberbio penacho con franja de perlas, comenzó á cantar llenando la fuente, el bosque, el aire, la luz, el espacio todo, con su voz impregnada ora de notas vibrantes como cuerdas de un arpa pulsadas por dedos vigorosos en alguna sonata fantástica, ora de armoniosas variaciones cual hábil mano recorriendo suavemente el teclado de un piano, ó bien de una dulce melodía triste y evocadora como noche de luna á orillas del mar.

No tardaron en aparecer los pájaros del bosque atraídos por el encanto de aquella voz, y posados sobre las ramas de los árboles, escuchaban extasiados y envidiosos al divino cantor su compañero. Tampoco tardó en hacerse oír la voz del geniecillo malo. Esa voz que suspiraba entre las aguas de la fuente: — ¡Oh! ¡mi bello y talentoso pájaro, cuánto compadezco tu suerte! ¡Qué valen para tí esos dones con que la pródiga naturaleza te ha engalanado, si no te es permitido lucirlos fuera de estos lugares? Y cuando tu espíritu cantor abandone tu precioso cuerpo, exhalando el último gorgieo de agonía; cómo transmitirás tu fama para que no perezca el recuerdo de tanta maravilla? ¡Quién sabrá que has existido, mi pobre Pájaro Azul? ¡Ó acaso crees tú que no hay otro mundo fuera de esta selva inculta? »

Calló la voz. Las aguas de la fuente se removieron, se apartaron.

Una figura pequeña, de rostro maligno, con sonrisa diabólica y

actitud imperiosa apareció. Extendió el brazo hacia un punto del horizonte, y con voz presurosa, insinuante, tentadora, prosiguió: — ¿Ves allá lejos aquellos montes? detrás de ellos están los mares. Emprende el vuelo hacia la cumbre de los montes, atraviesa los mares, y llegarás á otras regiones, á otros países, á otros mundos, donde aparecerás como un meteoro de luz fulgurante, levantando hurras de admiración y de entusiasmo. Allí, se disputarán el encanto de tu voz y de tu plumaje; allí, te brindarán la riqueza, que es la dicha; el placer, que es la vida; la grandeza, que es la fuerza y el poder; la fama, que es la gloria; la gloria que es la inmortalidad. »

Se hundió en las aguas el geniecillo enano y desapareció. El Pájaro Azul, palpitante de emoción y de deseos sintióse desfallecer; lentamente volvió la cabeza hacia su casita en el hueco de un árbol, allá en el fondo del bosque. Pensó en sus padres. ¿Qué dirían, qué harían cuando al volver no encontraran ya al Pájaro Azul, al hijo querido mimado, idolatrado? Dirigió la vista hacia los montes lejanos.

Las imágenes de los mundos insinuados por el geniecillo malo, como un torbellino pasaron por sus ojos dejándole deslumbrado. Sintió el piar de los pájaros en las ramas que decía: — Sigue su consejo; oh, compañero de excelsa hermosura! vete, vete, ¡oh cantor divino! — Sí, estaba vencido. Sus padres se consolarían, y cuando volviera... ¡con qué agasajos le recibirían! Y, ¡cómo embellecería él los últimos años de sus viejos queridos dándoles toda la felicidad, riquezas y triunfos conquistados en los países recorridos! Ya no vaciló. Sintió el vértigo de la ambición que lo empujaba, arrojó al aire su adiós con un gorjeo de victoria, sacudió la soberbia cabeza, tendió las alas y se lanzó al espacio.

HIL. — *(Que desde hace rato dejó el album, demostrando interesarse por la leyenda, espera la continuación; Laura calla.)* ¿Y... después?

LAU. — ¿Comienza á interesarte la leyenda?

HIL. — Sí. *(Silencio.)* Sigue, pues.

LAU. — El Pájaro Azul, dominado, fascinado, arrastrado por la visión luminosa que le precedía, hendió los aires, pasó los montes, atravesó los mares y llegó... llegó á las regiones desconocidas, á los países nunca vistos, á los mundos ignorados.

HIL. — *(Con interés.)* ¿Y fué feliz?

LAL. — ¿Te interesa la historia, no?

HIL. — Claro que sí. Dime, pues, ¿fué feliz?

LAL. — *(Con un suspiro de piedad.)* ¡Ay! ¡sí, fué feliz!

HIL. — *(Con alegría.)* ¡Ah! ¿Consiguió lo que tanto anhelaba?  
¿triunfó?

LAL. — *(Con calma.)* Lo consiguió... y triunfó.

HIL. — ¿De veras? *(Aproximándose un poco con el sillón.)* Cuenta, cuenta, ¿cómo fué?

LAL. — Poseía belleza, juventud y talento; no le era, pues, difícil triunfar. Y cumplióse la profecía del geniecillo enano. El ave bella, con su vuelo lento, majestuoso, luciendo su deslumbrante plumaje, dejando caer de su garganta las divinas notas, levantaba, al pasar, murmullos de admiración, dejando rastros de luz y de deseos. Ella podía entrar libremente en el palacio de los magos, en los jardines de las hadas; y era tal el poder de su belleza y de su canto, que el agua de los ríos y el agua de las fuentes, admiradas, se detenían para escucharla, y las ramas de los árboles al oirla, reverentes se inclinaban. La serpiente, fascinada, se volvía inofensiva, el tigre se tornaba manso, la hiena olvidaba su crueldad, los magos le brindaban su poder con sus riquezas, las hadas le honraban con sonrisas y agasajos. Al Pájaro Azul le invadió el orgullo del triunfo, el triunfo de su vanidad satisfecha. Se sintió dichoso y olvidó á sus padres, á su pequeña casa, y á su bosque nativo.

HIL. — Fué ingrato.

LAL. — ¡Era feliz! Pero en medio del aturdimiento del triunfo, él no advertía la falsa limpidez del agua del río, la rama del árbol que escondía al gusano roedor, el veneno oculto de la serpiente traicionera, los dientes afilados del tigre devorador, el olor á cadáver corrompido de la hiena, la codicia de los magos, la perfidia de las hadas. Mas, debía llegar el momento amargo del despertar. Y un día, sin comprender la causa, se vió acusado, calumniado, perseguido y por último, apresado.

HIL. — ¡Oh, pobrecito!

LAL. — Un mago codicioso le había encerrado en una luciente jaula de oro, dentro de su espléndido Palacio de los Encantos. El

Pájaro Azul se rebeló. Se rebeló, porque él no había nacido para vivir esclavo á las órdenes de déspotas amos; se rebeló, porque cuanto allí le rodeaba ofendía á su alma bien nacida.

La belleza y el talento con que le había dotado la naturaleza, le arrastraron fatalmente á ser desobediente, ingrato, para ir en busca de triunfos y riquezas.

Pero era de noble extirpe; y su espíritu hermoso como su plumaje, armonioso y límpido como las notas de su garganta, jamás hubiera consentido ni en rozar la tierra con sus alas, aun con la certeza de remontar el vuelo á mayor altura.

El Pájaro Azul imaginó la fuga.

HIL. — ¡ Ah! ¿ sí? (*Se acerca más á Laura.*)

LAU. — Trabajó, trabajó con ahinco, sin descanso y llegó el momento en que cinco barritas de oro de su jaula cedieron al empuje de su cuerpo. ¡ Ah, de nuevo la libertad codiciada! Empezó el vuelo, atravesó el espacio y fué á posarse sobre la altura de un peñasco solitario.

Allí, rodeado de la soledad que sugiere y aconseja, meditó.

¿ Renunciaría á esa existencia brillante, llena de triunfos, que él había ansiado, ó aceptaría la lucha para volverla á conseguir? ¿ Y aceptándola, vencería ó sería vencido? Fluctuaba su espíritu entre la resistencia y el abandono, entre la duda y la creencia, cuando le distrajo un rumor sordo, continuado, en el que se mezclaban el silbido de la serpiente con el arrullo de la tórtola, el rugido del tigre con el balido del cordero, el husmear de la hiena con estertores de agonía, graznidos de gavilanes con el piar de avecillas, aullidos de lobos con cantos de ruiseñor, el murmullo del río con el fragor del torrente, el soplo de la brisa con el ímpetu del viento.

Se asomó, miró hacia el fondo del valle y sintió el estremecimiento del horror.

Del límpido río que se detenía para escucharlo, ya no quedaba sino un lecho de fango; de la rama que se inclinaba adúladora ya no se veía más que al vil gusano que la roía; del tigre, sólo se manifestaba viva la ferocidad perversa que despedaza, dilacera y devora; de la hiena, sólo se escuchaba el crujir de las mandíbulas al devorar con alegría feroz los despojos de la muerte. Las hadas, dulces y serenas habíanse vuelto harpías despiadadas y crueles;

los magos habían perdido la virtud de su poder y yacían aletargados por la fuerza de la embriaguez.

Y en medio de ese cúmulo de mentiras, de falsedad, impostura y corrupción, la serpiente se arrastraba silenciosa, veloz, dominadora, infalible; se enroscaba, se ceñía, hincaba el diente, mordía é infiltraba su veneno.

¡Infeliz Pájaro Azul! ¡Día funesto era ése para él, en el cual la espantosa realidad se le presentaba en toda la crudeza de su desnudez corrompida, y con su flecha envenenada fué á herirlo en el corazón!

El Pájaro Azul lloró. Recordó á sus viejos padres, su casita, sus compañeros, la dulce tranquilidad de su bosque nativo; arrojó una maldición al geniecillo enano tentador, y de nuevo se lanzó al espacio y emprendió el vuelo hacia la selva de sus padres. Llegó, dirigió una mirada de odio á la fuente de las Aguas de Plata y sin detenerse siguió el vuelo hasta el árbol que le había visto nacer. Pero, ¿era ilusión la suya, ó se habría equivocado? ¿Dónde estaba el árbol? ¿dónde su casita? ¿dónde sus padres? Allí no había nada; sólo un tronco derribado, carcomido. Anhelante, angustioso, preguntó á un pajarillo que alegre se balanceaba sobre una ramita impulsada por la brisa. El pajarillo le miró con extrañeza y luego contestóle: — Ese tronco que ves ahí, es el fin de una triste historia. Nuestros padres la cuentan á sus hijos como un ejemplo. Dicen ellos: « Un pájaro, que era la delicia de sus padres y de estos lugares, un día abandonó el nido paterno para no volver; los pobres viejos lloraron desesperados la dolorosa pérdida del hijo idolatrado; se entristecieron, enfermaron, y una brumosa mañana se les encontró yertos al pie del tronco. El huracán desarraigó al árbol y le derribó; sus hojas, sus ramas se secaron, no quedando más que el tronco carcomido, como recuerdo de la ingratitud y del olvido. »

HIL. — (*Impresionada, se acerca más á Laura hasta sentarse al lado de ella.*) ¡Ah! Sigue. ¿Y después?

LAV. — El Pájaro Azul se sintió como fulminado por un rayo y desplomóse al suelo sin fuerzas para sostener sus alas. Un temblor de espanto sacudió su cuerpo. Todo había terminado para él en el mundo, no le quedaba ya nada que esperar.

Le pareció que algo dentro de sí mismo se desprendía, se desgarraba, se desmenuzaba y se iba... se iba para siempre.

Era tal vez su alma de ensueños, de ilusiones y de esperanzas, que le abandonaba dejándole solo... solo con su inmenso dolor!

Dos lágrimas aparecieron en sus ojos como estrellas, empañaron su brillo y dejáronle un tinte amarillento. La majestuosa cola y las preciosas plumas de su collar se desprendieron y esparcieron por los vientos; el soberbio penacho cayó dejándole calva su cabeza; el pico y las patitas, relucientes como oro bruñido, perdieron su brillo y su áureo color, y el delicado azul de cielo de su plumaje tornóse negro cual un manto funerario.

Intentó cantar su último adiós al sitio aquél en el cual había sido tan feliz! mas, de su garganta sólo escapóse un graznido ronco que repercutió como eco de dolor en el bosquecillo abandonado. Reunió sus débiles fuerzas, sacudió las alas, y se remontó pesadamente en el aire; volvió á posarse en la fuente de las Aguas de Plata; reconoció allí á muchos de sus antiguos compañeros; acercóse á ellos, los pájaros huyeron espantados por su lúgubre aspecto. Pensó hacerse conocer; después... ¿Por qué mendigar un consuelo y un cariño que ellos ya no le podrían dar y que él mismo quizás ya no podría comprender? Y se alejó.

Se alejó de la fuente, de los pájaros, del bosque; y fué á esconder su honda pena y su mísero cuerpo en el hueco de una roca solitaria. Y desde aquella tarde angustiosa, su dulce nombre de Pájaro Azul trocóse por el fatídico de Pájaro Cuervo.

HIL. — *(Cae arrodillada á los pies de Laura, le toma las manos con cariño.)* Oh! ¡hermana mía! ¡mi querida Laura! Tú has leído en mi pensamiento, en mi alma; me has comprendido y también yo te comprendo. ¡Perdóname! *(Abandona la cabeza en las faldas de Laura, llorando.)*

LAU. — Sí, mi querida; te había adivinado y me había propuesto salvarte. *(Tomándole la cabeza entre las manos y mirándola á los ojos.)* Dime, Hilda mía, ¿lo he conseguido?

HIL. — Sí, sí, mi Laura. *(Besándoles las manos con transportes de alegría.)* Gracias, mi buena hermana, gracias.

LAU. — *(Levanta á Hilda, y las dos abrazadas por la cintura se dirigen lentamente hacia la izquierda.)* Ven; vamos á darle esta ale-

gría á papá y á mamá, y esta noche comenzada con llanto y desesperación, la terminaremos con risas y regocijos. *(Al pasar junto á la mesita donde están las flores, Laura sin dejar á Hilda, saca unas cuantas y se las ofrece á ésta.)* Guárdalas en memoria del infortunado Pájaro Azul. *(Hilda las recibe, besa á Laura y así abrazadas desaparecen por la izquierda).*



## LA RAMILLETERA Y LA HORTELANA

*A las inteligentes y estudiosas niñas :  
Suzana y Sara Merlo, dedico esta tra-  
ducción. — J. Ugo.*

*Personajes : DOÑA COLIFLOR. — SEÑORITA FLORA.*

*Trajes : El de doña Coliflor, algo grotesco ; el de Flora, elegante.*

*Decoración : Dos bancos, separados por un macizo  
de arbustos ; pared en el fondo.*

### ESCENA PRIMERA

*Doña Coliflor. Entra por la izquierda con cestos de  
hortalizas y legumbres. Se dirige hacia el banco  
de la izquierda.*

*D<sup>a</sup> COL. — ¡ Ah ! este es un buen sitio ! por este  
lado estoy bien á la vista de los parroquia-  
nos ; y de este otro, bien resguardada por  
esas plantas. Decidamente es aquí adonde  
me instalo. (Se sienta en el banco poniendo  
las cestas á cada lado.) Vengan, señoras  
cocineras, vengan pues ; aquí está doña  
Coliflor, la modelo de las hortelanas, que  
trae el primor de las legumbres y de las  
hortalizas. Traigo unas cebollas exquisi-  
tas ; unos zapallos dulces como la miel,  
y traigo algo mejor que coliflores á la cre-  
ma, pues éstas son la crema de las coli-  
flores. (Sacando una coliflor de la cesta y mostrándola al público.)*



## ESCENA II

### DICHA Y FLORA

Flora entra por la derecha. Se dirige al banco sin ser advertida por doña Coliflor, muy ocupada en ordenar sus legumbres.

FLORA. — ¡Qué sitio tan bien elegido! muy accesible á la clientela. En verdad que no podría encontrar otro mejor. Sentémonos aquí. *(Pone sobre el banco sus cestas llenas de flores y ramilletes, y se sienta.)* Señores... señoras... aquí está Flora, la reina de las ramilleteras. Traigo todas las fragancias y bellezas de la primavera; es rica y variada mi colección; son tantos sus colores y matices que se la creería una paleta del famoso pintor el sol. *(Acariciando las flores con gracia.)* ¿Y este precioso ramillete de jazmines oculto entre las rosas? ¡Qué lástima! ¡tan lindo! así, bien á la vista. *(Aspira el perfume y coloca bien á la vista al ramillete.)*

D<sup>a</sup> COL. — *(Pregonando.)* ¡Rabanitos, rabanitos frescos! los vendo baratos, á vil precio! ¡Vean qué lindos! ¡parecen unos pimpollos de rosa! *(Agitando en el aire un manojo de rábanos.)*

FLORA. — *(Inclinándose para mirar.)* ¿Adónde esta esa hortelana? ¡Jesús me ampare! Ahí, tan cerca de mí!... La proximidad de sus hortalizas va á despoetizar mis flores. ¡Valor! llamemos á la clientela... ¡Elegantes caballeros, hermosas damas, lindas señoritas, compren ramilletes á Flora, la reina de las ramilleteras. ¡Vean que graciosos son! ¿Y éste de heliotropos? no los hay semejantes en toda la República Argentina.

D<sup>a</sup> COL. — *(Inclinándose para ver.)* ¿Adónde está esa ramilletera? ¡Dios me guarde! ¡A mi mismo lado! ¡Qué vecindad, Dios mío! El esplendor de sus flores no permitirá á los clientes reparar en mis legumbres. ¡Oh! pero ya sabré yo también atraer su atención. *(Con voz llena.)* ¡Berro, escarola, achicoria, apio, acelga y lechuga fresca, blanca y tierna como no se vende en todo Buenos Aires!

FLORA. — *(Olfateando el aire.)* ¡Puf! ¡qué olor á cebolla! ¡es detes-

table! Ya no se va á sentir el perfume de mis flores. ¡Si posible me fuera enviarte al Japón! (*Fuerte.*) ¡Pimpollos de rosa, jacin-  
tos y nardos, lirios del valle, jazmines y crisantemos! Á elegir,  
á elegir. (*Aspirando las flores.*) ¡Ay, qué perfume! ¡qué aroma!  
el aire embalsama.

D<sup>a</sup> COL. — Demasiado embalsama su aroma. Mis legumbres van á  
oler á almizcle. Si pudiera mandarte á California. (*Pregonando.*)  
¡Berengenas! ¡lindas berengenas! Tomates frescos y del más  
hermoso color escarlata y brillante, nunca se ha visto ni se verá  
cosa parecida debajo del sol.

FLORA. — Sabe muy bien pregonar su artículo esa! (*Amenazándola  
con el puño.*) Si pudieras tener una extinción de voz. Espera, es-  
pera y ya verás como te replico. (*Pregonando.*) A las lindas  
anémonas, á las frescas lilas! las doy tan baratas que en verdad  
no las vendo, las regalo.

D<sup>a</sup> COL. — ¡Qué bien entiende esa de reclamo! (*Amenazándola con el  
puño.*) Ojalá te viniera un dolor de muelas hasta hacerte rabiar.  
Ya tengo yo por dentro la rabia. ¡Espera, espera! vas á ver si no  
hago el reclamo mejor que tú. ¡Á las ricas arvejas frescas y tier-  
nas, vengan á comprar; son de lo mejor, de lo más escogido;  
arvejas y habas; por el placer de venderlas, doy un gran peso,  
mitad de regalo!

FLORA. — ¡Gran peso! ¡ah! ¡ah! ¡quién te creyera! Mi mercadería  
á lo menos es distinguida: no se compra por peso. Es por el  
buen gusto por lo que se le aprecia. Una ramilleteira es una ar-  
tista cuando se trata de confeccionar un ramo esmerado, y vean  
ustedes si digo la verdad. Entre estas rosas frescas y lozanas, colo-  
quemos las blancas y puras azucenas... coronémoslas de humildes  
margaritas y tímidas violetas...

D<sup>a</sup> COL. — Salsifis, salsifis á cinco centavos el atado!

FLORA. — ¡Horror! ¡Desde lo alto de mis flores poéticas caer en la  
profundidad de esas prosaicas legumbres!

D<sup>a</sup> COL. — ¡Salsifis á cinco centavos el atado! ¡quién compra re-  
pollo y zanahorias?

FLORA. — Taco de reina para los caminantes, el clavel del poeta para  
los literatos, y estos pensamientos para todos los que carecen de  
ellos.

D<sup>a</sup> COL. — ¡Qué cháchara tiene esa ! ¡ Y cuán azucarada es ! Como para no entenderle ni palabra. Á lo menos yo hablo claro y neto. Porotos, porotos verdes, porotos de manteca, repollos, coliflores...

FLORA. — ¡ Qué vulgaridad !... Y á pesar de eso atrae á los clientes. Hagamos como ella. He aquí para los señores militares la flor del granado, y una ramita de laurel, presagio de un glorioso porvenir.

D<sup>a</sup> COL. — Lo que es esa no conoce la timidez... se dirige á los transeúntes con una desenvoltura sin igual. Tratemos de imitarla. Vengan aquí, señoras cocineras, vengan á comprar. Vean estos pepinos, qué hermosura ! bien pueden dar vuelta al mundo entero que no los encontrarán tan verdes y tan ricos.

FLORA. — No la escuchen ustedes; vengan aquí á comprar. Vean el botón de oro cuán hermoso es, parece una joya. Vendo tres por diez centavos; compren estas encantadoras flores; aquí tengo otras maravillas para agregar al botón de oro.

D<sup>a</sup> COL. — Déjenle sus maravillas... Vengan aquí donde hay sabrosas dulzuras... ¿ Qué me dicen ustedes de este melón ? Tómense el olor, se lo ruego. Es un azúcar, un caramelo.

FLORA. — Es una calamidad esa mujer con su gritería. Pues bien, gritemos más fuerte que ella. (*Con los puños cerrados sobre las caderas para ayudarse á gritar.*) Á las inmortales siemprevivas, á las lindas anémonas, á los elegantes tulipanes de Holanda.

D<sup>a</sup> COL. — Es una catástrofe esa muchacha con sus gritos. Pero yo le he de cubrir la voz. (*Haciendo portavoz con la mano.*) Alcachofas, alcachofas... son de lo más fresco, de lo más tierno, todas elegidas...

FLORA. — No será de ella la última palabra.

D<sup>a</sup> COL. — La última palabra no ha de ser la suya.

(*Las dos al mismo tiempo.*)

FLORA. — Señoras, señores: en mi cesta florida, entre mis fragantes ramilletes se encuentran las flores más bellas, frescas y lozanas. Á comprar, á comprar.

D<sup>a</sup> COL. — Cocineras, cocineros: en mi cesta de verduras, entre atados de espárragos y rabanitos hay las mejores legumbres, frescas y sabrosas. Á comprar, á comprar.

(*El diálogo siguiente debe ser dicho con volubilidad y animación siempre creciente.*)

FLORA. — (*Avanzando.*) ¡Silencio al fin! Es una verdadera ridiculez.

D<sup>a</sup> COL. — Se callará usted de una vez, ¿sí ó no?

FLORA. — ¡Ah! ¡Ah! Solamente usted podrá gritar.

D<sup>a</sup> COL. — Sus gritos son ensordecedores. (*Llevándose las manos á los oídos.*)

FLORA. — Y los suyos, como para ponerse un corcho en los oídos. (*Haciendo la misma acción.*)

D<sup>a</sup> COL. — Su garganta debe de estar forrada de hojalata.

FLORA. — Y la suya de latón.

D<sup>a</sup> COL. — ¡Cotorra chillona!

FLORA. — ¡Urraca charlera!

D<sup>a</sup> COL. — ¡Vale la pena meter tanto ruido! ¿Para qué sirven sus flores?

FLORA. — ¿Y usted con sus hortalizas? ¡Tan feas y tan prosaicas!

D<sup>a</sup> COL. — Mis hortalizas son útiles.

FLORA. — Mis flores son agradables.

D<sup>a</sup> COL. — Una hortelana puede dar legumbres á los pobres.

FLORA. — Una ramilletera puede donar flores á las iglesias.

D<sup>a</sup> COL. — Siempre replica este pimiento rojo.

FLORA. — (*Se inclina con ironía haciendo una reverencia.*) ¡Salud, señora! Usted es la flor y nata de las arvejas.

D<sup>a</sup> COL. — (*El mismo juego.*) ¡Salud, señorita! Usted es la flor y nata de los arvejones.

FLORA. — Señora, nos hemos desquitado, y la dejo á usted sin resentimiento. (*Se inclina y vuelve á su sitio.*)

D<sup>a</sup> COL. — (*El mismo juego.*) Sin resentimiento. (*Vuelve á su sitio. Golpeándose la frente.*) ¡Á propósito! Hoy es el santo de mi tía; tengo que llevarle un ramo de flores. No puedo ofrecerle un ramo de hortalizas surtidas. Debo recurrir á la ramilletera, es cosa humillante. Pero yo no quiero por ningún precio que ella sepa que yo soy la que le compra. Preferiría perder la herencia de mi tía... aunque es preferible cultivar esa herencia y no mis legumbres. ¿Cómo hacer? (*reflexiona*) ¡ah! ya encontré... (*Se envuelve la cabeza con la pañoleta que lleva al cuello.*) Así... ocultémonos bien... Voy á dar un gran rodeo para que la vecina no me vea llegar. (*Desaparece por la izquierda.*)

FLORA. — (*Diéndose una palmada en la frente.*) ¿Y mi cocido? lo había olvidado!... Absolutamente me son necesarias unas legumbres... No puedo echar en el caldo pimientos de rosa ni jacintos ó verbenas. Debo recurrir á la hortelana. ¿Qué suplicio! Mas, por nada en el mundo quiero que ella sepa que soy yo quien le compra. Preferiría condenarme á pan y agua toda la vida. Y sin embargo... después de habernos quebrantado el pecho gritando, un sabroso caldo con un platito de verduras es muy bueno para reponernos. (*Reflexiona.*) ¡Ah! ya sé como arreglarme para no ser reconocida. (*Oculto la cabeza en el fichu que lleva al cuello.*) Disimulemos la frente... (*Se mira en un espejito de bolsillo.*) ¡Así! Muy bien... voy á dar una vuelta larga para engañar á mi vecina. (*Caminando con tiento, da una vuelta larga por la escena. Flora y doña Coliflor volviendo á entrar, se encuentran al mismo tiempo, la primera delante de las cestas de legumbres y la segunda ante las cestas de flores.*)

D<sup>a</sup> COL. — (*Simulando una voz de bajo.*) ¿Quiere usted venderme un ramo de flores?... ¿Cómo! ¿La ramilletera no está?

FLORA. — (*Con voz de falsete.*) ¿Quisiera usted venderme unas legumbres? ¿Qué es ésto! ¿No está la hortelana?

D<sup>a</sup> COL. — (*Llamando.*) ¿Señorita Flora... señorita Flora!

FLORA. — (*Idem.*) ¿Doña Coliflor... doña Coliflor!

D<sup>a</sup> COL. Y FLORA. — (*Juntas, avanzando, voz natural.*) ¡Aquí estoy!  
¿Qué desea usted?

D<sup>a</sup> COL. — (*Reconociendo á Flora.*) ¿Cómo! ¿Es usted?

FLORA. — ¿Es usted misma? (*Las dos se desenrueven la cabeza.*)

D<sup>a</sup> COL. — Puesto que la dos necesitamos la una de la otra... olvidemos nuestros agravios...

FLORA. — Sí, y seamos buenas amigas...

D<sup>a</sup> COL. — Elija usted de mis mejores legumbres.

FLORA. — A usted, le regalo mi ramo de flores más bello y gracioso.

D<sup>a</sup> COL. — (*Tomando las manos de Flora y acariciándolas.*) ¡Oh, mi tierno repollito!

FLORA. — (*Con mimo.*) ¡Oh, mi hermosa dalia!

D<sup>a</sup> COL. — ¡Oh, mi manojito de rosados rabanitos!

FLORA. — ¡Ah, mi rozagante peonía!

D<sup>a</sup> COL. — ¡ Ah, mi fresca lechuguita !

FLORA. — ¡ Mi hortensia preciosa !

D<sup>a</sup> COL. — ¡ Mi meloncito querido ! No olvidemos jamás que el sol de nuestro bondadoso Dios alumbra para todo el mundo.

FLORA. — Y que hay sitio para todo el mundo debajo del sol de nuestro bondadoso Dios.

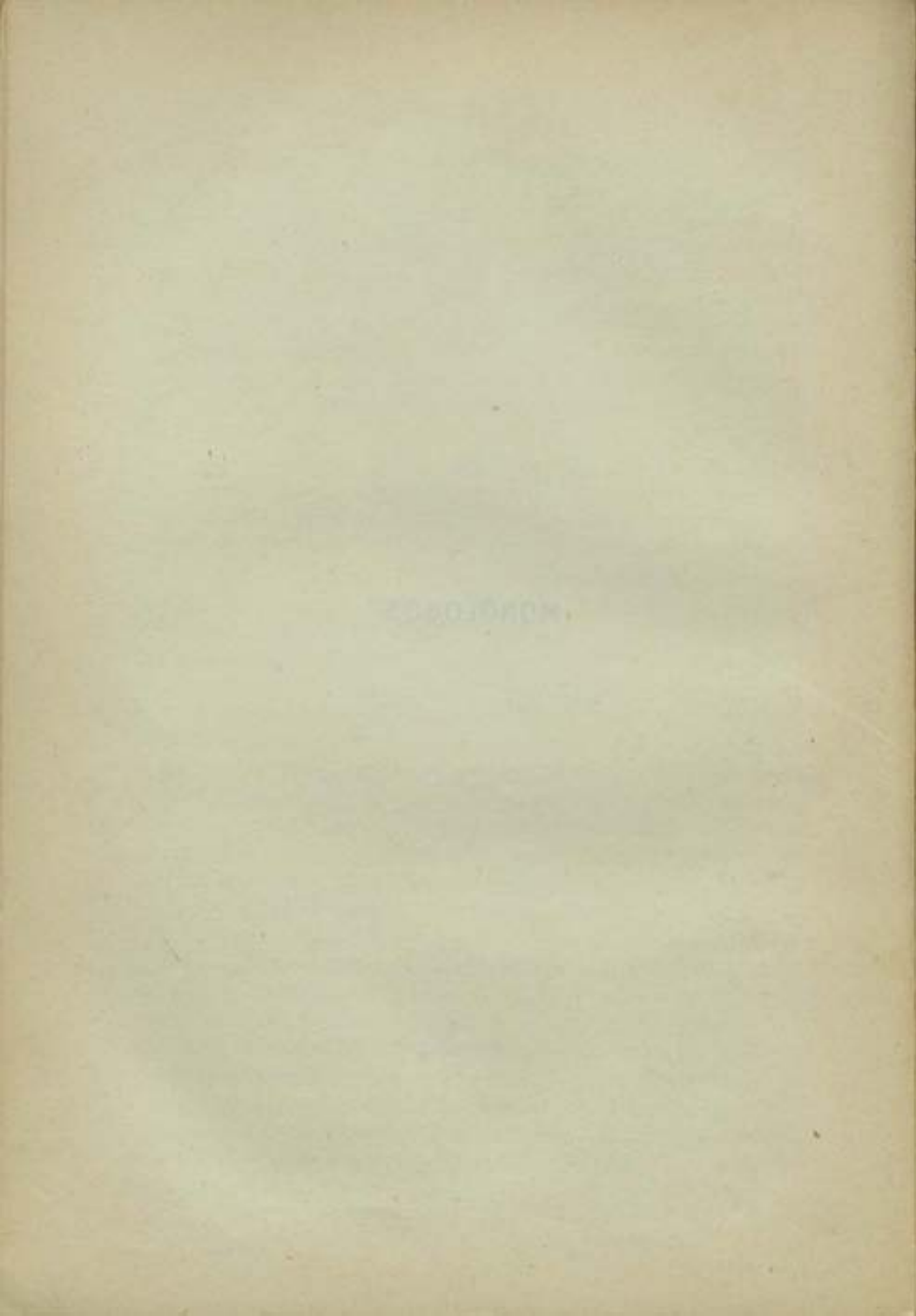
HORTENCE BARRAU.

*(Traducción libre del Francés.)*





MONÓLOGOS





## MONÓLOGO DOBLE PARA NIÑO Y NIÑA Ó DOS NIÑAS

*A la graciosa niña  
Isabel Arena.*

*Personajes:* LUISITA y LUISITO, de 8 á 12 años.

La escena está dividida por un biombo; cada división es una salita. Una puerta al foro de cada salita. Sillas, sillones, sofá; un espejo en cada salita apoyado al biombo.

Al levantarse el telón, entra por la derecha Luisita con traje de dama, escotado y gran cola; lleva en el cabello recogido un gran penacho; ramo de rosas ó una sola grande en el pecho, otro ramo en la mano; los impertinentes colgados de una cadenita que lleva al cuello. Al mismo tiempo entra por la izquierda Luisito con traje de caballero; flor en el ojal del frac, y monóculo; clac en la mano (1).

(1) Los trajes arriba descriptos se les puede sustituir por otros de estilo, según el gusto de los actores; en tal caso se cambiará la *garotte* por una pieza de baile correspondiente á la época del traje y se suprimirán los impertinentes y el monóculo.

ESCENA ÚNICA

LUISA. — (*Entra muy erguida mirando con los impertinentes, y lentamente se dirige al espejo; se aleja, se vuelve á acercar, se mira, siempre con los impertinentes, de costado, de frente, hacia atrás doblando el cuerpo y volviendo la cabeza; toma actitudes, camina, levanta la cola del traje, aspira las flores, etc. Con suspiro de satisfacción.*) ¡Ah! (*Por el traje.*) ¡Precioso! ¡Divino! ¡Y me sienta muy bien! Y el peinado... y estas flores... ¡Y los impertinentes! ¡Qué aspecto majestuoso tengo!

LUIS. — (*Entra y repite la misma escena mirando al público y contemplándose al espejo con el monóculo. Con suspiro de satisfacción.*) ¡Ah! (*Por el traje.*) ¡Admirable! ¡elegante! ¡chic! ¡Y qué bien me sienta! ¡Y el clac! (*Lo levanta y se lo coloca.*) ¡Y el monóculo! ¡Qué imponente soy!

LUISA. — (*Se adelanta hacia el público y mirando con los impertinentes.*) ¡No parezco una gran dama?

LUIS. — (*Ídem.*) ¡No soy todo un caballero?

LUISA. — (*Hace una larga reverencia delante del espejo.*) Para servir á usted. ¡Qué elegancia!

LUIS. — (*Ídem, sacándose el clac.*) Beso á usted las manos. ¡Qué fineza!

LUISA. — Pero si mamá me viera... ya me daría ella la majestuosidad y la gran dama. Doble penitencia: al cuartito y sin comer.

LUIS. — Mas si lo supiera mamá... ya recibiría yo la imponencia y la caballerosidad. Castigo duplicado: al encierro y en ayunas.

LUISA. — Mamá mandó que me hicieran este vestido para recitar un diálogo con Luisito en una fiesta de caridad, y me ha prohibido terminantemente de usarlo antes.

LUIS. — Papá me hizo hacer este traje para recitar un diálogo con Luisita en una fiesta de beneficencia, y no quiere absolutamente que me lo ponga antes.

LUISA. — Y esto no es más que un capricho de mamá.

LUIS. — No puede ser más que un capricho de papá.

LUISA. — No por usarlo una media hora se va ajar ó romper. (*Dirigiéndose al espejo.*) ¡No le parece á usted señora?

LUIS. — No por llevarlo un cuarto de hora se va á rasgar ó manchar. (*Al espejo.*) ¡No le parece á usted caballero?

LUISA. — (*Como si contestara la señora.*) No, seguramente.

LUIS. — (*Como si contestara el caballero.*) Por supuesto que no.

LUISA. — Yo ardía en deseos de ponerme este vestido. ¡Si usted supiera cuán feliz soy en este momento!...

LUIS. — Yo tenía unos deseos locos de verme con este traje. ¡Si supiera usted qué dichoso me siento!...

LUISA. — ¡Que cómo hice para apoderarme de él! En cuatro palabras se lo cuento. (*Acerca un sillón delante del espejo, se sienta en él, muy cómoda.*)

LUIS. — ¡Me pregunta usted cómo lo he conseguido? En pocas palabras se lo explico. (*Se saca el sombrero y lo deja sobre la mesita; acerca un sillón delante del espejo, se instala en él cómodamente.*)

LUISA. — (*Conversando con su imagen reflejada en el espejo y jugando con las flores.*) Tiene usted que saber mi buena señora, que hoy mamá se enojó mucho conmigo y con Luisito á causa de haber roto los dos, jugando, un hermosísimo florero. (*Como exclamación de la interlocutora.*) ¡Oh!

LUIS. — (*Ídem.*) Sepa usted mi querido señor, que mamá estuvo hoy enojadísima conmigo por haber roto un florero lindísimo jugando con Luisita. (*Ídem.*) ¡Ah!

LUISA. — Pues sí señora; ella salió á tiendas y me dejó encerrada en el cuartito y se llevó la llave. (*Como contestación.*) ¡Qué me dice!

LUIS. — Así es señor, salió mamá dejándome encerrado en el cuarto de baño y la llave se la llevó. (*Ídem.*) ¡Qué me cuenta!

LUISA. — Salí señora de la manera más fácil: Salté por la ventana, y en un momento en que no me veía la mucama entré en el cuarto de mamá, abrí el armario, saqué el vestido, me lo puse y aquí me tiene usted. (*Se levanta y hace una reverencia.*)

LUIS. — Mi querido señor, salir de allí no me fué difícil. Pegué un brinco por el balcón y mientras la mucama no me veía, penetré en la habitación de papá, abrí el ropero, saqué el traje, me vestí, y aquí estoy á las órdenes de usted. (*Se levanta y se inclina.*)

LUISA. — Y ahora pienso jugar... divertirme...

LUIS. — Y ahora deseo divertirme... jugar...

LUISA. — ¡Qué suerte, qué dicha!

LUIS. — ¡Qué dicha, qué suerte!

LUISA. — (*Al espejo.*) ¡Ríase, señora!..

LUIS. — (*Ídem.*) ¡ Señor, riáse !..

LUISA Y LUIS. — (*Los dos al mismo tiempo sueltan una carcajada fuerte, sonora, que cortan bruscamente al oírse uno á otro. Se vuelven hacia el público quedando tiesos, sobrecogidos de miedo. Pausa.*)

LUIS. — (*Con voz temblorosa.*) Me parece que alguien ha reído. (*Mira á todos lados volviendo la cabeza, no atreviéndose á moverse.*)

LUISA. — (*Ídem.*) Me pareció haber oído una carcajada. (*Ídem.*)

LUIS. — Ha de ser del otro lado.

LUISA. — Será en la otra sala.

LUIS. — (*Con resolución.*) Quiero ver.

LUISA. — (*Ídem.*) Voy á ver. (*Los dos se cruzan, Luisito pasa por el lado del foro, Luisita por el del público.*)

LUIS. — (*Avanza con cautela mirando á todos lados; con sorpresa.*)  
¡ Nadie !

LUISA. — (*Ídem.*) ¡ Nadie !

LUIS. — (*Por súbita idea va á la puerta del foro y mira por ella; se vuelve.*) ¡ No hay nadie !

LUISA. — (*Ídem.*) ¡ Nadie hay !

LUIS. — Y sin embargo juraría haber oído... ¿ Será Luisita ? No puede ser; está encerrada en el cuartito.

LUISA. — Yo apostaría que he oído... ¿ Será Luisito ? Imposible; está bajo llave en el cuarto de baño.

LUIS. — ¿ Ó será el eco ?

LUISA. — ¿ El eco tal vez ?

LUIS. — Veamos.

LUISA. — Probemos.

LUISA Y LUIS. — (*Los dos á un tiempo dan un grito. — ¡ Oh ! — Silencio. Otra vez los dos á un tiempo. — ¡ Ah ! — Los dos con precipitación vuelven á cruzarse; Luisa por el lado del público, Luis por el del foro.*)

LUIS. — (*Con satisfacción al ver que no hay nadie.*) ¡ Nadie ! Lo dicho : es el eco.

LUISA. — (*Ídem.*) ¡ Nadie ! Está visto : es el eco.

LUIS. — Ahora que tengo la seguridad de que no hay nadie comenzaré la fiesta.

LUISA. — Ya que estoy segura de estar sola empezaremos la recepción.

LUIS. — (*Va á la puerta y finge dar el brazo á una dama y acompañarla al asiento.*) Permítame señora marquesa de... (*buscando un nombre*) de no sé dónde, el honor de apoyarse en mi brazo. (*Con voz de falsete imitando á la dama.*) ¡Gracias caballero! Es usted exquisitamente lleno de amabilidades.

LUISA. — (*Ídem, ahuecando la voz para imitar la voz de hombre.*) Concédame el honor, señora princesa de... (*ídem*) de no sé cuánto, ofrecerle mi humilde brazo. (*Como aceptando y con su voz natural.*) Mil gracias, príncipe, tiene usted una soberana amabilidad. (*Se sienta y se inclina como saludando.*)

LUIS. — (*Finge dejar á la dama en un sillón, se inclina y vase á la puerta, saluda con efusión como si entrara algún personaje.*) ¡Oh! ¡Mi querido capitán! ¿Y la señora capitana?

LUISA. — (*Como saludando.*) ¡Ah! ¡La señora generala! ¿Y el señor general?

LUIS. — ¡Ah! ¡El embajador de Ríofrío con sus dignas hijas! Permítame que se lo presente. (*Acciona figurando hacer las presentaciones.*)

LUISA. — (*Levantándose.*) ¿Á quién veo! (*Se dirige á la puerta y saluda con muestras de cariño.*) Querida mía! (*Como presentando.*) Mi amiga, la señora caballera Catalina de Pezaguado.

LUIS. — Bueno, señores, ya empieza la música y empecemos el baile. (*Dirigiéndose á una silla.*) Señorita, ¿podría yo permitirme el atrevimiento de avanzar la pregunta de pedirle si quiere usted bailar conmigo para tener yo el honor de bailar con usted? ¿Sí? (*Como tomándola de la mano, y ofreciéndole el brazo.*) Gracias mil, soberana belleza encantadora. (*Se pasea accionando como si llevara del brazo á una compañera.*)

LUISA. — ¡La deliciosa música ya se deja oír! Comenzarán, pues, las danzas. Ya veo que aquel caballero tiene intenciones de venir á invitarme. (*Imitando la voz y la acción.*) Mi noble dama, vengo á pedirle á usted humildemente me conceda el honor de honrarme bailando conmigo esta pieza que yo bailaré con usted. (*Se sienta y con seriedad cómica mira con los impertinentes como si fuera á su interlocutor, luego sonríe, agradece con una inclinación de cabeza.*) Concedido, caballero. (*Se levanta, finge apoyarse en el brazo de su compañero y pasea.*)

LUIS. — Sí, señorita... una fiesta encantadora, una música arrebatadora!...

LUISA. — Sí, caballero; ¡una fiesta preciosa! ¡una música deliciosa!

LUIS. — *(Toma una silla.)* Esta silla será mi compañera. Empecemos.

LUISA. — *(Ídem.)* Mi compañero será esta silla. Comencemos.

LUIS y LUISA. — *(Los dos comienzan á tararear una pieza de baile, muy quedo y á bailar con la silla; se entusiasman, bailan con rapidez y levantan la voz hasta que los dos golpean con la silla en el biombo; los dos suspenden el canto y dejan caer la silla atemorizados.)*

LUISA. — No me engaño; esta vez no es el eco.

LUIS. — Esta vez no es el eco; no me engaño.

LUISA. — Hay gente del otro lado.

LUIS. — Del otro lado hay gente.

LUISA. — Virgen mfa, ¿quién podrá ser?

LUIS. — ¿Quién será, Dios mío?

LUISA. — Valor. Veamos quién es.

LUIS. — Ánimo, á ver quién es. *(Los dos se arriman al biombo por el lado del público y sacan fuera la cabeza encontrándose las dos; retiran la cabeza rápidamente.)*

LUISA. — *(Con un pequeño grito.)* ¡Ah! He visto una cara. *(Se aleja.)* ¿De quién será?

LUIS. — *(Ídem.)* ¡Oh! He visto una cabeza. *(Se aleja.)* ¿Á quién pertenecerá?

LUISA. — *(Con resolución.)* ¡Oh! sea quien sea!..

LUIS. — ¡Pertenezca á quienquiera!.. *(Se precipitan y los dos se encuentran cara á cara; se reconocen.)*

LUISA. — ¡Luisito!

LUIS. — ¡Luisita!

LUISA. — ¿Eres tú?

LUIS. — Sí, soy yo. Y tú ¿eres tú?

LUISA. — Claro que soy yo.

LUIS. — ¿No estabas encerrada en el cuartito? ¿Cómo te encuentras aquí?

LUISA. — Y tú ¿no estabas encerrado en el cuarto de baño? ¿Cómo estás aquí?

LUIS. — Salté por el balcón.

LUISA. — Yo, por la ventana. Pero tú serás muy capaz de contárselo á mamá, ¿eh? trompeta.

LUIS. — Y tú, tendrás el valor de decírselo á papá ¿eh? soplete.

LUISA. — Y ya sabes lo que te espera. (*Haciendo la acción de castigar.*)

LUIS. — Y bien sabes lo que te darán. (*Ídem.*)

LUISA. — ¡Malo! (*Lloriqueando le vuelve la espalda.*)

LUIS. — ¡Mala! (*Ídem. Se oye tocar una gavota en el piano. Luis se acerca á Luisa y le dice con dulzura.*) ¿Oyes? Tocan una gavotte.

LUISA. — (*Escuchando.*) Sí; es la misma que debemos bailar en el diálogo.

LUIS. — (*Insinuante.*) ¿Si aprovecháramos... y la bailáramos?

LUISA. — (*Risueña ya, y con gracia.*) ¿No le vas á contar á mamá?

LUIS. — No, ¿ni tú tampoco á papá?

LUISA. — Te lo prometo ¿y tú?

LUIS. — Palabra de honor.

LUISA. — Entonces, acepto.

LUIS. — (*Con gracia.*) Señorita, ¿quiere usted concederme el honor de esta gavotte?

LUISA. — (*Ídem.*) Con el mayor placer caballero. (*Bailan la gavotte siempre acompañada internamente por el piano. Al terminar, se oye la campanilla eléctrica; los dos se miran asustados.*)

LUIS. — (*Rápidamente á Luisita.*) Seguramente es mamá.

LUISA. — ¿Mamá? Sávese quien pueda. (*Vase corriendo hacia la derecha.*)

LUIS. — Quien pueda se salve. (*Vase corriendo hacia la izquierda; al pasar recoge el sombrero. Al llegar á la puerta, los dos se vuelven rápidamente, llevan el índice á los labios diciendo á la vez.*)

LUISA. — ¡Chitón!

LUIS. — ¡Chitón! (*Se inclinan con gracia sonriendo y desaparecen.*)

LUISA. — ¡Chitón!

LUIS. — ¡Chitón!

LUISA. — ¡Chitón!

LUIS. — ¡Chitón!

LUISA. — ¡Chitón!

LUIS. — ¡Chitón!

LUISA. — ¡Chitón!

LUIS. — ¡Chitón!

LUISA. — ¡Chitón!

LUIS. — ¡Chitón!

LUISA. — ¡Chitón!

LUIS. — ¡Chitón!

LUISA. — ¡Chitón!

## QUERUBÍN

Salita elegante.

(Al entrar, se vuelve y dirige la palabra al interior de la escena.) Sí, mamacita de mi alma, lo he oído. Los anteojos, la tabaquera y el bastón; todo te lo llevo en seguidita, en seguidita. (Avanza hacia el proscenio.) ¡Mi mamacita querida! ¡cuánto me quiere! Yo también la quiero á ella mucho; ¡la adoro á mi viejecita! Y mucho más cuando me siento sobre sus rodillas y me cuenta alguno de esos cuentos que invariablemente comienzan: había una vez un rey... ó bien: ésta era la hija de un rey... é invariablemente termina con una lluvia de besos en mis mejillas, con miles de caricias y los nombres más tiernos que hayan podido inventar. Me llama: su adorada, su tesorito, su Emita-queridita, su palomita, su angelito y su Querubín. Sí, señores, su Querubín. Y éste es el nombre que más le agrada. Cuando me llama, jamás lo hace por mi nombre; siempre me dice: «Querubín, mi Querubín querido.» (Imitando la voz de la abuela.) «Mi Querubín precioso.» ¡Ah, se me olvidaba! Abuelita estará esperando sus anteojos, su tabaquera y su bastón y yo charla que te charla. Vamos á ver si los encuentro. ¿Adónde me dijo que estaban? Ya no me recuerdo. (Buscando por la escena.) Aquí está el bastón; éste en seguida lo encontré. (Levantándolo de encima del sofá ó de un sillón.) Á este bastón lo quiere más abuelita, como es el que le he regalado yo, su Querubín. ¡Qué cosa más original! ¡regalar un bastón á una señora! ¡Y qué tiene eso de particular si mamacita de mi alma es tan viejecita que sin este apoyo no podría caminar? como sin sus anteojos no podría ver. Á propósito de anteojos, mamacita estará esperándolos. (Vuelve á buscar dejando el bastón sobre un mueble.) ¿Adónde estarán? Y también su tabaquera (Buscando.) ¿Adónde se habrán metido? Tengo el mayor interés en encontrarlos porque mamacita me dijo que junto á los anteojos había una caja de bombones y que éstos eran

para mí. Con que así ¡ánimo! busca, revuélvelo todo y encuéntralos. (*Revolviendo todos los objetos de sobre una mesa ó escritorio.*) Porque además de los bombones, ya sabes lo bueno que te espera, Emita: un paseo en automóvil que te llevará al circo á ver á esos payasitos que tanto te hacen reir. ¡Pero vean á esos pícaros que no los encuentro! (*Con enojo.*) ¡Á ver, digo! ¿Están ustedes jugando al escondite? (*Encuentra la cajita de bombones; poniéndole la mano encima.*) ¡Pst! algo encontré. Veamos. (*La toma en la mano y la examina.*) ¡Qué linda cajita! ¡Es una monada! parece un azúcar. Aquí adentro deben de estar los bombones. (*Haciendo sonar los bombones, con gracia*) Á ver. (*Se sienta y la abre; con alegría al ver los bombones.*) ¡No lo decía yo! ¡Son los bombones! estos queridísimos bombones que adoro y sin los cuales no podría vivir. En seguidita me como uno (*Va á servirse, luego se detiene.*) Alto ahí, señorita glotona, ¿no puede esperar? ¡y por qué si son míos, puesto que mi adorable mamacita me los ofrece? Un momento: su mamacita ha dicho la cajita junto á los anteojos y ésta estaba sola ¡Vaya una razón! Estaba sola porque los anteojos no estaban. Mamacita se habrá equivocado y estos bombones son los míos; por consiguiente con el derecho de la posesión me sirvo sin temor y en vez de uno me comeré dos... ó tres. (*Se sienta.*) El primero será este marroncito glacé. (*Se lo lleva á la boca saboreándolo.*) ¡Ah! Yo me muero por los marrons glacés! tienen un saborcito que me extasían. (*Cerrando los ojos abandonándose al respaldar del sillón donde está sentada. Se oye internamente la voz de la abuela.* — Mi Querubín, ¿te has quedado dormida? — (*Poniéndose de pie de un salto.*) Los anteojos de abuelita; los había olvidado. (*Contestando.*) Estoy buscando mamacita, estoy buscando. (*Busca otra vez.*) ¡Pero qué fatalidad! encontrar antes los bombones. (*Impaciente.*) Á ver, pues, señores anteojos y señora tabaquera, si salen de su escondite. Mientras busco podría comerme otro marroncito. (*Lo toma y lo come con delicia.*) ¡Qué rico es! ¡Pero adónde estarán, pregunto yo? (*Se dirige á la mesita del fondo que hasta el momento no la había notado.*) Ahí tal vez... ¡Ay, qué flores tan hermosas! ¡Quién habrá puesto ahí ese ramo tan lindo? Mamacita seguramente; sabe que me gustan las flores y ha querido obsequiarme con ellas. (*Tomándolo.*) Y yo las acepto sin hacerme de rogar; me las llevaré al circo junto con los bombones. (*Se sienta y se sirve de bombones, aspira las flores con manifiesta satisfac-*

ción.) Yo me pasaría todita la vida entre los bombones y las flores. En ciertos momentos oigo á mamá y á mamacita que discurren acerca de mí porvenir y hablan de un esposo, y con un suspiro dicen : « ¡ Ay, Dios sabe á quien elegirá esta chica ! » (*Aspirando las flores y comiendo bombones.*) Lo que es por mi parte, confieso francamente, que no gastaría mucho tiempo en la elección ; elegiría á un jardinero y á un confitero, así jamás me faltarían flores y bombones. (*Pensativa.*) ¡ Ah ! pero no se puede elegir más que á un solo esposo. ¿ Y entonces ? ¿ ó el jardinero ó el confitero. ¡ Bah ! eso lo pensaremos después, mientras tanto aprovechemos. (*Se sirve de bombones.*) Buenos... muy buenos ; de una bondad exquisita !... Y vosotras, flores, que me embriagáis con vuestro suave perfume, que me hacéis gozar con vuestra frescura, con vuestros variados colores llenos de encanto... (*Aspirando las flores. La voz :*) — Pero Querubincito mío, ¿ no los encuentras ? — (*Poniéndose de pie.*) ¡ Ay ! los he vuelto á olvidar. Busco mamacita, busco. (*Busca otra vez.*) Vaya una linda manera de estar buscando... ¡ si me vieran ! ¿ Pero vean esto, si no parece hecho de propósito ? Todo encontré menos los objetos de mamacita. Veamos sobre el sofá adonde estaba el bastón. (*Los encuentra.*) ¡ Aquí habían estado ! al fin ! y también la tabaquera. ¡ Qué suerte ! Grandísimos pícaros. (*Con enojo sacudiendo la tabaquera y los anteojos.*) ¿ Qué dirá mamacita querida por haber esperado tanto tiempo á vuestras señorías, eh ? (*Se le cae la tabaquera y se esparce el tabaco.*) ¡ Ay, pobre de mí ! El rapé todo esparcido en el suelo. (*Se arroja y lo recoge en la caja.*) He ahí, por ejemplo, una cosa que jamás he podido comprender. ¿ Cómo es posible preferir el rapé á los bombones ? Así es, mi mamacita rica á los bombones no quiere ni verlos ; pero Dios libre que le falte su rapé. Y francamente eso me disgusta ; porque diciéndolo aquí... *inter nos...* es muy poco atrayente ese olor... y esas presitas... (*hace el ademán*) son poco simpáticas. (*Sentándose sobre las rodillas.*) Pero tengo gran curiosidad por saber que efecto me produciría ; mamacita nunca consintió que probara. ¿ Si lo hiciera ahora ?... puesto que la ocasión se presenta... (*resuelta*) probemos. (*Toma de la tabaquera una presa de rapé y lo aspira, estornuda fuerte repetidas veces. La voz :*) — Mi Querubín precioso, ¿ qué estás haciendo ? — (*Levantándose.*) Nada mamacita. Estoy buscando. ¡ Al demonio con el rapé ! ¿ hasta sabe hacer la espía ! (*Restregándose los ojos y limpiándose la nariz.*) ¡ Bah ! ¿ qué cosa fea ! no pruebo más, no.

Mamacita está esperando sus cosas y voy corriendo á llevárselas. (*Recoge el bastón, los anteojos y se va corriendo; al llegar junto á la puerta se detiene de pronto, queda un momento pensativa, luego sonríe retrocediendo algunos pasos.*) Pero... mira, mira de que me estoy acordando. Precisamente de la noche en que le regalé esta tabaquera. (*Adelántandose al proscenio.*) ; Pasaron muchos años ya! era yo entonces una pebetita así, y precisamente como ahora corría hacia mi mamacita para llevarle mi regalito, cuando la veo llegar por esa puerta bailando con mi papá y todos los invitados que los seguían aplaudiendo; yo me quedé con la boca abierta de sorpresa. ; Mamacita bailando! ; ella! ; ah, pero era tan linda! con sus cabellos blancos, cándidos como la nieve; con su cofia nuevita, con esa carita tan rosada y... con cada lagrimón en los ojos... (*conmoviéndose*) ; pobre-cita! ; oh, lo sé yo, sí, la causa de aquellas lágrimas tan grandotas! Se acordaba de muchas cosas... y de abuelito... que se ha ido ese malo... hace ya tantos años... Una señora lo advirtió y para desviar á mamacita de sus recuerdos, le dijo, señalándome: «; Pero mire á su nietecita, mírela si no parece un querubín!» Mamacita me abrazó fuerte, muy fuerte, diciéndome: «Si, eres un querido, adorable querubín. ; Si te viera tu papacito!» Y soltó dos lagrimones grandotes así. (*Señalando la gema del índice. Conmovida casi llorando.*) ; Ay mi buen Dios! ; por qué no me has conservado también á mi papacito? Mamacita no lloraría y serían dos para comprarme flores y bombones. (*La voz: — Pero mi Querubín, ; estás buscando todavía? — (Volviendo en sí.)*) ; Jesús María! siempre me distraigo. No abuelita, ya lo encontré todo. (*La voz: — Tráelos entonces.*) Voy corriendo. (*Se olvida los bombones, llegando á la puerta vuelve por ellos.*) ; Ah, los bombones! no quiero dejarlos. (*Olvida las flores, llegando á la puerta el mismo juego.*) Y las flores, quiero llevarlas. (*Olvida el bastón, el mismo juego*) El bastón, el bastón, lo olvidaba. ; Cómo hago para llevar todo esto? Aguarda, aguarda y ya lo verás. Los anteojos á caballito sobre la nariz. (*Se los coloca.*) La tabaquera aquí dentro... ; oh, cabe sí! (*Metiéndola dentro de la caja de bombones; mientras tanto se come uno.*) Ya se produjo un cierto vacío... (*La cierra.*) Ya está; el bastón colgado del brazo y ahora march. (*La voz: — El automóvil está esperando.*) — Voy corriendo mamacita de mi alma, voy corriendo. (*Vase corriendo.*)

## CONSUELO

La escena representa una salita; á la derecha un gran espejo. Consuelo entra por la izquierda, lloriqueando y como empujada por alguien. Oyése cerrar la puerta por dentro. Consuelo se vuelve hacia la puerta, la empuja, la sacude para abrirla y llama.

¡Mamá, mamá!; mamita! no salgas sin mí, llévame contigo á pasear y seré buena, muy buena. (*Golpeando á la puerta.*) ¡Mamita!; mamitaanaa! (*Suplicante.*) ¡Queridita! (*Otra vez impaciente.*) ¡Queriditaana! (*Escucha, no oyendo nada se aleja despechada.*) Se fué. ¡Mala, mala! no eres queridita, no, no. Salir á pasear sin llevarme... sin llevar á su Consuelito! es la primera vez. (*Llorando, después con enojo.*) ¡Y todo por qué? por una tontería... Es claro! No hice los deberes de la escuela y no estudié la lección. ¿Acaso es obligatorio hacer siempre los deberes y siempre estudiar la lección? Á muchas niñas conozco yo que la lección no la estudian nunca y ¿deberes?; ni sombra! Y no por eso las castigan. Pero ya se ve que hoy mamá estaba de muy mal humor conmigo porque hasta me dijo que no tengo gracia para nada. Ni gracia para saludar, ni para conversar, ni para bailar, ni para tocar el piano, ni para recitar. En fin, según mamá, soy la chica más desagraciada que ella conozca, y también la más desaplicada, y por consiguiente, dice, que no le doy ningún consuelo. (*Con enojo.*) ¿Entonces si es así, por qué me llama su Consuelo, su querida Consuelito? No quiero más que nadie me llame Consuelo. Me han de llamar Pancha, Timotea, Pan-gracia ó Tiburcia. En fin, un nombre de los más desgarbados.

Éste ha de ser como la persona que lo lleva. (*Reflexionando.*) ¿Será

verdad que soy tan sin gracia? y tan desaplicada? Desaplicada no. Mamá lo ha dicho... por decir. Aunque es verdad que alguna vez me olvido de hacer los deberes y estudiar la lección, no por eso dejo de saber muchas cosas.

Sé leer, escribir, contar, bordar, dibujar, coser, tejer, tocar el piano, bailar, cantar, recitar y *(esto dicho muy ligerô)* también jugar. ¿Sé puede pedir más? ¡Pero si todo lo hago tan sin gracia! ¿Será cierto? Quiero ver. *(Se coloca delante del espejo y habla con ella misma fingiendo ser una visita.)* ¿Cómo está señora? ¿cómo le va? Pase usted, señora; tome asiento. ¿Mamá? ya vendrá en seguida; tenga la amabilidad de esperarla un momentito; con el permiso de usted voy á avisarla. Me voy y vuelvo con mamá! Ella se sienta aquí, allí la visita y yo en este asiento. *(Se sienta delante del espejo.)* Y Tití y Mimí están buenas? ¿Sí? me alegro mucho. Tráigalas una tarde, señora, para que juguemos juntas. ¿Sí, de veras? ¡qué placer! ¿Ya se retira, señora? ¡Tan pronto! ¡Adiós! que le vaya á usted bien. Recuerdos á Tití y á Mimí. Para servir á usted. *(Figura que acompaña á la visita y en la puerta le hace una reverencia.)* Me parece que no lo hago tan mal. Pero la declamación y el baile, ¿cómo me portaré con ellos? Vamos á ver. Figurémonos que estas sillas son señoras, señoritas y caballeros que están de visita. *(Las dispone y ella se sienta.)* Mamá me invita á declamar como lo hace siempre. *(Imitando la voz de la mamá y con mucha seriedad.)* — Sí, mi hijita; complace á las señoras; recita un monólogo. *(Haciéndose la retraída.)* — No mamá. *(Fingiendo la voz de una visita.)* — Consuelito, no digas que no; recítanos algo. *(La voz de la mamá.)* — Sí señora, va á recitar. *(Refunfuñando.)* — No voy á recitar nada. *(La voz de la mamá.)* — Recita ese monólogo en el que también bailas. *(La voz de las visitas.)* — Ese, ése mi hijita que es tan lindo, ése. — No lo sé mamá, no me acuerdo. *(La voz de la mamá.)* — Si ayer mismo lo has dicho. — No, ése no; no quiero, es muy largo y me cansa mucho. *(La voz de una visita.)* — Entonces uno cortito, monona. — No, tampoco. No tengo ganas. *(La voz de la mamá algo enojada.)* — ¿Cómo que no tienes ganas! Debes obedecer y ser condescendiente. Emiece. *(Haciéndose la retraída y con muecas de desagrado.)* — No, no. *(La voz de una visita.)* — Consuelito, ricura, sé buena. *(La voz de la mamá, imperiosa.)* — Basta de monadas, Consuelo; comienza. *(Se levanta de mala gana y con voz llorosa.)* — Bueno, puesto que lo exi-

gen, diré algo, pero lo diré muy mal; porque cuando no tengo ganas es inútil. *(Se coloca delante del espejo, refunfuñando.)* Siempre recitar, siempre bailar, siempre tocar el piano, ¿se creen que uno no se cansa? *(Alto y malhumorada.)* ¿Y ahora qué digo? *(Se mira en el espejo.)* ¡Oh! qué cara tan fea! Cómo podré recitar con esta cara de pucheritos. Vamos á empezar. *(Recita una estrofa de alguna poesía; prefiriéndose décimas octosílabas por prestarse éstas fácilmente á la cantilena que generalmente le dan los niños que no saben declamar; declamará sin pausas, sin colorido, balanceando el cuerpo y levantando un brazo mientras deja caer el otro, ó con los dos á lo largo del cuerpo. Terminada la estrofa suelta una carcajada.)* ¡Ja, ja, ja! ¡Vaya una gracia! Parezco un títere. ¡Qué linda manera de lucirme! Tiene razón mamá! Si así no fuera no me habría castigado dejándome en casa, y no me hubiera dicho que yo de chiquita era una monada y ahora una rústica. No, no quiero ser así, es muy feo; quiero volver á ser una monada y dejar contenta á mamá para que siempre me llame su Consuelo, su querida Consuelito. Vamos; empecemos la lección, señorita de los pucheritos. *(Se sienta y repite la escena anterior. Imita la voz de la mamá.)* — Querida, estas señoras te piden que bailes. No te hagas de rogar. — No mamá, es el mayor gusto para mí el complacerlas. *(Con desenvoltura y gracia se levanta y se coloca delante del espejo.)* ¿Qué descan? una gavota, un valser, ó un *pas de quatre*? *(La voz de una visita.)* — Lo que gustes, nena. — No, lo que gusten ustedes, señoras. ¿Un valser? Con el mayor placer. *(Baila acompañándose con la voz; al terminar se aplaude y saluda mirándose al espejo para ver cómo lo hace.)* Muy bien, muy bien. — Gracias, no merezco. *(La voz de una visita.)* — ¡Cómo no, monona! Ven que te bese. — Sí, señora. *(Se besa á sí misma en el espejo.)* ¿Una declamación ahora? Con mucho gusto; pero si lo permiten descanso un momento y luego las complaceré. ¿Dulces y refrescos? Sí, señorita. *(Finge que le presentan dulces y refrescos, simula aceptarlos y beber.)* Mil gracias, señorita. Son muy ricos. ¿Flores? ¿para mí? *(Como aceptando un ramo.)* Muchas gracias, señora; es usted muy amable. ¿Qué hermoso ramo! No señora, no creo merecerlo. Ustedes, señoras, son muy buenas para conmigo. *(Finge despedirse.)* ¡Adiós, adiós! hasta cuando guste; siempre á sus órdenes para complacerlas. Que les vaya bien. Sí, gracias. Y aquí unos cuantos saludos á lo Luis veinte ó diez y ocho... ó Luis doce; en fin algún

Luis, porque hoy en día están muy de moda los Luises. *(Hace muchas reverencias y finge dar la mano. Luego se vuelve y se planta delante del espejo cruzándose de brazos.)* ¡Y! que vuelva mamá á llamarme : sin gracia. *(Vuelta al público.)* Pues, si éstas no son gracias, que me diga ella cuáles son. *(Lentamente se abre la puerta que antes había sido cerrada, al ruido. Consuelo se vuelve, va de puntillas hacia la puerta dejada entrecabierta y mira por ella.)* Alguien abrió la puerta; y alguien estaba detrás de ella; oigo pasos que se alejan. *(Mira.)* Me parece mamá. Sí, sí, es ella; y está con traje de casa. Entoncees no ha salido! *(Que se le ha ocurrido una idea.)* ¡Ah! ¡qué pícara mamá! Se ha hecho la que salfa y se ha quedado á escucharme ¡Picarona! pica-rona! ¡Bien lo decía yo! ¡Salir sin su Consuelito? ¡Qué esperanzas, nunca! ¡Y ahora qué hará? ¡Qué me dirá? Yo creo que de mis gracias debe estar muy satisfecha. *(Aspirando.)* ¡Ay! ¡qué rico olor de bizcochuelo y de chocolate! *(Mira por la puerta.)* Lo están vertiendo en las tazas. ¡Cómo hueca! ¡Ah! me parece que ya lo estoy sorbiendo. *(Vuelve á mirar.)* ¡Masitas, tortitas, dulces y hasta flores! *(Batiendo palmas de alegría.)* ¡Pero esto es un banquete! ¡Y todo eso será para mí personita garbosa? *(Con mucha gracia vuelve al espejo y se dirige á sí misma.)* Es indudable, muy señorita mía, que su mamá la obsequia por haber adquirido gracia y cortesía. Siendo así, tengo el gusto, el honor de invitar á usted, muy amable y garbosa señorita, para que me acompañe á tomar una media docena de tacitas de chocolate, acompañadas por una infinita variedad de masitas y dulces, que nosotros comeremos con la mayor gracia del mundo. *(Simula acompañar del brazo á la compañera hasta la puerta.)* No, señorita, usted primero. — No, de ninguna manera. Ahora sí. *(Va á pasar ella.)* ¡Ay qué perfume! ¡y qué vista tan halagadora! Al final del banquete brindaremos, señorita mía, á la salud de mamá, quien me obsequia por haber adquirido gracia y cortesía. *(Vase, después de haber hecho al público una graciosa reverencia.)*

## LAS BODAS DE ORO

(*Entra riendo.*) ¡Ja, ja, ja! ¡Qué graciosos son! ¡Qué graciosos! ¡Graciosísimos! ¡Ja, ja, ja! ¿No han venido por aquí? ¿No? ¿No! Entonces, ¿ustedes no los han visto? ¿No! ¡Qué lástima! Sí, porque han perdido, con no verlos, algo de muy gracioso. ¡Pero, yo sí los he visto! ¡Y cómo me voy á acordar! ¡Ya lo creo que me voy á acordar de las bodas de oro! ¡Qué ocurrencia!

Esta mañana fuimos todos á la iglesia. Abuelito y abuelita tenían cada uno de ellos un lindo sillón y un reclinatorio de terciopelo azul. Lo mismito que tía Laura y mi nuevo tío Federico cuando se casaron el mes pasado. Después vino el señor cura y les hizo un lindo discurso, y ha leído algo en un libro, que dicen, era latín. Lo mismo, lo mismísimo que á tía Laura.

¿Y por qué? ¡Ah! será porque... cuando festejan las bodas de oro se volverán á casar. Ha de ser así. ¡Esta noche en casa se dió una comida!... ¡Qué comida! Lo mismo que la de tía Laura! ¡Un banquete! Había cremas, helados, dulces, confites, chocolates, *masas*, tortas, bizcochitos, licores, vinos, y hasta *Champagne*... Sí, señores; *Champagne*! Y yo he bebido hoy *Champagne*, por primera vez. ¡Oh, muy poquito! Pero, así mismo, me pareció... riquísimo.

Más tarde vuelvo á tomar otro poquito. Si siempre se han de dar fiestas tan lindas y comer tan ricos dulces cuando se celebran las bodas de oro, yo quisiera que mamita y papito celebraran la suya, lo menos... cada ocho días. Y con baile... como esta noche... ¡Qué contento! ¡Yo, en un baile! Y me habían dicho que para ir al baile debía esperar hasta cuando fuera grande... una señorita. Y en vez... ya estoy en él! Y es porque abuelita y abuelito han tenido la feliz idea de festejar sus bodas de oro. Pero no comprendo una cosa. ¿Por qué han esperado á que sus cabellos se volviesen blancos para dar esta hermosa fiesta? ¿Por qué han esperado á ser viejos para celebrar sus bodas de

oro? ¡Cuando yo sea grande, no voy á esperar á ser vieja para celebrar mis bodas de oro!

Ustedes *recienquito* me han visto reir, ¿verdad? Y les decía, que eran graciosos, muy graciosos. Pero no era para burlarme de ellos ¡No! ¡Dios me libre de semejante cosa! Es verdad que de otros me suelo burlar... ¡Pero los otros no son abuelitos! ¡Y á papito y á mamita los quiero demasiado para permitirme semejante irreverencia! Solamente que... me pareció tan... tan... tan... en fin... fué una gran sorpresa... no esperaba eso.

¡Cómo es la primera vez que veo bodas de oro! Parece que éstas son muy raras. No se festejan cada ocho días, no! Entonces, como les decía á ustedes... ¡Ja, ja, ja! Si les digo que eran lo más graciosos! ¡y que nunca los olvidaré! Cuando toda la gente se hubo reunido en la sala, mamita y papito se sentaron en sus sillones, y todos, toditos, fuimos á besarlos y á abrazarlos. Papá, mamá, las tías, los tíos, mis hermanos, los primos, primas, todos los parientes, ¡uf, cuántos había! Parecía la procesión. Y por último, los convidados. Y esta ceremonia tenía apariencias de dar una gran alegría á mis abuelitos. Pero una alegría que los hacía llorar. Sí, sí, llorar.

He visto que papito tenía los ojos húmedos, y bajo los anteojos de mamita, vi rodar dos gruesas lágrimas... Y lloraban todos... No sé por qué, pero... yo también lloraba. ¡Qué cosa tan rara! ¡Una alegría que hace llorar! ¡Y esto pasará en todas las bodas de oro! En fin, mamá se sentó al piano y tocó una polka. Entonces, abuelito se levantó, ofreció con mucho garbo la mano á mamita, con el brazo rodeó su talle... y comenzaron á bailar la polka... así. (*Baila una polka, despacito imitando á los abuelos.*) Bailando dieron la vuelta á la sala, pasaron al salón y entonces vine corriendo á contarles la novedad. ¡Qué ocurrencia la de papito y de mamita! Pero una ocurrencia linda, porque es muy graciosa y muy gentil la polka de los abuelitos en sus bodas de oro. (*Vase bailando.*)

G. DE WAILLY.

(Traducción libre del francés.)

## PARA LOS POBRECITOS NIÑOS POBRES

Una pieza pobremente amueblada. En un rincón, un cajón, y una sillita de paja al lado.

*(Entra la niña llorosa y restregándose los ojos con las manos.)* ¡Pobre...ci...tos; pobre...ci...tos; pobre...citos niños po...o...bres! *(Se seca los ojos con el delantal y ya más serena comienza.)* Hoy es el día de los niños pobres, y ya he visto á esas buenas señoras que van recogiendo cosas para llevarles.

Vendrán aquí también, y nosotros ¿qué le daremos si también somos pobres? No tanto como esos pobrecitos, pero al fin pobres, porque mamá trabaja, papá trabaja y hasta abuelito trabaja; si no fuéramos pobres no trabajaríamos, porque yo también trabajo. Sí, como lo digo; trabajo porque ayudo á mamá en los quehaceres de la casa y coso toda la ropita de mi muñeca.

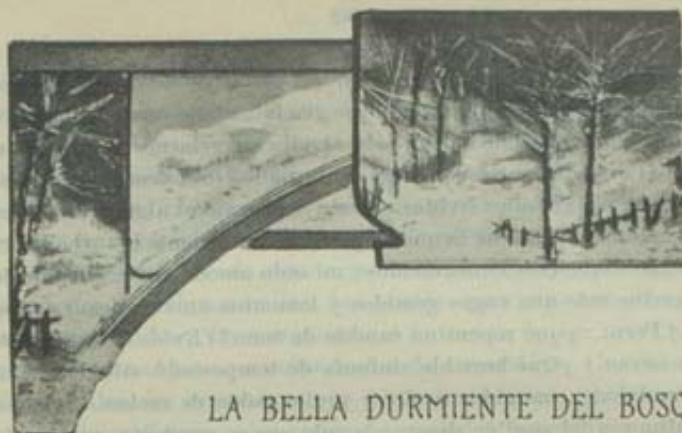
Yo le pregunté hoy á mi mamá : ¿Qué me das para dar á los pobrecitos niños pobres? y ella me contestó : « Mi hijita, nada tengo para darte, pero si tú encuentras algo para darles, algo te daré. » Entonces dije á abuelito : Y usted, ¿qué me da abuelito? y él me respondió : « Hijita mía, no puedo darte nada; mas, si para cuando vuelva me cuentas un cuentito que me agrade, algo podré darte. » ¿Qué encontraré yo para dar á esos pobrecitos siendo yo tan pobre como soy? Ni qué cuento podré contarle á abuelito que le agrade? ¡Vaya con la ocurrencia! *(Juntando las manos con fervor.)* ¿Qué daré, Dios mío, qué daré? Yo les quisiera dar tantas cosas, tantas!.. Hasta el vestido que llevo puesto les daría! Pero mamá no va á querer porque tendría que hacerme otro y somos pobres. Entonces... *(Piensa.)* Vámos á ver en el cajón donde guardo todos mis juguetes y retacitos. *(Resuelta, va hacia el cajón, lo toma con ambas manos, lo trae al proscenio, trae la*

*sillita y se sienta en ella junto al cajón, mete las manos en él y saca una muñeca algo grande.)*

¡Ah, mi muñeca! mi linda Rosalía! *(La besa. Por súbita idea.)* Esto es lo que le doy, ¡mi muñeca! *(Observándola con pena.)* ¡Ah!... pero le falta una pierna... y un brazo también. ¡Qué importa! se le hace de trapo; yo misma se los voy á hacer. *(Saca del cajón unos retazos.)* Y con estos retacitos le hago un lindo vestido y una lindísima capota. ¡Qué contenta va á estar la nena á quien se la van á dar! *(Deja en el suelo la muñeca y los retazos y saca del cajón un pianito.)* ¡El pianito! *(Tocando las notas y cantando.)* Do, re, mi, fa, sol... *(Volviendo á tocar las notas con rapidez.)* ¡Lo doy, lo doy, lo doy, lo doy, lo doy! *(Hablando.)* Sí, señor; esto también lo doy. *(Mirándole.)* Está algo gastado y *(tocando las notas sin sonido)* tres teclas no suenan... pero que le vamos á hacer... peor es nada. *(Le coloca junto á la muñeca; revuelve en el cajón y saca un payasito envuelto en un retazo de género.)* Debe de ser mi payasito... Éste sí que está sano; sano, sanito! *(Mientras, lo ha desenvuelto, y aparece sin la cabeza; con la mayor sorpresa.)* ¡Sin cabeza! ¡Pobrecita de mí! ¿Cómo voy á dar un payaso sin cabeza? *(Revolviendo en el cajón.)* Le haré una de trapo... ¡Ah! *(Saca una cabeza de muñeca con cabellera.)* ¡Aquí hay una cabeza! *(Poniéndola sobre el cuello del payaso.)* Le pongo ésta con un alambre. Ya está arreglado. *(Lo coloca en el suelo junto á lo demás. Revolviendo.)* Aquí hay un libro. *(Lo saca y lo mira.)* El nene. El libro en el que aprendí á leer. También lo doy. Se lo darán á algún chico que quiera aprender á leer y no pueda comprar libro.

Vamos á ver. Todo esto es lo que puedo dar. Es muy poco!.. Y otra cosa no tengo. ¡Ah! ¿Si diera mi alcancía? Aquí dentro está. *(Saca una pequeña alcancía de adentro del cajón, la sacude haciéndola sonar.)* ¡Pobre de mí, qué poquitos centavos hay! ¡Si yo le pudiera contar un cuento á abuelito que le agradara y me diera más centavos!... ¡Y si me los diera también mamá por todo esto que encontré para dar... *(Por una idea.)* Y si mamá quisiera... iría yo con mis hermanitos á pedir á los niños ricos para los niños pobres. *(Contenta se levanta.)* ¿Y por qué no ha de querer? ¿Si es para los pobrecitos niños pobres? Sí, sí querrá. *(Palmoteando de alegría.)* ¡Oh, cuántas cosas lindas y útiles nos darán. *(Por irse, luego vuelve cabizbaja.)* ¿Y el cuento á abuelito? *(Se pasea un momento pensativa.)* ¡Ah! ya tengo el cuento. Le diré:

Abuelito, había una vez, no un rey, sino una chica muy chica y muy pobre, pero con un corazón muy grande y muy rico, y no pudiendo dar más que las poquitas cosas que tenía, y éstas eran muy poquitas, pidió permiso á su mamá para ir á pedir con sus hermanitos para los pobrecitos niños pobres; la mamá le concedió el permiso, entonces fué y consiguió tantas y muy lindas cosas y ella quedó contenta, y la mamá y el abuelito también. ¿No le gustará á abuelito este cuento? Ya lo creo que le gustará y me dará muchos centavos que, juntos con éstos, los daré á los niños. (*Recoge del suelo la muñeca, el piano, el payaso, los retazos, el libro y la alcancía y con ellos en los brazos se vuelve al público.*) Ahora voy á poner la pierna y el brazo de trapo á la muñeca, y la cabeza al payaso; y después vuelvo con mis hermanitos para pedir para los pobrecitos niños pobres. (*Hace una inclinación graciosa y vase corriendo.*)



## LA BELLA DURMIENTE DEL BOSQUE

Traje de gasa verde, sembrado de flores; ramillete de yerba florida en los cabellos; todo absolutamente oculto debajo de una amplia capa oscura, con caperuzas, y salpicada de copos de nieve. (Se imita los blancos copos con briznas de algodón espolvorizado con ácido bórico.)

La Bella Durmiente del Bosque descansa recostada sobre un césped, en un bosque que el invierno ha despojado. (Representase ese bosque desmochado por medio de ramas secas y nevadas, aseguradas en el suelo.) Sería oportuno figurar un accidente de terreno, para facilitar á la dormida una postura cómoda y graciosa.

La primera parte del monólogo puede ser acompañada á la sordina, entre bastidores, por un lánguido *adagio*. Al principio la Bella está sumergida en un profundo sueño, que ella demuestra por una respiración lenta y regular. Después, agitada como por un estremecimiento, aparece bajo la influencia de un sueño que ella manifiesta con frases entrecortadas y ademanes sobrios y lentos.

¿Quién reconocería en mí á la Bella Naturaleza, bajo esta muerte aparente en que estoy sumergida? Es el horroroso invierno el que me ha entorpecido de tal manera. ¿Qué narcótico me ha inoculado para adormecerme por tan largo tiempo? Ese filtro misterioso de somnolencia se ha extendido por todas partes en derredor mío. Todo reposa bajo una vasta mortaja de bruma densa, todo está sepultado bajo la blanca nieve; todo está endurecido, paralizado... petrificado por el invierno crudo. Yo misma estoy aterida, helada, temblorosa de frío. (Haciendo la acción.)

Á veces este invierno aborrecido, mi genio de desdicha, aparenta reanimarme bajo un plumón de cisne glacial... bajo una cortina nevosa de armiño. ¡El pérfido! y tan sólo es para congelarme hasta en la médula... Por todas partes, mis ojos entornados sólo descubren un cielo enlutado, y elaridades lívidas en una inmensidad algodonosa, laminada de escarcha, sobre la que se perfilan crudamente los árboles, cual si fueran esqueletos ennegrecidos; mi oído amodorrado, ensordecido, no percibe más que vagos gemidos y lamentos universales. (*Animándose.*) Pero... ¿qué repentino cambio de tono? (*Ruido imitativo detrás de la escena.*) ¡Qué horrible sinfonía de tempestad! silbidos agudos del vendabal... mugidos sordos y prolongados de rachas... clamores tumultuosos del aquilón desencadenado que se precipita como un loco con aullidos de animal salvaje, gritos estridentes de aves de rapiña. ¡Oh, cielos! ¡qué horrible, espantosa pesadilla! ¡Dejadme huir... dejadme huir!.. (*Intenta levantarse, vuelve á caer impotente.*) ¡Ay de mí! estoy inerte, clavada aquí por un sueño invencible! ¿Cuándo vendrá ella? ¡Oh, Dios mío! haced que se apresure la libertadora á quien llamo con tanto fervor. Ella sólo puede libertarme de este letargo que me tiene tan duramente aprisionada! (*Mientras ella vuelve á dormirse en silencio como antes de su ensueño, una proyección luminosa se refleja sobre el semblante de la Bella. Á falta de proyección, se obtendrá un efecto análogo por medio de un espejo reflejando un rayo de sol, ó por medio de un reflector, reverberando la luz de una lámpara. Durante ese juego de escena una mano invisible empuja con presteza, delante de las ramas secas, algunos arbustos verdes. El adagio facultativo del acompañamiento, se transforma en un allegro á la sordina. Bajo la acción de la proyección luminosa se efectúa un golpe de escena. La Bella se despierta (accione con mucha naturalidad), se levanta, arroja con presteza capa y caperuza y aparece en toda la frescura de su atarío florido. Se inclina con gracia y sonriente.*)

Princesa encantadora, hermosa primavera de frente rosada, amable libertadora de la Bella Naturaleza; Salud!... Rompiendo el maleficio de mi sopor, tú acabas de abrir mis ojos con la caricia de un rayo de calor y de luz. Con los brotes hinchados que van á abrirse en tierno follaje, siento circular por mis venas la savia de una nueva vida. Todas las esperanzas, todas las promesas de la aurora en la mañana, se impelen y desbordan en mi alma dilatada por la dicha... ¡Aleluya...

aleluya!... (*Introduciendo la mano en una cestilla engalanada oculta hasta ahora, y haciendo la acción.*) Sembremos á manos llenas los pétalos del rosal silvestre, y las flores del acanto, para anunciar la nueva de mi resurrección. La suave brisa y el templado céfiro serán los mensajeros aéreos de esas graciosas cartas de participación. (*Se quemarán perfumes entre bastidores y se imitará el canto de los pájaros y el zumbar de los insectos.*) Todo renace ya, todo se regocija conmigo: por todas partes nuevas maravillas. Las tímidas pervincas entreabren sus ojos de azul pálido, las margaritas, á imitación de las estrellas, se agrupan en constelaciones sobre fondos de esmeraldas... los lirios del valle, las lilas, las azucenas, como tantos incensarios, embalsaman el aire con sus perfumes... los arroyos deshelados danzan por entre los guijarros al compás de sus canciones... las ranas, proclamando sus derechos á voz en grito, toman posesión de sus palanquines de nenúfares... las abejas cuentan las flores para saborear de antemano el placer de libar sus cálices; los pájaros, aficionados al *sport*, inauguran con gran ruido de alas, excursiones aéreas en el espacio irradiado de sol, y al mismo tiempo, los que, de entre ellos son artistas melómanes, multiplican sus armonías entre las colgaduras dentelladas del bosque. Para estos virtuosos del canto, los nuevos retoños se extienden en semicírculo, levantando arcos de triunfos sobre las breñas. ¡Aleluya... aleluya!

Y ahora á mí, la Bella Naturaleza, que concentro en mi corazón las múltiples alegrías que la Primavera trae consigo, á mí me toca interpretar el dulce lenguaje de las cosas, formar un ramillete de todas esas flores, un incienso de todos esos perfumes, un himno de todos estos cantos para ofrecerlos al Creador. (*Cae de rodillas, levanta los ojos y tiende las manos hacia el cielo.*) ¡Dios mío! acepta esos tesoros que Tú nos envías, y mil veces seas bendecido por lo que te dignas hacer en mi favor: una nueva creación por el ministerio de la Primavera. Los dones con que Tú me colmas, yo quiero, á mi vez, brindarlos á los mortales. Al ver tus liberalidades divinas, ¿cómo no exclamar?

La verdadera dicha es, al poseerlos, prodigarlos.

HORTENSE BARRAU.

(Traducido del francés.)

1. Die erste Aufgabe ist die, die in der Natur vorkommenden  
 Erscheinungen in eine systematische Ordnung zu bringen. Dies  
 geschieht durch die Aufstellung von Klassen und Unter-  
 klassen, die die verschiedenen Arten der Erscheinungen  
 umfassen. Die erste Klasse ist die der *Lebewesen*, die in  
 zwei Unterabtheilungen zerfällt: die *Pflanzen* und die  
*Thiere*. Die zweite Klasse ist die der *Mineralien*, die in  
 drei Unterabtheilungen zerfällt: die *Steine*, die *Metalle*  
 und die *Erden*. Die dritte Klasse ist die der *Flüssigkeiten*,  
 die in zwei Unterabtheilungen zerfällt: die *Wasser* und  
 die *Luft*. Die vierte Klasse ist die der *Gasen*, die in  
 zwei Unterabtheilungen zerfällt: die *Sauerstoff* und  
 die *Kohlensäure*. Die fünfte Klasse ist die der  
*Salze*, die in zwei Unterabtheilungen zerfällt: die  
*Alkalischen* und die *Erdsalze*. Die sechste Klasse ist  
 die der *Acide*, die in zwei Unterabtheilungen zerfällt:  
 die *Mineralischen* und die *Pflanzlichen*. Die siebente  
 Klasse ist die der *Organischen*, die in zwei Unter-  
 abtheilungen zerfällt: die *Pflanzen* und die *Thiere*.  
 2. Die zweite Aufgabe ist die, die in der Natur vorkommenden  
 Erscheinungen in eine systematische Ordnung zu bringen.  
 Dies geschieht durch die Aufstellung von Klassen und Unter-  
 klassen, die die verschiedenen Arten der Erscheinungen  
 umfassen. Die erste Klasse ist die der *Lebewesen*, die in  
 zwei Unterabtheilungen zerfällt: die *Pflanzen* und die  
*Thiere*. Die zweite Klasse ist die der *Mineralien*, die in  
 drei Unterabtheilungen zerfällt: die *Steine*, die *Metalle*  
 und die *Erden*. Die dritte Klasse ist die der *Flüssigkeiten*,  
 die in zwei Unterabtheilungen zerfällt: die *Wasser* und  
 die *Luft*. Die vierte Klasse ist die der *Gasen*, die in  
 zwei Unterabtheilungen zerfällt: die *Sauerstoff* und  
 die *Kohlensäure*. Die fünfte Klasse ist die der  
*Salze*, die in zwei Unterabtheilungen zerfällt: die  
*Alkalischen* und die *Erdsalze*. Die sechste Klasse ist  
 die der *Acide*, die in zwei Unterabtheilungen zerfällt:  
 die *Mineralischen* und die *Pflanzlichen*. Die siebente  
 Klasse ist die der *Organischen*, die in zwei Unter-  
 abtheilungen zerfällt: die *Pflanzen* und die *Thiere*.

## EN EL PATIO DE LA ESCUELA

### CUADROS VIVOS



## EN EL TEMPLO DE LA GLORIA

Al levantarse el telón aparece el siguiente cuadro :

En el centro de la escena, colocada un poco más alta del suelo, una niña representando á la República Argentina, sentada y apoyando la cabeza en el escudo nacional, con sus catorce banderas recogidas, y formándole los rayos del sol una aureola. Á sus costados, formando corona, los retratos de los próceres de la independencia, de los estadistas y de los literatos y poetas eminentes, colocados entre tules blancos abullonados cual si fueran nubes. En la base, junto al suelo, un gran ramo de flores con una palma larga y ancha de cada lado destacándose entre los tules. En lo alto que corona el cuadro, otra niña, quien representa la Gloria, sentada en actitud majestuosa entre una nube de tules ; á sus costados dos cestas bajas llenas de flores, á sus pies gran cantidad de tules en forma de nubes que se levantan detrás del escudo nacional. Tules en derredor de la República Argentina, detrás de las cestas de flores, por todos lados, como si el cuadro surgiera de entre las nubes.

Al levantarse el telón comienza la orquesta á tocar el himno nacional muy bajo, como si se oyera desde lejos, y aparecen por dos puertas del foro, iluminadas por un reflector, muchas niñas en fila, (si se representara el cuadro en un escenario grande, el mayor número de que se pueda disponer), con traje blanco de lana largo hasta cubrir los pies, amplio, enterizo en forma de camisión: escote cuadrado y mangas amplias y largas; llevan grandes alas de plumas blancas ó de tul plateado; cabellos formando bucles recogidos en derredor de la cabeza, que lleguen apenas al hombro. Cada fila de niñas sostiene una guirnalda de laureles con grupos de rosas de trecho en trecho; las que entran por la derecha sostienen la guirnalda con la mano izquierda; las de la izquierda con la mano derecha. Las niñas bajan lentamente al proscenio y al doblar ante el cuadro, se cruzan; las dos primeras

niñas de las dos filas al llegar detrás del cuadro suben hasta junto á la Gloria y dan á ésta las dos extremidades de las guirnaldas: la Gloria las une atándolas con el lazo que llevarán. Al mismo tiempo, las niñas que habrán formado círculo en derredor del cuadro, se arro-  
dillan rodeándolo con las guirnaldas y sujetan éstas á unos ganchos  
puestos allí para el efecto; las dos últimas niñas que arrodilladas  
frente al cuadro llevan las otras extremidades de las guirnaldas, las  
unen también por un lazo y la sujetan á un gancho disimulado entre  
las flores; cuando han terminado, la Gloria se levanta sosteniendo en  
sus manos la corona, las niñas se levantan también formando fila á  
cada lado del cuadro; al mismo tiempo la música prorrumpe como en  
grito de victoria y todas las niñas en coro cantan el himno nacional,  
mientras las otras dos al lado de la Gloria arrojan sobre el cuadro una  
lluvia de flores que sacarán de las cestas.

Un reflector ilumina el cuadro.

Baja el telón lentamente.

Puede formarse el cuadro de la siguiente manera: colóquese en el  
centro de la escena unas gradas — algunos salones disponen de ellas —  
hágase un armazón de alambre grueso y fuerte y sujétese en las gradas.

También se puede prescindir de las gradas y el alambre para soste-  
ner el tul, por medio de sillas sobrepuestas unas á otras. Cúbrase la  
armazón con una tela blanca hasta medio metro del suelo todo alre-  
dedor; sobre la tela préndase el tul ó tarlatán blanco azulado, abu-  
llonado y amontonado en forma de nubes.

Detrás de la última grada alta ó fila de sillas, colóquese una mesa  
grande; sobre ésta, una más pequeña y sobre esta última, el sillón  
donde ha de sentarse la Gloria. Esta lleva la cabeza rodeada de una  
aureola — fácil es de hacer con un papel dorado muy luminoso y  
unos alambres delgados — y se prende en la peluca que llevará la  
niña: una hermosa peluca rubia de rizos largos; corona de oro en la  
cabeza y manto regio.

Las niñas que suben en la primera mesa al lado de las cestas junto  
á la Gloria, pueden hacerlo por medio de una escalerita bien sujeta.

Cúidese que la estatura de las niñas sea de mayor á menor; siendo  
las primeras que entran las más altas para que al dar la vuelta al  
cuadro queden éstas las últimas hacia el foro y las bajas, las prime-  
ras hacia el público.

Pudiendo disponer de gran número de niñas, se les hará formar cuatro filas y salir dos por las puertas del foro y las otras dos por los últimos bastidores y llevarán cuatro guirnaldas dos de laureles y dos de rosas; y al arrodillarse, las segundas darán las guirnaldas de rosas á las primeras y éstas las colocarán juntas á las de laureles.

Entre las nubes de tul, colóquense los retratos formando tres coronas de derecha á izquierda de la República y de la Gloria y en el orden siguiente : *(Los retratos que no se puedan conseguir se suplirán con el nombre escrito en letras grandes y doradas.)* Derecha é izquierda del actor.

| Primera corona : Militares |            | Segunda corona : Estadistas |                  |
|----------------------------|------------|-----------------------------|------------------|
| Derecha                    | Izquierda  | Derecha                     | Izquierda        |
| San Martín.                | Belgrano.  | Moreno.                     | Rivadavia.       |
| Pueyrredón.                | Alvear.    | Saavedra.                   | Castelli.        |
| Lavalle.                   | Paz.       | Azeúenaga.                  | R. Peña.         |
| Dorrego.                   | Güemes.    | Paso.                       | Mathen.          |
| Las Heras.                 | Soler.     | Castro Barros.              | F. G. Rodríguez. |
| Lamadrid.                  | Brandzen.  | L. M. de Oro.               | Funes.           |
| Balcarce.                  | Necochea.  | Alvarez Jonte.              | Vieytes.         |
| Escalada.                  | Olazábal.  | Alberti.                    | Laprida.         |
| Pringles.                  | Olavarría. | Sarmiento.                  | Vélez Sarsfield. |
| Brown.                     | Rosales.   | Alberdi.                    | Rawson.          |
|                            |            | Avellaneda.                 | Alsina.          |

Bartolomé Mitre.

| Tercera corona : Poetas y Literatos |                  |
|-------------------------------------|------------------|
| Derecha                             | Izquierda        |
| J. Labardén.                        | M. Lafinur.      |
| V. López.                           | F. Varela.       |
| J. C. Varela.                       | Cuenca.          |
| Ascasubi.                           | Hidalgo.         |
| E. del Campo.                       | Hernández.       |
| Mármol.                             | Echevarría.      |
| Andrade.                            | J. M. Gorriti.   |
| R. Gutiérrez.                       | J. M. Gutiérrez. |

El retrato del general Bartolomé Mitre, colocado entre la Repúbli-

ca Argentina y el ramo de flores á sus pies y los retratos de San Martín y Belgrano; en la parte alta del retrato de este último una pequeña bandera argentina artísticamente recogida; á los pies del mismo, los nombres de French y Beruti unidos por un lazo azul y blanco. En la parte superior del retrato de San Martín, que abarque un costado hasta la parte inferior, formando trofeo, un sable, un morrión de granadero, dos ramas de laureles y una palma.

Tal vez produjera mayor efecto el cuadro si se adornara la escena con palmas y guirnalda verdes, alfombra roja, y, que abarque todo el telón de foro una cortina del mismo color rojo.

ADVERTENCIA : Si para simplificar el cuadro creyeran oportuno eliminar algunos de los nombres que están en la lista ó alterar el orden en que éstos van colocados, queda la elección y la colocación al criterio de los señores que lo preparen.

## LA FUENTE DE LOS QUERUBES

En el centro de la escena una gran fuente plateada, dorada ó nacarada con doble pila; de lo alto de la fuente surte un chorro de agua que cae en la pila inmediata de donde se desborda y cae en la primera. Se imita el agua de la manera siguiente: hilos plateados ó hilos blancos sostenidos por delgados alambres largos, atados juntos en la base y colocados dentro del caño que figura el surtidor; luego se separan y se doblan dándoles una curva ancha; los hilos del centro se dejan casi rectos doblándolos solo en la extremidad. Entre la primera y la segunda fila, en la columna, tres chorros de agua imitados por el mismo procedimiento. El agua que se desborda y cae en la primera pila se imita con hilos blancos y otros plateados, ó galoncitos muy angostos, fijos en el borde y colgando hasta dentro de la segunda pila; alrededor de ésta muchos vasitos plateados ó dorados colgados de una cadenita.

Alrededor de la fuente una alfombra verde sembrada de florecillas figura el césped. La fuente puede ser artísticamente adornada con guirnaldas de flores y de hojas.

Con niñas se puede también formar la fuente, de la manera siguiente:

Quince á veinte niñas, — según el número de que se pueda disponer y el tamaño que quiera dársele á la fuente — semicostadas y apoyadas unas á otras en actitud cómoda y graciosa formando círculo; en el interior de éste, otras niñas de pie y abrazadas unas á otras formando otro círculo más estrecho, ocultando una mesa grande redonda ó ovalada puesta en el centro. Sobre la mesa varias niñas abrazadas forman también un pequeño círculo, ocultando una columna colocada en el centro de la mesa.

Sobre la columna se coloca una pequeña pila — puede hacerse con cartulina y alambre dándole la forma que se quiere. — Entre esa pila y colocado sobre la columna, un alto florero; adentro del florero los alambres figurando el chorro de agua que surte de entre un ramo de rosas blancas. Cinco ó más niñas sentadas en sus rodillas sobre el borde de la mesa, con el cuerpo y la cabeza inclinados hacia adelante; unas á otras unen las manos sujetando un ramo de rosas blancas y de entre las rosas sale un chorro de agua imitado por el mismo procedimiento anterior. Si el borde de la mesa quedare oculto, coloque la niña la mano en el hombro de su compañera y sobre el ramo y los alambres prendidos en el vestido sobre el hombro de aquella. El agua que se desborda de la pila se imitará de la manera

que ya se ha indicado. Se cubrirá el espacio entre las niñas de pie y la mesa que figura la primera pila, con un género ó papel plateado imitando el agua.

La parte visible de la columna, la pequeña pila y el florero serán cubiertos por tul del mismo color del traje de las niñas.

Todas las niñas llevarán un vestido de tul, gasa, ó tariatán blanco azulado, ó lila pálido rosado, largo hasta cubrir los pies, amplio y vaporoso como si estuvieran envueltas en nubes; y llevarán dos alas pequeñas plateadas ó de plumas blancas. Las niñas que están sobre la mesa, con su mismo vestido procuren ocultarla ó si no cúbrense con tul del mismo color. Un vaso con la cadenita colgará de la muñeca de las niñas quienes, de pie, forman el segundo círculo. Podríase adornar la fuente con guirnaldas haciéndolas sostener por las mismas niñas; y no estaría demás, para mayor efecto, salpicar, aunque en poca cantidad, los tules de aquéllas, con polvos de ácido bórico cristalizado ó cuentas blancas de vidrio, como si fueran salpicados por gotas de agua.

Procúrese un florero, una columna y una mesa de las más altas; si es posible colóquese esta última sobre una tarima; pues, cuanto más alta sea la fuente tanto mayor será el efecto.

Sujétese bien la columna y el florero para seguridad de las niñas.

## CUADRO PRIMERO

Al levantarse el telón aparece la fuente iluminada por un reflector.

## CUADRO II

Aparecen por cuatro lados de la escena, es decir, por el primer y tercer bastidor de la derecha, y el primero y tercero de la izquierda, cinco ó diez niñas, ó más, según el número de que se pueda disponer, vestidas de la misma manera y con alas, como las de la fuente; al mismo tiempo se oye una música que toca un *allegro* entre bastidores; puede ser piano solo, será mucho mejor para el efecto si acompaña á varios instrumentos de cuerda.

Las niñas, rápidas como si volaran, van á la fuente; toman el vaso, figuran llenarlo de agua y beben. Si no es posible poner tantos vasos como niñas hay, las que ya han bebido los pasan á las otras. Después que todas hubieren bebido, se agarran de la mano y for-

mando círculo, doble si son muchas las niñas, giran alrededor de la fuente, primero con rapidez, luego lentamente; la música poco á poco se vuelve patética y lenta hasta que se suspende por un segundo; entonces, las niñas se separan y se arrodillan formando un grupo de cada lado de la fuente, vueltas hacia el público; juntan las manos y vuelven los ojos al cielo en actitud de orar.

Comienza la música á tocar una plegaria lenta, suave, melodiosa acompañando el murmullo que hacen las niñas en coro como si rezaran. Si las niñas pudieran entonar el murmullo de sus vocécitas con la música en algunos de sus pasajes más altos, tal vez producirían mayor efecto; también podrían acompañarlas las niñas de la fuente.

*Nótese:* Murmullo, es decir, que no deben cantar, sino murmurar la plegaria.

Al terminar juntas la plegaria y la música en una nota triste y prolongada, las niñas con rapidez ponen sus manecitas en cruz sobre el pecho y se inclinan con el cuerpo y la cabecita hasta casi tocar el suelo; luego se levantan al mismo tiempo que la música prorrumpe en un *allegro*, y se van todas rápidamente por donde han venido para aparecer inmediatamente, como si fueran otras, por las dos puertas del foro; en defecto de éstas, se irán las niñas por el primero y segundo bastidor y aparecerán por el tercero y cuarto.

### CUADRO III

Entran las niñas, vuelven á beber y en vez de formar círculo grande, forman varios pequeños, de dos ó más niñas en cada lado de la fuente y otros frente al público; las demás niñas al compás de la música evolucionan alrededor de la fuente, del grupo de las niñas, y se cruzan pasando por los pequeños círculos que aquellas forman. De nuevo se suspende la música; se arrodillan formando semicírculo en torno de la fuente y mientras comienzan el murmullo de la plegaria acompañada por la música, baja muy lentamente el telón.

## LA FIESTA DE LA PRIMAVERA

Jardín; alfombra verde sembrada de flores, imitando el césped.

En el centro de la escena, en primer término, una elegante carroza de respaldo alto, y muy baja y abierta en la parte delantera, tirada por dos ó cuatro niñas vestidas de golondrinas, cada una de ellas lleva en la boca un ramito ó una flor. Sentadas en lo alto del respaldo, dos niñas vestidas de mariposa de colores claros y brillantes, tiran de las riendas; éstas de hojas y flores. Las ruedas y la carroza cubiertas de flores; por dentro, de trébol florido; alrededor del borde, una guirnalda de margaritas blancas.

Reclinada en la carroza, la Primavera; viste una vaporosa túnica de gasa color de rosa; escotada y mangas abiertas, largas, algo recogidas sobre el hombro con un grupo de margaritas; doble cinturón de margaritas sujeta la túnica. Una guirnalda de rositas, otra de lirios del valle le envuelven los brazos; otra guirnalda en el cuello á guisa de collar; rositas y lirios entre los rizos sueltos; corona de margaritas en la cabeza; gran ramo de flores en las manos.

Detrás de la carroza, multitud de niñas formando varias filas en semicírculo, vestidas con vaporosas túnicas de gasa de colores claros y variados; doble cinturón de flores; la cabeza adornada con flores variadas y de distinta manera. Las niñas abrazadas de dos en dos, sostienen en alto un arco de tul y de flores; los de las primeras filas, más bajo, los de las demás, algo más alto; lo mismo las niñas; sean éstas de mayor á menor para el mejor efecto. Á cada lado de la carroza tres niñas, con violín, tibia, pandereta, triángulo, cítara y lira, en actitud de tocar tales instrumentos. La Primavera con ademán gracioso y lento esparce en derredor suyo las flores de los ramos.

Al levantarse el telón, lentamente, comienzan á tocar entre bastidores y como si fuera un murmullo, *La Primavera*, de Grieg; si es posible, con instrumentos iguales á los que llevan las niñas; acompaña una voz sola de *soprano* vocalizando las notas. Un reflector ilumina el cuadro. Baja el telón lentamente.

## SEGUNDA PARTE

Comedias, diálogos, monólogos y cuadros vivos, para niños y jóvenes

### COMEDIAS



# VALUCHO

---

## PERSONAJES

DON FRANCISCO.

CARLOS, de 12 á 13 años }  
PEPITO, de 9 á 10 años } sus hijos.  
ALFREDO, de 7 á 8 años }

DON MANUEL, padre de don Francisco.

DOMINGO, viejo criado, moreno.

SOLDADO primero.

SOLDADO segundo.

VARIOS NIÑOS.

La acción se desarrolla en la lujosa vivienda de don Francisco, situada en la Avenida de Mayo.

Época actual.

*Nota.* — Esta comedia fué escrita expresamente para ser representada en la Escuela de varones número 10, Consejo escolar número 3, en diciembre de 1900.



## ACTO ÚNICO

Una sala. Á la derecha del actor, dos puertas que se abren sobre el balcón, hacia la Avenida de Mayo; á la izquierda dos puertas; la primera conduce á las habitaciones interiores, la segunda al corredor. En el fondo, frente al público, una portada cubierta por una pesada cortina, que á su tiempo se descorre; detrás de la cortina, un tablado figurando un pequeño escenario; en el fondo de éste, las almenas de una fortaleza. De cada lado del pequeño escenario, una bandera argentina. Sillas, sillones; á la izquierda una mesa; á la derecha, entre uno y otro balcón, una mesita: sobre ésta, el retrato de Falucho.

## ESCENA PRIMERA

PEPE, ALFREDO Y CARLOS

Pépito y Alfredito, mirando á la calle, por los vidrios de la ventana. Carlos, de pie en el centro de la escena, con morrión de granadero en la cabeza y un sable en la mano que hace girar con rapidéz dando unos pasos hacia adelante, hacia atrás.

CARL. — (*Exclamando.*) ¡ Ah ! ¡ Oh !

ALF. — ¡ Viva ! (*palmoreando*) ¡ viva !

PEPE. — (*Palnoteando.*) ¡Viva! ¡Qué lindo, qué lindo! ¡Mira, mira cuántas banderas!

ALF. — Más tarde pasarán los soldados, la música, los generales y mucha gente.

PEPE. — Y por la noche habrá iluminación, tirarán cohetes. (*Pepe y Alfredo saltando de alegría, imitan el ruido que hace el cohete al partir y al estallar.*) ¡Zss...pan, pan; zss... pan, pan! (*Saltan y golpean las manos haciendo mucho ruido.*)

CARL. — (*Se acerca á Pepe y á Alfredo amenazándoles con el sable.*) ¿Queréis callaros, chiquillos barulleros? (*Pepe y Alfredo prorrumpen en una carcajada.*)

PEPE. — ¡Ja, ja, ja! Mira, mira al granadero furioso.

ALF. — Nos quiere matar. Escapa, escapa. (*Echan á correr.*)

CARL. — (*Los coge por un brazo y les hace dar media vuelta. En tono severo.*) ¡Avergonzaos! En vez de estudiar vuestros papeles para representarlos esta noche ante el gran general abuelito, y merecer los honores del triunfo, estáis haciendo un ruido infernal como si fuerais... unos chiquillos. ¿Dónde está vuestra dignidad de hombres, de ciudadanos, de soldados? (*Animándose; Alfredo y Pepe, creyendo que ensaya su papel, se quedan parados, con aspecto mortificado.*) ¿No os avergonzáis de vuestro proceder? ¿No comprendéis todo el horror de vuestro crimen? (*Alzando el sable y retrocediendo algunos pasos.*) ¡Ah, miserables criaturas que tan sólo nacéis para vergüenza y oprobio de la patria, pagaréis con la vida vuestra nefanda acción. ¡Viles, traidores! (*Como si se dirigiera á muchos soldados.*) ¡Soldados, váis á presenciar el castigo de un traidor, quien...

## ESCENA II

### DICHOS, DON FRANCISCO Y DOMINGO

Entra don Francisco por la primera puerta; Domingo, por la segunda, trayendo una bandeja con servicio de leche y café, pan ó bizcochos, servilleta, etc. Carlos, al retroceder con el sable levantado, tropieza con Domingo y cae al suelo todo el servicio. Domingo, pasado el primer momento de sorpresa, se apresura á recoger las tazas rotas, el pan, etc. Vase y vuelve en seguida

con un lienzo y seca el líquido esparcido por el suelo. Carlos se queda como paralizado; el sable en alto, el morrión echado hacia atrás. Alfredo y Pepe haciendo muecas por contener la risa.

D. FRAN. — Carlos, ¿estás loco?

CARL. — (*Confundido bajando el sable sin saber que hacer de él, lo quisiera esconder, envainar, y por último lo planta delante de sí y se apoya en él, con la cabeza baja. Actitud cómica.*) Papá... perdón... no lo hice expresamente... ensayaba mi general; me figuraba estar en el consejo de guerra y...

ALF. — (*En tono de burla.*) Decía á los soldados, que presenciarian el castigo de un traidor. (*Carlos le dirige una mirada de enojo apretando el puño; pero al darse vuelta don Francisco hacia él, vuelve á su actitud humilde.*)

D. FRAN. — Hijo mío, otra vez procura ensayar con mayor calma. (*A Pepe y Alfredo.*) Y ustedes ¿qué hacen aquí? ¿con qué permiso? Marchen en seguida á cumplir sus deberes para con abuelito.

ALF. — Ya está hecho papá.

PEPE. — El mío también.

ALF. — Y yo, el verso lo sé muy bien.

PEPE. — Mi carta ya está escrita.

CARL. — (*Á Domingo.*) Culpa tuya, torpe. ¿Quién te mandó entrar en ese momento?

DOM. — ¡Cállese niño; si su papá lo oye, le castiga!

CARL. — (*Apretando el puño.*) ¡No faltaba más! Te pegaría, negro. (*Francisco se vuelve, ve el ademán de Carlos y oye la palabra «negro». Se queda dolorosamente sorprendido. Domingo que durante este tiempo habrá recogido del suelo lo esparcido y puesto el todo en la bandeja, se dispone á salir; pero al ver la actitud severa de Francisco, se le acerca.*)

DOM. — Señor, es muy niño; no comprende todavía...

D. FRAN. — (*Lo interrumpe con benevolencia.*) Domingo, vé y observa que esté todo en orden para el almuerzo. (*Mirando su reloj.*) Mi padre no tardará en llegar. Si está ya en la mesa el cubierto de Carlos, quitálo. (*Carlos y Domingo lo miran como interrogando.*) Hoy te quedas sin almuerzo (*á Carlos*) y estarás encerrado todo el día.

CARL. — (*Llorando.*) ¡ Hoy ! El veinticinco de mayo... papá...

D. FRAN. — Sí, señor; hoy veinticinco de mayo; encerrado en el último cuarto: así no te molestará la música. (*A Domingo.*) Te prohíbo terminantemente que le dejes salir y que le proporciones comida sin orden mía. (*Domingo quiere replicar.*) Vé, Domingo, vé. (*Domingo se inclina y vase por la segunda puerta.*)

### ESCENA III

DON FRANCISCO, CARLOS, PEPE Y ALFREDO

Pepe y Alfredo hablan entre sí; se acercan al balcón, y por último se quedan á un lado de la escena escuchando al padre; Carlos mortificado, siempre con el morrión echado hacia atrás, un poco ladeado, apoyado en el sable, se esfuerza en retener las lágrimas.

D. FRAN. — Veo con profundo dolor, hijo mío, que no te corriges. Te he dicho muchas veces que no quiero que de tus labios salga esa palabra, negro.

CARL. — (*Refunfuñando.*) ¡ Y si es negro ! ¿ Cómo le voy á decir, blanco ?

D. FRAN. — No repliques; y escúchame con atención. Te había perdonado el mal rato que hiciste pasar á Domingo hace poco por tu... entusiasmo. Pero no puedo, de ninguna manera, perdonarte el desprecio con que le tratás. El desprecio, hijo mío, es un grave defecto, que nace de la soberbia; y los soberbios, lo habrás oído decir muchas veces, son unos necios; carecen de corazón y poseen un alma mezquina. Por estas razones, no conocen los placeres que gozan en la vida, los modestos, los sencillos, los que ignoran la soberbia. Estas almas buenas, porque son sencillas, generosas, porque son buenas, no conocen inferioridad. Para ellas, todos son iguales, porque todos tienen algún mérito. Y con la dulzura, el afecto, la bondad, saben atraerse todos los corazones. ¡ Ah, hijo mío ! Estas almas nobles, tienen en la vida momentos de dicha inefable. Tú, no los conocerás jamás. (*Carlos levanta la cabeza, hace un ademán para decir que sí.*) No, Carlos; jamás. Porque además de soberbio, eres también ingrato. (*Ade-*

*mán de negación de Carlos.)* Sí, ingrato. ¡Cuántas veces te he repetido que Domingo no debe ser considerado aquí como criado, sino como amigo?

CARL. — *(Con desprecio.)* ¡Amigo, un negro! ¡un sirviente!

D. FRAN. — *(Con enojo.)* Un negro de alma más blanca que tu rostro; un sirviente más noble que tú. Esto es lo que debiera humillarte; permitir que un negro, que un sirviente sea grande cuanto tú eres pequeño. Después de haberle humillado con el insulto más atroz mofándote de él, ha pedido tu perdón. *(Carlos queda impresionado por estas palabras.)* Yo me retiro; medita sobre todo lo que acabo de decirte y si quieres que te perdone no tienes más que un medio: *(Carlos lo mira interrogándolo.)* En mi presencia y en la de tu abuelito, pedirle perdón á Domingo, de rodillas, y llamarle amigo para siempre. *(Carlos bajo la cabeza, humillado. Francisco que ya estaba en el umbral de la puerta, se vuelve y dice casi al oído de Carlos.)* La historia argentina nos hace conocer á un negro que immortalizó su nombre con un gran acto de heroísmo; por este hecho, aprende á conocer que hay negros que valen mucho más que ciertos blancos. *(Á Pepe y Alfredo.)* Vengan niños, vamos al encuentro de abuelito. *(Vase con los niños. Carlos queda un momento pensativo; luego arroja el sable y el morrión sobre la mesa, y se pasea á lo largo de la escena.)*

#### ESCENA IV

CARLOS, PEPE Y ALFREDO

Pepe y Alfredo vuelven en seguida de puntillas; en el momento que Carlos se detiene, se colocan uno de cada lado, sueltan una carejada y le hacen burla.

PEPE. — ¡Baaa, baaa! ¡En penitencia el granadero!

ALF. — ¡Baaa, baaa! ¡El general en penitencia! *(Carlos los corre; Pepe y Alfredo se van precipitadamente por la primera puerta; luego asoman la cabeza.)*

PEPE. — Bien hecho por orgulloso.

ALF. — Me gusta, así no despreciarás á los negros.

CARL. — (*Con enojo.*) Cállense, chicuelos.

ALF. — ¡Baa, baa!

CARL. — (*Con lágrimas de rabia en la voz.*) Que te calles.

ALF. — (*Remediándolo.*) Que te calles. Porque tengo razón, ¿eh?

CARL. — No, señor.

ALF. — Sí, señor; oí decir que siempre mandan callar al que tiene razón.

CARL. — Si no se marchan en seguida se lo cuento á papá; y así también ustedes se quedarán en penitencia.

PEPE. — Yo me voy en seguida. (*Vase corriendo.*)

ALF. — (*Á Carlos.*) Y yo, ¿sabes lo que voy á hacer? Le voy á pedir á papá que te perdone. ¿Quieres? (*Con cariño.*) ¡Sí, sí, eh? (*Carlos no contesta.*) Pues allá voy. (*Volviendo.*) Pero tú, sé bueno como quiere papá; á Domingo trátale con cariño, llámale amigo, amiguito; así haces ver que vales tanto como él. Escucha; una tarde mi maestro contó un cuento; y dijo que un día un señor grande, no, un gran señor, en compañía de otro señor muy rico, pero no tan rico como el primer señor, porque el primero era más rico que el segundo... (*Carlos hace un acto de impaciencia, Alfredo sigue muy ligero para acabar pronto.*) Entonces, decía que... iban caminando por la calle cuando pasa un negro, y el primer señor, el más rico, saluda al negro; el segundo señor, el más pobre, le dice asombrado: «¿Cómo! ¿Usted se rebaja á saludar un negro?» Y el señor más rico le contestó: «¡Seguramente! Pues, me ofendería que un negro se mostrara más educado que yo.» Desde que el maestro contó ese cuento, que no es cuento, porque dijo que sucedió de verdad, yo saludo á todos los negros que encuentro, así no me dicen que soy orgulloso ni mal educado. (*Vase.*)

## ESCENA V

CARLOS, solo

CARL. — Estaría lucido si tuviera que saludar á todos los negros. Mientras tanto por culpa de ellos no puedo ver la fiesta. No sé porque Dios ha tenido la mala idea de hacer gente negra.

¡ Tan lindo color ! *(Se acerca á la ventana y mira por los vidrios, dando la espalda á la puerta por donde entra Domingo, con una bandeja y en ésta una taza grande, un plato con comida, pan, fruta, dulce y una botella. Entra de puntillas, coloca el todo sobre la mesa, quédase un momento perplejo, por último se decide á hacer ruido para advertir á Carlos ; se va precipitadamente para que no le vea, más éste al volverse lo ve y reconoce. Queda sorprendido se acerca á la mesa, mira lo que hay sobre ella. Con asombro.)* ¡ Caldo, pollo, pan y manteca y fruta ! También vino. *(Reflexiona un momento, menca la cabeza.)* No, no puedo ser mi padre ; aunque muy bueno, es severo ; no, no es él. *(Volviendo á pensar.)* El que trajo ésto es Domingo. ¿ Pero quién puede ser el que me lo envía ? ¿ Mis hermanitos ? Tampoco pueden ser ellos. En verdad que no es la primera vez que me sucede ésto ; en fin, sea quien quiera, puesto que lo han mandado, es para que lo coma. *(Se sienta y empieza á comer.)* Y no es de broma que lo digo, tengo un hambre !... *(Bosteza. Destapa un plato y queda asombrado.)* ¿ También dulce ? ¡ Y mi dulce preferido que sólo Domingo sabe hacer ! *(La idea de que pueda ser Domingo que por su voluntad haya traído la comida, cruza por su mente.)* ¿ Será posible ? ¿ Él ? ¡ Domingo, á quien yo desprecié, á quien desprecio siempre ! ¡ Dios mío ! ¡ Tendría razón mi padre ? « Ese negro, ese sirviente es grande cuanto tú eres pequeño. » *(Quédase pensativo, reflexiona en lo que le ha dicho su padre ; se levanta y resuelto va á la puerta y llama :)* ¡ Domingo ! ¡ Domingo !

## ESCENA VI

CARLOS y DOMINGO

Entra Domingo, Carlos lo toma de la mano y lo lleva hacia el centro de la escena, se aleja de él dos pasos y lo mira fijo en los ojos diciéndole con voz algo conmovida :

CARL. — Domingo, necesito que me digas la verdad, la pura verdad. ¿ Quién ha traído aquella comida ? *(Domingo se turba.)* No mientas. Si la soberbia es un defecto también la mentira lo es. Yo no miento nunca.

DOM. — (*Lo mira ; comprende lo que quiere decir, levanta la cabeza diciendo :*) Yo, niño.

CARL. — ¿ Tú ? (*Bajando la cabeza avergonzado.*) ¿ Usted, Domingo ? Dígame, ¿ es usted también el que otras veces ha hecho lo mismo ? (*Signo afirmativo de Domingo.*) Y el perdón concedídomelo tantas veces por mi padre... ¿ Usted ? y ahora, ¿ por qué no me ha llevado adonde le mand... adonde le dijo mi padre ?

DOM. — Porque yo pensé, que cuando viniera su señor abuelito á esta sala, usted al verlo le pediría perdón, y su señor abuelo, como le quiere tanto, no permitiría que le dejaran en penitencia ; y yo hubiera tenido la dicha de verlo feliz como los demás niños. (*Se conmueve.*) ; Si fuera otro día !... ; Pero hoy 25 de mayo ! ; El día de la patria ! Un día en que el castigo no debe existir, que los rencores deben callar, que todos debemos abrazarnos como buenos hermanos unidos por ese dulce lazo de la patria. (*Entusiasmándose.*) Un día en que todo corazón patriota que... siente como... como... (*Como el mío, quiere decir, pero advierte que ha levantado la voz y que está Carlos, y dice humildemente.*) Perdóname niño, mi entusiasmo... olvidaba que no soy más que un pobre negro... y...

CARL. — (*Que había resistido al llanto, estalla en sollozos y se arroja al cuello de Domingo.*) ; Perdón, perdón ! ; Perdóname, pobre Domingo ! (*Domingo también llora ; permanecen abrazados. Carlos conduce Domingo á un sillón, lo hace sentar ; y él se arrodilla.*) ; Pobre Domingo, cuánto te he hecho sufrir ! (*Acariciándole las manos.*) ; Qué malo he sido contigo !

DOM. — No, no, niño.

CARL. — Sí, sí, malo ; malísimo, orgulloso, orgullosísimo. Mas te aseguro que desde hoy en adelante te voy á recompensar con usura de todo el mal que te he hecho. Tu serás mi mejor amigo, mi segundo padre. Y es como si lo fueras ; porque entraste en esta casa antes de que yo naciera, me meciste en tus brazos y fuiste siempre muy bueno para conmigo. Por eso papá te quiere tanto, y tiene razón. ; Pero qué vergüenza para mí ! ; Cómo debes haberme encontrado pequeño, mezquino !

DOM. — No, no. ; Si es usted tan niño y le quiero tanto !

CARL. — Porque eres mejor que yo. (*Levantándose.*) ; Oh, papá, papá

querido! ¡Cuánta razón tenías en decirme que las almas buenas gozan momentos de dicha inefable! Domingo, *(tomándole la mano y apretándola con cariño)* serás mi amigo, mi consejero, mi todo, en fin. *(Se oye cornetas, tambores y la voz de varios niños.)*

Niños. — ¡Viva, viva el general abuelito, viva!

DOM. — ¡Oye? Ya llegó su señor abuelito; déjeme ir á su encuentro y luego pediremos y obtendremos su perdón. *(Vase por la segunda puerta.)*

## ESCENA VII

CARLOS, solo

Sí, mi perdón. ¿Pero cómo le conseguiré de una manera digna? No basta pedirle perdón á Domingo delante de papá y de abuelito; no, yo quiero hacer más, mucho más. *(Paseándose con las manos cruzadas hacia atrás.)* Por ejemplo, arrojarme á los pies de abuelito y decirle... ¿decirle qué? Que yo soy, es decir, que yo he sido un... No, no; yo quisiera encontrar algo que fuera digno de mi nueva alma, de mi nuevo corazón. ¡Dios mío, mándame un rayo de luz! ¡Oh, virgen santa, aconsejádme! ¡San Juan, San José, San Pedro, San... san todos los santos! ¿Qué podría hacer? *(Desconsolado se sienta al lado de la mesita y al apoyar el codo para sostener la cabeza se fija en el retrato de Falucho.)* Falucho, mándame una idea buena tú que has tenido un alma tan grande para demostrar al mundo que si hay blancos de conciencia negra, hay negros de conciencia blanca. Muchas veces me lo repitió mi padre, y aun hace poco me decía... *(A este punto se le ocurre una idea; se queda con los ojos fijos, apoya el codo sobre su rodilla, y coloca el índice sobre la frente. Pausa. Se levanta de un salto, corre á un rincón de la escena, y toma de sobre una silla un traje de soldado, lo despliega, lo mira.)* ¿Y por qué no? El regalo de abuelito ¿cómo se lo puedo agradecer mejor? ¿Y cómo puedo obtener el perdón de una manera más digna? Venga el morrión y el sable. *(Los toma de sobre la mesa, y los coloca sobre el uniforme de soldado que habrá dejado sobre una silla.)* ¿Y la bandera? *(Ve las dos banderas.)* Una de éstas puede servir. Ya está todo. ¡Esto

si, es digno ! ; Qué idea luminosa ! (*Toma el morrión de sobre la silla y lo tira al aire.*) ; Viva ! (*En el instante se acuerda de que él es blanco.*) ; Ay, ay, ay ! Mi idea no vale un comino. ¿ Por qué no soy negro ? ¿ Por qué no puedo volverme negro, por una hora, por media hora siquiera ? (*Retorcíendose las manos.*) ¿ Cómo hago ? ¿ Cómo hago ? (*Después de haber pensado se da una palmada en la frente.*) ; Borrico, borricote ! ; Y no lo he pensado antes ! ; pero si es tan fácil ! Un momento, fácil, fácil sí, pero necesito ayuda. ¿ Ayuda ? ; Domingo, mi amigo Domingo ! (*Corre á la puerta para llamarlo; se le ocurre que le falta el fusil y la bayoneta.*) ¿ Y el fusil ? ¿ y la bayoneta ? ; Domingo, mi amigo Domingo ! ; Claro ! Él mismo me los procurará. (*Corre á la puerta y llama con voz suare.*) ; Dominguito ! (*Repite haciendo bocina con las manos.*) Amigo Dominguitooo !

## ESCENA VIII

CARLOS Y DOMINGO

DOM. — ¿ Qué desea niño ?

CARL. — (*Con mucho cariño.*) Dime : ¿ Dónde están papá, abuelito y todos los demás ?

DOM. — Aun están á la mesa, pero vendrán en seguida con todos los niños que fueron convidados para ver la fiesta. (*Observando la comida.*) Pero niño, ¿ usted no ha comido ? ; Se va á enfermar !

CARL. — No, Domingo, no me enfermaré. (*Se oye cornetas y tambóres.*) Ya van á venir. Oye ; tú me tienes que ayudar en una empresa difícil, pero de éxito seguro. (*Lo lleva al fondo.*) Toma esta bandera.

DOM. — ¿ Niño, qué quiere hacer ?

CARL. — Tómala, tómala pronto ; después te explicaré.

DOM. — Pero...

CARL. — Te doy mi palabra de honor que es para un acto heroico. (*Le ayuda á sacar la bandera.*) Ya está. (*Corre hasta la mesa, donde habrá puesto el morrión, se lo encasqueta hasta cubrirse casi los ojos ; se coloca el cinturón con la vaina del sable, se pone la*

*chaqueta debajo del brazo derecho, los pantalones atravesados sobre el hombro, el sable en la mano izquierda, y con la derecha sujeta el pantalón para que no se le caiga.)* Pronto Domingo, ellos vienen por ahí y nosotros nos vamos por aquí. *(Vase por la segunda puerta; le sigue Domingo, quien lleva la bandera.)*

## ESCENA IX

DON FRANCISCO, DON MANUEL, PEPE, ALFREDO, DOMINGO  
CARLOS y los niños

Entran por la primera puerta, 10 ó 12 niños, precedidos por Pepe y Alfredo, tocando una marcha al són de cornetas y tamborcitos; Pepe lleva un pequeño estandarte, de un lado azul y del otro blanco; en el centro un sol. Alfredo una bandera argentina. Desde la puerta pasan hasta el foro y se alinean á la derecha. Don Francisco y don Manuel vienen últimos, y se sientan en los sillones que están al lado de las puertas.

D. FRAN. — Basta, basta niños; están ustedes haciendo una bulla infernal.

PEPE. — *(Tocando una corneta que lleva al cuello.)* ¡Basta! ¡Silencio! ¡En orden! Saluden. *(Los niños hacen el saludo militar; Pepe y Alfredo saludan con las banderas. Restablecido el orden, Pepe dice á Alfredo.)* Á ver, pues, empieza.

ALF. — Empieza tú, eres el mayor.

PEPE. — Pero tú tienes el verso, y se empieza siempre por el verso.

ALF. — No, señor, se empieza por el discurso.

D. MAN. — Soldados: Advertid que los generales esperan y están prontos á castigar á los que se demoren mucho.

PEPE y ALF. — *(Á la vez.)* ¡Aquí estoy, mi general!

D. MAN. — ¡Van á hablar los dos á la vez? Pepito, comienza tú; lee tu discurso. *(Alfredo se renne á los niños.)*

PEPE. — *(Para leer su discurso con mayor libertad, entrega el estandarte á un niño; avanza y dice con timidez á don Manuel.)* Señor general: ¡Me permite subir en una silla, para mayor efecto del discurso!

D. MAN. — Concedido; súbase en una silla.

PEPE. — *(Toma una silla, sube en ella y después de haber desdoblado, con lentitud, una gran hoja de papel, tose dos ó tres veces.)* ¡ Señor general abuelito ! *(Tose. Con fuerte y clara voz lee.)* « Muy querido abuelito : En este gran día, que es el 25 de mayo, y que es el más lindo 25 del año, sí, el más lindo del año porque... porque es el más lindo. » *(Habladó.)* ¡ Verdad compañeros que es el 25 más lindo ?

LOS NIÑOS. — ¡ Sí, sí !

D. MAN. — *(Á Francisco.)* Por los festejos y los regalos, ¿ eh ? ¡ Qué pillos !

PEPE. — « Pues bien, en este día grandioso, porque es el aniversario de una fecha gloriosa, siento que mi corazón aunque chiquito, late precipitadamente por el amor á la patria, y al recordar tantos hechos heroicos que hacen llorar... llorar, en la historia argentina, en esa historia que... *(cambiando tono de voz)* que el maestro nos enseña en la escuela. *(Los niños gritan : — ¡ Bravo, bien ! — Sigue la lectura.)* Pues bien, muy querido general abuelito, en este día, me es grato, por medio de este papel, deciros que... que mis compañeros, *(hablando)* éstos que están aquí presentes *(leído)*, y yo, os agradecemos todos los regalos que habéis tenido la buena idea de traernos juntamente con vuestra ilustre persona. Termino diciendo, que os saludamos con todo el corazón. » *(Grita.)* ¡ Viva el general abuelito ! ¡ Vivan todos los generales !

LOS NIÑOS. — *(Gritan.)* ¡ Viva ! ¡ Vivaa ! *(Pepe dobla la carta lentamente ; baja, y la presenta á don Manuel. Éste la recibe, lo acerca á sí y lo abraza.)*

D. MAN. — Gracias, Pepito ; muy lindo tu discurso, muy lindo.

PEPE. — *(Vuelve á su sitio y se apodera de su estandarte.)* Ahora te toca á tí, Alfredito. *(Éste avanza con la bandera.)*

D. FRAN. — ¡ Qué vas á recitar mi hijito ?

ALF. — *(Con importancia.)* Unos versos compuestos por mí, yo mismo los he escrito.

D. FRAN. — *(Con asombro cómico.)* ¡ Tú ? ¡ Ah ! Deben de ser muy lindos ! Bueno pues, empiece señor poeta. Señores, silencio que ahora vamos á escuchar cosa buena.

ALF. — *(Levantando la bandera.)*

¡A MI BANDERA!

(*Declamando.*) ¡Oh, mi bandera querida!

    Mi corazón no te olvida,

    Porque aun siendo chiquitito

    Te quiero mucho, muchito.

LOS NIÑOS — (*Aplauden gritando.*) ¡Bravo! ¡Muy bien Alfredito!

    ¡Bravo, bravo, bien!

ALF. — ¡Basta, basta! Me aturden y no me voy á acordar más.

LOS NIÑOS. — ¡Viva el poeta Alfredito! ¡Viva!

UN NIÑO. — Que siga la poesía.

ALF. — Señor general, haga restablecer el orden sino no sigo.

D. FRAN. — ¡Silencio! (*Todos permanecen silenciosos.*)

ALF. — ¡Oh, mi bandera bendita!

    Adentro de esta mi almita

    Siento un fuego abrasador

    Que es de patria el gran amor.

    ¡Oh, oh, mi bandera amada!

    ¡Mi bandera idolatrada!

    Acepta este gran cariño

    De mi corazón de niño.

    Quien, si algún día insultada te viera

    Con toda su sangre te defendiera;

    Y él, de su patria soldado será,

    Soldado heroico de la libertad.

(*Levantando en alto la bandera.*) ¡Viva mi bandera! (*Se inclina,  
y con gravedad cómica.*) Señores: he dicho.

LOS NIÑOS — (*Aplauden gritando.*) ¡Muy bien! ¡Bravo!

D. MAN. — (*Con fingida admiración.*) ¡Estupendos versos! ¡Bien mi  
hijito, muy bien! Serás un gran poeta! (*Lo abraza y lo besa.*)  
Pues, prometes mi hijito, prometes!

D. FRAN. — Ahora vamos todos al baile; y con juicio; el primero  
que no se porte bien, marcha en penitencia.

D. MAN. — Queridos niños: antes, unid vuestros ruegos á los míos  
para obtener el perdón de Carlitos.

LOS NIÑOS. — (*Á don Francisco.*) Perdónele, perdónele.

D. MAN. — ¿Le perdonas?

D. FRAN. — No. Siento mucho dolor en negarte el perdón de Carlos; pero mi pena es mayor al saber mi hijo soberbio, ingrato y sin corazón. La de hoy será una gran lección, y espero influya mucho sobre su ánimo. Si es así, ya sabrá hallar él mismo el camino que lo conduzca á mi perdón.

## ESCENA X

DICHOS Y DOMINGO, *por la izquierda*

DOM. — (*Que habrá oído las últimas palabras de Francisco.*) Sí, señor, lo halló; yo le aseguro á usted que desde hoy el niño Carlos se ha despojado de sus defectos para revestirse de virtudes. ¡Oh, señor! ; Si le hubiera visto hace un momento, pidiéndome perdón, llamándome su mejor amigo!... Pero, perdonen, les suplico se queden un momento más en esta sala: siéntense y dirijan sus miradas al teatrillo preparado para esta noche.

D. FRAN. — Bien, Domingo, haremos lo que tú dices. (*Don Francisco y don Manuel se sientan, Alfredo y Pepe hacen colocar los niños como antes.*)

PEPE Y ALF. — ¡En posición! ; Atención! ; Silencio!

D. FRAN. — (*Advierte que falta una bandera.*) Domingo, ¿y la otra bandera?

DOM. — Ya la verá usted, señor. Mire. (*Vase.*)

## ESCENA XI

DICHOS Y CARLOS

Se descubre la cortina. Carlos con la cara y las manos teñidas de negro representa á Palucho de centinela ante la bandera.

GRITOS INTERNOS. — ¡Oh, oh! ; Abajo la bandera! ; Abajo! ; Que se quite de allí!

FALUCHO. — ¡Insensatos! ¡Tantas vidas sacrificadas, tanta sangre esparcida, tanta brillante juventud que ha costado, que cuesta nuestra independencia!... ¡Y esos miserables, indignos del uniforme que llevan, arrojarán una mancha sobre esta querida bandera escribiendo en ella: «traición»? ¡No, mientras yo viva! (*Abrazando la bandera y apoyando fuerte al suelo el fusil.*) ¡Te juro que para arrancarte de aquí, han de arrancarme la vida! (*Se presentan dos soldados para sacar la bandera. Falucho la aprieta más contra sí haciendo escudo con su cuerpo.*) ¡Pero estáis locos! ¿Queréis deshonoraros con esa acción infame?

1<sup>er</sup> SOL. — Esta es la orden. ¡Entrega la bandera!

FAL. — ¡Jamás! ¡Viles traidores! ¿En vuestro pecho no late un corazón americano? ¿En vuestras venas no corre sangre americana? ¿No sois hijos de una tierra que lucha por ser libre, ó queréis vivir eternamente esclavos?

1<sup>er</sup> SOL. — Tú eres un esclavo; un negro insensato que pagarás con la vida tu temeridad. (*Se lanza sobre Carlos y ayudado por su compañero le quita el fusil.*) Y ahora, marcha á la muerte.

CAR. — (*Rechaza al soldado y abraza la bandera.*) Moriré, pero abrazado á mi bandera.

1<sup>er</sup> SOL. — Oye, negro estúpido. ¿Qué te importa á tí que se levante una bandera en vez de otra? ¿Por qué quieres defenderla á precio de tu vida? Entrégala y te salvarás.

CAR. — Oye, tú, que me llamas negro estúpido: La defiendo porque en ella defiendo á mi patria, me resisto á entregarla porque ese es mi deber, y muero por ella porque aprendí á morir libre antes que vivir esclavo.

VOCES INTERNAS. — ¡Se resiste á entregar la bandera! ¡Muera! ¡Que muera Falucho!

CAR. — (*Se hinca, se quita el morrión y exclama con entusiasmo.*) ¡Con mi bandera, y por mi patria! ¡Viva Buenos Aires! (*Los dos soldados se precipitan sobre él, luchan un momento, lo arrastran; Carlos se resiste, pero acaban por llevarlo, siempre con la bandera abrazada, que en la lucha, el 2º soldado habrá podido desprender.*)

D. MAN. — ¡Carlos, Carlitos querido! (*Llorando de emoción; á don Francisco.*) ¿Le perdonas ahora?

D. FRAN. — (*Emocionado.*) Sí, sí; que venga en seguida.

### ESCENA ÚLTIMA

DICHOS, CARLOS Y DOMINGO *traído de la mano por Carlos ;  
éste se echó á los pies de Domingo*

LOS NIÑOS — *(Gritando)*. ¡ Viva Falucho, viva !

DOM. — Levántese niño; mire á su señor padre y á su señor abuelito.  
*(Francisco y Manuel, tienen los brazos abiertos. Carlos se lanza hacia ellos ; forman grupo.)*

D. FRAN. — Ahora nos dirás de qué manera has sabido encontrar un camino tan directo para obtener el perdón.

CAR. — *(Mostrando el retrato de Falucho)*. Aquí, en este retrato. Y ahora, papá, para completar mi obra, deseo un favor.

D. FRAN. — ¿Cuál ?

CAR. — Desde hoy deseo llamarme Falucho.

D. FRAN. — Concedido, hijo mío; te llamarás Falucho.

PEPE. — Papá, yo también quiero llamarme Falucho.

ALF. — Y yo también.

D. FRAN. — Hijos míos, no puede haber tantos Faluchos en la familia. Pero acuérdate Carlos, que no es el nombre que hace al hombre glorioso, sino las acciones de éste que hacen glorioso al nombre. Y ahora vamos todos al balcón. *(En este momento, la música que desde hace rato se había oído desde lejos, prorrumpe, como si pasara debajo del balcón, tocando el himno nacional.)*

CAR. y LOS NIÑOS — *(Alborotados, palmotean y gritan.)* ¡ El himno ! ¡ el himno nacional ! ¡ Viva, viva ! ¡ Viva el himno ! ¡ Viva el 25 de mayo ! *(Se precipitan al balcón ; luego, sobrecogidos de respeto, se detienen y entonan en coro el himno ; mientras, baja lentamente el telón.)*





## ¿TRIUNFO?

### PERSONAJES

**DON SEBASTIÁN**, abuelo de  
**GABRIEL**, jovencito de 15 á 17 años.



## ¿TRIUNFO?

Saloncito sencillo y elegante; dos puertas laterales; escritorio á la derecha (del actor), piano á la izquierda; sillas, sillones y un espejo, frente al público. Un ramo de flores en un florero encima del escritorio.

### ESCENA PRIMERA

Gabriel entra por la derecha y dirige la mirada al reloj sobre el escritorio.

GABR. — Las ocho; hasta las nueve no empiezan... puedo darle otro repasito á mi monólogo conferencia. *(Se sienta junto al escritorio y toma de encima del mismo, un manuscrito que recorre con la vista moviendo los labios y haciendo ademanes como si estudiara; luego lo arroja.)* ¡Bah! ¿para qué? De memoria lo sé muy bien, no temo equivocarme. *(Se levanta y pasea nervioso.)* ¡Pero estoy nervioso! ¡no puedo estar quieto! *(Se detiene pensativo.)* ¿Y si en vez de ser un triunfo... fuera... un fracaso ante el público? *(Hace unos pasos muy agitado, luego se sienta.)* ¡Yo que aspiro á ser poeta!... ¡que es la esperanza de mi vida! *(Se levanta.)* ¡No! un fracaso no puede ser. ¡Vaya una idea! Si de todas las composiciones presentadas en el concurso por mis condiscípulos, en-

tre las pocas premiadas la mía es una de ellas, y me cabe el honor de recitarla casi como apertura de la fiesta, puesto que es el número que sigue al discurso. El director del colegio tal honor no le concediera si tal honor no mereciera. *(Con brío.)* Conque así desechemos todo temor y tengamos esperanzas de un triunfo también ante el público, ó por lo menos de un éxito que me permita esperar en el porvenir. Yo me hubiera conformado con el segundo premio... y hasta... con el tercero... aunque sabido es que todos aspiramos al primero. Y precisamente ése es el que... vaya he tenido suerte; ¿cómo suerte? si le adjudicaron tal premio es porque la composición lo merece, si lo merece, es justicia, si es justicia no es suerte. *(Resuelto.)* Vamos, pues, nada de nervios ni de ceño; serenidad y alegría que al hombre alegre Dios lo ayuda. *(Canturreando alegremente se dirige al espejo.)* Démosle un último golpecito de mano á mi toilette y luego en marcha á conquistar el laurel inmarcesible de la gloria... *(toma un cepillo y comienza á cepillarse)* ó los no menos inmarcesibles silbidos del... *(Dejando de cepillarse.)* ¿Silbidos? ¡No sería un mal estreno literario el mío! ¿Á ver? *(Silba.)* ¡Brr!... siento escalofríos. *(Se deja caer en una silla en actitud cómica de abatimiento.)* ¿Cómo para pegarse un tiro! *(Reaccionando se levanta.)* ¿Pero en qué diablos estoy pensando? ¿No he dicho: serenidad y alegría? Cantemos, pues, para alejar todo pensamiento turbador. *(Cantando vuelve al espejo; observándose.)* Tengo el semblante algo fatigado; se nota que estoy nervioso. *(Silba; saca del bolsillo un estuchecito y de éste un peine pequeño.)* Voy á cambiar de peinado á ver si me favorece más. *(Mientras se peina sigue canturreando.)*

## ESCENA II

DICHO Y DON SEBASTIÁN

Por la derecha entra don Sebastián, anciano de figura noble y porte distinguido; lleva pera y cabellos algo largos enteramente blancos; viste traje de casa y lleva gorra; se apoya en un bastón y arrastra una pierna al caminar.

D. SEB. — *(Se detiene en la puerta observando á Gabriel.)* ¡Vean al coquetón! *(Aparte.)*

GABR. — (*Después que se hubo peinado, se aleja para observarse mejor al espejo.*) ¡Peor que peor! No me gusta. No tiene nada de artístico. (*Se pasa la mano por la cabeza y se peina con los cabellos echados hacia atrás dejando libre la frente.*)

D. SER. — (*Aparte.*) ¡Pero habríase visto coquetería semejante? ¡Ni que fuera mujer!

GABR. — ¿Á ver así? Me gusta más. Tampoco es artístico que digamos... pero es más natural, y nada hay mejor que lo natural.

D. SER. — (*Golpeando fuerte el bastón.*) ¡Bravo! muy bien dicho.

GABR. — (*Volviéndose.*) ¡Ah! ¿Había sido usted, abuelo?

D. SER. — Sí, había sido... es decir soy yo, yo mismo en persona. (*Avanza al proscenio.*)

GABR. — (*Avanza y se planta delante de don Sebastián.*) Señor don Sebastián, míreme usted bien y dígame con franqueza, ¿qué cara tengo?

D. SER. — (*Con seriedad cómica, se pone los lentes y mira á Gabriel.*) Señor don Gabriel, con franqueza, me parece que... la de todos los días.

GABR. — Vamos, abuelito, no se burle usted de mí. Dígame seriamente, ¿tengo buen semblante? ¿me sienta bien este peinado?

D. SER. — (*Con fingida severidad.*) ¡Pero véanlo á este mocoso! ¿Desde cuándo, mi señorito, ha sacado usted á relucir tanta coquetería? (*Acercándose y dando repetidos golpes de bastón.*) ¿Eh? Responda. Ya sabe que esto no reza conmigo, que soy partidario de lo sencillo, de lo natural; porque como usted mismo acaba de decir no hay nada mejor. ¿Ya lo ha olvidado? ¿eh? ¡Conteste, pues!

GABR. — (*Mortificado.*) Vaya, abuelo, buen momento ha elegido usted para reñirme.

D. SER. — (*Suelta una carcajada.*) ¡Ja, ja, ja! No ves, mi hijo, que es pura broma. (*Agarrándole de la barba.*) Está usted lo más buen mozo; tiene una carita de angelito; y si aquí tuviera usted un par de bigotitos, ¿quién sabe cuántos corazones no se robar... (*Dándose una palmada en la boca.*) ¡Qué estaba yo por decir ahora! (*Con enojo y dirigiéndose al escritorio.*) Si nosotros abuelos nos volvemos chochos con los nietos y no sabemos decir más que tonterías. Venga aquí, mi hijito. (*Sacando una flor de entre el ramo sobre el escritorio.*) Voy á colocarle esta florcita en el

ojal. *(Se la coloca.)* Así... ya está. Vaya á mirarse al espejo á ver si le gusta, ¡coquetuelo!

GABR. — Gracias, abuelito. Pero no crea que tan en serio me preocupe mi *toilette*; esto lo hago para distraerme. ¡Si supiera cómo estoy de nervioso!... *(Apoya una mano de don Sebastián sobre su corazón.)* Escuche, abuelito, escuche. ¿Siente qué palpitaciones?

D. SEB. — Malo, hijo mío, malo. Ya te he dicho que debes tener serenidad, mucha serenidad.

GABR. — Hago lo posible, pero...

D. SEB. — ¿No estabas tan seguro de tí mismo?

GABR. — Seguro... seguro... lo estaré después de terminada la fiesta.

D. SEB. — Eres muy impresionable. Piensa que no es la primera vez que recitas ante el público.

GABR. — Pienso que es la primera vez que recito una obra mía.

D. SEB. — Si no la hubieran juzgado de mérito, no lo habrían permitido. Y ya ves que el fallo del jurado le ha sido más que favorable.

GABR. — Pero falta el fallo del público. Y usted comprende, abuelo, que puede depender de la causa más insignificante el fracaso del éxito. Una sonrisa burlona, una palabra despectiva, una alusión cualquiera puede turbarnos, provocar una excitación nerviosa que impide la claridad de la voz, ofusca el cerebro y falta la memoria.

D. SEB. — Haz oídos sordos y ten miradas ciegas.

*(Gabriel va á replicar, pero se vuelve al oír unos golpecitos dados en la puerta por el criado.)*

D. SEB. — Adelante.

CRIA. — *(Entra con una carta sobre una bandeja.)* Una carta para el señor Gabriel. *(Éste recibe la carta, el criado se inclina y vase.)*

GABR. — *(Mirando el sobre.)* ¡Qué letra tan rara! Vea, abuelito.

D. SEB. — *(Se pone los lentes y mira.)* ¡En verdad, es esta una letra bien estrafalaria!...

GABR. — ¿De quién será?

D. SEB. — No puedo adivinarlo. Pero oye: mejor será que la leas después, cuando vuelvas.

GABR. — ¿Cuándo vuelva? ¿no faltaba más!

D. SEB. — Escucha el consejo de un viejo. Estos no son momentos de leer cartas.

GABR. — Vaya, abuelito, que sentencioso está usted. Ya nos podemos imaginar lo que será. Una cartita de algún profesor mío, ó con-discípulo, ó pariente ó amigo, que me felicita... que me envía un saludo y que me exhorta á tener ánimo; no puede ser otra cosa; dejar de leerla sería un desaire. (*Todo esto dicho con rapidez y tratando de apoderarse de la carta.*) Démela, abuelito, démela pronto... pronto que se va haciendo tarde.

D. SEB. — (*Remedándolo.*) Pronto, pronto, pronto. Tome, léala, pólvora.

GABR. — (*Abre el sobre con gran nerviosidad, corre á la firma; con asombro.*) ¡Sin firma!

D. SEB. — ¿Sin firma? No leas. (*Trata de arrebatarse la carta.*)

GABR. — (*Se aleja y lee con la vista demostrando en la alteración del semblante la impresión penosa de la lectura; terminado que hubo la estruja con ira.*) ¡Miserable!

D. SEB. — ¿Qué fué?

GABR. — (*Con voz temblorosa por la ira.*) Tome, lea. (*Mientras don Sebastián lee, Gabriel observa la letra del sobre, con atención; terminada la lectura, se da una palmada en la frente sonriendo amargamente, como habiendo reconocido la letra.*)

D. SEB. — (*Leyendo.*) « Á Gabriel Márquez: Un ex amigo suyo que le recuerda sin ningún aprecio ni cariño pero que le compadece, le advierte que hoy recitando su monólogo-conferencia ó conferencia-monólogo, pues no se sabe lo que es, será aún más ridículo de lo que siempre ha sido, ante las manifestaciones hostiles del público, quien no se deja engañar por la cháchara de cuatro versos mal escritos y peor dichos; y no espere recompensa alguna para su composición, la cual por sólo mérito de recomendaciones le fué aceptada y por sólo mérito de las mismas le han permitido recitarla en público, prometiéndole un premio que usted no recibirá, pues, el jurado sensato y justo no le adjudicó ninguno.

« Una última advertencia: Su ex amigo, acompañado por diversas personas que le aprecian á usted en lo que vale (*hablado*) — esto subrayado — (*Gabriel hace ademán de que siga la lectura*) tendrá el placer de asistir á su inevitable fracaso, si es que se atreve á presentarse al público. »

(*Con calma.*) ¡Qué grosería!

GABR. — ¿Usted no se imagina quién es?

D. SEB. — ¿Yo? (*Mirando la carta.*) No acierto.

GABR. — Pues yo, sí.

D. SEB. — ¿Le conoces?

GABR. — Sí, y usted también.

D. SEB. — ¿Estás seguro?

GABR. — Segurísimo. Conozco quien es; primero, por la forma grosera en que está redactado el billete; solamente él, ese indigno de la amistad y del cariño que siempre le hemos demostrado, puede ser tan falto de inteligencia, de educación y de gratitud manifestándose tan malvado. Y segundo... lea aquí, abuelo, (*poniéndole debajo de los ojos el sobre*) «Ciudad». (*Don Sebastián mira con atención.*) ¿Á quién le recuerda esta letra? Y fíjese en la raya ondulada debajo de «Ciudad». (*Don Sebastián hace un signo negativo con la cabeza.*) Pero si aquí en su escritorio todavía usted guarda sobres de esa persona. (*Va al escritorio, febrilmente abre un cajón, lo revuelve, saca un sobre y lo lleva á don Sebastián.*) Mire. ¿No es igual, idéntica la letra y la raya?

D. SEB. — (*Después de haber cotejado los sobres.*) ¡Ah! ¡ya caigo! ¿y cómo no? Claro, hombre, es él.

GABR. — ¿Ha visto? toda la letra ha sido alterada, pero aquí se ha olvidado de hacerlo. ¿Es tanta la costumbre! ¿Qué bajeza, Dios mío! ¿qué bajeza! Jamás hubiera creído yo que en el mundo existieran seres tan viles. ¿Qué le decía, abuelo, hace un momento? cantemos victoria terminada la fiesta. (*Pasea agitado y pensativo.*)

D. SEB. — ¿Qué piensas hacer ahora?

GABR. — Contestar inmediatamente, ya que sabemos con certeza de quien es el anónimo.

D. SEB. — (*Serio.*) ¿Y qué vas á contestar?

GABR. — (*Sentándose al escritorio y disponiéndose á escribir.*) Ya lo verá, abuelito, ya lo verá usted. (*Escribe con rapidez febril.*)

D. SEB. — (*Se sienta.*) ¡Vaya el ratito que nos da la cartita esa! Se extravían tantas cartas y de utilidad... bien pudo haberse extraviado ésta. Mas no, ella llegó á su destino como llegan siempre las malas noticias. Pero mientras no se me acobarde el muchacho y no salga desairado, poco me aflige esta grosería cobarde. Estoy por decir que experimento una cierta satisfacción... así como la

que se prueba ante un disfrazado que se quite la careta. Siempre nos satisface saber con quién hablamos y siempre es útil saber quiénes son nuestros enemigos. (*Á Gabriel que se levanta.*) ¿Has terminado?

GABR. — Sí. (*Dándole la carta.*) Entérese; creo que después de leída ya no le quedarán ganas á ese áspid ponzosoño, de manifestaciones hostiles, si tales intenciones lleva.

D. SEB. — (*Leyendo.*) « Señor Benjamín Gacé de Margo : Contesto á su inícuu grosería con un dicho vulgar, pero que viene muy al caso : « Maldición de burro nunca alcanza. » Esto lo digo para que comprenda que su anónimo, tan poco anónimo, ningún efecto me ha causado de los que usted esperaba, y me siento tan sereno y seguro de mí mismo que alcanzaré el éxito deseado, mal que le pese; y usted y sus dignos acompañantes tendrán el desagrado de presenciirlo.

« No es extraño que usted se rebaje á cometer acción tan villana, puesto que manifiesta albergar en su corazón sentimientos tan mezquinos contra quien ha usado de las mayores atenciones para con usted, ayudándole en sus trabajos á fin de que saliera afroso y evitándole la humillación de saber la verdad poco agradable. Pero como usted no parece habituado á tratar con personas finas y cultas sino con cambalacheros de la peor especie, de la misma manera será tratado y le diré : que si su composición no fué aceptada es porque no servía, y no le concedieron tomar parte en la fiesta porque no puede hacerlo quien, como usted, carece por completo de inteligencia, y, por consiguiente, no haría honor al arte ni á las letras. En cuanto á su aprecio y á su cariño los estimo en tan poco que jamás los he solicitado. Tengo el aprecio y cariño de personas sensatas, inteligentes, nobles y cultas. ¿ De qué me serviría el suyo ?

« Una última advertencia y termino : Siendo el anónimo emblema de toda bajeza y cobardía, el que echa mano de semejante recurso para satisfacer una mezquina venganza, da una bien triste y lastimosa idea de sí, degradándose hasta el nivel de las víboras. Pues bien, como á las víboras, se le aplasta y se le escupe. Vale como recibo. » (*Pausa en la que se miran fijo don Sebastián y Gabriel ; éste con satisfacción, aquél, primero con asombro luego*

*con severidad.*) ¿Tú has escrito esto? (*Lentamente desgarró la carta y la arroja lejos de sí.*)

GABR. — Abuelo ¿qué hace?

D. SEB. — Ya lo ves. Esta carta es innoble, es indigna de tí; no son estos los sentimientos que yo te inculqué.

GABR. — Pero abuelo, ¿quiere usted que disculpe tanto agravio? ¿que no me defienda si me atacan? ¿que no hiera á quien me hiere?

¿Por qué no he de tener la nobleza de responder al insulto y el valor de una justa venganza?

D. SEB. — ¿Pero no comprendes, hijo mío, que procediendo así, tú te colocas al mismo nivel de ese fango que pretendes pisotear?

GABR. — ¿Y no comprende usted, abuelo, que para librarnos de la ponzoña de esos reptiles, hay que herirlos con sus propias armas, y sólo lo conseguiremos colocándonos á su nivel?

D. SEB. — No los hieras; no te cuides de ellos y pasa de largo.

GABR. — No puedo; la ofensa de la calumnia es demasiado profunda, el diente de ese áspid me ha mordido en la carne viva. ¡Aceptada mi obra por sólo mérito de recomendaciones y por sólo mérito de las mismas me permitieron recitarla en público, ofreciéndome un premio que no recibiré porque el jurado no le adjudicó ninguno! ¡Ningún premio! Siento brotar el odio en mi corazón enconado contra esa alma perversa que me hace temblar ante la perspectiva de un fracaso.

D. SEB. — Pero hijo mío, si tal cosa no puede ser. ¿No comprendes que esa carta es toda una vil mentira? ¿Acaso no está escrito aquí (*tomando un programa de encima del escritorio*) bien claro tu pseudónimo, el título de tu obra y el premio que ésta mereció?

GABR. — Sí, es cierto, es cierto. (*Con júbilo, luego con desaliento.*) ¿Pero cómo es posible inventar tales mentiras? ¿Y si esa carta dice la verdad? ¡Dios mío! si estos son los comienzos ¿qué será más tarde? (*Se sienta abatido.*)

D. SEB. — No pierdas la serenidad, hijo mío, y no te doblegues al primer soplo del huracán.

GABR. — (*Con voz apagada por el pesar.*) ¡Usted lo sabe, abuelo, lo sabe! los estudios, los trabajos, los desvelos que cuesta conseguir un éxito que sea el primer escalón firme de un porvenir! Y yo que esperaba conseguirlo, que tenía la certeza del éxito, he

ahí un sér vil, que con su mezquina envidia pretende destruirlo. Es cruel, es cruel. Siento que me vuelvo malo y necesito esa carta desgarrada para lanzársela al rostro y decirle que le aborrezco.

D. SEB. — ¡Ay! ¡pobre niño! jamás gozarás tú de ese único bien que nos satisface en la vida: la paz del alma; si á cada agravio que recibas de los hombres respondes con gritos de odio y de venganza. (*Gabriel con la cabeza apoyada en las manos no responde, don Sebastián se sienta.*) Oye, Gabriel: en la segunda parte del programa ¿no tienes otro número? (*Con mucha calma armando un cigarrillo.*)

GABR. — (*Maquinalmente.*) Sí, en la comedia. ¿Por qué?

D. SEB. — En esa comedia, ¿no debes recitar una poesía?

GABR. — Sí, la que usted mismo me enseñó.

D. SEB. — Si mal no recuerdo su título es, *Á un joven poeta*, ¿no?

GABR. — Sí, abuelo.

D. SEB. — Y su autor, José Antonio Sofía, ¿verdad?

GABR. — (*Con impaciencia.*) Sí.

D. SEB. — Házmelo el favor de recitarla.

GABR. — (*Asombrado.*) Abuelo, usted se chancea.

D. SEB. — Hablo con toda formalidad, y te pido hagas el favor de obedecerme.

GABR. — Pero cómo quiere usted que en este momento...

D. SEB. — Supongo (*mirándole fijo y recalcando las palabras*) que no piensas faltar á tu compromiso.

GABR. — ¿Faltar? (*Con ironía y risa forzada.*) ¡Ja, ja, ja! ¡Bueno fuera que faltara! ¿Para dar satisfacción y contento á esa alma angelical? No, no faltaré y sabré humillarlo con mi triunfo y luego con mi burla y mi sarcasmo.

D. SEB. — (*Lo mira largamente, luego mira el reloj.*) Ocho y treinta; tienes tiempo de recitar esa poesía; servirá para distraerte. Comienza. (*Gabriel se levanta, avanza, mas no puede comenzar; don Sebastián lo mira severo.*) Escucho.

GABR. — (*Comienza á recitar turbado, cohibido, con ceño como quien lo hace por fuerza; poco á poco se serena, se entusiasma y ya dueño de sí, recita con soltura, con voz clara, firme, y sobre todo con naturalidad y termina sonriente y tranquilo.*)

Á UN JOVEN POETA

Mal sientan en tus labios juveniles  
La burla y el sarcasmo;  
; No que alientes el mal, que lo aniquiles  
Te manda tu entusiasmo !

Conozco tu amargura, á tu despecho  
Claras disculpas hallo;  
Mas... también tengo un áspid en el pecho  
; Y como tú, no estallo !

; Si supieras de muertos y de vivos,  
Cuántos enconos tuve !...

; Pasaron ya, pasaron fugitivos,  
Cual sombras de una nube !...

Triunfé del mal, y si antes de mi labio  
Brotaba acerbo encono,  
Hoy disculpo y olvidó todo agravio,  
; Y en vez de herir, perdono !...

Es mi deber y el tuyo; es el de todos !...  
Si en vengar una herida  
Hay nobleza y valor, de todos modos  
Más grande es quien la olvida !

No aborrecen las aves á los hombres  
Aunque les mueven guerra !...

; Cómo las aves canta y no te asombres  
De nada de la tierra !

Da el árbol alimento y hospedaje  
Al infeliz labriego;  
; Y él derriba su tronco  
Para arrojarlo al fuego !

; Qué aguardas de la tierra ó qué ambicionas ?  
Todo en ella es falsía.

Sus halagos, sus triunfos, sus coronas,  
No duran lo que un día !

; Sigue sembrando amor y haciendo bienes !  
No tema tu heroísmo

Ni ingratitud, ni engaños, ni desdenes,  
Abortos del abismo !

Al alma prevenida el mal no hiero  
Ni á amedrentarla alcanza...  
El alma triunfa cuando todo muere :  
; Y el alma es la esperanza !...  
; Que un baluarte en la lucha nos derribe  
La suerte, no es bastante !  
; Mengua es temblar !... En tu bandera escribe :  
; Adelante ! adelante !...  
; Hacen envejecer los desengaños  
De una fatal estrella,  
Mas no envejece el alma con los años,  
Ni hay muerte para ella !  
Muere el barro no más; cuando á la altura  
El ánimo se eleva,  
Deja el dolor y encuentra la ventura  
Tras la mundana prueba...  
Muere el barro... ; y al alma qué le importan  
Las iras de la muerte ?  
Si ellas las penas del vivir le acortan  
; Hasta morir es suerte !...  
Es el amor un sueño de ventura  
Y de esperanza grata,  
Y el odio, abismo que en su sombra obscura  
Todo lo envuelve y mata.  
; Ser bueno es ser feliz !... Del heroísmo  
Aspira la corona,  
Y, para estar en paz contigo mismo  
En vez de herir, perdona !

(José Antonio Sofía.)

D. SEB. — *(Lo habrá seguido atentamente con la mirada observando el efecto y aprobando con gestos y ademanes, sobrios, algunos pasajes de la poesía. Al terminar aplaude con entusiasmo.)* ; Muy bien !  
; Bravo ! Te profetizo un gran éxito. Veo con placer que esta bella poesía ha tenido la virtud de disipar la nube de odio que se adensaba en tu corazón y de serenar tu espíritu. Así lo deseaba yo.

GARR. — (*Risueño.*) Sí, abuelo; esos hermosos versos fueron bálsamo de infinita bondad; cicatrizaron la herida, devolvieron el valor por un instante perdido y alejaron de mí toda idea de in-noble venganza.

D. SER. — ¿Quieres aún vengarte?

GARR. — Sí, pero con sólo pocas palabras. (*Escribe rápidamente y da á don Sebastián el papel.*)

D. SER. — (*Leyendo.*) « Sé que eres tú; mas, te perdono y aun te amo. » Es más de lo que yo pedía; pero si así lo dicta tu corazón, está bien. (*Devuelve el billete; Gabriel lo pone en un sobre y escribe el nombre.*)

GARR. — Se lo mandaré allí mismo por el portero.

D. SER. — Gabriel, es hora de que marches. (*Se levanta y dándole un golpecito en el hombro.*) ¡Y ánimo mi futuro poeta! Yo te esperaré levantado para saber cómo te ha ido; ó si no, oye, Gabrielito mío, ¿quieres darme un gran gusto?

GARR. — Diga, abuelo.

D. SER. — Como el salón sólo dista de aquí una *cuadra*, apenas hayas terminado tu primer número, que es el que más nos interesa, te vienes de una carrerita á contarme el éxito, porque tengo la certeza de que será un éxito el tuyo, ¿oyes? (*Acariciándolo.*) Y cuando yo te lo digo puedes creerlo.

GARR. — Lo ha pensado usted muy bien, abuelo. Me marcho en seguida y apenas termino, cuatro brincos para traerle la noticia y otros cuatro para volver allí. ¿Dónde estará mi sombrero? ¡Ah! aquí está. (*Va al espejo se acomoda el cabello, da un vistazo á su persona, afirma el ramito en el ojal y se pone el sombrero.*)

D. SER. — Vámonos, vámonos... no se acicale tanto, buen mozo.

GARR. — (*Sonriente y dirigiéndose á la puerta.*) Siempre tiene ganas de bromear usted, abuelo. ¡Ah! (*Volviendo, toma de encima del escritorio el manuscrito.*) Esto es preciso llevarlo por si acaso... (*Abriendo los brazos.*) Don Sebastián, venga un abrazo.

D. SER. — (*Abrazándolo.*) Ahí va, don Gabriel. (*Apoyando una mano sobre el corazón de Gabriel.*) ¿Y este reloj, cómo anda? Parece que con bastante regularidad. Así me gusta. Ahora, en línea! (*Gabriel se yergue con los brazos á lo largo del cuerpo.*) ¡Arma al hombro! (*Gabriel con rapidez apoya el rollo del manuscrito en el*

*hombro.) ¡Media vuelta! (Agarrándole por el hombro le hace dar media vuelta.) Marche al fuego de la batalla (lo empuja) y vuelva con el escudo ó sobre el escudo.*

GABR. — *(Ya en la puerta se vuelve y grita.)* Con el escudo.

### ESCENA III

D. SEBASTIÁN, solo

D. SER. — Lo espero. *(Se queda mirándolo complacido; de pronto le envía un beso con los dedos.)* ¡Querido muchacho! *(Volviendo al proscenio.)* ¡Bastante sereno está sí!... Lo que es yo... no las tengo todas conmigo. ¡Cómo me late el corazón!... ¡Y qué desasosiego tengo!... Parece que tuviera fiebre. *(Dando un fuerte golpe de bastón.)* Pero dicho sea en honor de la verdad; eso se llama ser canalla. Se les perdona porque es bello perdonar y es noble, pero amarlos no, no se puede amar á quien se ha hecho digno del desprecio. *(Se sienta en el sillón; toma un libro ó un diario de encima del escritorio y lee volviendo las hojas con aire distraído, luego lo arroja nerviosamente.)* ¡Ya, ya! Como para lecturas estamos. *(Mira su reloj.)* ¡Solamente!; no puede ser! *(Lo acerca al oído.)* Sí, marcha. *(Lo echa al bolsillo y se levanta.)* ¡Ah! ¡qué largo es el tiempo en la espera! *(Camina agitado.)* Si esta dichosa pierna con su reuma no me tuviera en casa clavado... Estoy tan nervioso ó más que mi Gabrielito. Y es extraño en mí esta agitación... yo siempre tan calmoso... tan sereno... Pero esto bien se comprende... es cosa muy natural. Nosotros, abuelos, no sentimos conmoción alguna por nosotros mismos, estamos acorazados y resistimos á todos los ataques, pero en cuanto nos tocan á nuestros nietecitos, sentimos hervir la sangre como muchachos. ¿Qué haré para que el tiempo me parezca más breve? ¡Si á lo menos supiera tocar el piano! Pero después de cinco años de estudio ni siquiera aprendí pasablemente una mala mazurca. Vamos á ver si á lo menos tocamos la gran *aria* de los loros. « Me gustan todas... » aunque sea con un solo dedo. *(Arrastra el sillón hasta el piano, se sienta en él y toca con un solo dedo cantando.)* « Me gustan todas, me gustan todas en general; pero la rubia, pero la rubia... pero la

rub... » (*Se detiene y escucha; de pronto vuelve la cabeza hacia la puerta.*) Me había parecido... (*Saca el reloj lo consulta, vuelve á acercarlo al oído, menea la cabeza y lo echa al bolsillo; saca un cigarrillo, lo enciende, echa dos ó tres bocanadas de humo, se recuesta en el sillón, extiende el brazo y vuelve á tocar el piano y á cantar, suspendiendo una ó dos veces para prestar oído y mirar hacia la puerta.*) Me gustan todas... me gustan todas en general, en general; pero la rubia, pero la rubia... me gusta más, me gusta más. (*Vuelve á repetir lentamente y bostezando, hasta que vencido por el sueño deja caer la cabeza en el respaldo, cruza las manos en el pecho y se queda dormido; breve pausa.*) *Toda* » (*La voz de Gabriel.*) ; Abuelo, abuelo!

#### ESCENA IV

#### DICHO Y GABRIEL

Gabriel entra corriendo y sin sombrero; está radiante; ostenta sobre el pecho una medalla de oro y lleva un ramito de flores en la mano. Al principio habla agitado por haber corrido.

GABR. — ¡ Triunfo, triunfo!

D. SER. — (*Á los gritos se levanta como por resorte y se precipita al encuentro de Gabriel.*) ¿ Triunfo has dicho, mi hijito?

GABR. — Sí, abuelo. Triunfo sobre toda la línea. (*Señalando la medalla.*) Aquí está el escudo.

D. SER. — ¡ El escudo! ¿ éste?

GABR. — Sí, la medalla de oro; el primer premio. Y éste (*mostrando el ramito*) mi primer gajo de laurel.

D. SER. — (*Lo abraza conmovido.*) ¡ Oh! ¡ mi hijito! Casi no puedo creer á mis propios ojos. Ven, ven, querido niño, siéntate aquí y cuéntame como fué. (*Se sienta en un sillón después de haber colocado al lado una silla para Gabriel.*)

GABR. — (*Se sienta.*) Apenas llego, subo al escenario, miro por el telón, y descubro al amigo sentado en una de las primeras filas acompañado por varios individuos con caras poco satisfactorias para mí. Doy el billete al portero y le señalo á quien debe ser

entregado. No tuve tiempo de enterarme del efecto que le produciría á mi buen amigo, porque inmediatamente el director nos dispone á todos en la escena; comienza la orquesta y arriba el telón. Después del discurso de apertura del director, salgo yo. ¡Ay, abuelo! ¡qué temblor tenía! ¡cómo me flaqueaban las rodillas! Y el corazón palpitaba que parecía querer ahogarme; tenía la boca seca, la lengua pegada al paladar, mas, ya no era posible retroceder, había que avanzar y avancé; pero como un sonámbulo y con los ojos fijos en un solo punto del salón. De pronto estalla en la sala un nutrido y prolongado aplauso. Esta demostración benévola y alentadora del público me infunde valor y comienzo, pero con voz temblorosa, con acento inseguro... con actitud cohibida. Mas, ante la horrible idea de un posible fracaso siento afianzarse mi espíritu, recobrar la serenidad perdida y despejarse mi memoria por un momento ofuscada. Y entonces en actitud resuelta me adelanto, y con voz firme, con dicción clara, prosigo con ánimo inspirado, enardecido, vibrante de entusiasmo, seguro de la victoria.

Termino la primera parte, resuena en la sala un primer bravo, estalla un segundo aplauso y oigo al director, á profesores y condiscípulos que me susurran: « Bien, bravo, adelante. » (*Se levanta.*) Sí, adelante; y proseguí con el ardor del entusiasmo que, cual llamaradas de fuego, me invadía el corazón y el cerebro dando á mi voz, á mi acento, modulaciones y vibraciones intensas, nuevas, desconocidas para mí, que yo sentía comunicarse al público como eléctrica corriente. « Bien, bravo », decían en la sala y « bien, bravo », repetían mis maestros y compañeros; y al final, como el fragor del trueno que estalla en el espacio, así estallaron en el salón los aplausos, nutridos, prolongados, unánimes.

Y en medio de esta hermosa demostración que me emocionó hasta las lágrimas, una dama me arroja una espléndida guirnalda de flores; mientras tanto, el director se adelanta y con breves y bellas palabras me presenta el premio, y aquí lo colocó: Éste es el escudo de mi primera victoria y éste, mi primer gajito de laurel.

D. SEB. — (*Que habrá seguido el relato con la mayor atención y se habrá levantado, aplaude entusiasmado.*) ¡ Bien, bravo! ¡ Así tenía que ser! ¡ cuánto me alegro! (*Emocionado se vuelve á sentar.*) ¡ Bien, muy bien!

GABR. — (*Se arrodilla y le coloca el ramito en el ojal.*) Es para usted, abuelo; permítame engalanarlo con mi primer triunfo.

D. SEB. — (*Enternecido.*) Gabrielito mío, ven aquí, aquí á mis brazos. (*Lo abraza y lo besa con cariño.*) ¡Y no haber podido asistir á tan bella fiesta!... (*Lloroso y despechado se levanta golpeando fuerte el bastón.*) ¡Es tener poca suerte!

GABR. — ¡Abuelo, usted llora?

D. SEB. — ¡Yo? (*Volviendo la cabeza y secándose rápidamente los ojos.*) ¡Llorar yo? ¡un veterano de la vida! ¡no faltaba otra cosa! (*Caminando para ocultar su emoción.*)

GABR. — (*Siguiéndolo.*) Sí, abuelito; usted está enternecido.

D. SEB. — Te digo que no, chicuelo obstinado.

GABR. — Vamos, abuelo (*con mimo*), ¿por qué quiere negarlo?

D. SEB. — Si no lloro... te repito. (*Con voz temblorosa por la emoción.*) No sé llorar. (*Golpeando el bastón y volviéndose hacia Gabriel.*) ¡Y aunque así fuera? ¿qué tendría eso de particular? ¡Ya no le será permitido á un pobre abuelo derramar dos lagrimillas cuando... cuando... (*se suena fuerte la nariz*) en ciertos momentos... (*Cambiando de tono.*) Porque sí, es verdad, lloro... (*Agarrándole de la barba.*) Me haces llorar, mi regalón, mi picaruelo, me has emocionado de gozo... de... de... (*Golpeando el bastón y volviéndose con enojo.*) ¡Ay! ¡qué tontos somos los abuelos!

GABR. — (*Echándole los brazos al cuello por detrás y besándolo.*) ¡Ja, ja, ja! ¡Qué buenos son los abuelos, qué buenos! Aun cuando quieren ser malos. (*Ríe.*) ¡Ja, ja, ja!

D. SEB. — Te ríes de mí, ¿no? ¡Bribonzuelo! (*Dándole una palmadita en la mejilla.*) Bueno, basta de bromas. Debes volver al salón por tu segundo número.

GABR. — ¡Es verdad! Lo había olvidado. Hasta luego, abuelo, ó has ta mañana; ahora bien puede acostarse y dormir tranquilo.

D. SEB. — ¿Dormir? ¿Te parece á tí que se pueda dormir con semejantes noticias en el cuerpo?

GABR. — ¿Qué va á hacer entonces?

D. SEB. — Esperarte levantado.

GABR. — Se va á cansar y aburrir.

D. SEB. — No lo creas; me distraigo mucho cantando la gran aria de los loros. (*Cantando con voz esplayada y gruesa.*) « Me gustan

... todas, me gustan todas en general... » Anda, anda, hijo mío, no te des pena por mí.

GARR. — (*Dándole un abrazo.*) Abuelo, hasta luego.

D. SEB. — Hasta lue... ¡Ah! ¿Y los de la cartita?

GARR. — (*En la puerta.*) No dieron señales de vida y... (*soplando sobre la palma*) se evaporaron.

D. SEB. — Te profetizo un segundo éxito.

GARR. — Gracias, abuelo. Adiós. (*Vase.*)

## ESCENA ÚLTIMA

D. SEBASTIÁN, solo

D. SEB. — (*Sentencioso.*) ¡Maldición de burro nunca alcanza! Será un refrán muy vulgar, pero dicho sea en honor de la verdad, muy verdadero. (*Se sienta al piano y comienza de nuevo á tocar y á cantarrear.*) Me gustan todas, me gustan todas en general... en general. (*Mientras, baja el telón.*)

## DIÁLOGOS





# El bombero + el soldado ++ y el vigilante

Decoración : una calle.

## ESCENA ÚNICA

El Vigilante, parado en el fondo, junto al foro, como si estuviera de facción en una esquina.

El Bombero, entra presuroso por la derecha y se cruza con el soldado, quien entra apresuradamente por la izquierda; los dos al cruzarse chocan hombro con hombro; se vuelven dirigiéndose miradas rencorosas.

SOLD. — (*Entre dientes.*) Había de ser bombero para llevarse todo por delante.

BOM. — (*Idem.*) Había de ser soldado para atropellar. (*Vuelven pasos atrás y se encuentran de frente.*)

SOLD. — (*Con sequedad.*) Dispense, amigo, ¿qué es lo que ha dicho?

BOM. — ¿Yo? nada. Perdone, amigo, usted es el que ha dicho...

SOLD. — ¿Yo? Se ha equivocado usted.

BOM. — Entonces seguiré por mi camino.

SOLD. — Y yo por el mío. *(Se vuelven la espalda y se dirigen una mirada de desprecio.)* ¡ Soberbio !

BOM. — ¡ Orgulloso ! *(Hecho unos pasos, los dos á un tiempo se vuelven y se miran de través; vuelven rápidamente la cabeza, hacen un paso, se detienen y como impulsados por una misma idea se vuelven de pronto, avanzan y de nuevo se encuentran de frente.)* Dígame amigo, ¿ por qué me ha dirigido esa mirada de través ? No me lo niegue porque le he visto.

SOLD. — *(Casi al mismo tiempo.)* Amigo, ¿ por qué me ha mirado con esa mirada atravesada ? No diga que no, porque le ví. *(El diálogo siguiente dígase con toda rapidez.)*

BOM. — La suya fué una mirada de desprecio.

SOLD. — Su mirada fué despreciativa.

BOM. — ¿ Tal vez porque visto uniforme de bombero ?

SOLD. — ¿ Quizás porque llevo uniforme de soldado ?

BOM. — Este uniforme merece el aprecio y el respeto de todo el mundo.

SOLD. — El mundo todo le debe respeto y aprecio á este uniforme.

BOM. — Y tú no lo haces, ¿ por qué ?

SOLD. — Ni tú tampoco, ¿ por qué ?

BOM. — Nadie lo hace ; nadie te considera.

SOLD. — No lo hace nadie ; te desprecian todos.

BOM. — Hace tiempo que lo noto.

SOLD. — Tiempo hace que lo advierto.

BOM. — Y esto debe acabar de una vez.

SOLD. — De una vez debe acabar esto.

BOM. — Porque es una ingratitud imperdonable.

SOLD. — Porque es una imperdonable ingratitud.

BOM. — Debemos ponernos de acuerdo para entendernos.

BOM. — Debemos entendernos para ponernos de acuerdo. *(Poco á poco han levantado de tal manera la voz, gesticulando, que llaman la atención del vigilante.)*

VIG. — *(Avanza y se interpone entre los dos.)* Calma, amigos, calma. ¿ Qué novedades son éstas ? Miembros de una misma familia disputándose y en la calle !... No es dar muy buen ejemplo.

SOLD. — Es que debemos ponernos de acuerdo sobre algunos puntos...

BOM. — Sobre algunos puntos debemos entendernos...

VIG. — ¡ Pss !... (*Imponiendo silencio.*) Si siguen ustedes hablando los dos á la vez, ¿ cómo se van á entender ?

SOLD. — (*Al bombero.*) Es verdad ; prometo no hablar mientras tú lo hagas.

BOM. — (*Al soldado.*) La misma promesa hago yo.

VIG. — Muy bien ; ya que les veo á ustedes en vía de reconciliación los dejo y me voy á mi puesto. (*Se retira.*)

BOM. — Comienza si quieres, te escucho.

SOLD. — ¡ Oh ! á tí, intrépido soldado del fuego, te toca ser el primero ; te oigo.

BOM. — Declino tal honor en el heroico soldado de la patria, en el abnegado defensor de la libertad.

SOLD. — Sigues insultándome con tu ironía. Mas dime, por tu honor : sin este humilde soldado que desprecias, ¿ tendrías tú una patria libre ? ¿ Vivirías tranquilo y seguro ? ¿ Disfrutarías de la paz ? Y el día en que ésta se quebranta y osa el extranjero invadir tu país, y pretende arrebatarte la libertad sujetándote á su yugo, ¿ quién, olvidando su apacible hogar, á los seres amados que deja en él, corre á defenderte y derrama sobre el altar del deber y del honor toda su sangre por conservarte el primer bien de la vida : la libertad, sino yo ? Es noble y santa mi misión sobre la tierra. ¿ Por qué no me aprecias ?

BOM. — Y tú, que pretendes humillarme con tu desprecio, dime por tu vida : ¿ sin este obscuro bombero, podrías reposar tranquilo bajo tu techo con la seguridad que te da mi abnegación ? Cuando se produce un incendio y amenaza propagarse y devorar tu vivienda destruyéndolo todo, ¿ quién acude presuroso á salvarla ? Yo. Y yo también abandoné mi apacible hogar, á seres queridos á quienes adoro, y con abnegación de héroe, sobre el mismo altar del honor y del deber, inmolo mi vida por salvar la del prójimo. Quizás es una hijita tuya, ó tu esposa, tal vez las dos á quienes arrebato de las llamas, devolviendo la dicha á tu corazón angustiado ; y al depositar ilesos en tus brazos á los seres que amas, tal vez expiro, dejando á los míos desamparados y el luto en sus corazones. Yo bien lo sé, mas no vacilo y sacrifico mi existencia por conservarte á tí el primer bien de la vida : la vida misma. ¿ No es noble y santa mi misión sobre la tierra ? ¿ Por qué me desprecias ?

VIG. — (*Avanza y se interpone entre los dos.*) ¡ Bravo ! Se han defendido bien los dos. Sí, noble y santa es vuestra misión sobre la tierra. A la tuya (*al soldado*) debes la grandeza del sacrificio por la noble causa de la patria ; á la tuya (*al bombero*) debes la sublimidad de la abnegación á la santa causa de la humanidad. ¿ Cómo pueden ustedes despreciarse ? ¡ Es imposible ! Este sentimiento hostil no puede ser más que aparente, son ustedes miembros de una misma familia ; por vuestras venas corre la misma sangre generosa y abnegada, no pueden, pues, menos de amarse y admirarse recíprocamente.

SOLD. — (*Tiende la mano al bombero con arranque de afecto.*) Es verdad ; perdóname si te he ofendido.

BOM. (*Ídem.*) ¡ Oh, hermano mío ! Tú debes perdonarme.

SOLD. — Y tú, que nos reconcillas ¿ cuál es tu misión ?

VIG. — ¿ Cómo ! ¿ no lo sabes ? Esta de reconciliar ; reconciliar siempre, ó por grado ó por fuerza.

BOM. — ¿ Ahí se detiene tu misión ?

VIG. — No, va más allá ; y aunque no es noble y santa como la vuestra, ella también merece aprecio y respeto ; porque ella también pide desprendimiento, pide abnegación y pide sacrificios. ¿ Quién soportando todas las inclemencias del tiempo, da al prójimo la seguridad de transitar libremente por las calles ? ¿ Quién le defiende de insultos y asaltos de malhechores ? ¿ Quién protege su casa contra ladrones y asesinos ? ¿ Quién vela por su tranquilidad ? Yo. Y también yo tengo un hogar, una familia á quien amo y quien me ama ! Y en los días aciagos de disturbios, de amotinamiento y rebeldías, también yo los dejo y corro con mis compañeros á restablecer el orden y la paz. No siempre vuelvo á mi hogar, porque no es raro que en cumplimiento de mi deber pierda la vida y deje yo también sin amparo á mi esposa, á mis hijos... ó á mi madre, y el luto en sus corazones. ¿ No es buena y generosa esta misión ? ¿ Quién sabe apreciarme ?

SOLD. Y BOM. — (*Á la vez, con arranque le tienden la mano apoyándole la otra en el hombro.*) Eres nuestro hermano.

VIG. — Sí, vuestro hermano soy ; nos amamos, nos apreciamos y nos admiramos los tres. Pero el prójimo, ese prójimo por cuya tranquilidad y salvación velamos ¿ por qué no reconoce él también

en cada uno de nosotros á un hermano sayo, y nos tiene en tan poco aprecio ?

BOM. — Sí, y es mucha ingratitud.

SOLD. — Una gran ingratitud.

VIG. — Y aun vosotros no podéis quejaros tanto como yo. El mundo tiene para vosotros momentos de grandes entusiasmos, de admiración delirante; y ésto os reconcilia con él. Pero en mí, pobre y obscuro sér á quien muy rara vez llega el momento de despertar en sus semejantes entusiasmo ó admiración, no quieren reconocer mis útiles servicios y nunca me recuerdan con aprecio ni cariño. ¡ Oh, si se realizara mi sueño !

SOLD. Y BOM. — ( *Á la vez.* ) ¿ Tá has tenido un sueño ?

VIG. — Sí.

SOLD. — Yo también.

BOM. — También yo.

SOLD. — Cuéntalo.

BOM. — Escuchamos.

VIG. — Soñé que, indignado nuestro cuerpo de vigilantes por tan negra ingratitud, se presentó en masa á pedir que le dieran de baja y luego se disolvió. Encontrando el jefe de policía muy justas y naturales nuestras quejas, é indignado á su vez contra los causantes de nuestro proceder, se negó á formar otro cuerpo de vigilantes y se retiró á disfrutar de mejor vida.

Pensando y obrando con justicia el gobierno, quiso dar al pueblo olvidadizo una lección de gratitud y resolvió hacer una proclama en la cual se manifestaba que, á partir de ese día ya no habría ni justicia ni agentes de policía. Cada cual se haría justicia como mejor le pareciera y velaría por sí y por el orden público. Abrieronse las puertas de las cárceles dando libertad á todos los presos, cerráronse todas las comisarias, juzgados de paz y el Departamento de policía.

Tales determinaciones causaron al principio tanta sorpresa, que á todos dejó atónitos no pudiendo creer en semejante enormidad; ni los muy honorables ladrones y asesinos se atrevían á poner en ejecución sus fechorías, creyendo aquello una mala broma; más al fin hubieron de rendirse á la evidencia. Lo que entonces sucedió es más para imaginarlo que para decirlo. Asesinatos, robos,

asaltos, extorsiones, se contaban por millares á diario, á pesar de haberse convertido cada casa en pequeño arsenal y cada persona en ambulante depósito de armas.

Aquello no era vida, imposible seguir de esa manera.

Los menos realizaron sus haberes y marcharon al extranjero; los más, no pudiendo hacerlo, se reunieron y formaron consejo en la mayor plaza de la ciudad; levantada la sesión, se dirigieron en masa al palacio de Gobierno, y allí suplicaron que se restableciera la justicia y la vigilancia tan indispensables al país.

Mis compañeros y yo, desde las azoteas adyacentes, contemplábamos el espectáculo aquel con gozo de venganza; á intervalos nos llegaban voces que decían: — « Benditos tiempos aquellos en que existían los santos vigilantes. — ¿Oyen ustedes? ¡nos llamaban santos! — ¿Quién nos volverá á aquella seguridad de haberes y personas? ¿Quién? Restableced la justicia y vigilancia, — suplicaban al gobierno los hombres; — ¡Dios mío, Dios mío, concedednos esta gracia! » — gemían las mujeres. Tantos fueron los lloros y las súplicas, que al fin conmovidos enviamos á un compañero á parlamentar con el Gobierno y nos rendimos. Y entonces el gobierno habló de esta manera: — « Prójimos ingratos, os devuelvo la justicia y la vigilancia, más aprended á respetar y á querer á quien os defiende y os protege. » — Los prójimos así escarmentados, nos recibieron con grandes hurras de alegría, nos pasearon en triunfo por la ciudad, y desde aquel momento gozamos de su aprecio, de su cariño, de su admiración y de sus aplausos.

BOM. — Tu sueño tiene alguna semejanza con el mío.

SOLD. — Y con el mío también.

VIG. — ¡Si! pues contadlo; deseoso estoy de oírlos.

SOLD. — (*Al bombero.*) Cuenta tú el tuyo, luego diré yo el mío.

BOM. — Escuchen: Soñando soñé que el mundo ardía, y desde la gran altura de una roca en el mar, los soldados del fuego de todo el orbe, contemplábamos — como el Nerón antiguo la destrucción de Roma, — la destrucción del mundo por el fuego. ¿Cómo y por qué sucedía aquello?

Muchos años antes habíase producido un colosal incendio; algunos de nuestros compañeros sucumbieron cumpliendo actos de verdadero heroísmo en el salvamento y aislando el fuego que amenazaba

con propagarse, devorar á la ciudad entera. Los cuerpos informes, carbonizados de aquellos héroes, al ser extraídos de debajo los escombros, despertaron un delirio de entusiasta admiración y gratitud en el pueblo, quien acompañó con profundo respeto y reverencia á esos campeones del humanitarismo á su tranquila y última morada.

Pasaron meses y pasaron años. En aquel espacioso terreno, arrasado un día por la conquista del enemigo abrasador, surgió una hermosa plaza con sus fuentes, flores y palmeras; en el centro de la plaza, un soberbio monumento : el monumento del Progreso. En el contorno, abrieron anchas calles y avenidas flanqueadas por grandes y suntuosos palacios; aquello había llegado á ser el centro estrepitoso y vocinglero de la ciudad.

Todos, ciudadanos y extranjeros, se detenían á contemplar y á comentar admirados aquella obra de arte y de progreso.

En otra ciudad, triste y silenciosa — la ciudad del olvido y del recuerdo — sobre un estrecho espacio de tierra, ahuecada un día por la fuerza de aquel mismo enemigo devastador, crecida yerba ocultaba una modesta lápida de piedra en la que sólo quedaban huellas borradas por las lluvias y por el tiempo, de los nombres allí grabados. Ninguno de los que pasaban junto á ese montón de hierbas nacidas de la sabia generosa de mártires; dirigiales una mirada, nadie se detenía ante esa obra de ingratitud y de abandono.

Mas, en el corazón de la noche, á la incierta claridad de las estrellas, aparecían de entre las húmedas yerbas, multitud de copos de fuego; los copos tomaban formas, las formas eran sombras, las sombras formaban fila, y silenciosas y rápidas cual si tuvieran alas llegaban al pie del monumento del Progreso y en el bronce grababan : « Ingratitud, olvido. »

Al atravesar la ciudad las sombras elevaban un murmullo que el portavoz del viento traía sólo á nuestros oídos ; el murmullo decía : « La hora de recordar llega. » La hora de recordar llegó. — ¡ Fuego... fuego ! ¡ Socorro ! — gritaban desde un palacio ya envuelto en nubes de humo y lamido por serpenteadoras llamas. — ¡ Fuego... fuego ! ¡ Ayuda, socorro ! — á poco se oyó gritar desde un inmenso edificio poblado como colmena y al cual el fuego se había comu-

nicado por un viento propagador. ¡Ya la ciudad ardía! Fragmentos encendidos como ascuas, maderos llameantes como antorchas eran lanzados al aire, caían lejos llevando y comunicando el fuego exterminador. Las rojas lenguas oscilaban, se retorcían, se encogían, se alargaban, se extendían, envolviendo, ardiendo, devorando más y más edificios, reduciéndolos á escombros, á cenizas. Las paredes, las columnas, los techos se derrumbaban con estrépito pavoroso, aplastando, matando, destruyendo y levantando de entre las ruinas densa humareda poblada de luminosas chispas incendiarias. Y más allá, las devastadoras llamaradas en su triunfal conquista se elevaban hasta el cielo tornándolo rojizo, cual si hubiera sido cubierto por nubes sanguíneas.

En vano, hombres y mujeres, niños y ancianos, se afanaban desesperados por apagar ó aislar aquel monstruo devorador. Él cundía veloz en su marcha arrasadora. Sus chispas, cual multitud de estrellas errantes, atravesaban el espacio con rapidez fulmínea y originaban nuevos incendios al caer. ¡El mundo todo era una hoguera!

Las llamas llegaron á las playas, llegaron á los campos, serpentearon sobre las aguas de los mares, sobre las mieses de la tierra; cruzaron llanos, pasaron montes, atravesaron montañas, y lamiendo, incendiando, devorando, destruyendo cuanto á su paso estorbaba, abrasaron y devastaron más y más ciudades, más y más pueblos, más y más campos, dejando tras de sí el exterminio, la desolación y la muerte.

Nosotros todos, llevados en alas de las sombras á la roca del mar, contemplábamos impotentes la combustión del mundo y su ruina. Sobrecogidos de terror y espanto ante aquel espectáculo de sublime grandeza devastadora, caímos de rodillas elevando al Altísimo ferviente plegaria de salvación.

De entre la plegaria se oía al coro de las sombras decir: « Bastaba una lágrima, bastaba una flor; una flor de recuerdo, una lágrima de gratitud. » Y mientras continuaba el crujir de las maderas, el estruendo de las explosiones, el fragor de los derrumbes, los gritos de angustia, los ayes de los moribundos, el llanto de los niños, los rezos de los creyentes, las blasfemias de los desesperados, y el martilleo de las campanas pidiendo socorro al cielo... un horrísono estampido seguido de un inmenso clamoreo

llegó hasta nosotros; se conmovió la roca... se hendió... se abrió, y el colosal llamarada surgió del fondo de su seno; las piedras se desprendieron, se desmoronaron, y yo me sentí precipitar arrastrado y envuelto en un torbellino de polvo, de humo, de sangre, de fuego. En el sueño desperté, y soñando siempre, soñé que aquella pobre tumba abandonada se había transformado en hermosísimo jardín; bellas y lozanas flores cubrían la tierra; y en el centro del jardincillo habían hecho con sus tallos fuertemente entrelazados, una elevada cruz. Engastadas en los pétalos de cada flor de aquella cruz, lucientes perlas decían un nombre: el nombre de una sombra que allí bajo dormía. Bañado por la dorada luz del sol aquel raro monumento de flores y de perlas, brillaba con fúlgidos colores diamantinos irradiando con su viva luz hasta las almas descreídas que por allí pasaban, induciéndolas á creer, á amar y á esperar.

¿Cómo se había operado la transformación? Las sombras de aquella tumba una noche contaron el secreto á la brisa, la brisa lo contó al viento, el viento, que no guarda secretos, lo contó al mundo y el mundo así lo contaba:

«Las almas piadosas, quienes recuerdan y agradecen, fueron un día en peregrinación á la pobre tumba de aquellos héroes olvidados, y al pasar dejaron caer una lágrima y una flor; cada lágrima humedeció la tierra, cada flor sembró su corola; de las corolas nacieron flores y más flores, poblaron aquel montículo de tierra, y abrazadas formaron en el centro el símbolo de la piedad y de la fe; las lágrimas vertidas aparecieron en los pétalos, cual gotas de rocío, los ángeles las convirtieron en perlas, y con las perlas formaron el nombre que nunca debía olvidarse». Y aquel simbólico monumento, con sus colores y perfumes, con sus matices y reflejos, con su frescor y sus perlas, jamás dejaba apagar la luz melancólica y fecunda del recuerdo, afirmando la fe, la constancia y el valor.

Sentí un estremecimiento extraño en todo mi cuerpo y sobresaltado desperté; mas, despierto ya seguí soñando, y soñando despierto soñé que sobre el montículo de tierra en vez del jardincillo ideal de un sueño, se elevaba severo y majestuoso, magnífico monumento de marmol y de bronce. Representaba á un grupo de jóve-

nes bomberos en momentos de su ardua tarea de salvamento; un compañero ya herido era transportado lejos del siniestro, mientras otro espiraba entregando un hijito á la madre llorosa. Coronaba el grupo una bella y melancólica figura de mujer; de su mano izquierda caían multitud de flores; con la derecha sostenía un medallón de bronce, en el bronce habían grabado palabras que en aquel momento de ensueño yo leí lo que decían, mas ahora ya no lo recuerdo; sólo recuerdo que la melancólica figura de mujer representaba á la Humanidad agradecida.

VIG. — Tu sueño, hermano, fué algo largo...

SOLD. — Con razón, pues éstos fueron tres.

VIG. — Y si mucho tiene de poético ó ideal, mucho también tiene de terrible; no quisiera yo que tu sueño se realizara.

BOM. — ¿Has comprobado tú alguna vez que se realicen los sueños ya sean terribles ó poéticos, ya ideales ó terrenales?

VIG. — No por cierto, y ya sabemos que los sueños...

SOLD. — Sueños son.

BOM. — Pues ahora, cuenta tú el tuyo.

VIG. — ¿Qué has soñado tú?

SOLD. — Lo siguiente: En la gran plaza de un país de fantasía, soñadores cerebros, generosos corazones y batalladoras lenguas, se habían reunido para discutir sobre la injusticia de la guerra, la inutilidad de los soldados, y establecer la paz universal.

— « La guerra — decía una de las lenguas movida por el resorte del soñador cerebro y del generoso corazón — es simplemente una infamia, una iniquidad, el oprobio de la humanidad, y por el decoro de la misma es preciso suprimirla. — Sin contar — decía otra lengua impulsada por idéntico engranaje al de la primera — que los soldados son una verdadera polilla de los estados; pues, el sostenimiento de tanto ejército y de tanta escuadra cuesta un ojo de la cara á las naciones, y aún los dos, tanto que á veces quedan ciegas. — Y además — exclamó una tercera lengua agitada por el ímpetu humanitario del generoso corazón — que el hecho de instruir y sostener á tanta gente con el sólo fin de mantener la paz enseñándoles á matar y á morir, é invertir grandes caudales de oro para la continua adquisición de máquinas mortíferas y permitir que se inventen á diario otras nuevas para suprimirnos á

la mayor brevedad y en mayor cantidad, es propio de pueblos bárbaros y no de pueblos civilizados.» — Muchas otras razones se dijeron aquellas lenguas, pero la mayoría de los cerebros allí convocados no parecía estar muy convencida, cuando de entre la multitud se destaca y avanza una bellísima mujer, y mirando á todos con su mirada dulce y serena, con voz firme y persuasiva pintó con horribles colores los tristísimos cuadros de la guerra, hija del despotismo, del odio y la crueldad; y pintó con los más bellos colores de luz y de armonía, el hermoso cuadro de la paz, hija de la equidad, de la bondad y del amor. En fin, tantas y tan bellas razones dijo, que todos los cerebros aceptaron la paz con entusiasmo, y las lenguas allí reunidas proclamaron y los corazones sancionaron la ley del desarme universal.

La celeberrima fábrica de cañones cerró sus puertas, los astilleros quedaron desiertos, los arsenales se tapiaron, los cuarteles fueron convertidos en escuelas; y todos los cañones y demás metales mortíferos fueron fundidos para hacer con ellos una colosal estatua de la Paz; terminada que fué, la colocaron sobre el elevadísimo pico de una isla en el medio del mar, siendo así visible á todas las naciones.

Convencido el mundo entero de que ya nadie podía tener ideas belicosas, vivía tranquilo y confiado bendiciendo aquellos generosos corazones y aquellas batalladoras lenguas que les habían creado tan pacífica situación. Y tan pacífica situación duró... como dura aquel cántaro que tanto se le aprovecha para llevarlo á la fuente hasta que se quiebra.

Un día un estado vecino de otro, empuñando razones sin ninguna razón de ser razones, se apropió de una gran parte de tierra y su provincia; éste protestó con energía, mas luego, dirigiendo una mirada á la gran estatua de la Paz, se resignó. En la misma época, otra nación muy progresista tuvo la noble idea de ir á llevar sus adelantos de progreso y civilización á un pueblo bárbaro, según ella. Con tal motivo, penetró en el país extranjero como Pedro por su casa.

En vano aquel buen pueblo protestaba; él con su barbarie vivía en paz y no molestaba á nadie. Pues no señor, en esta época de grandes luces y de grandísimo progreso en que todo marcha á gran

velocidad por la fuerza de la grande electricidad, era una gran impiedad dejar que aquella buena gente viviera como mejor le pareciera, y de grado ó por fuerza en nombre de la paz se les llevó la civilización.

El pueblo aquel dirigió una mirada á la gran estatua, luego... se resignó.

Al mismo tiempo que esto sucedía, otra nación tomando argumento de donde no existía argumento alguno, audazmente se introdujo con pretensiones de amo y señor en un estado independiente y rico. Intentaron sus habitantes defenderse ya por las buenas ya por las malas, pero... allí estaba la estatua de la Paz que vigilaba é inclinaron la cabeza.

En fin, en nombre de la Paz se cometían tantos y tan abusivos atropechos por parte de los ávidos, insaciables, audaces y poco escrupulosos Estados, que ese estado de paz había llegado á ser insostenible y un buen día, rompiéndose como el famoso cántaro, todos los hombres aparecieron armados; quienes con piedras, quienes con palos, quienes con instrumentos de labranza ó de cocina, únicas armas disponibles, y comenzó un combate feroz; el mundo todo habíase vuelto un infierno.

Para poner fin á aquel *pandemonio* el cual amenazaba la destrucción del universo, volviéronse á reunir aquellos soñadores cerebros, aquellas batalladoras lenguas y aquellos generosos corazones; y unánimemente, sin discusión alguna se aprobó la ley abolidora del desarme y se promulgó la ley del armamento universal.

Se reabrieron las puertas de la famosa fábrica con gran estrépito de regocijo, se destaparon los arsenales, se poblaron los astilleros, y nosotros, soldados, entonando himnos de victoria, invadimos nuestros antiguos cuarteles desalojando á los intrusos escolares.

La colosal estatua de la Paz, como inútil que era, decidieron refundirla para hacer con su metal obuses, metralhas, granadas y balas de cañón. Con tales garantías de paz restablecióse la calma y volvieron los pueblos á su tranquilidad antigua. Y á nosotros no se nos volvió á tratar de inútiles ni de polillas del estado.

Al terminar mi sueño tuve una visión: la bellísima mujer se paseaba por el mundo triste y llorosa, diciendo con voz débil y acongojada: « Os hice aceptar la paz porque, por el aspecto, os juzgué

hombres; mas visto que sois fieras, os dejo la guerra. La fiera de los bosques necesita de sus uñas y de sus dientes para atacar y defenderse; la fiera de los pueblos necesita de armas y soldados para defender sus derechos y vivir en paz. »

Desperté convencido de la utilidad de mi santa misión sobre la tierra.

VIG. — Y esa convicción, hermano, es la que nos acoraza contra las punzadas del menosprecio...

BOM. — Y la que nos da fuerza y valor para sacrificarnos en aras del deber...

VIG. — Y la mejor recompensa que debamos esperar de la vida: Ser útil á la humanidad. *(Se oye por la derecha una corneta que toca á incendio.)*

BOM. — ¡ Incendio ! *(Dando la mano al soldado.)* Adiós, hermano: me llama el deber. *(Se oye por la izquierda redobles de tambores que tocan á llamada.)*

SOLD. — *(Estrechando la mano al bombero.)* ¡ Llamada ! ¡ Adiós, voy á cumplir con el mío ! *(Se oye llamada de auxilio.)*

VIG. — *(Dando la mano á los dos, quienes la estrechan con efusión.)* ¡ Auxilio ! Yo también me debo al mío. Adiós, hermanos.

BOM. — ¡ Hermano, adiós ! *(Vase por la izquierda.)*

SOLD. — ¡ Adiós ! *(Vase por la derecha.)*

VIG. — *(Se retira por el foro. Antes de desaparecer de la escena, los tres se vuelven y rápidamente se hacen con la mano un saludo. Se oye el toque de la corneta, el redoble del tambor y el silbido de auxilio mientras baja el telón.)*



La escena representa una calle; en primer término una esquina con un escaparate de almacén, donde están visibles al público: latas de sardinas, quesos de Holanda, aceitunas, jamón, salames, una gallina asada y un lechón.

### ESCENA ÚNICA

Ruperto entra por la derecha y Santiago por la izquierda.

RUP. — (*Gritando.*) *La Nación, La Prensa* á cinco centavos.

SANT. — Los cincuenta mil; se juega mañana.

RUP. — *La Nación* á cinco, y la *Patria Italiana* también.

SANT. — Quién me compra; se juega mañana, los cincuenta mil. (*Los dos se encuentran.*)

RUP. — ¡Santiago! ¿tú por aquí?

SANT. — Sí; no he podido vender por otros barrios y he venido á éste á ver si tenía mayor suerte. Pero me parece que también por aquí andamos mal.

RUP. — ¿De veras? Pues á mí me pasa lo mismo. Lo que es hoy tengo una suerte de perro.

SANT. — ¿De perro? Según que perro, amigo; porque hay perros que tienen mejor suerte que los cristianos.

RUP. — Es cierto; perros hay de una suerte envidiable. Lo dije así, por decir. ¿Con que has vendido pocos billetes de lotería?

SANT. — ¿Pocos? Todos los tengo todavía. Me parece que á tí te pasa lo mismo con tus diarios. ¿Cómo es eso?

RUP. — ¿Cómo ha de ser! Mis compañeros tienen más ánimo, más desfachatez y se trepan á los tranvías que es un gusto; y además como yo soy chico me tironean, me empujan, ellos se adelantan venden y yo me quedo mirando.

SANT. — Te pasa lo mismito que á mí. ¿Ves, porque somos chicos lo que nos toca aguantar? Pero ya seremos grandes algún día y entonces...

RUP. — ¿Y entonces qué? ¿harás lo mismo tú?

SANT. — (*Sacándose el gorro y rascándose.*) Pensaba en hacer lo mismo pero... no lo haré. Á los chicos los protegeré.

RUP. — Muy bien, así me gusta, porque así debe hacerse; acordarnos del mal que nos han hecho cuando éramos chicos para evitárselo después á ellos cuando seamos grandes. (*Poniéndole una mano en el hombro.*) Así te reconozco siempre por mi amigo.

SANT. — Gracias. Pero ya es tarde y siento un cierto vacío en el estómago... (*Bostezando.*)

RUP. — (*Ídem.*) Y yo también.

SANT. — Vamos á ver si compramos algo para llenarlo.

RUP. — Dices bien. (*Los dos se vuelven y se encuentran frente al escaparate.*) ¿Mira, mira cuántas cosas ricas hay aquí!

SANT. — ¡Ah, sí! pero eso no es para nuestro flaco bolsillo.

RUP. — (*Bostezando.*) ¡Ay! delante de estas sabrosidades se me despierta más el apetito. Me tragaría todo eso con los ojos.

SANT. — ¡Tonto! para tragarlo mejor es con la garganta.

RUP. — Lo malo es que nos debemos conformar con lo primero.

SANT. — ¡Cuánta gracia de Dios! Mira ese jamón, ¿qué color más lindo tiene! nos está diciendo: ¿cómeme, cómeme?

RUP. — Y ese vino no está diciéndo: trágame, trágame?

SANT. — ¿Y esa gallina? mira qué gorda es!

RUP. — ¿Y ese lechón? mira qué bien asadito está!

SANT. — Á mí me gusta más la gallina.

RUP. — Á mí el lechón.

SANT. — Qué mal gusto tienes; no sabes lo que es bueno.

RUP. — Tú tienes mal gusto y no sabes lo que es bueno.

SANT. — Más buena es la gallina.

RUP. — Mejor es el lechón.

SANT. — (*Levantando la voz.*) Te digo que no.

RUP. — (*Idem.*) Te digo que sí. (*Se miran los dos un momento luego se apaciguan.*)

SANT. — (*Con calma.*) Bueno, tú te quedas con el lechón.

RUP. — Y tú con la gallina. Ya está todo arreglado.

SANT. — Muy bien. Por lo visto estamos de banquete.

RUP. — ¡Y qué banquete! Como para chuparse los dedos.

SANT. — (*Siempre los dos observando en el escaparate y juntos al cristal.*) Bueno, á ver ¿qué comemos primero?

RUP. — Primero las sardinas.

SANT. — Muy bien, las sardinas. ¿Y después?

RUP. — El jamón.

SANT. — Bravo. ¿Y después?

RUP. — Unas aceitunitas...

SANT. — Perfectamente. ¿Y luego?

RUP. — El queso.

SANT. — ¿El queso? ¡Estás soñando! el queso se come el último.

RUP. — No digas disparates, se come antes porque da mayor apetito.

SANT. — Eso no puede ser.

RUP. — Te digo que en todos los banquetes se usa así; yo lo sé.

SANT. — ¡Ah! bueno, entonces... si lo sabes... ¿Y después del queso?

RUP. — El lechón.

SANT. — No señor, la gallina.

RUP. — Yo me como el lechón y tú te comes la gallina.

SANT. — ¡Ah! es verdad! ¿Y el lechón te lo vas á comer todo sin darme ni siquiera una presita para probar?

RUP. — Y tú ¿no piensas comerte toda la gallina sin darme un pedacito?

SANT. — Á ver ¿qué te gusta de la gallina? te lo doy.

RUP. — El ala, la pierna y la pechuga.

SANT. — ¡Ah, ah! ¡Cómo no! entonces la quieres toda. ¿Y decías que no te gustaba!...

RUP. — ¿Qué me vas á dar entonces?

SANT. — Te daré la cabeza.

RUP. — ¡Qué generosidad!

SANT. — ¿Y tú, qué me vas á dar del lechón?

RUP. — ¡Qué te gusta más?

SANT. — La cabeza, las piernas, y las costillas.

RUP. — Te lo daré entero y se acabó.

SANT. — ¿Y tú no quieres entera la gallina?

RUP. — ¡Me has ofrecido la cabeza!

SANT. — ¿Y tú qué me ofreces del lechón?

RUP. — El rabo.

SANT. — (*Enojado.*) Te lo guardas.

RUP. — (*Ídem.*) Y tú te guardas la cabeza.

SANT. — (*Gritando y volviéndole la espalda.*) Egoísta.

RUP. — (*Ídem.*) Angurriento.

SANT. — El lechón se te quedará atravesado en el estómago...

RUP. — La gallina te producirá una indigestión...

SANT. — No te convido más á banquetes.

RUP. — Ni yo tampoco.

SANT. — Pero esta me la vas á pagar. (*Se vuelve con el puño cerrado.*)

RUP. — Tú también me la pagarás. (*Ídem.* Al volverse los dos son acometidos por un acceso de bostezo. Los dos se miran y sueltan una carcajada.) ¡Ja, ja, ja! ¿es el efecto de la gallina?

SANT. — ¿Es el efecto del lechón? (*Los dos se abrazan riéndose á carcajadas.*)

RUP. — ¡Pero si somos tontos! ¡casi casi nos peleamos por un banquete imaginario!

SANT. — Como aquellos que se pelearon por el empleo del dinero de la lotería sin tener ni el billete siquiera.

RUP. — (*Bostezando y mirando hacia el escaparate.*) ¡Para qué pondrán á la vista toda esa bendición de Dios!

SANT. — (*Ídem.*) ¡Para hacer tragar saliva nomás!

RUP. — Y trago mucha porque tengo un hambre...

SANT. — Y yo tengo un hambre y media.

RUP. — ¿Sí compráramos algo para comer?

SANT. — En eso estaba pensando.

RUP. — ¿Cuántos centavos tienes?

SANT. — (*Sacando del bolsillo y contando.*) Á ver. Cinco, diez... quince... dieciseis. ¿Y tú?

- RUP. — (*Ídem.*) Dos, siete... doce. Doce centavos.
- SANT. — Y con los dieciseis míos son... ¿cuántos?
- RUP. — (*Contando con los dedos.*) Dieciseis y diez... veintiseis y dos... veintiocho. Veintiocho centavos en todo.
- SANT. — No hay como para banquetear en grande.
- RUP. — Oye. Diez de pan de segunda, diez de queso fresco y ocho de dulce membrillo. ¿No te parece bien?
- SANT. — Superior. Yo voy por el pan.
- RUP. — (*Dándole la moneda.*) Y yo por el queso y el dulce.
- SANT. — ¿Y volvemos aquí?
- RUP. — ¡Claro! en este mismo sitio. Nos sentamos en este umbral. (*Indicando el del escaparate.*) Y haremos cuenta que comemos lechón y gallina.
- SANT. — (*Con un suspiro.*) Haremos cuenta... (*bostezando*) y nos bastará la intención.
- RUP. — Y con la intención, vamos tragando saliva. (*Bostezando.*)
- SANT. — Bueno, voy por el pan.
- RUP. — Y yo voy por el queso. (*Se separan corriendo cada cual por distinta dirección gritando.*)
- SANT. — Los cincuenta mil... se juega mañana...
- RUP. — (*Al mismo tiempo.*) *La Nación, La Prensa* á cinco... á cinco...

## MONÓLOGOS



## NOBLEZA

*A mi pequeño artista Adolfo Sacchi.*

Decoración : Una calle, una puerta á la derecha con el umbral alto.

Roberto, vestido pobremente, entra corriendo por la izquierda ; al llegar al medio de la escena se detiene.

No puedo dar un paso más ! *(Mira alrededor, ve el umbral, allí se dirige y se sienta.)* ¡ Ah ! descansemos un momento. *(Se quita la gorra, se echa riento con la misma y se pasa el pañuelo por la frente, por la la cabeza y por el cuello.)* ¡ Uf ! ¡ me sofoco ! no sé si de calor ó de alegría. Tal vez por ambas cosas. Pero fué suerte la mía el haber dado con gente tan buena ! ¿ El comisario ? una perla de hombre. ¿ El juez ? otra perla. ¿ Y mi abogado defensor ? otra perla igual á las dos primeras. Pero nunca hubiera creído yo que este asunto que tanto me hizo temblar de miedo, terminara dándome un sofocón de alegría. Bueno, basta ya de descanso ; en marcha á llevar el notición á mamá. *(Se encasqueta la gorra, se levanta ; asombrado al ver al público.)* ¡ Oh ! ¡ cuánta gente ! *(Avanza al proscenio y se quita la gorra.)* Perdonen, señores... no los había visto ; como venía corriendo... Pero... entonces ustedes me han oído... y como he hablado de comisario, de juez... de abogado defensor ; ¿ qué se figurarán ? Que soy un mal sujeto... tal vez un criminal... quizás un asesino. Nada de eso soy, señores. Yo soy una persona honrada. El mismo comisario lo ha dicho que tengo cara de hombre honrado. Pero asimismo me prendieron, y me alojaron en el Departamento de policía ; no, no es el caso de reirse ; porque si allí me alojaron fué precisamente por honradez y por la noble-

za de mi proceder. Sí, señores ; mi mismo abogado fué quien lo dijo. Ya veo yo la curiosidad de todos estos señores por saber... ¿ Si ? ¿ lo desean ? Pues allá voy y luego juzguen. Ante todo deben saber ustedes que yo soy hijo único de mi mamá, quien es viuda desde hace dos años, y por ese motivo quedé huérfano de padre. (*Mientras habla hace girar la gorra entre las manos.*) Nosotros siempre fuimos gente pobre ; vivíamos de nuestra trabajo, es decir, yo vivía del trabajo de mis padres, porque á mí me mandaban á la escuela y como todos decían que era un muchacho inteligente querían hacerme seguir una carrera. En fin, éramos pobres, pero en casa no faltaba lo necesario y vivíamos contentos y felices. Cuando la desgracia quiso que se enfermara mi papá y... en pocos días se lo llevó. (*Secándose los ojos con la gorra.*) ¡ Pobre mamá ! ¡ qué momentos fueron aquellos ! ¡ Ay, si mi acuerdo !... Bueno, pues... mamá siguió trabajando y yo seguí en la escuela porque ella quería que se cumplieran los deseos de papá ; pero la pobrecita mamá tanto trabajó y tanto lloró, que acabó por enfermarse y todo lo que había en casa acabó por tomar caminito del Montepío. Muy natural que yo dejara la escuela y me empleara ; así lo hice y fui mensajero. ¡ Mensajero ! todo el día en la calle correteando y apenas si ganaba para un puchero flaquito ! y mi pobre mamá necesitaba cuidados... buen alimento... buenos tónicos... y no trabajar ni un poquito. ¡ Qué pronto recetan todo eso los médicos ¿ no ? el caso es poder hacerlo, y como nosotros no podíamos, mi pobrecita mamá siempre empeoraba... empeoraba... hasta que al fin cayó en cama. Ese día... cuando me acerqué á besarla... me miró... ¡ Oh ! cómo me miró ¡ Dios mío ! ¡ cuánto dolor, qué angustia había en sus ojos siempre tan dulces y serenos ! Me abrazó fuerte... fuerte... y teniéndome así apretado, me besaba... me besaba... y yo sentía como empapaba mis cabellos con sus lágrimas mientras me decía : « Roberto, pobre hijo mío, pronto te quedarás también sin madre... serás huérfano... » Á estas palabras yo sentí algo así... como un golpe en el pecho... el corazón se me hizo chiquito... chiquito... y apretado así como un puñito. (*Indicando su puño cerrado.*) Mi pobre mamá morir... irse, irse para siempre ella también como papá... ¿ Por qué... por qué ésto, Dios mío ? No, no podía ser, era imposible ; yo la salvaría. La besé y salí de la habitación. Un mal pensamiento había cruzado por mi mente. Yo sabía el sitio donde Bartolito, un compañero mío, guardaba sus

ahorros; un tesoro según me decía. Sus padres lo mismo que él estaban en el trabajo... me sería fácil apoderarme del dinero y sin que sus sospechas recayeran sobre mí. Llegué al cuarto de mi compañero... empujé la puerta... entré... Sentí mi respiración anhelosa... las sienes latirme fuertemente... la frente bañada en sudor... mas seguí adelante. Fui al rincón de la derecha... me incliné... alargué la mano... y... la retiré horrorizado como si alguien la hubiera mordido. ¿Robar yo? ¿ser ladrón? ¿cometer ese delito? ¿Nunca! antes morirnos de hambre, y salí corriendo para la calle.

Me detuve en la puerta pensando qué haría, adónde iría á pedir un socorro, cuando oigo la campana de la iglesia vecina que llamaba á misa. Sí, sí; aquella era la voz de Dios que me inspiraba. Ir á la iglesia y allí en la casa del señor pedir socorro para mi pobre mamá que se moría. Fui corriendo... llegué... me coloqué detrás de la puerta grande y... (*haciendo la acción*) quise tender la mano... (*conmovido*) quise implorar la caridad... (*con voz entrecortada por el llanto*) pero no pude... no, no pude... no pude hacerlo.

Y todos los que iban allí á rezar, quizás á implorar ellos también una caridad al señor, pasaron por mi lado sin ver mis ojos llenos de lágrimas... mi mirada angustiada... suplicante... no, no la vieron porque todos pasaron y se fueron sin darme una limosna. (*Estalla en sollozos; breve pausa. Se seca los ojos con la manga y ya más sereno continúa.*) La iglesia quedó vacía... yo quedé solo en el rincón de la puerta llorando... llorando... ¿Cómo volver á casa? ¿Qué decirle á mi pobre mamá? Caí de rodillas ante la imagen de nuestro Salvador. ¡Jesús, Jesús, Dios mío, salva á mi mamá, (*junta las manos implorando*) sálvala! ¡Dime tú qué debo hacer por ella! yo soy bueno... lo seré mucho más, pero no te la lleves... no, mi buen Jesús, déjame á mi mamá querida! Alguien me tocó en el hombro... la casa del señor iban á cerrarla... había que retirarse. Salí... volví á casa, entré... vi á mi mamá aletargada... me pareció muerta, sentí que la desesperación me invadía. De un salto estuve en el patio, y sin darme cuenta, sin yo mismo comprender cómo, me encontré en el cuarto de mi compañero y... esta vez salí con una cajita y escondiéndola debajo de mi blusa, mirando á todos lados, tambaleándome como borracho, volví á mi cuarto, me encerré en él, y tembloroso de emoción y de miedo vacié la caja sobre mi cama. ¿Pero qué era aquélla? Estuve á punto de arrojar un grito

de despecho. Ese tesoro de que tanto me hablaba mi compañero, no era dinero, eran estampillas. Yo me roía los puños de rabia. Cuando volví de mi sorpresa y me hube calmado, examiné las estampillas. Las había muy antiguas y de gran valor. Pues bien, las vendería; al fin también era dinero. Las dispuse todas en un diario sobre la cama, por orden de antigüedad y de país para separarlas por grupos y venderlas. Sin darme cuenta había formado un dibujo, y de pronto se me ocurrió una idea. Se podría hacer un cuadro con las estampillas y éstas adquirirían doble valor: el suyo propio y el valor del arte. En la escuela siempre había sido yo el primero en dibujo y pintura, siempre había recibido los mayores elogios por mis trabajos. Aun conservaba mi caja de pinturas. Llegaba la ocasión de sacar provecho de mi saber. Ya no vacilé y en seguida me puse á la obra. Reflexioné un instante y con la fiebre de la desesperación que me inspiraba, imaginé mi cuadro y tracé el dibujo. Rompí un vidrio de la puerta, lo llevé á la ferretería para hacerlo cortar en dos partes iguales, y con la rapidez del relámpago, sin detenerme á pensar que aquello no era cosa mía, que era un robo lo que había cometido, comencé mi cuadro; en el primer vidrio, una iglesia; en la puerta un niño arrodillado, llorando; en el segundo vidrio, el cielo, montes lejanos, arboledas y nubes. Después que hube dibujado los vidrios, coloqué las estampillas; las que pude y de mayor valor enteras; las que no, cortadas, disponiendo bien los colores. ¡Qué inspiración tenía! ¡Con qué afán trabajaba! ¡Al fin vi mi obra terminada y hermosa! Sí, porque era hermoso aquel cuadro inspirado en mi mismo dolor. Al día siguiente, apenas lo hube concluido, lo envolví y lo llevé al dueño de una pinturería, quien después de haberlo examinado atentamente, lo compró, pagándome buen precio por él, aunque no lo que valía. Pero así mismo estuve á punto de darle un abrazo de alegría cuando me metí el dinero en el bolsillo. Al volver á casa, hice compras en el almacén, en el mercado y en la farmacia; con qué satisfacción grité: Ahí van cinco pesos, doña Catalina; pronto el vuelto. Ahí va un peso, Pedrín, y sírveme bien. Ahí van diez pesos, señor boticario; cóbrese y deme el vuelto. Cuando entré en casa, cargado con todo ese bien de Dios, me eché al cuello de mi mamá llorando... llorando... sí, señores, lloraba; pero entonces era de alegría. Ya no le faltaría nada á mi mamá querida.

Mientras ésto pensaba, saltando y silbando preparaba el alimento para mamá; ya la carne al fuego para hacerle un buen caldito, me disponía á salir, cuando un grito desesperado, loco, me dejó petrificado. Casi al mismo tiempo, me siento sacudir por un brazo y veo á mi compañero, lloroso, quien me grita: — « Me han robado mi tesoro; ¿sabes? mi colección de estampillas; pero ya conozco al ladrón: es ese envidioso de Miguel, voy á avisar á papá y le hacemos prender. » Y fué corriendo. Lo que entonces sentí me sería imposible explicarlo; hubiera querido que la tierra me tragara. Intenté hablar, echar á correr... esconderme... imposible; estaba clavado allí, mudo, inmóvil como una estatua. Yo oía como entre sueño, las voces de los vecinos, quienes iban y venían, se aglomeraban frente á la puerta de mi compañero, é injuriaban al ladrón. ¡ Ladrón! Esa palabra me zumbaba en los oídos, me martilleaba el corazón. ¡ Yo, yo ladrón! ¡ Había robado! ¡ Había cometido ese delito y estaba cometiendo otro peor! Dejar que acusaran á otro niño, dejar que lo prendieran y que tal vez le condenaran. ¡ Esto era horrible! Sólo entonces comprendí toda la fealdad y toda la consecuencia de mi acción. Temblé. ¿ Qué hacer, qué hacer? ¿ Cómo reparar y como impedir que mi mamá llegara á saber ó sospechara esa deshonrosa verdad? ¡ Yo que había querido salvarla... que hubiera dado mi vida por ella!... Pues bien, no; sucediera lo que sucediera ese era mi deber y lo cumpliría.

Recomiendo mi mamá á una vecina y me lanzo á la calle: llego hasta una comisaría, pregunto por el comisario, me llevan ante su presencia, y á él se lo cuento todo, todito de rabo á cabo.

El comisario entonces, me miró á través de sus lentes clavándose sus ojitos como dos alfilerazos y comenzó el interrogatorio. — ¿ Cómo se llama usted? — pregunta él. — Roberto Suárez, contesto yo. — ¿ Cuántos años tiene? — Doce, señor comisario. — ¿ Adónde vive? — Calle tal, número tal. — ¿ De quién es hijo? — De mi mamá, quien es viuda y por ese motivo soy huérfano de padre. — ¿ Cómo se llama su mamá? — ¿ Qué hace? etc., etc. — Una infinidad de preguntas; por último — ¿ Quién le ha sugerido la idea del cuadro? — Nadie, señor. — ¿ Cómo nadie? á mí no me mienta; diga toda la verdad y será por su bien. ¿ Quién ha sido? — Le juro á usted que nadie. — ¡ Chienelo testando! diga la verdad, sino lo hago llevar al calabozo. — La verdad es, señor comisario, que nadie tiene que ver en este asunto. Yo

solo soy el autor de todo. — ¡Conque tu solo ¿eh? — Sí, señor. — May bien; había sido precoz el muchachito; vean que candidato se nos presenta para el alojamiento gratis en la policía. — Al oír esto tuve miedo, me arrojé á los pies del comisario y con voz sofocada por los sollozos le suplicaba: perdóneme, señor, por mi madre... por ella... no lo volveré á hacer. Devolveré el dinero y si nos morimos... paciencia... será porque así Dios lo quiere. El comisario, ¡qué buen hombre! bendito sea mil veces, me levantó y me dijo emocionado: sí, yo vi que pestañeaba mucho. — Si es así como tu cuentas... — Sí, señor, es así; mi mamá no sabe nada; ella cree que ha sido encargo de una señora. Míreme bien, señor comisario, no miento.

El comisario me miró con fijeza y fué entonces cuando exclamó: — Este muchacho tiene cara de hombre honrado! — Pero aun así me llevaron al Departamento de policía y á la presencia del señor juez. Allí, la misma función.

Las miradas de ese señor que parecían querer atravesarme de parte á parte, las preguntas, las respuestas, y vuelta á contar todo desde la a hasta la z. Yo soy hijo de mi mamá quien es viuda y por ese motivo quedé huérfano de padre, etc., etc. Al terminar mi relato, también el juez, á pesar de su aspecto severo, estaba emocionado; no lo vi pestañear, pero vi que se sonaba con frecuencia las narices. Luego, me habló como... un padre á su hijo diciéndome: — No llores, mi hijito; haremos todo lo posible en tu favor. Pero es preciso saber... hay que averiguar... llenar las formalidades del caso. Bueno, muchacho, vé tranquilo y no te aflijas por tu madre, no faltará quien cuide de ella. — ¡Qué hombre tan bueno ese señor juez! (*Volviéndose y enviándole besos.*) ¡Bendito sea una y mil veces! ¡Pero eso de recobrar la libertad fué asunto largo! Nombraron á un abogado para que defendiera mi causa, y mucho días pasaron entre averiguaciones, presentaciones de testigos... interrogatorios... entrevistas y careos... ¡Oh! la mar de cosas!

Todos los diarios hablaron de mi asunto... muchas señoras fueron á verme, me dieron su protección, socorrieron á mi madre... También fué á visitarme Bartolito con su papá, quien me dijo enojadísimo: — «Pero muchacho, ¿por qué no has hablado? ¿qué te has creído, que no somos cristianos para no haberte perdonado? — Y Bartolito replicó lloroso: — Para que veas que no solamente te perdonamos, pero que

siempre te queremos, te regalo el cuadro, es tuyo; ¿has comprendido? no lo queremos; es tuyo y tuyo». — ¡Pobre Bartolito! ¡qué noble ha sido! Pero á pesar de todo eso no se me daba la ansiada libertad.

Por fin, esta tarde me llevan á la presencia del juez: estaba mi abogado y también el comisario, aquél que dijo que yo tenía cara de hombre honrado. Mi bondadoso juez habló de la siguiente manera: «Mi querido niño, has vencido tu causa. Á pesar de haber cometido un delito que la ley condena severamente, porque al fin has robado, teniendo en cuenta tu corta edad, el motivo que te indujo á cometerlo, tu reconocida honradez, y por tu acto de nobleza, se te perdona. Y como eres muchacho de corazón é inteligencia, y siendo prendas éstas, que deben ser cultivadas, el Estado te ampara y se encarga de tu educación; muéstrate siempre digno de esta protección que te honra, y sé un buen hijo para la patria como lo eres para con tu madre. Roberto Suárez, eres libre: Vete». ¡Dios mío! ¡qué sentí yo en aquel momento? ¡qué pasó por mi cerebro, por mi alma? ¡No sé... no sé! Me pareció que el corazón dejaba de latir... las ideas se atropellaban en confusión... la vista se me nubló... sentí aflojarse mis rodillas... quise hablar... dar las gracias... nada... imposible decir una sola palabra... De pronto una llamarada circuló por mis venas, las fuerzas me volvieron y mirando á todos con ojos extraviados, riendo y llorando á la vez, salí de allí corriendo como un loco. *(Juntando las manos y arrodillándose.)* ¡Gracias, gracias, oh, bondadoso Dios! Te prometo ser siempre bueno y honesto para honrar á quien me honra. *(Se levanta y dice con gracia.)* Y ahora, señores, con el permiso de ustedes voy corriendo á llevar la noticia á mi mamá. *(Se encasqueta la gorra y sale corriendo por el lado opuesto de donde entró.)*

## SÁBADO DE GLORIA

Sala: Una ventana en el foro; el actor sentado en un sillón frente a la ventana, con la cabeza apoyada en el respaldo y los ojos cerrados. Al levantarse el telón se oye el repiqueteo festivo de varias campanas; unas cerca, otras lejos.

(El actor sin moverse de su postura). Sábado de gloria. (Pausa; luego abre los ojos, se incorpora y mira por la ventana.) ¡Hermoso sábado de gloria! Precisamente como el último... hoy hace un año. (Vuelve á tomar su primera postura y cierra los ojos. Poco á poco cesa el repiqueteo de las campanas; breve silencio.) Retrocedo un año y me veo en el atrio de la pequeña iglesia de la aldea, allá en la cumbre de la colina. Y después... después... Todo lo vuelvo á ver... todo lo vuelvo á oír... todo; ni un detalle he podido olvidar. (Se levanta y avanza hacia el proscenio.) ¡Qué espléndida mañana de otoño era aquélla! como la de hoy, y como hoy las campanas echadas á todo vuelo anunciaban á los creyentes la resurrección del Señor. La enorme concurrencia habíase desbordado en el atrio y en la plazoleta de la iglesia; y parecía no poder resolverse á volver á sus hogares, detenida allí por el encanto que ofrecía la naturaleza toda, llena de luz y de vida. Era uno de esos momentos dichosos en que, por la luz esplendorosa del sol, por la atmósfera tersa y luminosa que permite hundir serena la mirada en un cielo puro de oro y zafir, por la alegre repercusión de las sonoras vibraciones metálicas, la tierra y el espacio están de fiesta y parece que cantan un himno á la vida, y comunican al espíritu intensa fruición, gran alborozo, volviéndolo inquieto y retozón hasta no caber ya en el cuerpo que le aprisiona y quiere forzar las puertas

de su cárcel para echar á volar hacia el espacio, y, como las campanas, llenarlo con su voz cantando su gran dicha, la dicha de vivir.

Comenzaron algunos hombres á despedirse, y se oían voces estentóreas que lanzaban desde una extremidad á otra de la plaza un formidable (*imitando*) « Adiós; hasta luego. » Y otras no menos estentóreas contestar desde no menor distancia: (*imitando*) « ¡Eh, compadre! vamos á echar un traguito juntos. — Nada de tragos, compadre Manuel, que mi mujer me lo tiene vedado. — No le haga usted caso, que hoy es sibado de gloria y hay que reconocerlo. — ¡Eh, Paco! que te esperamos para almorzar. — Bien; vaya, hasta luego. — Adiós, y buena Pascua. » Y así se cruzaban las despedidas, las invitaciones, los augurios. Mozos y mozas ya se alejaban por las calles de la aldea; unas en grupo, otras de braceo y entonando á media voz el *Gloria in excelsis Deo*. Algunas mujeres también se dirigieron á sus hogares, muchas quedaron; parloteaban... murmuraban... y se reían alegremente. Los chiquillos, vivarachos é inquietos como ardillas, bullangueros, como avispas, enemigos declarados de la tranquilidad y del silencio como la guerra, estaban en su gloria y metían un bullicio de mil diablitos á quienes se les hubiera abierto las puertas del paraíso. Yo, sentado en un banco de la plazoleta, me entretenía mirando con verdadera fruición aquel desborde de felicidad. De pronto, dos manecitas pequeñas, pequeñas; regordetas, suaves y frescas como pétalos de rosa, me cubren los ojos mientras que una vocecita de ángel esforzándose para aparentar un vozarrón de demonio me hacía la ya conocida pregunta: (*Imitando.*) — ¡Adivina quien soy! — Mal sabe imitar el ángel al demonio, y en seguida contesté: Perlita eres. Y Perlita, un garboso hombrecillo de seis años no cumplidos aún, soltó una risotada sin preocuparse ya de disfrazarla; mientras tanto con sus manecitas atraía mi cabeza hacia él y con su boquita de cereza me besucaba la frente, las mejillas, y hasta el cuello, diciéndome entre risueño y enfadado: — ¡Pícarón, pícarón! ¿Quién te ha dicho que soy yo? — Luego saltó sobre mis rodillas y comenzó con su charla encantadora: — ¿Vienes con nosotros? ¡No! ¿Por qué? ¿Tu papá y tu mamá ya se han ido á su casa? ¿Por qué? ¿Qué hacías sentado en este banco? ¡Mirabas! ¿Por qué? ¿No sabes que todos los chicos se vienen con nosotros? Yo quiero que tú también vengas — Pero yo no soy un chico. — No importa, yo te quiero lo mismo y vas á venir ¿oyes? Dame la

mano, vamos. — Pero en seguida me soltó para correr al encuentro de don Julián. Era éste el abuelo de Perlita; abuelo y nieto se querían con adoración de ídolos; no podían vivir separados ni por un sólo minuto, tanto que en la familia y en la aldea los llamaban los inseparables; ese principio y fin de vida habíanse vinculado de tal manera anudando su existencia á un sólo lazo, que formaban una sola alma, un solo pensamiento, un solo latido. — ¿Sabes, abuelito? ese malo no quiere ir á la granja con nosotros; dile que venga; yo lo quiero. (*Imitando al abuelo.*) — Vamos, amiguito, sea bueno y complazca á este rapazuelo que le quiere tanto; véngase con nosotros. Vea que cortejo tenemos; toda la chiquillada de la aldea nos acompaña. ¡Ea! pues, en marcha. — Mi amiguito se prendió de una de mis manos y comenzamos á bajar la cuesta seguidos, como lo había dicho don Julián, de toda aquella población iliputiense que allí estaba esperando impaciente la señal de la partida. Era don Julián el más bondadoso hombre, el más rico hacendado de aquella comarca y su más generoso benefactor. Para transmitir la bondad y la beneficencia en su nietecito, había contraído la costumbre de invitar, todos los años, á su llegada y antes de su partida para la ciudad, á todos los niños pobres de la aldea; los invitaba á la granja, donde se les obsequiaba con grandes festejos, ricas golosinas y al fin con prendas de vestir, juguetes y hasta con huchitas, no mudas, sino parlantes. (*Haciendo el ademán de sacudir una hucha á la altura del oído.*) Una comisión de niños encabezados por el imponente Perlita, era la encargada del bello acto de la distribución. Es de imaginarse la febril impaciencia con que aquellos pequeñines esperaban la señal de la partida, y dada ésta, el alborozo con que se precipitaron cuesta abajo.

Era mi compañerito un parlanchín infatigable, y me entretenía charlando de mil cosas á la vez. De pronto se volvió mudo, serio, y me señaló una cruz que se destacaba sobre el fondo azul del firmamento hacia la ladera escarpada de la colina. Allí habíase despeñado un niño, caído al arroyo y arrastrado por la corriente. — Ves, — me dijo conmovido — abuelito ha hecho levantar aquella cruz á su memoria; es muy grande; tiene una linda inscripción dorada. ¡Pobre! Yo le quería mucho. Siempre le llevo flores; hoy también le llevé; vas á ver. — Llegamos junto á la cruz, y Perlita me mostró una fresca corona de flores sobre el escalón; se arrodilló en él, y como si hablara á su querido amigo:

« Estas son las últimas flores que te traigo, mi pobre amigo, porque pronto nos vamos; pero siempre me acordaré de tí. Adiós. » Y besó la cruz. Bien pronto disipada la triste impresión, volvió Perlita á su charla habitual y me contó que ese año representarían una comedia. ¡Y qué comedia! ¡una maravilla! — me decía, dando brincos de contento. — Sabes, abuelito es quien la compuso; pero yo le enseñé como tenía que hacer. ¿Á que no adivinas lo que hay en la comedia? ¡Se lo digo, abuelo, se lo digo? Bueno; te lo digo. Hay muchas bailarinas, damas y caballeros, payasos, pulichinelas y arlequines. Figura la corte de un gran rey. — ¿Y quién es el rey? ¿don Julián? — No, abuelo es el director; el rey soy yo; y el que hace encarcelar al pícaro tirano, soy yo; y el que lo mata también yo. — ¿Pero es una comedia ó una tragedia? — Una comedia; pero abuelito dice que termina en tragedia para castigar á la maldad y hacer triunfar á la inocencia. — Se me ocurrió que hubiera sido más propio, para el mismo castigo y el mismo triunfo, enseñar á ese minúsculo rey de comedia la magnanimidad del perdón. Pero si tú eres rey no debes matar; el rey nunca mata; manda matar ó perdona. — Pero es una comedia, y en la comedia el rey hace lo que quiere. — Don Julián sonrióse — Lógica infantil, mi amiguito; no le hago caso; yo me he sometido á ella para ver contento y satisfecho á mi Perlita. — Llegamos á la granja; como bandada de palomas dispersóse la inquieta comitiva y con apetito de gavilanes arremetieron á los manjares dispuestos en los manteles tendidos sobre el césped. Después de la comida hubo juegos y diversiones de todas clases: Columpios, calesitas con organillo, carreras, regatas, trapecios, músicas, cantos y bailes. ¡Ja, ja, ja! ¡y cómo se divertían aquellos pequeños demonios, y cómo hacían divertir y gozar! ¡Aun seguía hermoso el sábado de gloria y aun se sentía la dicha de vivir!

Ya se aproximaba el sol á su ocaso y toda la república del mundo liliputiense demostraba declararse en rebelión si no se levantaba la cortina aquella que ocultaba todas las maravillas de la corte del rey Justiciero, que se les había prometido. Comienzan las melodiosas notas del pistón, del bombo y los platillos de la deliciosa banda, cesan las protestas del turbulento público y arriba el telón. ¡¡Ah!! ¡¡Oh!! ¡Aquello era maravilloso, grandioso, imponente, fascinador! ¡Qué de maravillas encerraba la corte del rey Justiciero!

Superaba en mucho todas las expectativas. ¡Cuánto raso y terciopelo! ¡cuánta plata y cuanto oro! ¡y qué de perlas y pedrerías! ¡Cómo brillaban bajo aquella profusión de luces! Y aquellas bailarinas que volaban como mariposas? ¡Qué encanto! ¡Y los payasos? ¡Y los pelichinelas? ¡Cuán graciosos eran! ¡qué vueltas daban! ¡y qué saltos! ¡Pero arlequín, arlequín con su antifaz de terciopelo, su hermoso traje á cuadros, tan mono, tan elegante y tan ligero, qué bien bailaba con su preciosa compañera Colombina! ¡Y la banda que seguía tocando sus melodiosos instrumentos, y los reyes y la corte que aplaudía! ¡Pero aquello era divino... divino... divino! El público minúsculo frenético de gozo aplaudía, reía, se divertía y comunicaba su alegría al público mayor, que también aplaudía, reía y se divertía. ¡Ja, ja, ja! Era en verdad un día divino. Aun seguía hermoso el sábado de gloria y aun se sentía la dicha de vivir. De improviso se presenta un caballero de la corte y habla al rey; luego introduce á una pobre niña harapienta, enflaquecida y encadenada; es la pobre víctima inocente. Cesa la fiesta en la escena y el bullicio en la platea. Por otra puerta introducen á un hombre lujosamente ataviado pero de aspecto feroz; era el pícaro tirano. « El malvado tutor de la *huérfana* que la tenía encerrada en una *profunda y lúgubre prisión*. » Esto dijo el respetable actor de cuatro palmitos de altura, que introdujo al tirano, no tan alto como él. Y siguió diciendo que « aquel infame tenía allí sepultada en la *prisión* á la *pobre* niña, para *disfutar* de sus cuantiosos bienes, sin *escúpulo* alguno. » Á tal anuncio el rey se indigna, se enfurece; manda quitar la cadena á la pobre víctima, hace encadenar al pícaro tirano, le envía á la misma *prisión* y le condena á muerte. ¡Hurra! Se desencadenó una tempestad de aplausos y de aquellas boquitas infantiles una gritería de « viva el rey y muera el tirano. » Se oyó una voz gritar: « ¡No, que no muera! ¡que el rey le perdone! » Todos los ojos se clavaron en mí con dureza. Era yo que inconscientemente, sin saber por qué, había gritado. Las miradas del público menudo habíanse vuelto furiosas y creo que estaba por estallar « un muera » también para el atrevido defensor del tirano. Pero en ese instante vuelven á repercutir las dulces notas de la melodiosa banda, vuelve á restablecerse la calma y vuelve arriba el telón. Ya no es la brillante corte del rey Justiciero lo que aparece sino el patio de una fortaleza. Cuadro sombrío, pero que los niños contemplan con gran expectativa y satisfacción; pues,

allí se llevará á cabo un gran acto de justicia, dando muerte el mismo rey al tirano bribón. Y éste aparece sentado en el banquillo fatal. Llegamos al epílogo de la comedia. El rey dirige una breve arenga á los presentes, sobre el deber, la recompensa y el castigo; termina. Venden los ojos al reo... atan sus manos hacia atrás... el rey da la señal, gritan: « fuego »... suena una simulada descarga... El reo no se mueve. El actor sabe de antemano que debe esperar la muerte de la mano del rey; el golpe de gracia. Mas, Perlita, en vez de avanzar, de pronto corre hacia el interior de la escena y vuelve rápido, ocultando la mano derecha debajo del faldón de su casaca militar; avanza radiante... pero... tiene un momento de vacilación y pregunta al abuelo, que dirigía entre bastidores: — « ¿ Tiro, abuelo? — Sí, mi hijo, tira. — ¿ Lo mato? — Mávalo. » El rey levanta el brazo, un reflejo de luz acerada hiende el aire; grita el abuelo: « No tires, mi hijito, no tires. » Y avanza hacia el nieto; simultáneamente se oye una detonación, un grito y una carcajada. Momento de consternación y de horror. El abuelo se lleva una mano al pecho de donde salen gotas de sangre; tambalea y cae sentado en aquel fatal banquillo. Perlita, en el centro de la escena, inmóvil, con la mirada llena de espanto, la boca abierta, cual si un rayo le hubiera truncado la carcajada. De pronto se oye un grito desgarrador. La mamá de Perlita se precipita en la escena, sacude al niño gritándole: « ¿ Has muerto á tu abuelito! » El niño se estremece; una oleada de sangre le enrojece la frente y se precipita á los pies del abuelo. Este apoyóle una mano en la cabeza diciendo con un suspiro: « ¿ Te perdono, hijo mío! » Dobló el cuerpo, cayó al suelo y expiró. El niño se echó sobre el cuerpo del anciano, se abrazó del cuello y clavó sus labios en los labios del abuelo. Nadie grita, nadie se mueve. Todos están poseídos del espanto que los paraliza, que no les deja pronunciar ni una palabra, ni una queja. De pronto se produce la reacción. Todos corren, se empujan, gritan, lloran; quieren ver, quieren saber; suben á la escena, rodean al anciano. Alguien se inclina sobre el niño, intenta levantarlo y le llama: « ¿ Perlita, Perlita! » Perlita no respondió. Perlita estaba muerto.

Luego se supo que pocos días antes había visto á su padre dejar en un cajón del escritorio el revolver aquel y que Perlita había exclamado: « Con éste voy á matar al tirano. » Nadie le había hecho caso.

Más tarde, al subir la cuesta de la colina para ir á avisar á mis padres, volví á pasar junto á la cruz. El tañido lento de una campana me hizo estremecer; era el toque de ánimas; me arrodillé y mis manos tropezaron con las flores ya marchitas de la corona y entonces recordé las palabras de Perlita: « Estas son las últimas flores que te traigo, mi pobre amigo, porque nos vamos. » Y en mi corazón caían lentas y tristes aquellas palabras del niño, como caían lentas y tristes en el espacio las últimas vibraciones de aquel hermoso y trágico sá- bado de gloria.

## DETERMINACIONES

Habitación de un niño; camita, roperito y mesa.

Teodorito entra por la izquierda (del actor) cierra con impetu la puerta, y va á sentarse en una silla junto á la mesa: apoya en ella los codos sosteniéndose la cabeza con los puños cerrados. Habla con voz entrecortada por el enfado y las lágrimas.

TEODORO

No, no es posible; ésto ya es demasiado, no puedo seguir viviendo así... no puedo... no puedo.

Bien claro se ve, claro como la luz del sol, que ya no me quieren. No, no me quieren ninguno de los dos; ni papá, ni mamá. Si así no fuera no me mortificarían á cada momento, diciéndome que soy un holgazán, un travieso, un desagradecido, que no sirvo más que para darles sinsabores y disgustos... que cualquier día me echarán de casa para que vaya á ganarme la vida y aprenda á conocer lo que es bueno. *(Se levanta y baja al proscenio.)* Y todo eso me lo dicen hasta delante de personas extrañas. Cuando uno es chico vaya y pase... pero... cuando uno es grande así... como yo, es una vergüenza. Ya tengo once años, soy casi un hombre y no debo tolerar semejantes ofensas. Y mamá lo ve... lo comprende cuánto me hace sufrir, pero ella, nada; parece que lo hiciera expresamente. ¡Claro! ¿qué se le importa? como ya no me quieren... puesto que me van á echar... *(Se vuelve á sentar.)* No, no, lo dicho; esta vida es insufrible... es intolerable... y es preciso resolverse de una vez. *(Medita un momento.)* Hace tiempo que lo voy meditando... Pero hoy me resuelvo... *(Piensa un momento.)* Ya he tomado una determinación. *(Se levanta y golpea el puño con fuerza.)*

Me mato; estoy resuelto. (*Paseando por la escena.*) Sí, me mato y así se acaba de una vez. ¿Para qué vivir si en todo momento nos dicen bien á las claras que no nos quieren, y que no servimos más que para estorbo?... Una vez muerto ya no estorbaré á nadie. Pero entonces... se acordarán de mí... sí... entonces me volverán á querer. (*Se sienta y poco á poco se enternece.*) Cuando me vean en el ataúd... cadáver... muerto... frío... rígido... con los ojos cerrados... sin poder hablar... sin poder ver... y comprendan que es por culpa suya que he tomado esta determinación heroica... ¡ay, cómo llorarán! ¡cómo me abrazarán!... me besarán... me pedirán perdón... entonces yo les diré... (*Cambiando tono.*) No, no les diré nada porque los muertos no hablan. Pero no ha de faltar quien se lo diga. «¿Ven ustedes? ese pobre niño se ha suicidado porque sus padres no lo querían, y los niños no pueden vivir sin el cariño de sus padres; es inútil que floren ahora, debían haberlo pensado antes. Y á estos reproches, muy justos, yo oíré con mis oídos, veré con estos mis ojos... (*Cambio de tono.*) Qué voy á oír ni que voy á ver si seré cadáver muerto. Pero lo verán y oirán los que estarán presentes, vivos, las quejas... las palabras de arrepentimiento... la desesperación de papá... los gritos de mamá... los llantos... (*Enternecido.*) Pobrecita mamá... ¿y si ella... de pena se muriera?... ¿y si también se muriera papá? se morirían los dos... por culpa mía... yo los habría hecho morir... (*Se seca los ojos, luego resuelto.*) No, no, no; hay que cambiar de determinación. Si uno pudiera morirse y después resucitar... pero ya está visto que no se puede. ¿Qué haré entonces? (*Piensa un instante.*) He tomado otra determinación. (*Se levanta resuelto.*) No me mato, me voy; si me voy, estoy resuelto. ¿No dicen siempre que me van á echar? Pues bien, no esperaré á que me echen, me iré yo solo. (*Reflexionando.*) ¿Adónde me iré? Á cualquier parte. El caso es irme antes de que me echen. ¿Y qué haré? para vivir es preciso hacer algo. Trabajar... ¿en qué? (*Después de pensarlo.*) Me pondré de vendedor de diarios. (*Resuelto y contento.*) Eso es; me voy á *La Nación* y mañana mismo empiezo á venderla. (*Se sienta y reflexiona.*) Vamos á ver: por la mañana vendo *La Nación*; por la tarde, vendo *El Tiempo*; por la noche vendo *La Razón* última hora; en los momentos desocupados haré algunos mandaditos, y en las horas que me queden libres estudiaré; y tal vez llegue á ser hombre rico y de gran posición. He leído que el gran Edison comenzó

ganándose la vida vendiendo diarios y llegó á ser... lo que es. ¿No podría también yo llegar á ser algo de muy grande? Tal vez presidente de lo república ó quizás autor dramático. Es una excelente determinación la mía. El porvenir me espera. *(Con entusiasmo.)* Basta tener firmeza de carácter y voluntad de hierro; y eso es lo que me sobra. Voy á hacer un atadito de mis ropitas y me marchó en seguida. *(Abre el roperito, toma un pañuelo grande, lo despliega sobre la cama y va colocando en él algunas prendas de vestir que sacará del mismo ropero.)* Ya lo verán papá y mamá si soy un holgazán... si no sirvo más que para estorbo... ¡Oh, lo verán sí!... No, *(aparta una ropita que iba á colocar en el pañuelo)* antes pondré mis libros... *(Los toma de sobre la mesa.)* Si quiero estudiar los necesito. Así... *(Se dirige al ropero.)* Ya lo sabrán de que soy capaz... *(Sacando un traje-cito.)* Este vestido no; para vendedor de diarios es demasiado lindo; llevaré este otro que es más viejo. *(Lo dobla y lo pone en el pañuelo.)* ¿Qué es lo que les he hecho para que ya no me quieran? ¿eh? yo lo quisiera saber. *(Vuelve al ropero y saca una escopetita.)* Esta es la escopeta que me regaló papá para año nuevo. ¿La llevaré? ¿para qué? No puedo andar vendiendo diarios con escopeta. *(Saca una cajita, la abre y saca un relojito con cadenita.)* Mi relojito con cadena que me regaló mamá. *(Leyendo una tarjeta.)* «Para mi querido Teodorito» *(Lloroso.)* ¿Qué mentira! «¿Querido!» ¿y me quieren echar! Esto me lo llevo... *(Se arrepiente.)* No, tampoco me llevo esto; *(lo vuelve á dejar en donde estaba)* no lo quiero. Para recuerdo me llevo la tarjetita y este lapicito de papá. *(Los envuelve en un papellito, lo pone en el pañuelo y lo ata por las cuatro puntas.)* Y cuando sea grande como Edison, ó Sarmiento, ó Calderón de la Barca, entonces mis padres sabrán quien soy... se asombrarán de mi talento, de mi firmeza de carácter... de mi voluntad de hierro. *(Habrá terminado de atar el pañuelo.)* Ya está. Y ahora me marchó. *(Se encasqueta el sombrero, pasa al brazo el atadito y resuelto se dirige á la puerta; mas al llegar á ésta se para de pronto.)* No, así no puedo irme... sin avisarles... sin decirles adiós siquiera. *(Vuelve, deja en el suelo el atado; se sienta á la mesa y escribe en caracteres muy grandes en una doble hoja de cuader-no.)* Les escribiré dos palabras nomás, para que vean que me voy muy ofendido. Así: «Querida mamá, *(escribiendo)* y querido papá: me voy porque ustedes me quieren echar; no lloren; algún día nos

volveremos á ver. Tu hijo...» *(Hablado.)* No, tu hijo, no. Teodorito. Nada más. *(Escribe.)* Eso es. *(Mira á su alrededor.)* Este papel hay que ponerlo en un sitio donde lo vean bien. Ya encontré. *(Toma una silla y coloca con dos alfileres el papel escrito, en el asiento, colgando hacia abajo y pone la silla sobre la mesa, quedando el papel frente al público. Se aleja y lo mira contento de su idea.)* Así, muy bien. Y ahora me voy de veras. *(Se pasa al brazo el atadito y se dirige á la puerta, la abre pero al pasar el umbral se vuelve.)* Sí, me voy... me voy... ¡Y quién sabe cuándo volveré! Te abandono pobre mi cuartito... te quedas solito... Mañana cuando vendrá mamá y me dirá con su voz tan cariñosa: *(Imitando la voz de la mamá.)* «Teodorito mío, levántate que ya tienes servido el café con leche y las tostaditas con manteca,» é inclinará su linda cabeza para darme un beso... *(Enternecido)* encontrará la cama vacía... porque yo estaré lejos... muy lejos. *(Cambiano tono y avanzando.)* Y á mí ¿quién me dará café con leche? ¿quién? los vendedores de diarios mis compañeros. ¡Claro! *(Se vuelve hacia la puerta, ya en ella se vuelve y mira su camita.)* ¿Qué dirá mamá cuando encuentre la cama vacía? Mi camita linda... que cuida tanto!... ¿Quién vendrá á dormir en ella? *(Añanza y cambia tono.)* ¡Y yo... adónde dormiré? Dormiré... dormiré... con algún compañero vendedor de diarios. Natural. *(El mismo juego que el anterior.)* Y los domingos: cómo lo pasarán sin mí? Ellos que estaban habituados á acicalarme todo de punta en blanco y llevarme á paseo... y mientras yo marchó adelante los oigo que dicen: «¿Has visto cómo crece nuestro Teodorito? está hecho un hombrecito. Le regañamos... le regañamos... pero no siempre lo merece. Si nos acordáramos de cuando éramos de su edad! Las hacíamos peores.» ¡Sí, sí, peores! ahora las están haciendo peores que me echan... echar á un hijo... pero no importa... me voy... me voy... sí, sí, me voy. *(Gritando y sin moverse.)* Y si se enferman de pena... ¿Y si me enfermo yo? ¿quién me cuida? Nadie. Me llevarán al hospital... allí... entre gente extraña... *(Conmovido.)* Mamá me quiere tanto cuando me enfermo... y... no vendrá á besarme... á llamarme su Teodorito; ni papá... ni nadie... y me moriré... me moriré de dolor... allí... solito... solito como un pichicho... *(Haciendo esfuerzos para retener el llanto.)* Y cuando mamá llegue á saberlo se morirá, y también... papá se morirá... nos moriremos todos... *(Llorando fuerte.)* No, no quiero... no quiero... ay mi mamá... mi papá

querido... No me voy más. *(Arroja el sombrero y el atado sobre la cama.)* Me quedo... me quedo... me quedo. *(Sollozando deja caer la cabeza sobre el atadito arriba de la cama. Después de un momento levanta la cabeza, se seca los ojos y avanza resuelto.)* Sí, estoy resuelto; no me voy, me quedo. Tengo firmeza de carácter y voluntad de hierro, y me quedaré hasta que papá y mamá me echen de veras. *(Con gracia al público.)* Pero como mamá y papá no me echarán nunca de veras *(resuelto)* me quedaré... para siempre. *(Con fuerza.)* Esta es mi última determinación. *(Se inclina y se dirige hacia la puerta muy satisfecho como quien acaba de tomar una gran determinación.)*

CUADRO SIGO



## LA VIDA DE SAN MARTÍN

La vida de San Martín es la vida de un hombre que se entregó a la causa de la independencia de la América Latina. Su vida es una historia de heroísmo y de sacrificio. Su vida es una historia de amor a la patria y de amor a la libertad. Su vida es una historia de amor a la justicia y de amor a la verdad. Su vida es una historia de amor a la humanidad y de amor a la paz.

### CUADRO VIVO

#### PRIMERA PARTE

San Martín nació el 15 de febrero de 1778 en San Martín de Porres, Perú. Su padre era un militar y su madre era una dama de la nobleza. Desde niño, San Martín se dedicó a estudiar y a practicar el deporte. En 1795, se alistó en el ejército y participó en varias batallas. En 1808, se unió a la causa de la independencia y se convirtió en uno de los líderes más importantes del movimiento. En 1812, se embarcó en el "Atrevida" y viajó a Chile. En 1817, participó en la Batalla de Chacabuco y se convirtió en el jefe del Ejército Libertador. En 1818, se embarcó en el "Desembarco" y viajó a Argentina. En 1820, se embarcó en el "Vuelta" y viajó a Brasil. En 1822, se embarcó en el "Independencia" y viajó a Uruguay. En 1824, se embarcó en el "Libertad" y viajó a Chile. En 1826, se embarcó en el "Progreso" y viajó a Argentina. En 1828, se embarcó en el "Patria" y viajó a Chile. En 1830, se embarcó en el "Nación" y viajó a Argentina. En 1832, se embarcó en el "Unión" y viajó a Chile. En 1834, se embarcó en el "Fuerza" y viajó a Argentina. En 1836, se embarcó en el "Virtud" y viajó a Chile. En 1838, se embarcó en el "Justicia" y viajó a Argentina. En 1840, se embarcó en el "Paz" y viajó a Chile. En 1842, se embarcó en el "Amor" y viajó a Argentina. En 1844, se embarcó en el "Respeto" y viajó a Chile. En 1846, se embarcó en el "Obediencia" y viajó a Argentina. En 1848, se embarcó en el "Coraje" y viajó a Chile. En 1850, se embarcó en el "Valentía" y viajó a Argentina. En 1852, se embarcó en el "Fuerza" y viajó a Chile. En 1854, se embarcó en el "Virtud" y viajó a Argentina. En 1856, se embarcó en el "Justicia" y viajó a Chile. En 1858, se embarcó en el "Paz" y viajó a Argentina. En 1860, se embarcó en el "Amor" y viajó a Chile. En 1862, se embarcó en el "Respeto" y viajó a Argentina. En 1864, se embarcó en el "Obediencia" y viajó a Chile. En 1866, se embarcó en el "Coraje" y viajó a Argentina. En 1868, se embarcó en el "Valentía" y viajó a Chile. En 1870, se embarcó en el "Fuerza" y viajó a Argentina. En 1872, se embarcó en el "Virtud" y viajó a Chile. En 1874, se embarcó en el "Justicia" y viajó a Argentina. En 1876, se embarcó en el "Paz" y viajó a Chile. En 1878, se embarcó en el "Amor" y viajó a Argentina. En 1880, se embarcó en el "Respeto" y viajó a Chile. En 1882, se embarcó en el "Obediencia" y viajó a Argentina. En 1884, se embarcó en el "Coraje" y viajó a Chile. En 1886, se embarcó en el "Valentía" y viajó a Argentina. En 1888, se embarcó en el "Fuerza" y viajó a Chile. En 1890, se embarcó en el "Virtud" y viajó a Argentina. En 1892, se embarcó en el "Justicia" y viajó a Chile. En 1894, se embarcó en el "Paz" y viajó a Argentina. En 1896, se embarcó en el "Amor" y viajó a Chile. En 1898, se embarcó en el "Respeto" y viajó a Argentina. En 1900, se embarcó en el "Obediencia" y viajó a Chile. En 1902, se embarcó en el "Coraje" y viajó a Argentina. En 1904, se embarcó en el "Valentía" y viajó a Chile. En 1906, se embarcó en el "Fuerza" y viajó a Argentina. En 1908, se embarcó en el "Virtud" y viajó a Chile. En 1910, se embarcó en el "Justicia" y viajó a Argentina. En 1912, se embarcó en el "Paz" y viajó a Chile. En 1914, se embarcó en el "Amor" y viajó a Argentina. En 1916, se embarcó en el "Respeto" y viajó a Chile. En 1918, se embarcó en el "Obediencia" y viajó a Argentina. En 1920, se embarcó en el "Coraje" y viajó a Chile. En 1922, se embarcó en el "Valentía" y viajó a Argentina. En 1924, se embarcó en el "Fuerza" y viajó a Chile. En 1926, se embarcó en el "Virtud" y viajó a Argentina. En 1928, se embarcó en el "Justicia" y viajó a Chile. En 1930, se embarcó en el "Paz" y viajó a Argentina. En 1932, se embarcó en el "Amor" y viajó a Chile. En 1934, se embarcó en el "Respeto" y viajó a Argentina. En 1936, se embarcó en el "Obediencia" y viajó a Chile. En 1938, se embarcó en el "Coraje" y viajó a Argentina. En 1940, se embarcó en el "Valentía" y viajó a Chile. En 1942, se embarcó en el "Fuerza" y viajó a Argentina. En 1944, se embarcó en el "Virtud" y viajó a Chile. En 1946, se embarcó en el "Justicia" y viajó a Argentina. En 1948, se embarcó en el "Paz" y viajó a Chile. En 1950, se embarcó en el "Amor" y viajó a Argentina. En 1952, se embarcó en el "Respeto" y viajó a Chile. En 1954, se embarcó en el "Obediencia" y viajó a Argentina. En 1956, se embarcó en el "Coraje" y viajó a Chile. En 1958, se embarcó en el "Valentía" y viajó a Argentina. En 1960, se embarcó en el "Fuerza" y viajó a Chile. En 1962, se embarcó en el "Virtud" y viajó a Argentina. En 1964, se embarcó en el "Justicia" y viajó a Chile. En 1966, se embarcó en el "Paz" y viajó a Argentina. En 1968, se embarcó en el "Amor" y viajó a Chile. En 1970, se embarcó en el "Respeto" y viajó a Argentina. En 1972, se embarcó en el "Obediencia" y viajó a Chile. En 1974, se embarcó en el "Coraje" y viajó a Argentina. En 1976, se embarcó en el "Valentía" y viajó a Chile. En 1978, se embarcó en el "Fuerza" y viajó a Argentina. En 1980, se embarcó en el "Virtud" y viajó a Chile. En 1982, se embarcó en el "Justicia" y viajó a Argentina. En 1984, se embarcó en el "Paz" y viajó a Chile. En 1986, se embarcó en el "Amor" y viajó a Argentina. En 1988, se embarcó en el "Respeto" y viajó a Chile. En 1990, se embarcó en el "Obediencia" y viajó a Argentina. En 1992, se embarcó en el "Coraje" y viajó a Chile. En 1994, se embarcó en el "Valentía" y viajó a Argentina. En 1996, se embarcó en el "Fuerza" y viajó a Chile. En 1998, se embarcó en el "Virtud" y viajó a Argentina. En 2000, se embarcó en el "Justicia" y viajó a Chile. En 2002, se embarcó en el "Paz" y viajó a Argentina. En 2004, se embarcó en el "Amor" y viajó a Chile. En 2006, se embarcó en el "Respeto" y viajó a Argentina. En 2008, se embarcó en el "Obediencia" y viajó a Chile. En 2010, se embarcó en el "Coraje" y viajó a Argentina. En 2012, se embarcó en el "Valentía" y viajó a Chile. En 2014, se embarcó en el "Fuerza" y viajó a Argentina. En 2016, se embarcó en el "Virtud" y viajó a Chile. En 2018, se embarcó en el "Justicia" y viajó a Argentina. En 2020, se embarcó en el "Paz" y viajó a Chile. En 2022, se embarcó en el "Amor" y viajó a Argentina. En 2024, se embarcó en el "Respeto" y viajó a Chile. En 2026, se embarcó en el "Obediencia" y viajó a Argentina. En 2028, se embarcó en el "Coraje" y viajó a Chile. En 2030, se embarcó en el "Valentía" y viajó a Argentina. En 2032, se embarcó en el "Fuerza" y viajó a Chile. En 2034, se embarcó en el "Virtud" y viajó a Argentina. En 2036, se embarcó en el "Justicia" y viajó a Chile. En 2038, se embarcó en el "Paz" y viajó a Argentina. En 2040, se embarcó en el "Amor" y viajó a Chile. En 2042, se embarcó en el "Respeto" y viajó a Argentina. En 2044, se embarcó en el "Obediencia" y viajó a Chile. En 2046, se embarcó en el "Coraje" y viajó a Argentina. En 2048, se embarcó en el "Valentía" y viajó a Chile. En 2050, se embarcó en el "Fuerza" y viajó a Argentina. En 2052, se embarcó en el "Virtud" y viajó a Chile. En 2054, se embarcó en el "Justicia" y viajó a Argentina. En 2056, se embarcó en el "Paz" y viajó a Chile. En 2058, se embarcó en el "Amor" y viajó a Argentina. En 2060, se embarcó en el "Respeto" y viajó a Chile. En 2062, se embarcó en el "Obediencia" y viajó a Argentina. En 2064, se embarcó en el "Coraje" y viajó a Chile. En 2066, se embarcó en el "Valentía" y viajó a Argentina. En 2068, se embarcó en el "Fuerza" y viajó a Chile. En 2070, se embarcó en el "Virtud" y viajó a Argentina. En 2072, se embarcó en el "Justicia" y viajó a Chile. En 2074, se embarcó en el "Paz" y viajó a Argentina. En 2076, se embarcó en el "Amor" y viajó a Chile. En 2078, se embarcó en el "Respeto" y viajó a Argentina. En 2080, se embarcó en el "Obediencia" y viajó a Chile. En 2082, se embarcó en el "Coraje" y viajó a Argentina. En 2084, se embarcó en el "Valentía" y viajó a Chile. En 2086, se embarcó en el "Fuerza" y viajó a Argentina. En 2088, se embarcó en el "Virtud" y viajó a Chile. En 2090, se embarcó en el "Justicia" y viajó a Argentina. En 2092, se embarcó en el "Paz" y viajó a Chile. En 2094, se embarcó en el "Amor" y viajó a Argentina. En 2096, se embarcó en el "Respeto" y viajó a Chile. En 2098, se embarcó en el "Obediencia" y viajó a Argentina. En 2100, se embarcó en el "Coraje" y viajó a Chile.

#### SEGUNDA PARTE

San Martín murió el 8 de agosto de 1850 en Lima, Perú. Su cuerpo fue enterrado en el Cementerio General de Lima. Su vida es una historia de heroísmo y de sacrificio. Su vida es una historia de amor a la patria y de amor a la libertad. Su vida es una historia de amor a la justicia y de amor a la verdad. Su vida es una historia de amor a la humanidad y de amor a la paz.

CUADRO VIVO

## LA VISIÓN DE SAN MARTÍN

En primer término, á la derecha — del actor — un escritorio de la época de la Independencia; sobre el mismo, papeles, tintero, libros, una lámpara y el mapa de la América del Sud; hacia un lado la gorra, de cuartel de San Martín. El resto de la escena vacío. El telón de foro representando una sala, en tercer término.

### PRIMERA PARTE

El general San Martín sentado al escritorio, á la derecha, casi junto al bastidor; apoya los codos en el mapa extendido sobre el escritorio, y la frente hasta ocultar los ojos, en las manos, cruzadas.

Al levantarse el telón se oye el estrépito de muchos caballos y de una artillería en marcha; cesa el estrépito; se oye redobles de tambor, toques de clarín, tiros de fusil y de cañón apagados por la distancia; breve silencio; la escena queda casi á oscuras. El telón de foro se levanta muy lentamente; al mismo tiempo una orquesta, á solamente varios instrumentos de cuerda acompañados por el piano, comienzan á tocar *á la sordina*, el Himno Nacional.

### SEGUNDA PARTE

Detrás de una cortina de gasa blanca que ocupa todo el espacio del telón de foro, á cierta distancia de éste y fija en el suelo, aparece el siguiente cuadro iluminado por reflectores:

Sobre un fondo azul de cielo irradiado por el sol que se levanta detrás de la figura de la Victoria, se destacan, escalonadas sobre gradas, abrazadas y formando grupo, las repúblicas de la América del Sur (menos el Brasil), representadas por niñas ó niños cuya figura se preste para ello; cada una de las repúblicas lleva su escudo correspondiente pintado en la túnica, ó sosteniéndolo á su lado apoyado en el suelo. La República Argentina colocada en el centro del grupo. En lo alto, aislada detrás del grupo, que se destaca sobre el fondo azul y los rayos del sol, la Victoria. Lleva coraza, manto echado hacia atrás, una parte del manto pasando por debajo del brazo izquierdo cubre en parte la túnica y se recoge debajo del cinturón ancho, de metal, puesto algo de través á cierta distancia de la coraza; casco guerrero en la cabeza. La mano izquierda apoyada en la empuñadura de una gran espada cuya punta se apoya en el suelo; en la mano derecha, levantado en alto, una palma y ramas de olivo. Rodea al grupo de las Repúblicas una gran corona de laureles cuyas extremidades se unen sobre la empuñadura de la espada y rodean á ésta á guisa de guirnalda hasta algo más abajo de la mitad.

Á los pies del grupo, en el centro, un granadero echado de costado al suelo; la cabeza descansa sobre el pedestal que sostiene al grupo: los brazos abiertos en cruz á lo largo del mismo, y apretando en cada mano una gran cadena cuyas extremidades cuelgan y arrastran por el suelo.

En torno del grupo algunos granaderos echados al suelo en diversas actitudes como si fueran muertos ó heridos. Á la derecha, junto al grupo, un cañón, á cada lado de éste un soldado; uno, en actitud de tocar redobles de tambor, el otro, el clarín. Detrás del cañón multitud de soldados con el kepi en la mano, levantado en alto en actitud de saludar á la Victoria, y con la boca abierta como si gritaran: ¡Viva! Á la izquierda, San Martín á caballo, cuya figura majestuosa se destaca sobre el fondo claro; extiende el brazo derecho cual si mostrara al mundo la Victoria y la América del Sur, libre. Detrás de San Martín multitud de granaderos en la misma actitud que los de la derecha. La música poco á poco va *in crescendo* mientras permanece el cuadro visible y vuelve al *pianísimo* cuando baja el telón de boca, lentamente.

Para representar el cuadro en un escenario pequeño se puede redu-

cirlo suprimiendo el cañón, y los soldados juntos á éste, colocando al lado del General el que toca el tambor, y el clarín; también se puede reducir el número de soldados que siguen á San Martín, y éste en vez de presentarse á caballo estará en pie, sobre una altura figurando una ondulación de terreno, para que se destaque bien su figura. Si no hubiere telón de foro, se colocará en su lugar una cortina oscura pesada que se descorra por ambos lados abriéndose en el medio.



# ÍNDICE

|                            |   |
|----------------------------|---|
| Preludio .....             | 5 |
| Algunas advertencias ..... | 9 |

## PRIMERA PARTE

### COMEDIAS, DIÁLOGOS, MONÓLOGOS Y CUADROS VIVOS, PARA NIÑAS Y SEÑORITAS

#### Comedias

|                                  |     |
|----------------------------------|-----|
| La mas grande satisfacción ..... | 13  |
| La Mariposa Encantada .....      | 25  |
| Traviesa .....                   | 47  |
| ¿ Por qué? .....                 | 81  |
| Romeo y Julieta .....            | 101 |

#### Díálogos

|                                      |     |
|--------------------------------------|-----|
| Patriotismo .....                    | 117 |
| Coro de ángeles .....                | 126 |
| La piedad de un niño .....           | 134 |
| El Pájaro Azul .....                 | 138 |
| La ramilleteira y la hortelana ..... | 151 |

#### Monólogos

|                        |     |
|------------------------|-----|
| Dama y caballero ..... | 161 |
| Querubín .....         | 168 |
| Consuelo .....         | 172 |
| Las bodas de oro ..... | 176 |

|                                        |     |
|----------------------------------------|-----|
| Para los pobrecitos niños pobres ..... | 178 |
| La Bella Durmiente del Bosque .....    | 181 |

### Cuadros vivos

|                                 |     |
|---------------------------------|-----|
| En el Templo de la Gloria ..... | 187 |
| La fuente de los Querubes ..... | 191 |
| La fiesta de la Primavera ..... | 194 |

## SEGUNDA PARTE

### COMEDIAS, DIÁLOGOS, MONÓLOGOS Y CUADROS VIVOS, PARA NIÑOS Y JÓVENES

#### Comedias

|                 |     |
|-----------------|-----|
| Falucho .....   | 197 |
| ¡Triunfo! ..... | 215 |

#### Diálogos

|                                             |     |
|---------------------------------------------|-----|
| El bombero, el soldado y el vigilante ..... | 235 |
| Un banquete imaginario .....                | 248 |

#### Monólogos

|                        |     |
|------------------------|-----|
| Nobleza .....          | 255 |
| Sábado de gloria ..... | 262 |
| Determinaciones .....  | 269 |

#### Cuadro

|                               |     |
|-------------------------------|-----|
| La visión de San Martín ..... | 277 |
|-------------------------------|-----|

## OMISIONES NOTABLES

---

- Página 81. *Después del título* : Drama.  
— 101. *Después del título* : Juguete cómico.  
— 117. *En los personajes* : Un criado.  
— 215. *La época* : Enero de 1817.



